

**Cardenal Raúl Silva Henríquez:
Presencia en la vida de Chile
(1907-1999)**

Mario I. Aguilar



095614

CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ
PRESENCIA EN LA VIDA DE CHILE
1907-1999

©MARIO I. AGUILAR
©EDICIONES COPYGRAPH

Rafael Cañas 237, Providencia
Primera Edición, agosto 2004
Santiago-Chile

Inscripción N° 141010
I.S.B.N. 956-7119-16-3

Diseño de Portada Claudio Sapag Puelma
Diseño de Textos: Julio Herrera Monsalve

IMPRESO POR VENTROSA IMPRESORES S.A.
IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE.

INDICE

Presentación	7
Introducción	13
1.- Infancia y Educación	19
2.- El ministerio del Padre Silva	42
3.- Arzobispo y Cardenal en democracia	72
4.- Concilio, Iglesia y Política	93
5.- Iglesia, Socialismos y Política	113
6.- El Cardenal y el Golpe Militar	141
7.- El prelado que defendió a los perseguidos	157
8.- Cardenal de la Paz y la Verdad	185
9.- El Salesiano jubilado	210
Agadecimientos	216



EL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ, SDB: “espléndida armonía entre naturaleza y gracia”.

Un artículo muy logrado de la “Regla de vida” de los salesianos, describe al fundador, San Juan Bosco, con estas palabras:

“El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro.

Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al Invisible.

Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso. No dio un paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas”.

Un rápido recorrido por la vida y la obra del Cardenal Silva, demuestra que la herencia genética es una realidad sorprendente, también en el orden de lo espiritual y

EL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ, SDB:
“espléndida armonía entre naturaleza y gracia”.

Un artículo muy logrado de la “Regla de vida” de los salesianos, describe al fundador, San Juan Bosco, con estas palabras:

“El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro.

Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al Invisible.

Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso. No dio un paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas”.

Un rápido recorrido por la vida y la obra del Cardenal Silva, demuestra que la herencia genética es una realidad sorprendente, también en el orden de lo espiritual y

carismático. Las palabras con que el texto constitucional define al Fundador de los Salesianos, se pueden aplicar, a la letra, también a uno de sus hijos más preclaros y pueden constituir la clave para comprender su dinamismo apostólico y su profunda espiritualidad.

Conservo muy frescas, en la memoria, mis primeras impresiones acerca del P. Raúl Silva Henríquez, salesiano.

En los primeros días del mes de noviembre de 1959, recién llegado yo a Buenos Aires, el anciano P. Gaudencio Manacchino, quien, por doce años, había sido provincial salesiano en Chile, me transmitió su alegría y su admiración por quien, pocos días antes, el 24 de octubre, había sido nombrado Obispo de Valparaíso. Para mi fantasía y experiencia de joven adolescente, un Obispo era un personaje casi inalcanzable, alguien que veíamos pocas veces y con quien era casi imposible entretenerse. Sin embargo, todo cambió cuando unos días más tarde, el electo Obispo, con un sencillez impresionante, me acompañó, junto a un compañero, en los trámites burocráticos que se requerían para establecerse en Chile. Manejando un station wagon, característico de Cáritas de la época, con una naturalidad y bondad increíbles, estuvo a nuestra disposición, hasta finalizar la tarea y quedar con el carnet de identidad en las manos. Nos hablaba con cariño, en italiano y, al mismo tiempo, nos introducía en la nueva lengua que debíamos aprender.

El 29 de noviembre de ese año, desde el Coro de la Catedral de Valparaíso, asistí a su ordenación episcopal, uniéndome al coro de los salesianos, estudiantes de teología y de filosofía, de La Cisterna y de Quilpué. Entre otros cantos propios de la liturgia, se ejecutó la pieza maestra del gran compositor salesiano Giovanni Pagella, el motete: "Jubilare Deo", una verdadera expresión de júbilo y alabanza.

Desde ese día, Quilpué se volvió la "Betania" del nuevo Obispo y don Raúl la alegría de quienes éramos novicios o estudiantes de filosofía en el seminario.

Al año y medio, el gozo de la comunidad salesiana y la esperanza de muchos, volvían a renovarse: de Valparaíso, este hijo de Don Bosco, era llamado a la Cátedra Episcopal

de Santiago y, medio año después, por voluntad del Papa Juan XXIII, al Colegio de los Cardenales. Sin duda alguna, en esa ocasión debe haber recordado las palabras proféticas de mamá Marguerita a su hijo Juan Bosco, sacerdote: “Recuérdate, Juan, que comenzar a decir Misa significa comenzar a sufrir”. Años más tarde de su nombramiento como Arzobispo de Santiago, don Raúl confesará: “En ese momento cayó sobre mis hombros la Cruz más pesada que he recibido”.

Es verdad, al Cardenal Raúl no le faltaron los “obstáculos y fatigas” propias de una época histórica turbulenta, pero al pastor no le faltó tampoco la “firmeza y constancia” necesarias para enfrentar las situaciones desafiantes de su tiempo. Todo lo llevó adelante “con la sensibilidad de un corazón generoso”, que muchas veces se conmovía hasta las lágrimas.

En el vasto campo del ministerio episcopal, Don Raúl, desplegó las cualidades humanas y los dones de la gracia divina que, como salesiano había desarrollado en la docencia de la moral y el derecho con los futuros sacerdotes salesianos, en la dirección de prestigiosos colegios de la congregación, en la responsabilidad de Cáritas Chile y en la animación de múltiples iniciativas culturales, sociales y religiosas.

“Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades humanas....”. Emprendedor y con espíritu de iniciativa, don Raúl fue un hombre abierto a los signos de los tiempos y convencido de que el Señor se manifiesta por medio de situaciones urgentes del momento y de los lugares. De la espiritualidad que brota de la *“armonía entre naturaleza y gracia”*, aprendió a unir estrechamente – en la praxis cotidiana y en su predicación –, el mandamiento de Jesús: *“el primero es, amarás a tu Dios., y a tu prójimo como a ti mismo...”* (cfr. Mc12,28-31); a no

separar promoción humana de la tarea de evangelizar y a procurar el crecimiento integral de toda la persona y de todas las personas, hasta conducirlos al descubrimiento y al gozo de ser y sentirse hijos de Dios, destinados a una vida digna en este mundo y a participar de su gloria en el cielo.

“*Profundamente hombre de Dios*”, fue sacerdote y pastor, siempre y en todas partes. Un pastor apasionado por su rebaño; el rebaño que él amó y defendió con la entereza y fortaleza propias de los mártires. Fue sacerdote y pastor cuando compartía con los pequeños y los pobres de las poblaciones periféricas de Santiago y también cuando se encontraba con los poderosos y quienes regían la suerte de la nación; sacerdote y pastor cuando confesaba a los niños de la Aldea de Punta de Tralca que llevaría su nombre, como cuando, en la Basílica de San Pedro de Roma, participaba a las solemnes sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II; buen pastor, aclamado por sus fieles como, “Raúl amigo, el pueblo está contigo”. Quienes fuimos testigos de su misa de despedida, en la Catedral de Santiago o lo hemos acompañado, difunto, al lugar donde espera la resurrección de los justos, recordamos, con emoción, el cariño de su pueblo.

Finalmente, hay que recordar que “el proyecto unitario” de servir a Dios y al prójimo, que animó la vida cristiana y pastoral de Don Raúl, tiene su síntesis en “la caridad pastoral” de Cristo: “*Me mueve el amor de Cristo*”, fue su lema episcopal. Es aquí donde reside la fuerza de su inspiración y la audacia de su acción.

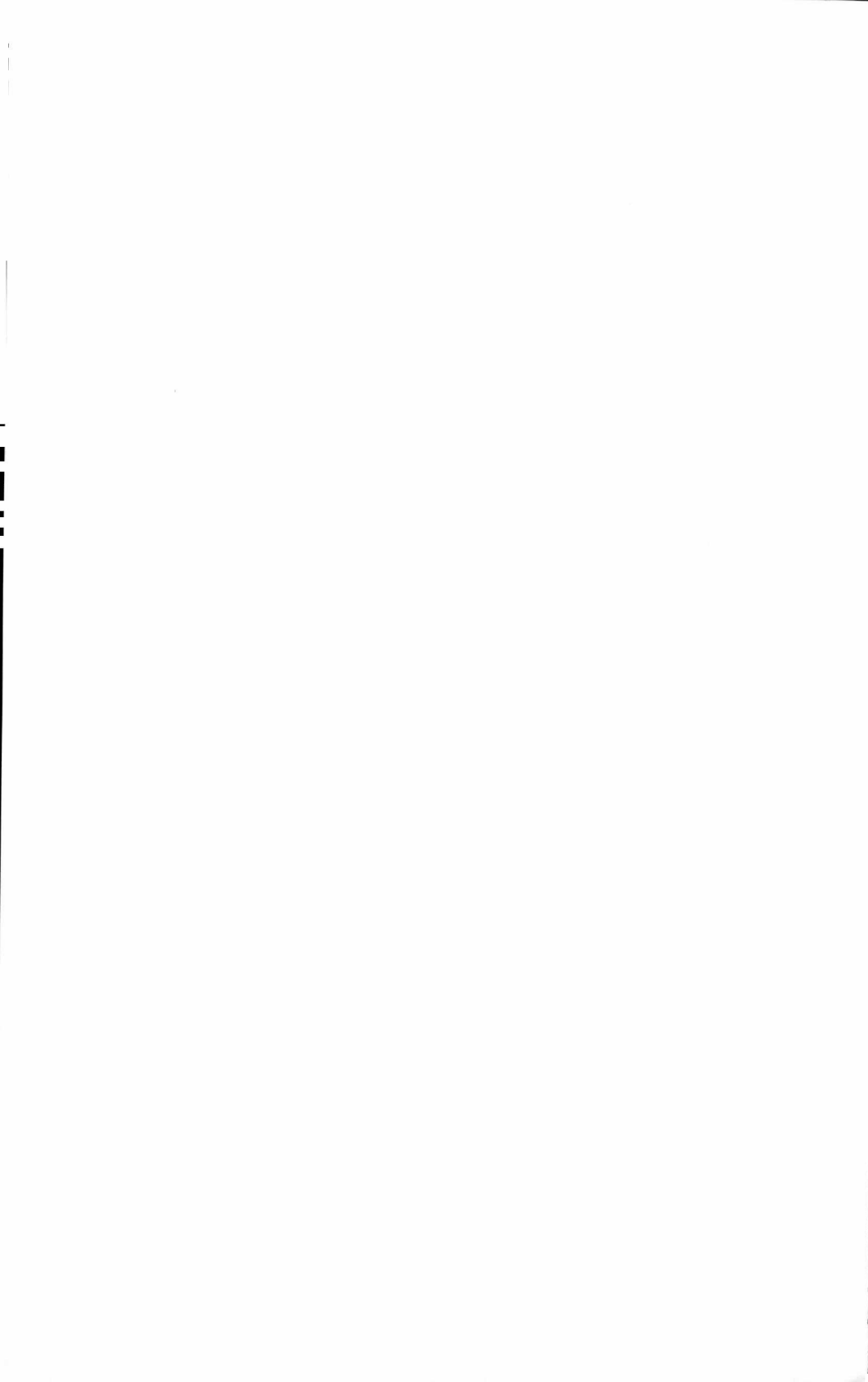
No han faltado quienes, equivocadamente, han querido buscar otras motivaciones. Por eso, vuelvo a repetir aquí, lo que he afirmado, en muchas otras ocasiones: no se puede comprender la vasta e incisiva acción del Cardenal Silva, si no se llega a descubrir la motivación más profunda que lo impulsó y lo guió en su larga experiencia pastoral. Y ésta, fue su fe en Jesucristo y el deseo que el reinado de Cristo

alcanzara a todos los hombres y mujeres de Chile. Don Raúl ha sido un creyente en Jesucristo, un apóstol que, con coherencia, ha buscado traducir la fe del Evangelio en la vida humana. Por cierto, un creyente sensible a ciertos rasgos de la figura del Señor: su gratitud al Padre por el don de la vida y de la vocación divina a todos; su predilección por los pobres y los jóvenes; su solicitud en predicar, sanar y salvar; su actitud de Buen Pastor, que conquista con la mansedumbre y la entrega de sí mismo. Lo movió el amor de Cristo, que se entregó para muchos tuvieran la vida abundante de los hijos de Dios.

Los relatos de este libro, contribuyan a mantener viva la memoria de este gran obispo que pasó por nuestra geografía como una bendición del Señor. Quiera Dios que su figura no sea solamente un hito para comprender parte de la historia del siglo XX de Chile, sino un estímulo para construir el siglo XXI, con los mismos valores evangélicos y con las mismas actitudes cristianas que han inspirado y comprometido al querido Cardenal Raúl.

+ Mons. Ricardo Ezzati A., sdb
Obispo Auxiliar de Santiago,
Presidente de la Fundación Card. Raúl Silva H.

Santiago, Mayo de 2004



Introducción

Cuando Raúl Silva Henríquez muere en 1999 la población de Santiago y las delegaciones de provincias y de otros países se volcaron a las calles para rendir homenaje a un hombre que había, de acuerdo a muchos, salvado e iluminado muchas vidas. Para otros el Cardenal había sido amigo de marxistas y terroristas preocupándose de la cosa política en vez de sus deberes como sacerdote, y de acuerdo a sus críticos debería haberse preocupado más de las cosas espirituales que de las materiales. No sólo las banderas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez acompañaron el cortejo fúnebre sino que una de las hijas del general Augusto Pinochet lo visitó en su agonía en la Casa de Salud Salesiana Felipe Rinaldi en Santiago.

No cabe duda que Raúl Silva Henríquez fue un actor central dentro de la vida de los chilenos, un papel que le tocó vivir como sacerdote salesiano, como obispo de Valparaíso y como Arzobispo y Cardenal en Santiago. Después de su retiro como Arzobispo de Santiago continuó, apoyando el proceso de transición a la democracia y se dedicó a sus queridos niños de la aldea de Punta de Tralca que hoy lleva su nombre. Sus amigos y sus enemigos han sido muchos y se podría decir que el Cardenal fue como un catalista

social del siglo XX que interpeló el alma de Chile desde los valores cristianos y cuestionó los abusos de poder y las violaciones a los derechos humanos desde una perspectiva humanista, solidaria, y cristiana.

En este trabajo me dedico a explorar la vida y obra del Cardenal Raúl Silva Henríquez consciente de que al entender su vida podremos entender mejor la historia de Chile del siglo XX y que para entender su vida debemos describir los diferentes períodos de su vida: su infancia en el sur de Chile, su preparación al sacerdocio y su vida como miembro de la Orden Salesiana, su trabajo por los pobres y por los jóvenes, y sus planes pastorales para su trabajo episcopal en Valparaíso y Santiago. Finalmente debemos describir y entender sus relaciones con el régimen militar y su trabajo incesante para defender la dignidad humana en un período en que ni los partidos políticos ni las organizaciones sindicales libres pudieron existir. De una u otra manera es imposible entender el período del régimen militar sin entender las conversaciones y peleas entre los militares y el Cardenal, durante un período que situó a la Iglesia como un poder paralelo al estado chileno y durante el cual la Iglesia se opuso en muchas ocasiones a las acciones de la policía y de los ministros de Pinochet.

Conocí al Cardenal en 1977 cuando él iba a comprar plantas al Jardín San José en la Florida, un jardín del edén cuidado por el Hermano José Schmidt SVD, un argentino miembro de la Congregación del Verbo Divino. El Cardenal había estudiado en el Liceo Alemán de Santiago y sin embargo decidió ingresar a los Salesianos donde se formó como religioso y como sacerdote. El acostumbraba hacer las compras para su casa y así conoció a muchas personas a lo largo de su vida a los que consideró sus amigos. Esos amigos del Cardenal le dedicaron varios libros en que los testimonios de gratitud y fraternidad hablaron de una personalidad fuer-

te y de un hombre que tuvo que tomar decisiones como pastor de una Iglesia en momentos políticos muy difíciles. Así es como en sus propias *Memorias* el Cardenal nos decía:

“Cuánto he amado a Chile. Ha sido en nombre de ese cariño apasionado, a veces desgarrador, que siempre intenté buscar los caminos de la paz, el respeto, el derecho y el amor a la justicia.

Quizás he sido intransigente en defender a los pobres, a los perseguidos, a los oprimidos. Excúsenme por ello: mi corazón siente una profunda rebeldía ante la mentira, la violencia, la injusticia, la prepotencia y la falta de respeto por los derechos humanos”.¹

Su labor episcopal se desarrolla durante los gobiernos de Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende y Augusto Pinochet, lo que hace que sus palabras, acciones y labores sean muy importantes para entender algunas de las políticas de la historia de Chile en general y las de la Iglesia chilena en particular. Por lo tanto me he aventurado a escribir esta biografía con mi análisis muy personal para que generaciones más jóvenes conozcan pasajes importantes de la historiografía de Chile y para que la figura del Cardenal permanezca en la memoria de muchos chilenos que como él construyeron la historia con sus propias actuaciones, con sus esperanzas, sufrimientos y alegrías.

El Cardenal ha pasado a ser una figura pública de mucho interés para los que vieron en él al pastor abnegado que buscó a sus ovejas, católicas o ateas. Para otros el Cardenal debe ser olvidado, pues sus ideas y actuaciones no coincidieron muchas veces con las intenciones y deseos de los poderosos. Sin embargo, es necesario reconocer una vez

¹ Ascanio Cavallo, editor, *Memorias Cardenal Raúl Silva Henríquez* (Santiago: Ediciones Copygraph, 1991) I, 7-8.

más que las acciones y palabras del Cardenal surgieron de su amor por Dios, por Cristo, por la Iglesia, por los hombres y mujeres de Chile. En su vida el Cardenal buscó a su Maestro en la oración, en la Eucaristía, en la mesa bien servida y conversada, en los pobres y los necesitados, en los niños y los perseguidos. Fue un peregrino que buscó y amó al Señor de todos y su figura debe entenderse desde ese punto de vista. Sus palabras movieron muchos corazones así como él mismo sintió penas y alegrías. Por ejemplo con motivo del funeral de su amigo el padre Jorge Gómez en 1972 dijo: “Hemos visto al Señor: pasó a nuestro lado haciendo el bien. Y desde el fondo de nuestra alma ... te alabamos Señor, por el sacerdote que nos diste, porque en él volviste a nosotros y con nosotros has caminado iluminando los senderos de nuestras vidas, fortaleciendo nuestra debilidad, avivando nuestro amor”. Las mismas palabras podrían usarse para hablar de Raúl Silva Henríquez, que podría haberse quedado en su casa en los momentos en que los chilenos lo necesitaban y no lo hizo por amor al Maestro que él vio en los que lo rodeaban.

Su figura es recordada en momentos difíciles para Chile y para la Iglesia, y muchos se preguntan qué habría hecho Don Raúl en esos momentos. Su persona todavía desata las pasiones políticas, como me tocó presenciar en una comida en El Parrón de Providencia, cuando un amigo de muchos años se mostró ofendido porque mi trabajo académico se dedicaba a examinar e interpretar la labor de la iglesia en Chile durante el período del régimen militar en general y la figura tan católica del Cardenal Silva Henríquez en particular. La ira de esa persona es la ira de los poderosos que no quisieron al prelado que ayudó a los pobres, los perseguidos y los desamparados, un ejemplo que alumbrará el camino de futuras generaciones de chilenos y de católicos.

Agradezco toda la ayuda que he recibido del dedicado personal de la Fundación Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago que a través de los años me ha visto llegar desde Escocia buscando documentos olvidados y memorias compartidas. Mi madre, Gabriela Benítez Herrera, y mis hermanos Juan Pablo, Raúl y Leopoldo que han sabido respaldar mi investigación no solo con su apoyo material y sus conversaciones sino que a través de su experiencia de haber sido educados dentro de la familia salesiana. Muchos colegas y amigos han comentado aspectos de este trabajo y quisiera agradecer en particular a Martín Faunes Amigo y Elías Padilla Ballesteros. Finalmente mis agradecimientos a los que conocieron al Cardenal y me ayudaron con sus testimonios y sus anécdotas, y en forma especial agradezco a don Reinaldo Sapag y a don Ascanio Cavallo por haber editado las *Memorias* del Cardenal, documento principal para la construcción de la historiografía de Raúl Silva Henríquez. Y a mi familia en Escocia les agradezco que hayan escuchado tantas veces, a tiempo y a destiempo, anécdotas y memorias almacenadas en el archivo de la vida ... y de la muerte.

St. Andrews, Escocia, enero del año del Señor 2004.



Infancia y educación

Raúl Silva Henríquez nació el 27 de septiembre de 1907 en Talca, siendo el niño número 16 entre 19 hermanos. Su padre, Ricardo Silva Silva, de quien él guardaba afectuosos recuerdos había nacido en San Fernando, en Colchagua.²

A mediados del siglo XIX los abuelos de Silva Henríquez, don José María Silva Barazarte y doña Tránsito Silva Almarza, tenían un fundo en Chimbarongo, el que como patronos dirigían desde San Fernando. La historia de la familia Silva estaba ligada a los tiempos de la colonia, ya que sus antepasados, los Borges da Silva, eran originarios de la isla portuguesa de Madeira y llegaron a las colonias españolas durante el reinado de Felipe II. San Fernando y Chimbarongo quedaban a un día de viaje de Santiago donde los niños debían ser enviados para que tuvieran una educación. Y así sucedía, las familias acomodadas mandaban sus hijos a Inglaterra o Francia y los que tenían parientes en Santiago los mandaban a colegios de la capital.

² El Cardenal quería haber escrito una memoria sobre su padre al que recordaba con cariño pero los acontecimientos de su vida cardenalicia no le dejaron tiempo para hacerlo, *Memorias* I, 11.

En el caso del padre de Silva Henríquez, don Ricardo Silva Silva, éste fue enviado a Santiago junto a su hermano Enrique ya que su hermano mayor Luis Ignacio se encontraba en Santiago. Fueron en tren a la Estación Central y luego en tranvía tirado por caballos a la calle del Peumo donde su tía abuela Servanda. El padre de Silva Henríquez comenzó sus estudios en el Instituto Nacional, una institución muy respetada y fundada para impartir una educación laica que formara ciudadanos que sirvieran a la nación en el futuro. Sin embargo, la disciplina estricta que a veces parecía cruel significó que los Silva Silva tomaron parte en una revuelta estudiantil en que los estudiantes se tomaron el Instituto Nacional, quebraron vidrios, atacaron a los profesores, y saciaron su apetito con los jamones, quesos, vinos y miel que se guardaban en las despensas de esa augusta institución.

A raíz de la revuelta el hermano mayor decidió cambiarlos de colegio y esta vez matricularlos en el Colegio San Ignacio de los padres jesuitas. Fue donde los jesuitas que los hermanos Silva encontraron un hogar y se enamoraron no solo del mensaje cristiano sino que comenzaron una vida dedicada a ayudar a la Compañía de Jesús, durante la cual continuaron su interés por la filosofía y las discusiones sobre la razón y la fe, materias que ya habían saboreado durante su educación en el Colegio San Ignacio.³ Terminaron sus estudios en 1879, el año en que la Guerra del Pacífico comenzaba en las estaciones salitreras del norte. Y al terminar sus estudios se dieron cuenta de que su fe se había cimentado no en lo sentimental sino que habían tenido la oportunidad de estudiar y conocer la fe cristiana en forma

³ El Cardenal recuerda que cuando la iglesia del Colegio San Ignacio fue dañada a raíz de un temblor su padre lo mandó con un sobre que contenía una gran suma de dinero para reparar la iglesia.

profunda. El Cardenal recuerda que años después cuando le tuvo que contar a su padre de su vocación religiosa, él respondió que se alegraría si uno de sus hijos se hiciera religioso, y religioso jesuita.⁴ Su padre estudió Leyes en la Universidad de Chile y luego formó parte del Partido Conservador, en esos años el partido político más cercano a la Iglesia Católica.

La madre del Cardenal, doña Mercedes Henríquez Encina, también era descendiente de una familia colonial, ya que el gobernador Henríquez y su hermano habían llegado a Chile durante la colonia. Mientras que los gobernadores no podían casarse con naturales de las colonias, sus familiares sí lo podían hacer. Así fue como el gobernador no se pudo casar y emigró a Italia, mientras que su hermano se casó en Concepción y tuvo hijos con una chilena. Ya cuando el gobernador Manso de Velasco decidió poblar las tierras al norte de Concepción y fundó la ciudad de Talca, los Henríquez fueron seleccionados entre las familias que poblarían la zona. El abuelo materno del Cardenal don Diego Henríquez Cienfuegos se casó con Delfina Encina, que provenía de otra familia colonial del Virreinato del Perú y era hija de don Francisco Encina y Echeverría, que había sido colono en la región del Piduco y de Linares. Ya como niño vivió en la casa de los Encina, donde el canal Encina llevaba el agua a los predios de la familia. La madre del Cardenal nació de la alianza matrimonial de esas dos familias, una alianza fuerte de terratenientes descendientes de la colonia.

Ya cuando terminó su curso de Leyes don Ricardo Silva Silva volvió a Talca. Ahí se enamoró de una niña de apellido García de la Huerta, pero después de convencer a sus padres no pudo convencer a la familia de la niña, quienes querían que don Ricardo se casara con una hermana mayor. La desilusión de don Ricardo fue enorme y decidió ir a visi-

⁴ *Memorias I*, 13.

tar a su amigo de la Escuela de Leyes, el argentino Martín Rodríguez Galisteo. La visita duró cuatro años y cuando regresó a Talca don Ricardo se enamoró de una niña de 16 años Mercedes Henríquez, con la que se casó en la Iglesia del Seminario de Talca en 1887. Ya había dos matrimonios entre miembros de los Silva y los Henríquez, lo que coincide con una época en que las familias vecinas casaban a sus hijos y era también muy común que los primos se casaran entre ellos.

La familia Silva Henríquez tuvo diecinueve hijos. El Cardenal no los menciona a todos pero parte de su vida rodeada siempre de amigos y grupos numerosos puede entenderse a través de su experiencia familiar de infancia. El primero de los hermanos se llamó Eugenio y él se hizo marino. El tercero fue una niña a la que sus padres dieron el nombre Marina debido a hechos y eventos ocurridos durante la Revolución de 1891 cuando la Marina se sublevó contra el gobierno del presidente José Manuel Balmaceda.

Don Ricardo Silva como conservador y partidario del Congreso quiso unirse a las fuerzas rebeldes que tenían como mando central a la Junta Provisional en Iquique. Esa Junta estaba formada por el capitán Jorge Montt, y los señores Waldo Silva y Ramón Barros Luco. La Escuadra recibió órdenes de dirigirse al sur para pelear las batallas decisivas de la guerra civil, que se preveía se producirían alrededor del litoral central, en Concón, donde las fuerzas de la Marina desembarcarían y se tomarían el puerto de Valparaíso, en esos años centro del comercio internacional y necesario para la subsistencia económica de Chile. Sin embargo, los planes de don Ricardo Silva fueron conocidos en Talca, una zona controlada por las fuerzas de gobierno. Don Ricardo fue condenado a muerte y debió esconderse en el fundo de San Clemente. Luego de saber que la Escuadra avanzaba al sur decidió volver a Talca.

Su esposa que había escuchado que lo fusilarían si aparecía decidió salir a encontrarle y se encomendó a María Auxiliadora.

Sus oraciones fueron escuchadas y pudo encontrarlo. Don Ricardo cruzó la cordillera y se quedó en Argentina hasta que tuvo noticias que la guerra había terminado y que el presidente Balmaceda se había suicidado en la embajada argentina. El Cardenal interpreta este momento como uno de gracia, ya que si don Ricardo hubiera sido fusilado él no habría nacido. Y escribe: “Aquel día extraordinario, María Auxiliadora, la Virgen salesiana, se cruzó por primera vez en el camino de mi vida; para decirlo de otro modo, hizo posible mi nacimiento”.⁵

Los nacimientos continuaron y dentro de un grupo numeroso de hijos cinco de ellos murieron. Clementina murió a los doce años de difteria y otros cuatro hermanos también murieron, de los cuales el Cardenal no se acordaba. Los hermanos que siguieron fueron Armando, Adolfo, Josefina (una religiosa), Octavio, María Victoria y Regina (otra religiosa). Por supuesto que los hermanos que tenían edades cercanas al Cardenal eran los que constituían su grupo más cercano y éstos eran Clementina, (quién recibió el nombre de la hermana fallecida) Anita, Hugo y Raúl.

Mientras que los Silva Henríquez se diferenciaban en tres grupos con edades similares, don Ricardo compró el molino Loncomilla, situado entre San Javier y Villa Alegre, donde existía una casa grande que podía albergar a esa familia tan numerosa. Allí habían cuatro o cinco niñeras que se preocupaban del cuidado de los niños y a las cuales los niños querían muchísimo.

Es dentro de esa vida familiar que podemos entender mejor el gusto del Cardenal por la buena mesa, no la de los restaurantes, sino que la mesa familiar donde la comida estaba muy bien preparada y en la que se compartían experiencias, vivencias y a veces nuevas comidas, como cuando don Ricardo volvía de Santiago con langostas. Según el Cardenal el día en que la familia celebraba en forma era el día del cumpleaños de su madre, ya que don Ricardo no se celebraba el suyo. En ese día se invitaba a los parientes y se reunían unas 40 o 50 personas las que reían y se divertían juntas.

⁵ *Memorias I*, 17.

Algunos de los recuerdos del Cardenal se relacionan con sus hermanas, que debían cada una hacerse cargo de organizar la casa por una semana, para así saber como hacerlo en el futuro. El también recuerda que don Ricardo leía *El Quijote* una y otra vez y que se lo leía a los niños así como si el hidalgo de la Mancha fuera una de los personajes más importantes de la humanidad.

La educación de sus hermanas estuvo a cargo de las Hermanas del Sagrado Corazón en Talca, y sus hermanos mayores fueron a Santiago, al Colegio San Ignacio. La experiencia no duró mucho pues sus hermanos se negaron a comer y volvieron a Talca al seminario menor como estudiantes seculares. La enseñanza en el seminario de Talca no era buena ya que los sacerdotes jóvenes impartían la enseñanza sin la preparación pedagógica necesaria. Don Ricardo no estaba conforme y se alegró mucho cuando los Hermanos de las Escuelas Cristianas llegaron a Talca con toda su experiencia y su preparación. Así fue como los varones fueron enviados al Liceo Blanco Encalada. El Cardenal siguió a sus hermanos y estudió en el mismo curso que Rafael Retamal, que llegaría a ser presidente de la Corte Suprema. Los Silva Henríquez iban todas las mañanas al alba en un coche con caballos hasta la estación de San Javier donde tomaban el tren a Talca. Más tarde el Cardenal fue enviado al internado de Talca.

Don Ricardo tuvo una influencia religiosa en la vida de sus hijos. El Cardenal recuerda que una vez que debieron quedarse en una pieza cercana al molino, don Ricardo le preguntó si había rezado antes de acostarse. El le contestó que no lo había hecho. Don Ricardo le dijo que había que hacerlo cada noche y que él rezaba una Salve por su madre todas las noches. En 1916 el Cardenal hizo su primera comunión y a temprana edad sintió la vocación religiosa. Así fue como le contó a su padre que quería ser un Hermano de las Escuelas Cristianas. Don Ricardo se sintió complacido con la idea pero le dijo que primero tenía que terminar de estudiar las humanidades.

Nos preguntamos como se podía mantener a una familia tan grande y en realidad era difícil. El trabajo del molino dependía de la demanda y del transporte del trigo de otras partes ya que la demanda excedía a la oferta. Así fue como don Ricardo decidió comprar cantidades de trigo en Australia a un precio barato,

unos 40 o 50 mil quintales. Sin embargo, el barco que lo traía sufrió un accidente en el Canal de Panamá y el trigo demoró en llegar. Mientras tanto el precio había bajado y don Ricardo quebró. Gracias a Dios el banco lo dejó como administrador de la ahora propiedad bancaria, lo que ayudó a que don Ricardo pudiera dar sustento a su familia, y ahorrar, lo que significó que más tarde pudiera comprar el molino nuevamente. Más tarde don Ricardo compró el primer camión de la zona y continuó sus operaciones agrícolas con mucho éxito.

En 1920 Silva Henríquez salió de Talca para estudiar en Santiago. Tenía 13 años y su padre lo matriculó en el Liceo Alemán de Santiago, un colegio estricto de los Padres del Verbo Divino, una congregación de misioneros alemanes que había fundado el colegio en 1910 en la calle Moneda. El Cardenal recuerda que los padres no tenían mucho contacto con los niños y su vocación a la vida religiosa se fue adormeciendo ya que no se veía como uno de esos curitas, todos con anteojos y recuerda “como yo no los tenía, me dije: Entonces no sirvo”.⁶

El Cardenal echaba de menos a su familia, las comidas y a sus niñeras, pero sobre todo a su padre, quien lo aconsejaba mientras estudiaba en el Liceo Alemán. Ya no disponía de los mismos momentos de compañerismo e intimidad, con su padre. Es interesante que el Cardenal habla poco de su madre a la distancia y que la figura de su padre fue la que tuvo más influencia en su vida en una época en que por asuntos de trabajo y negocios los padres dejaban la crianza de los hijos a las madres y viajaban constantemente. Se podría pensar que por su vida como religioso Silva Henríquez echaba de menos esas conversaciones sobre fe y vida, sobre oración y conocimiento de la fe que había tenido con su padre y que no pudo tener con los padres alemanes.

La década de los años 20 fue muy turbulenta, con una pasión estudiantil y profesional por el futuro de Chile, protestas y presiones sobre una sociedad que ya había olvidado las tensiones de la guerra civil. El Cardenal no recuerda haber sido influido por estas tensiones, ya que tanto en el Liceo Alemán como en la

⁶ *Memorias* 1, 25.

Universidad Católica donde estudiaba Derecho, él se había concentrado en sus estudios. Ingresó a la universidad en 1922 cuando tenía 16 años, siendo una persona tímida que gozó de una universidad que era todavía pequeña en números y donde se respiraba un ambiente católico dentro de las presiones laicas que llevarían a la separación de Iglesia y Estado dentro de la nueva Constitución Política de 1925.

Los profesores de la universidad eran eruditos apasionados que dictaban sus cátedras sobre el derecho y Silva Henríquez recuerda con cariño a Roberto Peragallo en Filosofía del Derecho y a Ezequías Allende “cuyo talento retórico se unía a una inteligencia privilegiada”.⁷ Era el profesor Allende quien les decía que Chile vivía un momento político tranquilo en que el país cosecharía grandes abogados y no grandes políticos, y que un país para desarrollarse necesitaba de buenos abogados y buenos políticos. Los golpes militares de 1924 y 1925 cambiarían esa situación ya que la ratificación de Carlos Ibáñez del Campo como presidente “por una elección sin competencia en 1927” no significaba una dictadura pero sí una administración que provocó el descontento y eventualmente llevó a la renuncia de Ibáñez después de huelgas y manifestaciones en su contra.

El problema de la justicia social y los problemas de los obreros todavía no afectaban a la sociedad chilena, aunque las masacres en las oficinas salitreras y la injusticia en la sociedad de Santiago pronto avivarían las discusiones políticas. Silva Henríquez recuerda que había un grupo de reflexión dirigido por el padre diocesano Ferrada al que lo invitó Alfonso Cabrera, un ex-seminarista. Le pidieron que preparara una charla que diocaría en la biblioteca de los jesuitas, y que fue tan mala que no volvió más al grupo de reflexión.

Su corazón estaba con un grupo que compartía una vida religiosa intensa, con comunión diaria y con retiros periódicos dirigidos por don Carlos Casanueva en Las Cruces. Carlos Casanueva impactaba a los jóvenes universitarios con sus prédicas y con su reflexión ignaciana que empañaba de luz las rela-

⁷ *Memorias* 1, 28.

ciones entre la fe y la vida de los jóvenes. El Cardenal reconoce que fue a través de don Carlos Casanueva que él recuperó su fervor religioso y su vocación religiosa. Ya don Ricardo le había consultado acerca del colegio al que su hijo Raúl debía ir. Así fue como en su tercer año de Derecho, Silva Henríquez decidió ingresar a la vida religiosa y se lo confidenció a sus amigos Luis Felipe Letelier, talquino -y con el cual había estudiado desde los seis años- y Alberto Muñoz, que conocía a los Salesianos y que también entró a esa congregación.

Sin embargo después de tomar la decisión de hacerse religioso, Silva Henríquez se dio cuenta que no sabía a qué congregación ir. Don Carlos Casanueva le aconsejó que se hiciera sacerdote diocesano, pero Silva Henríquez estaba preocupado por su propia libertad y prefería la idea de una comunidad con una regla común que lo guiara en su vida religiosa. Las explicaciones de Carlos Casanueva no lo convencieron de que un obispo tendría esa misión de guiarlo y decidió -siguiendo el ejemplo de su padre- hacerse jesuíta. Como entonces el padre jesuíta uruguayo José Zorrilla de San Martín era su confesor, Silva Henríquez acudió a él para contarle de su vocación y para iniciar los trámites para ingresar a la Compañía. El padre Zorrilla debía asistir a una reunión en la Nunciatura y prometió escucharlo al día siguiente. Pero cuando al día siguiente Silva Henríquez llegó al Colegio San Ignacio a la hora acordada -después de la cena- encontró todas las luces apagadas y las puertas cerradas. En su corazón se convenció de que Dios no lo quería como jesuíta.

Al contarle estas peripecias a Luis Felipe Letelier, éste le sugirió que hablara con su confesor el padre salesiano Panzarasa, quien hacía clases en la universidad y era muy querido por los alumnos. El Cardenal recordó que un familiar de su padre, doña Mariana Silva de Garcés era cooperadora salesiana en Talca y que a la casa de los Silva Henríquez llegaba el *Boletín Salesiano* y el *Mensajero de María Auxiliadora*, donde el Cardenal había leído con fascinación una sección que llevaba el título "Vida de Don Bosco para niños". Así fue como en diciembre de 1926 Luis Felipe Letelier llevó a su amigo Raúl a visitar a su confesor al Patrocinio San José, en el barrio Bellavista. El padre Panzarasa leía sentado en el jardín y conversó con Silva Henríquez ofre-

ciéndole escribir una carta al padre Román, rector del Colegio San Ignacio. Silva Henríquez le contó que no volvería allá pues no tenían tiempo para escucharlo y le pidió al salesiano que le prestara algunos libros sobre Don Bosco, fundador de los salesianos, para leer durante el verano. Es claro que el padre Panzarasa pensó que si Silva Henríquez era abogado y tenía una preparación intelectual buena él se encontraría más a gusto con los jesuitas, ya que los salesianos tenían preferencia por una vida más sencilla.

No cabe duda que ese encuentro fue no solo providencial para la vocación de Silva Henríquez, sino que tuvo una influencia enorme en su persona. Los salesianos habían ocupado el edificio de Bellavista 550 el 2 de enero de 1926 y ocho días después habían recibido la visita de don Carlos Casanueva que los había felicitado por la adquisición de este nuevo colegio. El padre Valentín Panzarasa Negri fue nombrado director del Patrocinio San José, quien era considerado un sacerdote muy agradable y muy preparado y que había estudiado la entonces nueva Doctrina Social de la Iglesia y era muy fiel a las doctrinas de la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII, un escrito que era mal visto por las clases pudientes del Chile de esa época. Natural de Torreberreti, Pavía, Italia, Panzarasa nació el 14 de febrero de 1887 y fue miembro de los Salesianos desde 1903. Después de su labor en el Patrocinio San José el padre Panzarasa fue nombrado el primer director del teologado salesiano que se inauguró el 5 de marzo de 1936 en La Cisterna.⁸ Allí se distinguió por sus clases de Doctrina Social de la Iglesia continuando sus escritos sobre las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* del papa Pío XII.

Entre sus escritos se encuentran *La evolución orgánica* (1933) en la que examina las doctrinas evolucionistas, y *El vene-*

⁸ El teologado salesiano se trasladó a Lo Cañas en 1962. De entre sus alumnos, se distinguen los obispos Otoniel Alcedo Culquicondor (Arzobispo de Ayacucho, Perú), Tomás González Morales (Obispo de Punta Arenas, Chile), Orestes Santiago Nuti García (Obispo de Mercedes, Uruguay), y Emilio Vallebuona Merea (Arzobispo de Huancayo, Perú).

no de la serpiente (1937) en la que examina las tentaciones por parte de la serpiente en el libro del Génesis, y las identifica con la corrupción del materialismo, el dinero y la codicia dentro de sectores pudientes de la sociedad mientras que los pobres sufren hambre y penurias. Su libro sobre *La justicia social*, una obra de 600 páginas en que analiza los problemas sociales y la desigualdad económica desde el punto de vista de la Doctrina Social de la Iglesia no fue aprobado por el arzobispo José Horacio Campillo y se publicó bajo la fórmula *Ad instar manuscripti*, en calidad de manuscrito no oficial. La publicación de *La justicia social* provocó la ira del arzobispo que le pidió al superior salesiano que le sugiriera al Padre Panzarasa salir del país.

Los escritos de Panzarasa también causaron estupor y rechazo dentro de los católicos de esa época y después de 24 años en Chile (1914-1938) Panzarasa debió salir del país “para apaciguar los ánimos de los ‘buenos’ católicos”.⁹ Su influencia se hizo sentir no sólo en los jóvenes salesianos, sino que personas como el ex-presidente Eduardo Frei Montalva admiraban al Padre Panzarasa.¹⁰ Panzarasa muere en el Pontificio Ateneo Salesiano de Turín el 13 de enero de 1956, después de haber influenciado a muchos alumnos salesianos y al propio Silva Henríquez.

Después de las vacaciones del verano de 1927 Silva Henríquez le cuenta al padre Panzarasa “...Don Bosco me ha conquistado, un hombre moderno, un hombre amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres ... un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe, con una caridad infinita, un hombre de Dios, al parecer, sin que nadie cuente... Me gusta Don Bosco, qué hay que hacer?”¹¹. Y reflexionando sobre las virtudes de Don Bosco, Silva Henríquez encuentra que su experiencia espiritual de origen sencillo y preocupado

⁹ Simón Kuzmanich B. OSB, *Presencia Salesiana 100 años en Chile III; La consolidación 1921-1987* (Santiago: Editorial Don Bosco, 1998), 43.

¹⁰ Simón Kuzmanich B. OSB, *Presencia Salesiana III*, 317.

¹¹ Simón Kuzmanich B. OSB, *Presencia Salesiana III*, 305, de su homilía con motivo de sus Bodas de Oro de profesión religiosa, Catedral de Punta Arenas 2 de febrero de 1981, texto completo en Miguel Ortega, editor, *El Cardenal nos ha dicho* (Santiago: Editorial Salesiana, 1982).

por los niños humildes es algo que él puede compartir. Don Bosco había dialogado con los enemigos de la Iglesia y había querido que los niños llegaran a ser buenos cristianos y buenos ciudadanos, algo que le costó entender al joven Silva Henríquez. En las palabras del Cardenal, Don Bosco “había comprendido, muchos antes que sus contemporáneos, y casi un siglo antes que el Concilio, que la vocación de los hombres de iglesia también incluye el respeto a los valores del mundo”.¹²

Silva Henríquez se fue a vivir al Patrocinio San José –como pensionista- invitado por el Padre Panzarasa, quien lo influiría en su amor por los pobres y los más desamparados. Mientras Silva Henríquez continúa sus estudios de Derecho tiene la oportunidad de enamorarse de la persona de Don Bosco y de compartir las preocupaciones cristianas del padre Panzarasa, quien ha sido descrito por el historiador salesiano -padre Kuzmanich- de la siguiente forma: “Este sacerdote se situó a la avanzada para solucionar o proponer soluciones al problema social que cada vez más se iba introduciendo y creciendo en la sociedad. Amarguras, incomprensiones y un aconsejado ‘alejamiento’ del país, para una ‘mayor tranquilidad’, cortaron sus cristianos y democráticos anhelos”.¹³

Todas las tardes Panzarasa y su discípulo estudian y discuten algún texto lo que ayuda a Silva Henríquez a entender y estudiar la fe. Estudiaron juntos la relación de la fe con la razón a través de comentarios sobre los escritos de San Francisco de Sales y la preocupación cristiana acerca de los problemas sociales, ayudados por los escritos del padre Panzarasa, especialmente los que constituían el argumento central de su libro *La justicia social*. Y el Cardenal nos da la pauta de lo que significaron esas conversaciones para el resto de su vida cuando escribe “De aquellas conversaciones obtuve la firme convicción –que me ha acompañado hasta ahora- de que los católicos tenemos el desafío de responder prioritariamente a las exigencias sociales de nuestro tiempo, y de que la deliberada ignorancia de tales pre-

¹² *Memorias I*, 33.

¹³ Simón Kuzmanich B. OSB, *Presencia Salesiana III*, 308.

ocupaciones sólo conduce a la pobreza, el atraso y, en último término, la violencia”.¹⁴

Esos grandes anhelos sociales tendrían que dejarse esperar algunos años, ya que los primeros pasos de Silva Henríquez dentro de la familia salesiana fueron en el Patrocinio San José, donde fue asistente de los profesores y aprendió lo difícil que era el trabajo con los niños internos. Según él no era cosa de fuerza sino de maña y de acercarse a los alumnos tratando de ofrecerles algo de lo que habían dejado en sus casas y que muchos internados no ofrecían.

Silva Henríquez continuó sus estudios de Derecho y trabajó con Don Alejandro Reyes Cerda, un abogado que le permitió terminar su tesis, sobre *Asignaciones Modales*, y titularse de abogado. Corría el año 1929 y éstos serían los únicos pasos que Silva Henríquez daría como abogado, claro que usaría su experiencia y preparación como abogado para luchar por los pobres, los humildes y los perseguidos desde el punto de referencia del derecho. Me parece que un arzobispo que no hubiera sido abogado no habría planeado toda la ayuda legal que se dió en la Vicaría de la Solidaridad, un hecho que revisaremos en otro capítulo más adelante.

Silva Henríquez ya había decidido ingresar al Noviciado de los salesianos y así se lo hizo saber a su familia. Muchos de ellos pensaron que la familia de Don Bosco era una congregación muy humilde y que con su preparación él podría ingresar a otras congregaciones. En ese tiempo era muy común que el sacerdocio se percibiera como otra profesión y que los Obispos y superiores religiosos salieran de las familias más pudientes de la sociedad chilena, la mayoría de ellas residentes en Santiago. Claro que en medio de esas deliberaciones familiares Don Ricardo Silva tuvo la palabra final y con su amor de padre alentó a su hijo con las siguientes palabras: “Haga lo que Usted quiera. Nosotros no tenemos ningún reparo en que Usted entre a los salesianos; por el contrario, lo único que le pedimos es que piense bien lo que va a hacer y que sea definitiva su elección, para que no mate de pena a sus pobres padres”.¹⁵

¹⁴ *Memorias* I, 35.

¹⁵ *Memorias* I, 36.

Silva Henríquez entra al Noviciado el día 28 de enero de 1930, día de San Juan Crisóstomo. Al día siguiente los novicios celebraron la fiesta de San Francisco de Sales, en ese entonces la fiesta más importante dentro de la familia salesiana. El Noviciado quedaba en unos terrenos de Macul que la congregación salesiana había adquirido como parte de su expansión en Chile y la necesidad de formar sacerdotes chilenos para la Congregación. El terreno tenía una viña donde se preparaba un vino dulce para la Misa, que llevaba el nombre de Sagrada Familia, y los novicios tomaban parte en la vendimia, y acarreaban las uvas en canastos. Había una sana competencia para ver quién recogía más uvas y el Cardenal recuerda esta experiencia como muy formadora, no sólo en el espíritu de trabajo en común sino que como una experiencia directa de las realidades de los humildes peones que cosechaban las uvas producidas en los campos de Chile. Ese día de su primera vendimia, escribe el Cardenal, “murió en mí el señor abogado y nació el sacerdote.”¹⁶

Los valores impartidos en el Noviciado eran el trabajo, la caridad y el ejemplo cristiano, valores que habían impulsado a Don Bosco en su trabajo con los humildes y con los niños. La teología de esos años contenía el tradicional ascetismo y misticismo de la época, con aires de renovación impulsados por la necesidad de formar buenos sacerdotes salesianos. La vida de pobreza y cercanía a los humildes se reflejaba en el hecho de que al llegar al Noviciado el maestro de los novicios, padre Valentín Grasso le recordó a Silva Henríquez que los ternos y los relojes de oro no tenían cabida en la vida sencilla de los sacerdotes salesianos. Eran tiempos de hábito y de sotana, en que los ternos y las corbatas eran patrimonio de las clases pudientes ya que ni los trabajadores, peones ni obreros tenían acceso a esas ropas.

La formación salesiana de esos años en el Seminario de Macul duraba generalmente por un período de siete años: un año de Noviciado, tres años de Filosofía, y tres años de Tirocinio Práctico – período de práctica pedagógica en alguna institución salesiana. Luego de esa práctica los estudiantes seguían un curso

¹⁶ *Memorias* I, 39.

de teología por cuatro años, estudios que podían hacerse fuera de Chile.

Debe recordarse que los años de 1930 a 1934 fueron años muy difíciles en Chile. No solamente el país estaba afectado por la depresión económica mundial, sino que en 1931 el presidente Carlos Ibáñez del Campo salió del país para evitar una guerra civil. Durante ese año se sublevó la escuadra, sublevación que fue contenida por la Aviación. Sin embargo uno de sus coroneles, Marmaduke Grove, se tomó el poder e instauró la República Socialista. Grove era amigo de los salesianos y el Cardenal recuerda que sus ideas socialistas no tenían nada que ver con las de Marx, a quien no había leído, y la ruptura con la Iglesia nunca se produjo, ya que la famosa República solo duró algunos días. En los meses siguientes hubo nuevos levantamientos y una anarquía política que solo se resolvió con la elección de Arturo Alessandri como presidente de la república y el inicio de su segundo período de gobierno. Durante ese tiempo los salesianos rezaban por los obreros y los humildes, que fueron los que más sufrieron durante el período de recesión económica, ya que las noticias les llegaban directamente a través de sus familiares, aunque la crisis no los afectaba directamente.

En agosto de 1934 Silva Henríquez parte a Europa acompañado de su gran amigo Alberto Muñoz, quien también había estudiado Leyes, y de Carlos Weiss. Zarparon desde Valparaíso hacia Italia en un vapor italiano, el Virgilio, que hacía escala en el puerto peruano del Callao. Aparte de sus aventuras en el Puerto del Callao,¹⁷ donde no fue fácil encontrar la casa salesiana, los tres chilenos escribieron un diario detallado de sus aventuras con el título *Inter-Nos: diario serio-cómico-noticioso-caricaturesco, editado por tres ratas chilenas de paso por las Europas*. El Cardenal guardó este diario por años y lo re-leyó muchas veces durante su vida. Cruzaron el Canal de Panamá, maravilla de ingeniería de la época, donde el trigo destinado al molino de Don Ricardo se había quedado años antes provocando la quiebra del molino. La última parada fue en La Guaira, en Venezuela y de

¹⁷ *Memorias* I, 43-44.

allí los viajeros se encaminaron a Europa, donde atracaron en Barcelona y Marsella, y luego viajaron a su destino, el puerto italiano de Génova, donde llegaron el 26 de septiembre de 1934.

De Génova fueron en tren a la gran estación ferroviaria de Turín, donde los esperaban los padres chilenos Lázaro y Quiroz, que ya llevaban tres años en Italia. Llegaron al Instituto Teológico Salesiano, un edificio imponente y severo, de cemento y con muchas comodidades, sin embargo sin “el campo, el olor de la tierra, las magníficas puestas de sol en el medio del otoño, las auroras resplandecientes de la primavera, el verdor, la humedad, la cordillera”.¹⁸ De esos días el Cardenal recuerda con emoción las visitas a los lugares importantes dentro de la historia salesiana, especialmente la visita a la Basílica de María Auxiliadora, donde reposan los restos de Don Bosco. A través de sus escritos se percibe una gran tensión entre el haber llegado a la cuna de los salesianos con todo lo que éso significaba y la falta que le hacía el campo y la tierra de su infancia. Visitaron las piezas donde vivió Don Bosco y se empaparon de una tradición salesiana que en todo momento hablaba de la labor misionera de los salesianos en Chile, ya que muchos de los que encontraban en estos lugares majestuosos habían vivido y trabajado en Chile.

Al comenzar las clases en octubre de 1934 los seminaristas salesianos eran 42, 20 italianos y 22 extranjeros. Como era costumbre en esos años las materias eran impartidas a través de textos clásicos en latín y los alumnos estudiaban las lenguas de la Biblia incluyendo el hebreo. El horario diario respondía a la práctica de oración, estudio y trabajo de las comunidades religiosas, y que sería el horario diario de Silva Henríquez por el resto de su vida. Levantada a las 5.30 de la mañana, meditación 6.00-6.30, seguida por la Misa en ayunas, y por trabajos de aseo y estudio de algunas materias. Después del desayuno y a partir de las 8 de la mañana había tres clases, de una hora cada una separadas por recreos de 10 minutos. Después del almuerzo había dos clases, un recreo largo y períodos de estudio antes de la cena. A las 9 de la noche los seminaristas ya estaban en cama. Durante los sába-

¹⁸ *Memorias* I, 48.

dos había la misma rutina, y los domingos una Misa Cantada. Los jueves por la tarde los seminaristas podían salir a recorrer la ciudad y había descanso.

En octubre de 1934 Silva Henríquez recibió un telegrama enviado por el Padre José Puertas, provincial salesiano en Chile, ya que la correspondencia demoraba semanas en llegar desde Chile a Italia. El texto decía "Papá voló cielo. Puertas".¹⁹ La muerte de Don Ricardo fue un duro golpe para el Cardenal. Escribió una carta a su madre que circuló en su familia en la que él lo recordaba como el que le había dado la fe y lo había guiado siempre. Mientras que la pena de no haber estado en Chile para esa ocasión lo hizo escribir a menudo a su familia, también creó sentimientos de cariño a la Congregación, su nueva familia.

Silva Henríquez recibía alguna ayuda de sus hermanos mayores y un verano decidió pedir permiso para conocer Inglaterra y poder estudiar inglés. Se acostumbraba que los seminaristas fueran a la casa salesiana en Ulzio en los Alpes Italianos donde los seminaristas gozaban del aire y descansaban de la gran ciudad. Los padres no le concedieron el permiso diciendo que los salesianos vivían una vida modesta y que aunque tuviera los medios económicos no había razón para salirse de las reglas de vida de la comunidad. Silva Henríquez lo entendió y la verdad que le gustaban las vacaciones en los Alpes donde aparte de tener una vida menos estricta tenían acceso a las noticias y a lo que pasaba en el mundo contemporáneo.

Italia vivía bajo el gobierno de Mussolini que se había tomado el poder en 1922 y que tenía muchos simpatizantes entre el clero, debido a que el Duce no aceptaba la existencia del comunismo en Italia y porque había dado autonomía al Vaticano en 1929. Sin embargo en 1931 el Duce comenzó a actuar en contra de las organizaciones juveniles católicas, especialmente contra la Acción Católica. La encíclica *Non abbiamo bisogno* atacó las políticas fascistas y el Duce tuvo que aceptar los comentarios del Papa y la libertad dada a la Acción Católica.

¹⁹ *Memorias* I, 53.

La Acción Católica como movimiento católico había surgido después que León XIII diera a conocer su encíclica *Rerum Novarum*. Como maestro de la doctrina social León XIII había dejado en las manos de los laicos católicos y su acción católica los principios de justicia social y las enseñanzas del Evangelio que cuestionaban el orden social injusto y que atentaba contra la dignidad de todos los hombres. A través de esta “acción católica” el Papa evitaba que los movimientos socialistas fueran los únicos que pudieran hablar de la injusticia social y de la cosa pública. Pío X, su sucesor, apoyó a este nuevo movimiento y le dió cohesión y formación a través de un ordenamiento canónico que colocaba a estos movimientos laicos bajo la dirección de las jerarquías eclesiásticas.

Ya en 1922 Pío XI le dió una labor funcional y territorial a la Acción Católica a través de su encíclica *Ubi arcano Dei*. Y continuó formando ramas de la Acción Católica en Europa como la Juventud Obrera Católica (1925, formada por el Abad belga Cardijn), la Juventud Estudiantil Católica, la Juventud Agraria Católica, las cruzadas eucarísticas y las federaciones deportivas. La Acción Católica se convirtió en una organización de defensa de la Iglesia y así fue que el Duce decidió cerrar todas las casas y organizaciones juveniles católicas. Entonces el Cardenal Schuster ordenó a la Acción Católica, lideradas por una dama de Milán el abrir todas las casas y oficinas nuevamente. El Duce no se atrevió a cerrarlas otra vez, pues la Acción Católica no funcionaba dentro de ningún partido político y tenía ramificaciones nacionales e internacionales, lo que la convirtió en la organización católica laica más poderosa del siglo XX.

Años más tarde Pío XI condenaría el racismo practicado en la Alemania nazi a través de su encíclica, escrita en alemán, *Mit brenender Sorge* (con profunda pena). Y ya en 1931 Pío XI había conmemorado los 40 años de la encíclica *Rerum Novarum* con un nuevo texto *Quadragesimo Anno*, que impulsaba a analizar los procesos de evangelización y de justicia social que ya eran diferentes a los del siglo XIX. En 1934 y cuando Mussolini se reunió con Hitler en Venecia, los sacerdotes no pudieron salir a las calles y los que lo hicieron fueron humillados y castigados por los fascistas. Silva Henríquez recuerda discusiones muy aira-

das entre los seminaristas, en las cuales él defendía los valores de la democracia como cimiento de toda sociedad.

Las políticas expansionistas del Duce finalmente repercutieron en el seminario salesiano en 1934 cuando Mussolini decidió invadir Etiopía, y destituir al emperador Haile Salassie I para vengar la derrota de las fuerzas italianas a manos del emperador Menelik II, que había significado el término de la presencia italiana en el territorio de Abisinia, y el retiro de los italianos al territorio de Eritrea. Como resultado de esta expansión italiana en Africa y un discurso apasionado de Haile Salassie en la Liga de Naciones, Italia tuvo que afrontar sanciones por parte de los miembros de esa organización internacional. Las sanciones incluían la restricción en la venta de varias materias primas por parte de naciones europeas, y muy pronto faltarían el carbón, el trigo y los alimentos en todo el territorio italiano. La escasez de productos se sintió en el seminario salesiano, pero los seminaristas soportaron toda la crisis con el entusiasmo de los que aspiraban a cosas mayores. Llama la atención el conocimiento amplio de la situación de la campaña italiana en Africa por parte de Silva Henríquez, dentro de un clima en que ellos no podían leer los diarios.

Los seminaristas seguían todos los años una serie de rituales de acuerdo al curso en que estudiaban. Para unos los votos como religiosos, para otros los rituales menores que los acercaban a su ordenación como sacerdotes de la Iglesia. En el primer año de teología recibían la tonsura, y más tarde recibían las órdenes de ostiario, lector, exorcista y el acolitado. En el tercer año recibían el subdiaconado, un paso importante hacia el sacerdocio ya que durante la Misa se necesitaba un sacerdote, un diácono y un subdiácono. Este era también un momento importante dentro de la congregación salesiana pues los superiores debían votar afirmativamente o negativamente para que el seminarista pudiera continuar como religioso salesiano.

Silva Henríquez padecía de una lesión a la rodilla, una lesión que se había producido a raíz de las muchas horas que él tenía que estar de rodillas para celebrar los rituales de la comunidad religiosa. Los superiores ya sabían de esto, sin embargo en 1937, cuando Silva Henríquez debía ser aceptado al subdiaconado,

uno de los sacerdotes intimó a los superiores salesianos que si Silva Henríquez no podía celebrar los misterios de la fe en forma debida, entonces él no podría ser ordenado sacerdote. Esta decisión le fue comunicada a Silva Henríquez que triste se dispuso a volver a Chile. Sin embargo sus compañeros se comunicaron con el Padre Pedro Berrutti, prefecto general de la Congregación (segundo en la jerarquía salesiana), quien había sido provincial en Chile. El Padre Berrutti recordó a los demás salesianos que las provincias aceptaban a sus candidatos al sacerdocio y que si la provincia chilena no había tenido ninguna objeción a la incorporación de Silva Henríquez era ya muy tarde para negarle el subdiaconado. Los superiores del teologado se reunieron nuevamente y votaron por aceptar a Silva Henríquez al subdiaconado. Para Silva Henríquez esta fue una señal de que el Señor quería que fuera sacerdote.²⁰ Ya al año siguiente, 1938, Silva Henríquez fue ordenado diácono y el 3 de julio de ese año sacerdote. La ordenación tuvo lugar en la Basílica de María Auxiliadora y el obispo celebrante fue el Cardenal Maurilio Fossatti. La primera Misa tuvo lugar al día siguiente.

Después de la ordenación Silva Henríquez visitó varias ciudades italianas, entre ellas Milán, Venecia, Padua, Génova, Florencia, Ancona y Asis, gracias a unos dineros que le mandó su familia. También visitó Roma donde asistió con otros salesianos a una audiencia con el Papa Pío XI (Cardenal Achille Ratti), quien había canonizado a Don Bosco el día de Pascua de Resurrección de 1934. Pío XI declaró las virtudes heroicas de Santo Domingo Savio,²¹ otro santo salesiano, y adelantó la causa de Don Michelle Rua.

Cuando el Padre Silva llegó a Valparaíso en septiembre de 1938 su convicción sacerdotal salesiana era muy clara: “tenía ya la certeza que él [Don Bosco] había luchado en contra de una convicción arraigada en su época, la de que la santidad debía estar exenta de toda dimensión social, y este desafío me parecía

²⁰ *Memorias* 1, 63-64.

²¹ Muchacho salesiano de 14 años que salvó la vida a varias mujeres en peligro de muerte debido a partos difíciles.

estimulante y commovedor”.²² Silva Henríquez interpretó la obra de Don Bosco en forma muy clara. Los cristianos debían situarse dentro de la sociedad, para luchar por la justicia. Esa lucha debía llevarse a cabo a través de una relación constante con las clases acomodadas, que deberían entender su obligación para con los pobres. Al no entender esa obligación ellas quedarían expuestas a la revolución y al despojo. Esa obligación para con los pobres era tan sagrada que Don Bosco les decía que les hacía un favor al recordárselo, pues les permitía ejercer la caridad para con los demás.

Silva Henríquez recuerda un episodio de la vida de Don Bosco en que él y dos sacerdotes salesianos visitaron a una señora que quería ayudar financieramente a la Congregación. Ella le preguntó qué es lo que debería hacer para asegurar su ingreso al Cielo. Don Bosco le respondió que debería ser tan pobre como Job.²³ Es así como la idea de Don Bosco de que la fe católica es suficiente para construir una sociedad justa y de paz se convierte en una de las ideas principales en la vida pastoral de Silva Henríquez.

A su llegada a Chile, Silva Henríquez vivió en carne propia la incertidumbre que afectaba al clero, ya que la victoria de Pedro Aguirre Cerda significaba que los radicales y algunos sectores contrarios a la Iglesia estaban en el poder. Un día cuando caminaba por la ciudad lo llamó un obrero diciéndole “padrecito”. Cuando Silva Henríquez lo miró el obrero hizo un signo con la mano que simbolizaba el corte del cuello con un cuchillo. Silva Henríquez reconocía que la Iglesia se veía identificada con las clases acomodadas y no con los obreros o los humildes.

En la campaña electoral que precedió a la elección de Pedro Aguirre Cerda, el Partido Conservador había puesto énfasis en la lucha entre la civilización comunista y la civilización cristiana, esta última representada por el Partido Conservador. Esa posición había sido apoyada por miembros del clero que veían a los radicales como enemigos de la Iglesia. Así es como siguiendo los modelos

²² *Memorias* I, 71.

²³ *Memorias* I, 71-72.

Europeos de organización de la Acción Católica, el Partido Conservador había organizado una Falange Conservadora, respaldada por la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos.

Los jóvenes de la Falange estaban inspirados por la Doctrina Social de la Iglesia y solamente habían llegado al Partido Conservador porque era la única vía para actuar que tenían los católicos en ese momento. Ya antes de las elecciones el Partido Conservador eligió a su candidato, el liberal conservador Gustavo Ross y esa elección creó descontento entre los jóvenes de la Falange, que habían propuesto al social cristiano Jorge Matte. Así fue como la Falange decretó libertad de voto para sus miembros, y después de la victoria de Aguirre Cerda se produjo una división enorme entre los católicos que estaban interesados en la política contingente, y eran miembros del Partido Conservador.

Finalmente y después de tanto temor los radicales no atacaron a la Iglesia pues se dieron cuenta que sería una mala maniobra política ya que la mayoría de los chilenos se consideraban católicos. Sin embargo, los radicales representaban un grupo social ascendente, y que no sólo estaba formado por los obreros, sino que por la clase media chilena. Ese sería el grupo que en los años siguientes decidiría los debates políticos ya que tendría militantes de todos los partidos políticos.

Al mismo tiempo y dentro de la Iglesia de Santiago hubo un cambio radical en 1939 cuando Monseñor Campillo presentó su renuncia al Papa y éste nombró al Obispo José María Caro de La Serena como Arzobispo de Santiago. Monseñor Caro había sido uno de los primeros en reconocer públicamente el triunfo de Aguirre Cerda, dentro de una zona nortina que siempre había sido mayoritariamente comunista y socialista. En sus declaraciones Caro no había atacado al nuevo presidente, sino que había comentado, refiriéndose a Aguirre Cerda, que “sus deseos (los del presidente) de dar al pueblo reformas que entrañen el bien de las masas son bien conocidas y muy loables. La Iglesia chilena está dispuesta a ayudarlo con todas sus fuerzas”.²⁴ Monseñor Caro venía de una familia humilde, pero también era sureño ya que su padre era lla-

²⁴ *Memorias I*, 76

vero de un fundo que administraban parientes de Silva Henríquez.

A su vuelta a Chile el Padre Silva pidió permiso para visitar familiares y su familia completa aprovechó la oportunidad de juntarse en Talca, en el Colegio Salesiano, donde Silva Henríquez celebró su primera Misa en Chile. Y a su regreso a Santiago, sus superiores le comunicaron que estaba destinado al Instituto Teológico Salesiano de Santiago, en La Cisterna, donde daría clases a los seminaristas.

El ministerio del Padre Silva

A su llegada al teologado salesiano, el Padre Raúl Silva hizo clases de Derecho Canónico e Historia de la Iglesia y dictó el curso de Propedéutica para el primer año. En esos años y con la situación de guerra en Europa el Instituto Teológico salesiano se había constituido en un refugio para los seminaristas salesianos europeos. Había seminaristas de Alemania, Bélgica, Inglaterra, Italia y Polonia. La experiencia del Padre Silva fue positiva ya que había un ambiente de amistad, orden y respeto en una comunidad que gozaba de un buen superior, el Padre Carlos Orlando.

La Congregación salesiana había crecido mucho y había unos 150 sacerdotes salesianos en todo el país, mientras que el Instituto Teológico albergaba cerca de 50 alumnos. Al mismo tiempo que el número de salesianos crecía, se producía una nacionalización de la provincia chilena, debido al número creciente de salesianos chilenos que de a poco reemplazaban a los salesianos italianos. La provincia salesiana en Chile estaba dirigida por un padre inspector, que tenía un grupo asesor, el Consejo Principal, formado por algunos superiores de las casas o institutos salesianos y ya en 1939 había varios chilenos en ese Consejo.

El Padre Silva llegó a La Cisterna en un momento de expansión, ya que los terrenos que los salesianos poseían albergarían cuatro proyectos, el Instituto, un teatro, un templo, y el Noviciado. Esa expansión se debía al hecho de que en el año 1929, la señora Carmen Arriarán había donado una gran suma de dinero para que

se construyera un colegio que llevara el nombre de su hermano, don Manuel Arriarán Barros, un católico conocido del siglo XIX que había conocido la obra de Don Bosco con los humildes y los obreros y ya en 1887 había comenzado a insistir que los salesianos deberían ir a trabajar a Chile. Ya cuando murió en 1907 los salesianos se habían asentado en Punta Arenas y en otros lugares de Chile.

Sin embargo el plano original no contemplaba un colegio. Más tarde la placa que se colocó a la entrada del complejo salesiano tuvo la siguiente inscripción “Obra de Don Bosco. Liceo Manuel Arriarán Barros. Instituto Teológico Salesiano”. Sin embargo los profesores del Instituto, Silva Henríquez entre ellos, vieron la necesidad de educar a las juventudes de La Cisterna, un sector que ya estaba creciendo como parte del Gran Santiago. Al mismo tiempo, ellos conversaron con el provincial salesiano expresándole su preocupación de que no hubiera una necesaria separación entre los seminaristas, los novicios y los estudiantes de la secundaria. Esa separación en la educación salesiana era una de las directivas emanadas de los superiores de la Congregación, y por lo tanto el Padre Provincial estuvo de acuerdo y así fué como en 1941 se comenzó la construcción del Liceo Manuel Arriarán Barros.²⁵

El Padre Silva fue su primer rector cuando se inauguró en 1943, y trabajó incansablemente en el Liceo por cinco años. Cerca de 200 niños se matricularon en el nuevo colegio y pronto el Liceo funcionó en 12 salas de clases. La idea del colegio salesiano era el servir a las familias más modestas, pero los recursos económicos eran escasos y sólo había dinero suficiente para pagar al profesorado. Sin embargo muy pronto el Liceo recibiría una subvención del gobierno radical –al que tanto se le temía– que cubriría los demás gastos. El presidente radical Juan Antonio Ríos había asumido el gobierno, ya que Aguirre Cerda había muerto en 1941 durante su mandato presidencial. Ríos y su Alianza Democrática habían derrotado a Carlos Ibáñez del Campo y habían incluido en su programa a la Falange. Aguirre

²⁵ *Memorias* I, 82.

Cerda había acumulado muchos partidarios y la congoja del pueblo chileno había sido grande, así fue como lo expresó el cardenal Caro al despedirlo. Ríos consolidó esa labor y adelantó el progreso de Chile con la acción de la Corporación de Fomento (CORFO) fundada por Aguirre Cerda y que más tarde crearía las industrias y compañías estatales como la Endesa, CAP, ENAP y IANSA.

En esos primeros trabajos como educador ya se percibe la preocupación de Silva Henríquez por los humildes, y por la posibilidad de crear una sociedad más justa y solidaria usando las estructuras dadas a los políticos y a sus partidos. De esa manera Silva Henríquez como sacerdote salesiano, formado en las fuentes tradicionales de la Congregación en Turín, trata como director del nuevo colegio, darle un carisma que responda a la visión del sacerdote propiciada por Don Bosco. Don Bosco había conseguido dineros para abrir un albergue con el objeto de tener un gran centro donde los niños humildes encontrarán a Dios. Mientras ese sueño ya se había realizado en Turín, el Padre Silva junto a otros salesianos quería hacerlo realidad en Chile.

Así fue como Silva Henríquez decidió hacerse cargo de construir el templo de San Juan Bosco dentro del complejo salesiano. Los planos originales mostraban una iglesia pequeña, pero Silva Henríquez decidió llamarlo el Templo Nacional de Don Bosco y se puso en campaña para reunir fondos para la obra. A raíz de una circular que fue enviada a muchos amigos de los salesianos y a todos sus cooperadores, muchas donaciones y palabras de aliento comenzaron a llegar, y como resultado de esas palabras de aliento el Padre Silva decidió revisar los planos y comisionó a un ex-alumno que era arquitecto, para que hiciera los planos de un templo digno para la memoria y labor de la familia de Don Bosco en Chile.

No cabe duda que hubo cierta oposición por parte de varios sacerdotes salesianos y hubo muchas dificultades económicas ya que la situación difícil de una Europa que sufría los estragos de la Segunda Guerra Mundial ya se hacía sentir en Chile. Sin embargo, las obras comenzaron, con 20 obreros pagados por el Padre Silva, que solo tenía fondos para pagar

otro mes de faenas, y con mucho entusiasmo el Padre Silva continuó con la obra y recibió ayudas inesperadas, por ejemplo de un inmigrante italiano que todos los meses donaba una suma, pero que cuando se ganó todos los dineros del sorteo semanal de la Polla Chilena de Beneficiencia, donó el diez por ciento a las obras de Don Bosco, suma suficiente para pagar todo un mes de trabajo y materiales.²⁶ En otra ocasión un par de sujetos que habían perdido todo en el Casino de Viña del Mar fueron a ver al Padre Silva. Ellos habían “pedido prestado” un billete a las alcancías del Santuario de la Virgen de lo Vásquez, uno que se veía en un costado de la alcancía. Al volver al Casino ganaron una suma de dinero y querían restituir un tercio de ese dinero a la Virgen, a través de una donación para la construcción del templo en La Cisterna.²⁷

A través de rifas y la distribución de miles de boletines acerca de la obra de Don Bosco, el Padre Silva consiguió llevar adelante las obras que se iniciaron en 1944 y finalizaron en 1950. Ya en 1949 el Cabildo Metropolitano aprobó la erección de una parroquia a cargo del Padre Bartolomé Aliberti que se hizo cargo del templo de 25 metros de alto y 50 de largo. Años más tarde Claudio di Girólamo proveyó las estaciones del Calvario y en 1961 pintó un mural con la figura de Don Bosco.²⁸ Silva Henríquez consideró esos años como de mucho entusiasmo, años que lo hicieron conocido entre los salesianos y entre mucha gente en lugares remotos de Chile. Fue en esos años cuando Silva Henríquez comenzó su “carrera de pedigüeno”, la que ejercería durante toda su vida.²⁹ Y esa vida trabajando por la familia de Don Bosco continuaría en 1948, cuando el Padre Silva asumió la dirección del Patrocinio de San José, el colegio más importante de los salesianos en Chile.

²⁶ *Memorias* I, 90.

²⁷ *Memorias* I, 91.

²⁸ Cuando a fines de los años 80 el cardenal dictaba sus memorias, el templo de la cisterna tenía una capacidad de 800 personas para la Misa dominical, y se calculaba que unas 1.500 personas asistían a esa celebración eucarística, *Memorias* I, 110.

²⁹ *Memorias* I, 92-93.

Aunque no se puede decir que los salesianos estaban tan metidos como los jesuitas en la cosa pública, el Padre Silva se dio cuenta de que las actividades escolares y las reuniones con los apoderados de cualquier colegio salesiano ejercerían una influencia eclesial dentro de esas familias. Esa influencia y las líneas directrices del colegio tenían mucho que ver con las relaciones del Ministerio de Educación y la Iglesia, con las relaciones entre los diferentes gobiernos y las autoridades eclesiásticas de la época. Cuando el presidente Ríos muere en 1946 la situación de la Iglesia dentro de la sociedad chilena es muy diferente que en los años anteriores y ya se percibe un enorme cambio social y una nueva perspectiva eclesial relacionada con la justicia social. Puede ser que el Padre Silva haya estado más al tanto de esos conflictos por el hecho de dirigir un colegio en La Cisterna, sin embargo se puede ver su preocupación por entender la educación y la pastoral salesiana dentro de la realidad nacional al preocuparse de la educación de los humildes y de los obreros.

El sucesor de Ríos, Alfredo Duhalde, recibió la oposición de los comunistas y socialistas, y debió enfrentarse a huelgas organizadas por la Confederación de Trabajadores de Chile. La represión a los obreros continuaba y a pesar de la desafección de los socialistas y de los Falangistas, Gabriel González Videla llega a la presidencia con el apoyo de los comunistas. Su gobierno radical promulgó en 1948 la ley de defensa de la democracia que proscibiría y perseguiría a los miembros del Partido Comunista y crearía una nueva ruptura en la izquierda chilena.

Dentro de la juventud católica se produce en esos años una ruptura entre los Falangistas y la Acción Católica. Anteriormente la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) se había incorporado a la Juventud Conservadora, la Falange, asumiendo el pensamiento social y laico francés, que en esos años era influenciado por Jacques Maritain (se les conocía como los jóvenes afrancesados). Los jóvenes de la Ac-

³⁰ La Acción Católica en América Latina surge primero como movimiento inspirado por el llamado de Pío XI, pero que amalgamaba otros movimientos

ción Católica mantenían una línea de pensamiento más ortodoxo y cercano a la tradición católica española (se les conocía como hispanistas).³⁰

A mediados de los años 40 la Acción Católica continúa sus rencillas con el Partido Conservador y el obispo auxiliar de Santiago Augusto Salinas decide cambiar al capellán, Padre Jorge Gómez Ugarte, y lo reemplaza por el Padre Alberto Hurtado, un jesuita. Ya en 1946 el obispo Salinas se había dado cuenta que el Padre Hurtado era más radical que el capellán anterior y nuevamente decide cambiar capellán. Dos capellanes son nombrados: los Padres Eladio Vicuña y Vicente Ahumada. Hugo Montes fue elegido como presidente de la Acción Católica, pero renunció después que el obispo Salinas criticara en documentos pastorales a los que no seguían a la jerarquía y se metían en política contingente. Esos jóvenes eran los miembros de la Falange que estaban influenciados por la Doctrina Social de la Iglesia.

El sucesor de Hugo Montes fue un agricultor y egresado de Leyes, Roberto Prat Echaurren. Los ex-presidentes de la Acción Católica solidarizaron con Montes,³¹ lo que provocó la ira del obispo Salinas que escribió un artículo muy severo en el *Diario Ilustrado*, con el título "Enemigos de Cristo", y les recordó que la Iglesia había condenado el comunismo y todas sus ideas. Los jóvenes pidieron consejo a la Conferencia Episcopal la que

católicos juveniles que ya existían antes. Así es como la Acción Católica se organiza en Cuba (1929), Argentina (1930), Uruguay (1934) Costa Rica y Perú (1935) y Bolivia (1938). Los resultados de ese movimiento fueron la formación de jóvenes católicos cultos que después formaron partidos políticos como la Democracia Cristiana y tuvieron mucha influencia en sus respectivos países. En el caso chileno, y de acuerdo al historiador Enrique Dussel el movimiento juvenil católico en Chile fue el más importante en el mundo, véase Enrique Dussel, *A History of the Church in Latin America: Colonialism to liberation* (Grand Rapids, Michigan: William B. Eerdmans, 1981), 108-109, traducción al inglés de *Historia de la iglesia en América Latina*.

³¹ Los nueve ex-presidentes de la juventud de la Acción Católica eran Eduardo Frei, Ismael Canessa, Javier Lagarrige, Héctor Ríos Igualt, Rodolfo Valdés Phillips, Julio Santa María, Martín García, William Thayer y Víctor Risopatrón, algunos de los cuales eran ya dirigentes de la Falange, *Memorias I*, 97.

respaldó al obispo Salinas. Sin embargo, el obispo de Talca, Manuel Larraín, los apoyó recordándoles que los católicos no tenían por qué estar ligados a un solo partido, y por lo tanto la Falange podía luchar por los principios de justicia social sin tener que participar en el Partido Conservador. Es así como la Falange continúa su existencia y la “cuestión social” se convierte en un tema cada vez más importante dentro de la sociedad chilena.

A su llegada al Patrocinio San José el Padre Silva se hizo las mismas preguntas que ya se había hecho antes en La Cisterna, preguntas relacionadas con la obra salesiana como continuación de la de Don Bosco y la “cuestión social” dentro de la educación en un colegio que tenía fama de ser estricto, y el que los alumnos apodaban el Presidio de San Pepe.³² El Patrocinio San José había sido fundado por el sacerdote Blas Cañas, quien había conocido a Don Bosco, proyectándolo como un internado donde se pudiera educar a los hijos de los pobres de la clase alta, cuyas familias habían enfrentado la quiebra económica o cuyos padres habían muerto. El colegio tenía una sección para niñas, la Casa de María, y otro para niños, el Patrocinio San José. Esas dos secciones fueron entregadas a los salesianos en 1891 cuando por causa de la guerra civil el sistema de internado era necesario. Pero cuando el Padre Silva se hizo cargo, la mayoría de los internos provenían de Santiago y solo tenían permiso para ir a sus casas para las Fiestas Patrias y para la Navidad, además de los cumpleaños del padre o de la madre cuando podían ir a la casa por el día.

Ya en 1949 y cuando el inspector general salesiano, Padre Pedro Berrutti, visitó Chile, el Padre Silva le comentó las dificultades que él tenía con el régimen de internado en el Patrocinio San José. Don Bosco había hablado de una disciplina preventiva y había criticado el sistema represivo. En el sistema represivo se castigaban actitudes y se vivía en un clima de desconfianza, mientras que en el sistema preventivo se explicaban posibles actitudes en el marco de la comunidad de colegio. Dentro del sistema preventivo los religiosos estaban siempre presente en la vida de los alumnos y por lo tanto reiteraban las actitudes positivas.

³² *Memorias* I, 101.

Dentro de este sistema preventivo, de acuerdo a Don Bosco, había casi una imposibilidad de faltar a las reglas del sistema, el que se convertía en una comunidad creyente.

El Padre Berrutti dio permiso para que se relajara el sistema y para que hubiera reformas, y el Padre Silva decidió ofrecer el sistema de “medio pupilaje” a los apoderados que quisieran. Con ésto el sistema de internado como regla general terminó, pues los apoderados que vivían en Santiago preferían tener a sus hijos en casa, mientras que los alumnos de provincia todavía podían optar al régimen de internado.

Claro que las reformas en la educación católica siguieron produciéndose a través de un diálogo común que no se había dado antes, pues la mayoría de los colegios funcionaban como entidades autónomas y sus directivas no tenían comunicación con otros colegios. El Ministro de Educación, Alejandro Ríos Valdivia, se dió cuenta de este problema, que era difícil para el gobierno en el área de las comunicaciones y se lo comentó a sacerdotes metidos en la educación, entre los que estaban Silva Henríquez, el Padre Jorge Gómez Ugarte, y el Padre Manuel Mella, rector del Instituto de Humanidades Luis Campino. Muy pronto se formó una asociación de educadores católicos, y el Obispo Salinas dio su visto bueno a la organización, que siguiendo la buena experiencia de Italia llevó el mismo nombre, Federación de Establecimientos Educativos (FIDE).

La primera directiva de la FIDE fue presidida por el Padre Jorge Gómez Ugarte, quien invitó a su sobrino Juan Frontaura Gómez, egresado de derecho, para que actuara como secretario. Frontaura trajo a dos de sus compañeros Hugo Montes y Sergio Contardo Egaña, y las oficinas de la organización funcionaron en la calle Lira, en el departamento del Padre Gómez. Ya en marzo de 1949 existía un *Boletín de Pedagogía* y la revista *Rumbos* – de la cual Silva Henríquez fue su primer director. Trabajaron con él el Padre Gómez, Hugo Montes y Guillermo Blanco. La contratapa de cada edición de *Rumbos* llevaba la misma cita del Papa Pío XI que resumía la misión de la educación católica: “El primer ambiente natural y necesario de la educación es la familia, destinada precisamente para esto por el Creador. De modo que, regularmente, la educación más eficaz y duradera es la que se recibe en

la familia cristiana bien ordenada y disciplinada, tanto más eficaz cuando resplandezca en ella más claro y constante el buen ejemplo de los padres, así como también el de los demás miembros de la familia”.³³

Muy pronto la FIDE recibió como miembros a colegios particulares laicos los que veían la necesidad de la cooperación y el perfeccionamiento. Y los nuevos presidentes de la asociación se sucedieron: el Padre Esteban Gumucio de los Sagrados Corazones en 1949 y el Padre Silva Henríquez en 1950. Ya en ese año la FIDE coordinaba a 132 colegios, con un total de más de 80.000 alumnos en sus aulas. En su informe de diciembre de 1950, Silva Henríquez informa que la FIDE tenía en funcionamiento un servicio educacional de asesoría para los diferentes colegios, una comisión de estudio para reformar las preparatorias y una Federación de Asociaciones de Padres de Familia. También ya se desarrollaban las Jornadas de Estudios Pedagógicos, que incluían la asistencia de profesores y expertos en materias educativas y planes de docencia.

Es claro que así como lo había hecho en La Cisterna, Silva Henríquez se había dedicado de lleno al proyecto educacional que dirigía, examinando y cuestionando ese proyecto desde el punto de vista de la fe y desde la perspectiva de la educación salesiana que brotaba de la vida y misión de Don Bosco. En La Cisterna Silva Henríquez había sido un buen líder con dos resultados inmediatos: existía un mayor conocimiento de la labor de los salesianos y de la vida de Don Bosco, y la educación católica chilena se había fortalecido debido a sus preguntas y cuestionamientos.

Es interesante constatar que Silva Henríquez en los años 80 no pensaba que la generación de los años 50 era más religiosa que la de los 80. Por el contrario Silva Henríquez veía que tenían que estudiar el ramo de religión y pasar sus exámenes, lo que no siempre significaba que su práctica religiosa era más fervorosa o su fe más grande. Los jóvenes de los 50 eran más cultos ya que aprendían las verdades de la fe en forma más sistemática, pero en

³³ *Memorias* I, 104.

sus palabras los jóvenes de los 80 “tienen la decisión, el interés, la autenticidad: en una palabra, la fe”.³⁴

Silva Henríquez se había encariñado con los alumnos del Patrocinio San José y estaba muy metido en las actividades de la FIDE. Sin embargo sus superiores decidieron mandarlo de vuelta a La Cisterna al Instituto Teológico, ya que había problemas entre su director italiano y los seminaristas. Silva Henríquez lo sintió y escribió a Roma apelando a su traslado, pero dejando constancia de que por supuesto que iría a La Cisterna cumpliendo con su voto de obediencia religiosa. El sólo había estado dos años en el colegio y la norma era que los directores completaran un período de tres años.

La carta que recibió de Roma fue muy agradable y el superior mayor salesiano estuvo de acuerdo con la lógica de Silva Henríquez, sin embargo reiteró que lo necesitaban en La Cisterna. El Padre Silva se trasladó al Instituto Teológico y constató que había un ambiente de mucha división entre los seminaristas – muchos de ellos extranjeros- y la dirección del Instituto. Entre los que ayudaban a paliar las tensiones estaba un joven sacerdote que era director de estudios y profesor de dogma, Egidio Viganó que años más tarde sería elegido como rector de la Congregación y el séptimo sucesor de Don Bosco.

* En 1952 hubo nuevas elecciones presidenciales. El Partido Conservador estaba dividido y se había creado una facción más derechista (Partido Conservador Tradicionalista – Partido Conservador Unido) que presentó a Arturo Matte Larraín como candidato. Los radicales tenían a Pedro Enrique Alfonso como candidato, apoyados por los conservadores socialcristianos y los de la Falange liderados por Eduardo Frei Montalva. Los socialistas, apoyados por los comunistas en la clandestinidad, llevaban a Salvador Allende Gossens como candidato. Carlos Ibáñez del Campo, otro candidato –independiente – tenía el apoyo del Partido Socialista Popular y de muchas personas que estaban cansadas de las luchas políticas. Ibáñez usaba el emblema de la escoba y

³⁴ *Memorias I*, 105.

prometía “barrer a los políticos”. Así fue como para muchos el *ibañismo* prometía prosperidad, cambio social y progreso.

Ibáñez era masón, ya que muchos oficiales del ejército lo eran, pero la fe católica lo atraía y antes que muriera el Padre Gómez lo confesó. Según Silva Henríquez, Ibáñez era un político inteligente y astuto y él le dio su voto en las elecciones presidenciales.³⁵ Ibáñez ganó las elecciones y mientras fue presidente se preocupó de las obras salesianas especialmente la Escuela Agrícola en Punta Arenas donde se cosechó el primer quintal de trigo en la zona austral de Chile.

En 1953 la Sagrada Congregación de Religiosos de la Santa Sede planteó un nuevo desafío a las congregaciones religiosas, que el mismo Papa Pío XII había pensado para la Iglesia universal. Las congregaciones religiosas debían organizar congresos a nivel nacional y zonal para aunar los trabajos pastorales y mejorar la comunicación y acción pastoral que se realizaba junto al clero secular (los sacerdotes diocesanos). La Nunciatura en Chile desarrollaría esfuerzos para que los religiosos en Chile asistieran a un congreso para América Latina que se llevaría a cabo en Buenos Aires. La idea del Papa era celebrar un congreso mundial en Roma, que resumiera las conclusiones de los congresos locales que reflexionarían acerca de los estados de perfección en la vida religiosa y en la iglesia.

La Nunciatura en Santiago, a través de su secretario, el Padre Cámpora, le pidió a los salesianos, que eran la congregación más numerosa en Chile, que organizara el Congreso de Religiosos en Chile. El vice-provincial de los salesianos, Padre Baltazar López aceptó la propuesta y propuso a Silva Henríquez como encargado de la organización del Congreso de Religiosos. Silva Henríquez por su parte conversó con personal de la Nunciatura, y fue finalmente nombrado líder de la Presidencia del Congreso, organización que incluía al cardenal Caro, al Nuncio y a los obispos chilenos.

Como ya lo había hecho en La Cisterna y en el Patrocinio San José, Silva Henríquez se dió a la tarea de organizar un

³⁵ *Memorias* 1, 112.

Congreso de Religiosos en un momento de renovación que él consideraba histórico para la iglesia chilena. Junto a seminaristas, religiosas de María Auxiliadora y los jesuitas, su oficina mandó cientos de cartas a las diferentes casas religiosas en Chile y la respuesta fue muy positiva. La organización del Congreso se dividió en dos secciones, una para los religiosos liderada por Silva Henríquez y otra para las religiosas a cargo de la Hermana Inés Gandolfi, de las Hijas de María Auxiliadora, las hijas de Don Bosco.

Después de muchas reuniones y mucho trabajo, en que Silva Henríquez insistió en consultar a laicos amigos, la organización del Congreso estuvo lista en septiembre de 1953, mes que coincidió con la llegada del nuevo Nuncio monseñor Sebastiano Baggio. El nuevo Nuncio había sido diplomático en Austria, El Salvador, Bolivia y Venezuela y era una persona culta y moderna. Baggio se alegró con la buena preparación del Congreso en Chile y tramitó la bendición apostólica que fue enviada por el prosecretario de estado del Vaticano, monseñor Giovanni Battista Montini – más tarde el Papa Pablo VI. Según Silva Henríquez, Baggio “sería una de las personas más gravitantes en mi vida a partir de entonces”.³⁶

El Congreso duró dos semanas con sesiones diarias de 9 de la mañana a 6 de la tarde, y con la participación de 30 congregaciones religiosas que trabajaban en Chile. El lema del Congreso era *Ubi Caritas et Amor Deus Ibi Est* – donde hay caridad y amor, allí está Dios. Los temas tratados incluyeron la disciplina, los votos, la obediencia, la formación de directores espirituales, las vocaciones, la relación con los laicos, el apostolado social, la docencia, el estado de los colegios, los medios de comunicación, la formación técnica y humanística y otros áreas que eran problemáticas dentro de la vida religiosa en Chile.³⁷

El Congreso tuvo un gran éxito y las deliberaciones y conclusiones fueron publicadas en un volumen de 500 páginas que constituyó la contribución chilena al Congreso de Religiosos de

³⁶ *Memorias I*, 116.

³⁷ *Memorias I*, 117.

América Latina que se llevó a cabo en Buenos Aires en enero y febrero de 1954. La delegación chilena a Buenos Aires fue integrada por 30 personas que se reunieron con otras delegaciones provenientes de Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. El Congreso del Cono Sur fue todo un éxito y la delegación chilena tuvo un papel muy importante en las deliberaciones, siendo la única delegación con una contribución escrita a los temas del Congreso, lo que significó que el Nuncio Baggio estuviera muy satisfecho con toda la preparación y la participación chilena en Buenos Aires.

A raíz del éxito del Congreso, la fama de Silva Henríquez como organizador creció. Así fue como el Nuncio le pidió que se hiciera cargo del programa de migraciones desde Europa a Chile, que la Santa Sede y la Acción Católica habían desarrollado junto con el Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas (CIME) con sede en Suiza. La Santa Sede había creado para este efecto la International Catholic Migration Commission (ICMC) que dependía de la Pontificia Comisión para las Migraciones y el Turismo. Anteriormente esta ayuda había sido canalizada a través del secretario de la Acción Católica y laicos como Julio Philippi y las hermanas Izquierdo, directoras de la Escuela Social Elvira Matte de Hurtado, habían ayudado en estos proyectos.

Hasta esa fecha, 1955, 1028 extranjeros habían recibido visas para Chile, ayudados por organismos católicos. A su llegada a Chile se los había albergado en el Hogar de San José, la Casa de San Juan y el Estadio Nacional. Las condiciones en el Estadio Nacional habían sido de hacinamiento con familias y jóvenes solteros, conviviendo en situaciones muy difíciles. El CIME y la ICMC pagaban el pasaje de los refugiados y hacían los trámites legales para que entraran al país, pero hacía falta un organismo que coordinara su alojamiento y su posterior integración a la vida nacional.

Aunque Silva Henríquez le recordó al Nuncio que de acuerdo al derecho canónico no era posible para un Rector de Seminario dedicarse a otras labores, el Nuncio consiguió el permiso para que el Padre Silva Henríquez siguiera como director del Instituto Teológico de La Cisterna y al mismo tiempo se hiciera cargo de las migraciones. El Nuncio le consiguió un ayudante, el Padre

alemán Wolfgang Wallisfurth, quien había venido a Chile después de conocer a obispos chilenos en Alemania, los que buscaban sacerdotes que quisieran ayudar en Chile. Wallisfurth había terminado sus estudios de teología en Chile y había obtenido un doctorado. Más tarde había ido a ayudar a la diócesis de San Carlos de Ancud, que incluía Ancud y Puerto Montt, donde se desempeñaba como secretario del obispo Ramón Munita Eyzaguirre.

El Padre Wallisfurth tenía una energía y fuerza enorme y pronto comenzó a tomar decisiones en áreas que el obispo quería mantener para sí. Don Ramón Munita lo mandó a Santiago a la Nunciatura, y el Nuncio le pidió que se hiciera cargo de los inmigrantes de habla alemana, a través del Sainkt Raphaels Verein. En eso estaba cuando el Nuncio lo destinó a trabajar junto a Silva Henríquez en la Dirección de Obras de Migración y en una nueva fundación, el Instituto Católico de Migraciones (INCAMI).

El INCAMI comenzó a funcionar en febrero de 1955, y las primeras reuniones se llevaron a cabo en la Nunciatura, y el Nuncio convocó a Julio Philippi, Adriana Izquierdo, Fernando Aldunate, Raúl Yrarrázaval (abogado), Enrique Arechavala, María Figueroa de Valdés, y Cristóbal von Unterrichter (ICMC-Chile). El proceso jurídico de preparar los estatutos del INCAMI se terminó el 4 de mayo de 1955 y en septiembre de 1955 el INCAMI recibió personalidad jurídica como corporación de derecho privado a través del decreto ejecutivo 4159.

El presidente Ibáñez había ayudado mucho en los procesos de acogida a los inmigrantes ya que consideraba bueno para el país que hubiera europeos que pudieran habitar las provincias. Los que llegaban en los barcos se alojaron en el Estadio Nacional, y después de algunos días de trámites cada uno de ellos recibió 25 dólares y un carnet de identidad que acreditaba su nacionalidad chilena.

Los comienzos del INCAMI coincidieron con la oferta del gobierno de usar un restaurant en desuso en la Quinta Normal para alojar a los refugiados. Silva Henríquez, por su parte, convenció a las Hermanas Carmelitas Misioneras Terciarias Descalzas, una congregación de Buenos Aires que tenía experiencia en esas labores, que el trabajo en Chile era muy necesario. Así fue

como junto con la fundación del INCAMI las religiosas recibieron todos los permisos para trabajar en la arquidiócesis de Santiago, y el nuevo albergue comenzó a funcionar. El primer grupo de refugiados fue de 63 y en unas pocas semanas el número se incrementó a 329. El albergue era un hotel grande que disponía de 180 camas para adultos y 20 para niños, con 15 salas para matrimonios y 4 salas generales. Muy pronto el albergue también tuvo su capilla, en la cual capellanes extranjeros se dedicaron al cuidado pastoral de las diferentes nacionalidades.

✱ Silva Henríquez fue nombrado secretario de la Comisión de Migraciones del Episcopado, que siguiendo las normas de la Constitución Apostólica *Exsul Familia* estaba promoviendo el trabajo pastoral con los refugiados que eran miles de personas desplazadas por todos los conflictos que estaban ocurriendo en Europa y por el comienzo de la “guerra fría”. Silva Henríquez se preocupó de coordinar el transporte a través de la Fuerza Aérea desde Puerto Montt a Coyhaique, donde muchas de las familias de refugiados fueron trasladados por personal del Grupo 5, comandado en esos años por Diego Barros Ortiz.

Ya en 1955 la labor de migraciones había disminuido su urgencia y se presentaron muchos problemas. Por una parte, la subvención del gobierno no alcanzaba para hacer el trabajo de procesar y albergar refugiados, mientras que era difícil convencer a los provincianos de que los refugiados tenían derecho a comprar tierra y a vivir como cualquier otro chileno. El INCAMI les conseguía trabajo muy rápidamente lo que tuvo repercusiones en la vida familiar, y la permanencia familiar se convirtió en un problema. Hubo serios problemas con los refugiados eslavos, serbios y rusos y a eso se sumó el déficit presupuestario de 1956 y 1957.

Para Silva Henríquez éste fue un período muy gratificante, ya que él vio el amor de los católicos por los pobres y los desamparados, los que no tienen nada y han debido dejar su tierra y su familia, una situación parecida a la de la Sagrada Familia en los Evangelios. Años más tarde, y después del golpe militar de septiembre de 1973, el INCAMI ayudó a muchos chilenos a salir del país y acogió a los que retornaron a fines de la década del 80 y comienzos de la década del 90.

Aunque la labor con los refugiados disminuyó, hubo otros trabajos relacionados con el INCAMI que recibieron la dirección, asesoría y experiencia del Padre Silva Henríquez. En 1955, y cuando INCAMI, buscaba recursos para continuar su labor, Johannes Schauff, director de la International Catholic Migration Commission (ICMC) comentó que en Estados Unidos existían muchos excedentes agrícolas. Estos excedentes eran entregados a la Catholic Welfare Conference (NCWC), organismo creado por los obispos norteamericanos a fines de la Primera Guerra Mundial. Esa organización tenía una sede en Río de Janeiro y ya había tramitado un convenio de ayuda con el gobierno chileno, por la cual excedentes norteamericanos podían ser distribuidos en Chile y en otros países de América Latina donde hubiera necesidad. Las condiciones de distribución eran sencillas - los obispos del país que recibiera esa ayuda debían hacerse cargo de la distribución.

La Conferencia Episcopal de Chile le había encargado esa labor al obispo de Talca Don Manuel Larraín quien había asumido como tal en 1939 y se había dedicado a alentar a la Acción Católica y a promover la Doctrina Social de la Iglesia. Silva Henríquez lo conoció bien, pues no solo era el obispo del lugar donde vivía su familia, sino que también por el hecho que su predecesor Don Carlos Silva Cotapos era primo del padre de Silva Henríquez.

Silva Henríquez conversó con Don Manuel Larraín y después de muchas deliberaciones Larraín estuvo de acuerdo que parte de los excedentes agrícolas fueran entregados para la labor con los refugiados. Sin embargo, los agricultores norteamericanos estaban preocupados por la baja de precios si sus excedentes agrícolas, por ejemplo leche en polvo, mantequilla, arroz, trigo, algodón y ropa, pasaban a formar parte de la oferta económica en Estados Unidos. Ellos querían destruir esos excedentes para crear más demanda y por lo tanto era claro que había que apurarse para conseguirlos y distribuirlos en Chile.

La NCWC como organización era miembro de Caritas International, organización que en 1951 había sido fundada por la Iglesia para ayudar con los problemas que afrontaba Europa después de la Segunda Guerra Mundial. En los Estados Unidos



esas labores estaban siendo realizadas por la organización War Relief Services, que luego se amalgamó junto a la NCWC en los Catholic Relief Services (CRS). La generosidad de los católicos norteamericanos había creado organizaciones que todavía hoy ayudan a los países del tercer mundo, y la única dificultad en Chile era que no había organización de iglesia que funcionara dentro de Caritas Internationalis.

El 9 de julio de 1955 y en la ocasión de una visita del secretario general de Caritas Internationalis, monseñor Carlo Bayer, el Nuncio organizó una reunión en la Nunciatura. Asistieron 23 invitados, entre ellos Don Manuel Larraín, la Hermana Lucía Errázuriz (colegio de religiosas), el Padre Bernardino Piñera (viceasesor de la Acción Católica), Claudio di Girólamo (Obra San Manuel), el Padre Alfredo Ruiz Tagle (Obra Mi Casa), Julio Philippi (abogado), el Padre John Comber (misioneros de Maryknoll) y el Padre Silva Henríquez.

Dentro de la exposición de monseñor Bayer quedó claro que ésta labor de ayuda a los necesitados era muy importante dentro de la iglesia moderna. El Padre Wallisfurth quedó encargado de la secretaría de Caritas, y el Nuncio propuso que todas estas organizaciones de ayuda social pasaran a formar parte de INCAMI. Silva Henríquez fue nombrado presidente de la Comisión de Estatutos, integrado por la señorita Rebeca Izquierdo y los Padres José Ortea, Alfredo Ruiz Tagle y Wolfgang Wallisfurth. La labor organizativa se extendió durante todo el año 1955 y el verano de 1956, y ya en abril de 1956 la labor jurídica para formar Caritas Chile había concluido y el Nuncio propuso al Padre Silva como el primer presidente de la Junta Ejecutiva, un cargo que normalmente recaería en un obispo. En julio el decreto de personalidad jurídica fue proclamado y la Junta Ejecutiva estuvo formada por el Padre Wallisfurth, el Padre José Ortea, Fernando Dávila Izquierdo, Jorge Sánchez Ugarte, Eugenio Browne y la Hermana Lucía Duarte.

Las cuotas de inscripción para organizaciones que quisieran afiliarse fueron fijadas en \$ 2000 para las y 8000 pesos para las instituciones. Con 250 dólares que les había donado monseñor Carlo Bayer, se imprimieron 3000 circulares para invitar a organizaciones a afiliarse a Caritas Chile. Solo 300 organizacio-

nes respondieron -un diez por ciento de las organizaciones invitadas- y ya más tarde las peticiones de afiliación crecerían mucho más. Sin embargo, Silva Henríquez tuvo que conversar con senadores y personeros del gobierno para convencerlos de que Chile debía ratificar el “Acuerdo sobre las Agencias de Rehabilitación y Socorro” con los Estados Unidos. Algunos parlamentarios habían manifestado sus críticas al convenio, ya que para algunos significaba una influencia económica por parte de Estados Unidos en el país, y para otros el acuerdo parecía atentar contra el mercado de productos nacionales.

Los parlamentarios del Partido Conservador ayudaron para que el convenio se aprobara, y en cuanto éso sucedió Silva Henríquez se dirigió al Ministerio de Relaciones Exteriores para asegurar que los productos fueran entregados a través de organismos de la iglesia. El Ministerio decidió nombrar a la Nunciatura Apostólica como receptora de los productos, lo que aseguró que la distribución de los excedentes agrícolas norteamericanos se hicieran a través de Caritas Chile.

La Catholic Relief Services pagaba el flete de los productos hasta Chile pero Caritas Chile debía hacerse cargo del almacenamiento, transporte y distribución dentro del país. Además la oficina de Caritas debía mantener un cierto número de empleados pues las peticiones de afiliación se multiplicaban y la correspondencia, por el hecho de la distribución también. Silva Henríquez se encargó de convencer a los parlamentarios de que era necesario liberarlos de los aranceles aduaneros e hizo llegar algunos productos a los parlamentarios para que vieran que eran de buena calidad y que paliarían el hambre y la pobreza de muchas personas que sufrían en Chile. El Padre Silva consiguió no sólo un trato preferencial en los Ferrocarriles del Estado sino que el pago de todos los fletes por parte del gobierno. Ya en 1957 el Padre Wallisfurth había visitado a los benefactores de Estados Unidos y Silva Henríquez había recibido una comunicación de que podían mandarle todo lo que pudiera recibir, en vez de cuotas de excedentes agrícolas como sucedía en el caso de otros países de América Latina.

Ya a comienzos de 1957 Caritas mantenía dos mil centros de distribución en todo el país y había asumido proyectos que

incluían la atención a los presos (proyecto del Nuncio), decenas de miles de desayunos escolares, alimentación de niños y enfermos indigentes (Servicio Nacional de Salud), alimentación materno-infantil (Patronato Nacional de la Infancia), y ropa para los pobres (Roperero del Pueblo). También, junto con el INAMI, Caritas Chile tenía ya una reputación internacional de ayudar a los perseguidos y a los necesitados sin importarles su credo o su posición política. Esta fama se había acrecentado después de la invasión soviética en Hungría, ya que los húngaros que vivían en Chile habían hecho una colecta que fue enviada a través del INAMI a Caritas Internationalis. Esta colecta fue la única organizada en algún país latinoamericano para ayudar a los refugiados húngaros.

Sin embargo, hubo cierta oposición a la labor de Caritas por parte de los agricultores chilenos, quienes estaban preocupados por los precios y por los mercados de sus productos. En 1957, y cuando Caritas ya ayudaba a 700.000 personas, el Ministerio de Agricultura después de recibir una petición de la Sociedad Nacional de Agricultura, creó una comisión a fin de controlar la distribución de alimentos. Los agricultores siguieron reclamando por una supuesta venta de los excedentes agrícolas provenientes de Estados Unidos y por la baja en los precios de la leche debido al exceso de oferta dentro del Mercado nacional. El Padre Silva hizo sus propias investigaciones y en una reunión con el Presidente Ibáñez le informó que según sus expertos Chile tenía una falta de leche enorme, que llegaba a los 600 millones de litros al año. Caritas importaba 100 millones de litros, el resto no existía. Las conclusiones de ese estudio indicaban que la mayoría de la población modesta no consumía leche y que los programas de Caritas iban educando a los padres de menores recursos acerca de la necesidad de dar leche a sus niños cada día.³⁸

A raíz de estas políticas, Caritas Chile fue elegida como miembro de la Junta Ejecutiva de Caritas Internationalis a fines de

³⁸ *Memorias*, I, 142. El programa de Caritas impulsado por el Padre Silva puede considerarse precursor del programa de leche gratuita a todos los niños en edad escolar, que fue llevado a la práctica por el gobierno de Salvador Allende.

1957. Los proyectos y la creatividad del Padre Silva y su equipo se multiplicaron, y entre los nuevos proyectos hubo los siguientes: un proyecto de fabricación de fideos y otro de pan con harina norteamericana, se compraron generadores eléctricos para zonas rurales, se usaron las ropas de pieles finas para hacer ropa y revestimiento de muebles, hubo un concurso de cocina con los productos distribuidos por Caritas, se hicieron crecer los programas sanitarios y de vivienda y se creó la primera bolsa de trabajo para cesantes.

Uno de los proyectos más innovadores y que Silva Henríquez continuaría apoyando durante toda su vida fue la idea de llevar de vacaciones a los niños de familias pobres. El Padre Wallisfurth sugirió que la persona encargada debía ser un sacerdote italiano de la Orden de la Madre de Dios, el Padre Baldo Santi, que había llegado a Chile en 1946 para trabajar en la diócesis de Rancagua. El Padre Santi llegaría a ser el coordinador nacional de la red de Caritas en Chile. En ese momento tomó sus nuevas responsabilidades con mucho entusiasmo y la primera colonia de verano se llevó a cabo el año 1959, con ayuda de los industriales metalúrgicos (ASIMET) en Quinta de Tilcoco. A esa colonia fueron 130 niños, que pudieron distraerse y alimentarse en muy buenas condiciones por 20 días. La asistencia a Misa no era obligatoria y sin embargo el Padre Santi informó que 100 niños asistían a Misa y que hubo muchas confesiones.³⁹

Caritas fue responsable de muchos cambios en el país, no solo en la manera de organizar la ayuda a los más necesitados sino que en la percepción de los pobres y los humildes. En el caso de los leprosos de la Isla de Pascua, Caritas negoció con la Armada la donación del dinero necesario para comprar harina para el pan del personal a cambio de harina que venía de Estados Unidos. Con este dinero se construyó un hospital para los leprosos chilenos, que luego quedó a cargo de la Armada, pero que erradicó la enfermedad del territorio nacional. La Armada llevó los materiales y los obreros para la construcción del hospital pascuense en el transporte *Pinto* y en el buque *Esmeralda*.

³⁹ *Memorias I*, 143-144.

Pero más que nada Caritas fue responsable de un cambio profundo dentro de la Iglesia chilena, la que comenzó a ayudar materialmente a los necesitados y a discutir problemas sociales y económicos con personeros de gobierno. En ese sentido la autoridad de la Iglesia dentro del país fue usada como un arma de la caridad, especialmente en los proyectos que necesitaban donaciones y apoyo no solo por parte de particulares sino que de parte del gobierno y las Fuerzas Armadas. La Iglesia recibió franquicias aduaneras para importar vehículos en los que se pudiera distribuir ayuda y capacitación a lugares aislados. Esa flota de vehículos creó comentarios adversos entre los que pensaban que la imagen del “sacerdote sacrificado” se iba a destruir, opinión que Silva Henríquez no compartía. Silva Henríquez nos cuenta que “yo tenía la certeza –la sigo teniendo– de que aquél punto de vista era erróneo, porque el trabajo pastoral tenía una prioridad en el servicio, no en el sacrificio”.⁴⁰

Otros proyectos llevados adelante por Caritas Chile fracasaron, por ejemplo, el esfuerzo de llevar cine educativo a través de las parroquias de Chile. Caritas compró más de 200 máquinas proyectoras, y películas adecuadas para proyectar en lugares donde chilenos nunca habían tenido la oportunidad de ver una película de cine. Sin embargo, la falta de confianza en técnicos especializados significó que muchas de las máquinas y de las cintas se rompieron y ante la oposición de muchos párrocos que querían dejar las máquinas en manos de personal especializado, Caritas decidió no continuar esta tarea de educación masiva.

A un nivel más general, Silva Henríquez reconoció que la labor de Caritas había sido muy importante pues había puesto la promoción humana como parte de la caridad cristiana. Al mismo tiempo la relación entre las iglesias más ricas y las más pobres se fortaleció, un modelo que iba a ser central para entender las relaciones entre las naciones del norte y del sur del planeta en los años siguientes. La visión de Silva Henríquez era quizás demasiado optimista, cuando él reconoce que estaba convencido de

⁴⁰ *Memorias I*, 144.

que Caritas iba a terminar con la pobreza en Chile.⁴¹ Lamentablemente, el Padre Silva se equivocó en ese punto, pero no en la labor central que desarrollaría Caritas en la historia de la Iglesia chilena ya que “la misión de Caritas era estar allí donde hubiese dolor y sufrimiento, saliendo al paso de la desesperanza, propagando nuestro mensaje, inoculando el soplo de la fe”.⁴²

Dentro de esa promoción humana se encontraba una de las áreas más difíciles dentro de las políticas gubernamentales en Chile: la vivienda. Como en otros países de América Latina las ciudades, especialmente Santiago, habían crecido rápidamente por el hecho de que muchas personas buscaban trabajo y un futuro económico en los complejos urbanos. La realidad que los afectaba era muy diferente a la de sus sueños familiares ya que no podían obtener viviendas con los salarios que tenían. Así es como las tomas de terrenos y la aparición de las poblaciones callampas —que aparecían de un momento a otro— se constituyeron en un problema grave, ya que sus habitantes no tenían agua potable, electricidad o servicios higiénicos. Aparte de las enfermedades que proliferaban en esas condiciones, las construcciones livianas y las conexiones de electricidad a los cables eléctricos producían accidentes y tragedias. Así fue como en 1956 un incendio en el Zanjón de la Aguada arrasó con todas las viviendas. El Hogar de Cristo, a cargo del Padre Alejandro del Corro ofreció techos a los damnificados y Caritas proporcionó azúcar, frazadas y publicó avisos pidiendo ayuda en los diarios de la capital. En 1957 la población Manuel Rodríguez sufrió un incendio y Caritas pudo ayudar inmediatamente entregando 500 mil pesos a cada familia, con lo cual se reconstruyeron 40 casas en 3 días.

El 23 de octubre de 1957, 130 viviendas de la población El Carmelo en el Zanjón de la Aguada fueron destruidas por un nuevo incendio. Caritas se ofreció inmediatamente a ayudar a reconstruir las casas pero ellos debían tener el terreno donde poder hacerlo. Ellos no tenían esos terrenos y por lo tanto per-

⁴¹ *Memorias* I, 146.

⁴² *Memorias* I, 148.

manecían a la interperie. Los pobladores habían hablado con políticos que tramitaban la entrega de terrenos de la Corporación de la Vivienda (CORVI) en la Chacra La Feria, y decidieron tomarse los terrenos, mientras que el Padre Silva se comprometió a construir las viviendas y a protegerlos para que no los echaran de esos terrenos. Doscientos cincuenta familias ocuparon los terrenos y decidieron no moverse. El Padre Silva habló con el cardenal Caro, quien le pidió al Presidente Ibáñez que no los desalojaran.

Los pobladores dividieron los terrenos en sitios de 8x16 metros para cada familia, el Hogar de Cristo los proveyó con cien casas de madera y Caritas ayudó con materiales y herramientas. La población pasó a llamarse La Victoria. A raíz de esa experiencia el Padre Silva trató de llegar a un acuerdo con el Hogar de Cristo para vender viviendas a un precio barato, pero no logró convencer a su director de que ésto sería posible. Así fue como a fines de 1957 Caritas terminó de formular los estatutos para un Instituto de Vivienda de Caritas (INVICA), y en abril de 1958 la primera junta directiva de INVICA promulgó los nuevos estatutos que ya habían sido aprobados por el Nuncio Apostólico. El Padre Silva fue elegido como primer presidente de INVICA, y trabajó junto a Daniel Sotta Barros (Hogar de Cristo), Ricardo Labarca y Mariano Puga Vega (los dos de Caritas).

En el verano de 1956 Silva Henríquez se había trasladado al Colegio de la Gratitude Nacional, ya que había cumplido seis años a cargo del Instituto Teológico salesiano, el máximo número de años que podía ser superior de una casa salesiana, de acuerdo a las normas de la Congregación. El Colegio Gratitude Nacional había sido uno de los primeros establecimientos salesianos en Chile. Los salesianos llegaron a Chile en 1887 y el Colegio Gratitude Nacional se abrió en 1991 para educar a los niños que habían sufrido debido a la Guerra del Pacífico, especialmente los que habían quedado huérfanos. El Colegio se ubicó al lado del templo que lleva por nombre La Gratitude Nacional al Sagrado Corazón de Jesús por el Triunfo de las Armas Chilenas en la Guerra del Pacífico.⁴³

⁴³ *Memorias* I, 131.

El Colegio de la Gratitude Nacional había estado a cargo de la Congregación de los Teatinos y fue ocupado por el ejército durante la guerra civil de 1891. El gobierno chileno se lo entregó a los salesianos, quienes se preocuparon de limpiarlo y prepararlo para la formación y educación de los niños. Los salesianos lo dividieron en dos partes: el Liceo Juan Bosco que tenía parte de las preparatorias y todas las humanidades (600 alumnos – 150 internos) y la Escuela Industrial (300 alumnos – todos internos). Dentro de la Escuela Industrial los alumnos estudiaban una de cinco especialidades: mecánica, electricidad, tipografía, sastreía, y mueblería. Por lo tanto con un número de 900 alumnos, el Colegio Gratitude Nacional se constituyó en uno de los colegios más grandes de Chile.

Como ya lo había hecho antes en el Patrocinio San José, Silva Henríquez se enfrentó al problema del internado del Colegio. Había muy poco espacio y en muchos casos no había necesidad de tenerlo. La única solución fue darle más salidas a los alumnos y tratar de conseguir empleo para los que terminaban en la Escuela Industrial. En 1957 Silva Henríquez inauguró una sexta especialización en la Escuela Técnica, la mecánica de máquinas y herramientas, que ya se veía como un aspecto de la industria chilena que iba en crecimiento constante.

Y así como lo había hecho en el Patrocinio San José, Silva Henríquez continuó interesado y participando con mucho entusiasmo en el trabajo de la FIDE. La integración latinoamericana de los colegios católicos ya se había organizado en 1945 cuando se había fundado en Bogotá la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC), la que tenía congresos que se llevaban a cabo en diferentes lugares de América Latina. La creación de la FIDE en Chile significó que los exponentes chilenos brillaron en los congresos que se realizaron a nivel latinoamericano. Por ejemplo, los Padres Jorge Gómez Ugarte, Manuel Edwards – que habían sido presidentes de la FIDE chilena- y el Padre Bruno Rychlowasky, que fue presidente de la FIDE en la arquidiócesis de Santiago presentaron ponencias brillantes en el Congreso de Río de Janeiro (1951). Ya en el Congreso de La Habana (1954) los Padres Jorge Gómez Ugarte, Francisco Lyon y Eugenio León

hablaron con autoridad sobre temas de educación que interesaban a los demás delegados.

Como resultado de todos estos esfuerzos Chile, fue designado como sede del VI Congreso de la CIEC en 1956. El Padre Jorge Gómez que era presidente de la FIDE se encargó de organizar la preparación del VI Congreso. Entre los integrantes de la comisión de trabajo estaban Hugo Montes, Juan Frontaura, Sergio Contardo, Alejandro Silva Bascuñán, Mario Baeza y Julio Philippi.

El Padre Gómez le pidió a Silva Henríquez que dirigiera los debates, que eran muy importantes, pues habían delegados de dieciocho de los países de América Latina. El Congreso se desarrolló del 7 al 14 de septiembre de 1956 con el tema general de la formación social del educando, y con las siguientes comisiones de trabajo: (i) fundamentos doctrinarios de la educación; (ii) análisis de los ambientes particulares de la educación; (iii) la formación de ideas; (iv) la sensibilidad social; (v) la capacitación en la acción social, y, (vi) la libertad de enseñanza.⁴⁴

Ciertamente que el Nuncio Baggio estaba muy contento con el papel que la iglesia chilena estaba jugando en el contexto latinoamericano y que seguía dándole al Padre Silva tareas dentro de la organización de la iglesia. Y Silva Henríquez comenta años después: “En sus felicitaciones por el resultado del Congreso creo haber notado la silenciosa intención de seguirme dando responsabilidades enormes”.⁴⁵

El 29 de septiembre de 1957 la madre de Silva Henríquez, Mercedes Henríquez de Silva, murió a los 86 años en Talca. El Padre Silva la vio al día siguiente y le llamó la atención su tranquilidad. La muerte de su madre significó que ya no estaban sus padres y que la labor pastoral dentro de la Iglesia consumiría todas sus energías y el resto de su vida.

En 1957 los salesianos celebraron su Capítulo General en Turín, reunión que se llevaba a cabo cada seis años y a la que

⁴⁴ *Memorias* I, 135.

⁴⁵ *Memorias* I, 136.

asistían todos los provinciales y los delegados electos de las provincias salesianas de todo el mundo. En el caso chileno la Congregación había manifestado el deseo de que el delegado al Capítulo General fuera más tarde elegido Provincial, y que éste fuera por primera vez un chileno. El Padre Silva fue elegido delegado, algo que lo colmó de gozo y ocasión en la que sintió el respaldo de los salesianos por todo lo que había hecho y estaba haciendo.

Cuando ya se disponía a partir a Roma, lo llamó el Nuncio Baggio para preguntarle si aceptaría ser nombrado Obispo ya que la diócesis de Antofagasta se hallaba vacante. El Padre Silva le pidió que no lo nombrara ya que quería dedicarse a la provincia chilena de los salesianos que tenía en ese entonces 200 sacerdotes y 30 obras dentro de Chile.

El viaje a Europa duró tres meses y el Padre Javier Bascuñán reemplazó a Silva Henríquez en Caritas e INVICA. Luego de una visita a Estados Unidos para estrechar lazos con el Departamento de Estado y el Catholic Relief Services, el Padre Silva llegó a Turín para participar en el XVIII Capítulo General de los salesianos duró desde el 27 de julio hasta el 9 de agosto de 1958. Los delegados eran 119 salesianos de todo el mundo que discutirían las prácticas, normas y apostolado de los salesianos.

Se suponía que el Padre Silva era el candidato a ser el primer Provincial chileno de los salesianos. Sin embargo y tal como él lo reconoce, su candidatura murió el día que delegados al Capítulo deliberaron sobre el rezo del rosario durante la Misa. Había sido práctica establecida por Don Bosco que los niños rezaran el rosario durante la Misa. En tiempos de Don Bosco, así como todavía lo era durante el Capítulo, la Misa se oficiaba en latín y el uso del texto en lenguas vernáculas estaba prohibido por el Santo Oficio. Esa prohibición se debía a que la Iglesia quería velar contra prácticas protestantes, en que las funciones del sacerdocio de los fieles permitía que laicos presidieran la liturgia. Sin embargo en el caso chileno los obispos habían animado al pueblo de Dios a que siguieran la Misa en latín ayudado por su texto en castellano, y así pudieran participar más plenamente en la liturgia de la Iglesia.

El Padre Silva comentó a los delegados que si esa práctica salesiana continuaba habría en el caso chileno una contradicción entre las prácticas salesianas y las directivas emanadas de los obispos. Según él eso no podía ser. Los superiores salesianos prometieron consultar a la Sagrada Congregación para los Religiosos del Vaticano, pero se negaron a pedir un permiso especial a los obispos chilenos o a la Sagrada Congregación para los Obispos. Según Silva Henríquez esta práctica, que continuó sin consulta a los obispos, contradecía la cooperación que las congregaciones religiosas debían mostrar hacia los obispos en su práctica pastoral a nivel local. En todo caso, y de la forma que lo comenta Silva Henríquez, “mi candidatura a provincial murió ese día de manera trágica”.⁴⁶

El 9 de octubre de 1958 murió el Papa Pío XII, que según Silva Henríquez “era, evidentemente, un hombre superior, con una poderosa intuición profética: un asceta en cuya mirada profunda y penetrante, aunque ligeramente distante, uno reconocía al hombre de Dios”.⁴⁷ El 28 de octubre los Cardenales en cónclave eligieron como sucesor al patriarca de Venecia, Angello Roncalli, que pasó a llamarse Juan XXIII. Nacido en el pueblito de Sotto il Monte (25.11.1881) cerca de Bérgamo. Roncalli fue ordenado sacerdote en 1904. Luchó como sacerdote por el estudio e implementación de la encíclica *Rerum Novarum* en Bérgamo y fue considerado un sacerdote radical que tuvo enemigos. En 1921 se hizo cargo de Propaganda Fide, oficina del Vaticano encargada de las misiones, y fue nombrado Arzobispo en 1925. Más tarde sería Visitador Apostólico en Bulgaria y Turquía, y Nuncio Apostólico en París a fines de la Segunda Guerra Mundial. En 1953, a los 72 años fue nombrado patriarca de Venecia. Y cuando fue elegido Papa se le consideraba un pontífice de la transición debido a su edad. Sin embargo el mundo católico se llevaría una sorpresa muy grande ya que Juan XXIII decidiría llamar a todos los obispos del mundo a un concilio ecuménico, el segundo en el Vaticano, el Concilio Vaticano II.

⁴⁶ *Memorias* 1, 158.

⁴⁷ *Memorias* 1, 158.

El 12 de octubre de 1958 el Padre Silva volvió a Chile e inmediatamente a la llegada al aeropuerto de Los Cerrillos le dijeron que un alumno del internado de la Gratitude Nacional se había ahorcado en un baño del colegio. Silva Henríquez se sintió muy mal ya que pensó que si no hubiera ido a Italia el niño le habría contado sus problemas. Los padres del niño se habían separado y por lo tanto el alumno se sentía muy solo. Silva Henríquez quedó convencido que los internados no eran la mejor forma de educar a los alumnos salesianos. En el funeral el padre del alumno insultó al Padre Gustavo Ferraris y le echó la culpa a Silva Henríquez. Este hecho hizo que el Padre Silva Henríquez pidiera a sus superiores que lo dejaran salir del trabajo en el colegio, lo que hizo a fines de ese año.

Silva Henríquez quedó libre para dedicarse al trabajo de Caritas en un período en que Ibáñez terminó su mandato y Jorge Alessandri Rodríguez fue elegido Presidente de la República. Las elecciones fueron muy diferentes a las anteriores ya que la Falange ya se había convertido en un partido político, el Partido Demócrata Cristiano (PDC). Eduardo Frei Montalva había amalgamado a los católicos que seguían la doctrina social de la Iglesia y en su manifiesto político había interpretado el sentir de una parte del clero chileno, que pensaba que los problemas sociales debían analizarse, enfrentarse y resolverse.

Silva Henríquez ya había notado que el gobierno de Ibáñez no fue capaz de enfrentar esa división entre la clase alta y los trabajadores. Los chilenos habían tenido la posibilidad de conseguir trabajos y habían tenido mayor acceso a la educación, pero tanto los derechos de los trabajadores como la reforma agraria no habían tenido el impulso necesario y ya la oposición política a las clases altas se expresaba de manera fuerte. Por una parte los partidos de izquierda continuaban su consolidación, por otra parte el PDC había creado una división en el Partido Conservador y los católicos que, mayoritariamente formaban parte del Partido Conservador, se habían dividido en su apoyo a lo que sería el Partido Nacional (PN) y el PDC. Esta división seguiría afectando la posición de la Iglesia en la década siguiente.

En las elecciones presidenciales hubo tres candidatos de peso: Jorge Alessandri Rodríguez (conservadores y liberales),

Eduardo Frei Montalva (PDC), y Salvador Allende Gossens (izquierda). Los otros candidatos eran Luis Bossay (Partido Radical) y Antonio Zamorano (ex-sacerdote de Catapilco). Zamorano, que tenía ideas de izquierda, obtuvo 41 mil votos, mientras Alessandri ganó las elecciones con 33 mil votos más que Allende. Es claro que si Zamorano no hubiera sido candidato Allende podría haber ganado las elecciones. Estos resultados provocaron la unidad de la izquierda chilena que se dio cuenta de que tenían el respaldo de una gran parte del electorado, y que podían seguir adelante con su campaña por los derechos de los trabajadores y la reforma agraria.

Después de las elecciones presidenciales. miembros del Partido Conservador escribieron al Vaticano acusando a miembros del clero y a laicos católicos que habían apoyado a la izquierda en las elecciones presidenciales. Ya en esa carta se ve como los conservadores sentían que ya no eran el partido político de la Iglesia. El Vaticano no se conmovió con la carta-acusación. Era claro que el Vaticano reiteró las ideas que el Cardenal Tardini había expresado en una carta al Cardenal Caro en 1950, a nombre del Papa Pío XII, en que claramente se entendía que los católicos no debían identificarse con un partido político determinado sino que debían escuchar la voz de sus pastores, del Episcopado y de la Iglesia. Según Silva Henríquez, “Tardini no sólo había zanjado la discusión sobre la reunión de los católicos bajo una misma bandera política (lo que era muy importante), sino que también había enfatizado que el catolicismo no podía significar una adhesión irrestricta al *statu quo*, y, en cambio, debía tomar un papel conciente en la transformación de las situaciones de injusticia”.⁴⁸

Los acontecimientos que marcarían el futuro de Silva Henríquez se produjeron en esos meses: el 24 de octubre murió el obispo de Valparaíso, Rafael Lira Infante; el 3 de noviembre Jorge Alessandri asumió como Presidente de la República; y el 4 de diciembre el cardenal Caro, el primer cardenal chileno, murió a los 92 años.

⁴⁸ *Memorias* I, 175-176.

Los restos del cardenal Caro fueron sepultados en la cripta de los Arzobispos, bajo el altar mayor de la Catedral, acompañado de muchedumbres que no se habían visto antes en Santiago. En esa ocasión Silva Henríquez recuerda un hecho insólito. Cuando asistían a la sepultación se le acercó el Padre Leopoldo Manzor, a quien Silva Henríquez conocía por el trabajo de Caritas, quien le susurró las siguientes palabras: “Mire bien: allí van a descansar sus restos cuando muera”.⁴⁹ Meses antes el Nuncio Baggio había conversado con el cardenal Caro acerca de la posibilidad de nombrar un tercer obispo auxiliar en Santiago, y había pensado que Silva Henríquez sería un buen candidato para obispo y más tarde un posible candidato para la sucesión episcopal en Santiago.⁵⁰ Por razones que no conocemos ésto no se hizo efectivo, lo que habría facilitado la sucesión episcopal en Santiago.

⁴⁹ *Memorias* I, 177.

⁵⁰ *Memorias* I, 184.

Arzobispo y Cardenal en democracia

El verano de 1959 no fue un verano tranquilo para los sectores interesados en las sedes eclesiales vacantes de Santiago y Valparaíso. No era ningún secreto para los católicos en general, para los conservadores y para los demócratacristianos que el sucesor del cardenal Caro dictaría las políticas de la Iglesia chilena en los próximos años. La nueva división entre los católicos conservadores y los miembros de PDC ya entonces afectaba la constitución de los movimientos católicos del país.

Las dos alas laicas de la Iglesia se encargaron de mandar sus cartas de apoyo y de denuncia a la Santa Sede, pidiendo que la Iglesia tuviera en consideración esos programas cuando designara al nuevo Arzobispo de Santiago. Para los demócratacristianos el nuevo arzobispo debía ser un obispo que continuara las líneas pastorales de modernización de la iglesia chilena que ya se había producido a nivel latinoamericano, y por lo tanto veían a monseñor Manuel Larraín como su candidato. Los conservadores estaban preocupados por el hecho de que varios de los obispos habían sido asesores de la Acción Católica y los veían muy cercanos a los falangistas. Entre ellos mencionaban a José Manuel Santos, Bernardino Piñera y Juan Francisco Fresno. Por lo tanto los conservadores preferían a monseñor Alfredo Silva Santiago, arzobispo de Concepción y rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

De hecho los conservadores pensaban que una mayoría de los nuevos obispos eran partidarios del PDC y acusaban al Nun-

cio Apostólico Baggio, al que consideraban un modernista y liberal, de apoyar a los sectores liberales dentro de la Iglesia chilena. Baggio tenía buenas relaciones con el Episcopado y su estilo familiar y agradable le habían permitido aminorar la imagen de una iglesia autoritaria y legalista. Sin embargo sus relaciones con el presidente Alessandri no habían sido buenas desde la campaña presidencial, cuando Alessandri había tratado de conseguir la bendición del Nuncio para su programa social, que en realidad mantenía el *status quo* y no adhería a las nuevas perspectivas sociales de la Conferencia Episcopal de América Latina (CELAM).

El 12 de marzo de 1959 la Santa Sede anunció que Baggio estaba destinado como delegado apostólico en Canadá y que el nuevo administrador apostólico de Santiago sería el obispo auxiliar Emilio Tagle. En esos momentos las relaciones entre Alessandri y el Nuncio eran tan malas que cuando Baggio se preparaba a dejar Chile, el presidente prohibió cualquier tipo de despedidas oficiales, sólo los obispos y el clero le brindaron una comida de despedida. El 5 de abril Baggio salió desde el aeropuerto de Los Cerrillos con rumbo a Roma, y mientras que en el aeropuerto había miembros del clero no lo despidió ningún representante oficial del gobierno conservador. En las palabras de Silva Henríquez, “cuando se marchó, muchos de nosotros pensamos que se había apagado una de las más robustas fuentes de energía de nuestra Iglesia; aunque sabíamos también que lo que su impulso nos había legado no debía ni podía desaparecer”.⁵¹

Emilio Tagle Covarrubias era un joven obispo auxiliar que los canónigos consideraban como liberal, debido a las preguntas que había hecho cuando era un joven sacerdote acerca de los sueldos de los inquilinos que trabajaban en fundos de la iglesia o de familiares de obispos de la época. Ya en esos meses Silva Henríquez se trasladó a vivir al Patrocinio San José desde donde se dedicaría solamente al trabajo de Caritas y a los otros organismos caritativos de los cuales formaba parte.

⁵¹ *Memorias* I, 183.

En junio de 1959 llega a Chile el nuevo Nuncio Apostólico don Opilio Rossi quien había nacido en Estados Unidos pero se había formado en Piacenza, y luego de completar un doctorado en derecho canónico había desarrollado su carrera diplomática en Europa. Había sido nombrado arzobispo en 1953, y llegaba a Chile desde Ecuador donde había sido representante de la Santa Sede por cinco años.

La tarea inmediata de Rossi fue buscar a un arzobispo para Santiago. Debido a las disputas entre los partidarios de Silva Santiago y Larraín, ellos fueron borrados de la posible lista. Emilio Tagle, quien era también candidato fue desechado, pues tenía fama de irresoluto, y de no tener confianza en sí mismo. Adicionalmente, la sede de Valparaíso también se encontraba vacante por lo que el 29 de septiembre de 1959 el Nuncio llamó a Silva Henríquez y le preguntó si aceptaría ese nombramiento. Silva Henríquez respondió “donde el Papa me quiera mandar, yo lo voy a aceptar”.⁵²

Su nombramiento fue publicado en *L'Osservatore Romano* el 24 de octubre de 1959. Silva Henríquez le escribió a Baggio pidiéndole consejo y las palabras que recibió en una carta personal de Baggio delinearon las características que Silva Henríquez mantendría durante toda su vida y que marcarían a tantos de los obispos chilenos de este período: “Sea inagotable en la paternidad (padre de almas), mi querido don Raúl, sin que le sirva de pretexto el prestigio de la autoridad, el respeto de las tradiciones, el estado de su salud. Descienda toda vez que pueda del trono, de la cátedra, del tribunal, salga del palacio y comparta la vida de sus sacerdotes y de sus fieles, sin temor a las críticas. Abra de par en par las puertas de su casa y de su Curia; converse, platique más que predicar (aún cuando lo hace hartamente)”.⁵³

La consagración episcopal se llevó a cabo el 29 de noviembre de 1959 en la Catedral de Valparaíso y los obispos consagrantes fueron el Nuncio Apostólico y, por especial deseo de Silva Henríquez, el obispo salesiano Vladimiro Boric (Punta Arenas) y Emilio Tagle (Santiago, compañero en el Liceo Alemán). Los fie-

⁵² *Memorias* I, 186.

⁵³ *Memorias* I, 186-187.

les colmaron la catedral, comenta el modesto Silva Henríquez, “seguramente fue, no por mi desconocida persona, sino porque llevaban meses esperando a su obispo y finalmente lo tenían ahí, ante el altar.”⁵⁴ Anteriormente Silva Henríquez había sido investido en el Templo San Juan Bosco de La Cisterna en una ceremonia presidida por el obispo Alfredo Silva Santiago. Su lema episcopal fue el mismo que tenía como sacerdote *Caritas Christi urget nos*, y que también era el lema episcopal de su predecesor en Valparaíso.

Silva Henríquez tuvo que dejar Caritas, la que quedó a cargo del laico Raúl Fernández Correa como vicepresidente ejecutivo, después de vanos intentos de dejar Caritas bajo la responsabilidad de una congregación religiosa que no aceptó hacerse cargo. El pensamiento de Silva Henríquez era que Caritas siempre debía ser una organización dependiente del Episcopado.

Al trasladarse a Valparaíso Silva Henríquez asume su vocación de servicio al Señor y la asume como un compromiso con los pobres, así como lo hizo su Maestro. Entender esta vocación cristiana de Silva Henríquez nos ayuda a entender su conducta como obispo de Valparaíso y Arzobispo de Santiago. Si para los salesianos la educación de los niños y los jóvenes se constituye en la vocación y carisma del ser salesiano, para el obispo Silva Henríquez su *fiat* a su llamado como obispo se llena de esa opción de proclamar la Buena Nueva del Reino a los pobres. Y así lo recuerda Silva Henríquez: “Acepté ser obispo para anunciar a los pobres el Reino de Dios. Pensé con mucho cuidado el paso que me proponía mi Santa Madre, la Iglesia, le di muchas vueltas y me convencí de que era mi deber anunciar a los pobres este Reino que viene a librarlos, enriquecerlos y decirles que el Señor del Cielo y de la Tierra los ama. Que siente por ellos una inmensa predilección. Sabía que era difícil anunciar un Reino así en un mundo atravesado por el orgullo, la concupiscencia y el amor al dinero y al poder”.⁵⁵

⁵⁴ *Memorias* I, 191.

⁵⁵ *Memorias* I, 193.

Al llegar a Valparaíso Silva Henríquez se dio cuenta de que la diócesis que había estado sin obispo por un año, necesitaba un rumbo claro para superar los problemas que el obispo debía enfrentar. Valparaíso tenía dos instituciones importantes: la Universidad Católica de Valparaíso y el Seminario Mayor San Rafael. Había falta de sacerdotes y falta de parroquias, y -lo que era más difícil- no había una estructura diocesana (una Curia diocesana) que enfrentara la planificación pastoral y la acción apostólica en forma conjunta.

La imagen de Silva Henríquez como un “gerente de empresa” y el hecho de que fuera el primer obispo venido de una congregación religiosa y no del clero diocesano no auguraba un buen comienzo. Sin embargo, el clero que anhelaba la llegada del obispo se mostró cordial y abierto a nuevas ideas. Por supuesto que Silva Henríquez comenzó rápidamente a planificar estructuras y cambios, por lo que el Padre Enrique Barilari, párroco de una de la parroquias más pobres de la diócesis, decía “íbamos en carreta y nos subimos a un jet”.⁵⁶

Ya el 2 de diciembre de 1959 Silva Henríquez comenzó la restructuración de la Curia Diocesana con la ratificación de Monseñor Angel Custodio Rodríguez como Vicario General y el nombramiento de los Consultores Diocesanos. Siguiendo el ejemplo de muchas diócesis modernas, la creación de departamentos especializados para ayudar a la pastoral fue el paso siguiente. Los nuevos departamentos eran Pastoral y Liturgia (Padre Enrique Barilari), Caridad y Asistencia (Padre Félix Ruiz de Escudero), Acción Católica y Apostolado de Seglares (Padre Wenceslao Barra). Mientras que el Padre Barra se convertiría en la mano derecha del nuevo obispo, otros sacerdotes recién ordenados asumirían cargos de confianza del obispo: Carlos Camus y Sergio Contreras -más tarde obispos- asumieron la Acción Social y de Universitarios, mientras que el Padre Michael Woodward – asesinado después del golpe militar de 1973- asumió como uno de los asesores del nuevo obispo.

⁵⁶ *Memorias I*, 195.

La primera tarea del obispo y sus asesores fue visitar todas las parroquias para enterarse de sus necesidades y familiarizarse con las labores pastorales de los sacerdotes de la diócesis. En abril de 1960 Silva Henríquez erigió una nueva parroquia –San Judas Tadeo en Valparaíso- que aumentó el número de parroquias a 41. Ya en enero de 1961 el número de parroquias había aumentado a 52, incluyendo una dedicada a San Juan Bosco, y para paliar la falta de sacerdotes, Silva Henríquez escribió a todo el mundo pidiendo que sacerdotes misioneros vinieran a laborar en Valparaíso. Al mismo tiempo el Padre Jaime Fernández Sanfuentes fue destinado como rector del Seminario Mayor, que tenía pocos alumnos debido a su fama de tener un régimen demasiado estricto.

Las labores de Silva Henríquez relacionadas con la ayuda solidaria en Chile continuaron a raíz del terremoto que afectó al sur de Chile –zonas de Concepción y Arauco- el 21 de mayo de 1960. Al día siguiente hubo un terremoto en las zonas de Valdivia, Osorno, Llanquihue y Chiloé, seguido por un maremoto que cubrió un tercio del territorio y que cobró muchas vidas, con las secuelas de pobreza e incertidumbre. Silva Henríquez visitó las zonas de catástrofe junto a una comisión de obispos y Caritas ayudada por fondos del Catholic Relief Services, los católicos de Canadá y Estados Unidos. En estos momentos difíciles el arzobispo Baggio jugó un papel muy importante.

Silva Henríquez, quien había decidido ir a Estados Unidos y Europa ese año para conseguir sacerdotes, viajó antes a pedido del Episcopado a conseguir ayuda para los damnificados y para llevar a cabo la reconstrucción de parroquias y colegios de las diócesis del sur. Lo hizo acompañado del Padre Ruiz de Escudero, y visitó a cuanto obispo quisiera recibirlo, así como las oficinas del Catholic Relief Services y las oficinas del arzobispo Baggio. Y consiguió abundante ayuda antes de llegar a Roma donde conversaría con el Papa Juan XXIII y asistiría al Congreso Internacional de Caritas Internationalis.

A su llegada a Roma visitó los diferentes dicasterios de la Curia Romana, el equivalente a los ministerios de un gobierno civil, y asistió al congreso de Caritas Internationalis. Allí explicó la labor realizada por Caritas Chile y se dio cuenta que su labor era muy conocida por los otros delegados venidos de todo el

mundo. Como reconocimiento a esa extensa labor de ayuda a los necesitados Silva Henríquez fue nombrado vicepresidente de Caritas para América Latina y vicepresidente de la organización mundial. La elección unánime de Silva Henríquez significaría una línea directa de ayuda al Episcopado chileno, y un reconocimiento a las labores de la Iglesia chilena.

A pesar de todos esos momentos gratos y todos esos éxitos Silva Henríquez gozó de su encuentro con el Papa Juan XXIII en su residencia veraniega de Castelgandolfo, frente al lago Albano. Juan XXIII le dio las cartas necesarias para pedir ayuda a los obispos alemanes y al mismo tiempo le insinuó que pidiera ayuda a los obispos italianos, que después de todo tenían suficiente dinero para compartir.

Ayudado por el seminarista Jorge Sapunar -chileno, porteño, y estudiante en Roma- Silva Henríquez continuó a Milán donde le encargó al joven seminarista salesiano Tomás González que se preocupara de mandar ornamentos para la Catedral de Valparaíso. En Milán conversó con el arzobispo Giovanni Batista Montini – más tarde elegido Pontífice con el nombre de Pablo VI- que le dio una suma de dinero y de ahí partió a Alemania.

En Múnich se llevaba a cabo un Congreso Eucarístico internacional y Silva Henríquez fue muy bien recibido por los capuchinos bávaros que habían fundado las misiones en la Araucanía chilena. La ayuda de Alemania fue generosa y Silva Henríquez continuó a España donde ya se encontraba su compañero de viaje el sacerdote español Félix Ruiz de Escudero. La visita a España daría frutos años más tarde cuando sacerdotes españoles llegarían a Valparaíso. A su llegada a Santiago, Silva Henríquez encontró a los obispos satisfechos con la labor realizada y con el proceso de reconstrucción de edificios y obras en el sur de Chile, las que se encontraban en plena marcha mediante la activa labor de Caritas Chile que ya se había constituido en un organismo de amplio reconocimiento internacional.

A su regreso a Valparaíso, Silva Henríquez encontró a sus laicos muy politizados, preparándose para la campaña electoral que llevaría a Eduardo Frei Montalva al poder en 1964. Está claro que Silva Henríquez amó a su grey en Valparaíso. Sin embargo, sus *Memorias* no presentan una visión completa de los cambios

pastorales o sociales que él impulsó y que fueron muy importantes dentro de la realidad de la diócesis del puerto. Silva Henríquez describe esos 19 meses como pastor del puerto en sus *Memorias* de la manera siguiente: “Quise a esa ciudad y a su gente como si los hubiera conocido toda la vida. A la vuelta de tantos años, todavía siento que algo muy profundo de mí se agita cuando escucho ese nombre, cuando entreveo sus cerros, cuando retornan, como en sueños, las voces y los ruidos del puerto. Valparaíso fue una de las grandes ilusiones de mi vida; está asociada a muchas de las esperanzas que me dieron fuerza. Me enseñó a sentir la responsabilidad y el cariño del padre ante su grey pujante, generosa, llena de vida; me dio el optimismo de la paternidad; y eso se lo debo definitivamente”.⁵⁷ Y más tarde Silva Henríquez diría refiriéndose a Valparaíso “esta diócesis fue mi primera esposa y me enamoré de ella. Luego la abandoné: que Dios me perdone”.⁵⁸

En marzo de 1961 el Nuncio Rossi le preguntó si aceptaría el nombramiento de arzobispo de Santiago. Silva Henríquez le reiteró que él iría donde el Santo Padre lo mandara. Y así fue como el 23 de mayo de 1961 el Nuncio Rossi le comunicó que su nombramiento como arzobispo de Santiago se publicaría al día siguiente. La respuesta de Silva Henríquez fue clara “Dios lo perdone, señor Nuncio, respondí con un énfasis que me salió del alma”.⁵⁹ Su hermana Marina que después de enviudar se había ido a vivir con él se puso a llorar, y Silva Henríquez comprendió que le tocaría la labor más difícil para un sacerdote, dirigir la diócesis más grande e importante del país, y asumir el rol del arzobispo que tendría que dialogar y trabajar junto al poder político de Chile. Dentro de esa política, la división de los católicos era un problema que sólo el arzobispo de Santiago podía analizar y tratar de solucionar.

El diario pontificio *L'Osservatore Romano* anunció el nombramiento de Silva Henríquez en Santiago y de Emilio Tagle en Valparaíso. El nombramiento concitó el descontento de los con-

⁵⁷ *Memorias* I, 207.

⁵⁸ *Memorias* I, 214.

⁵⁹ *Memorias* I, 210.

servadores que querían al obispo Silva Santiago, de los miembros del PDC que preferían al obispo Manuel Larrain, y de los sacerdotes diocesanos, que recibían como pastor a un religioso con fama de administrador de empresas y de hombre de negocios.⁶⁰

Antes de tomar posesión de la arquidiócesis el 24 de junio de 1961, Silva Henríquez se reunió en Concón con Emilio Tagle, quien le explicó los problemas y las orientaciones pastorales de Santiago. Estaba claro que Santiago sufría un proceso de “descristianización”, un fenómeno parecido al europeo y que ya habían estudiado los pastoralistas franceses Jean Francois Motte y el padre Fernand Boulard, así como el Centro Bellarmino a cargo del padre belga Roger Vekemans y la nueva Oficina de Sociología Religiosa, a cargo del Padre Renato Poblete. Los padres Gabriel Larrain y Carlos González habían constituido comités de análisis de la realidad pastoral y Santiago se veía como un problema, sin vocaciones al sacerdocio –50% de clero extranjero y un sacerdote por cada tres mil habitantes-, y sin una identidad clara de lo que significaba ser cristiano y católico en un mundo urbano y profesional.

La recepción del nuevo arzobispo fue cálida y multitudinaria. El auto salió de Valparaíso y a la salida del túnel Zapata fue recibido por una comitiva, en la zona limítrofe de las dos diócesis. Luego de recorrer diferentes áreas de Santiago, Silva Henríquez caminó desde la Alameda hasta la Catedral acompañado de sus sacerdotes y a la entrada a la Catedral el Cabildo Metropolitano le dio la bienvenida, expresada en las

⁶⁰ Es interesante que en muy pocos casos los nombramientos de obispos satisfacen a grupos interesados. Al mismo tiempo la Providencia Divina produce obispos que en muchos casos cambian sus posiciones políticas y se convierten en pastores heroicos que con mucho amor defienden a sus ovejas. En el caso de monseñor Oscar Romero de El Salvador, por ejemplo, su fama de conservador y tradicionalista lo marcó como una persona que no cuestionaría el orden social injusto o la guerra fratricida en esa nación centroamericana. Sin embargo Oscar Romero se convertiría en una voz activa que defendió a los pobres y a los perseguidos, que llamaría al ejército a dejar las armas y que finalmente sería asesinado en marzo de 1980.

emotivas palabras de Emilio Tagle: “empuñad, Excelentísimo Señor, este cayado, que ha guiado por cuatro siglos a este pueblo...Empuñadlo en esta hora de incertidumbre, con la seguridad y confianza que os da el venir en nombre del Señor; para sembrar amor, para sembrar justicia; para dar la paz”.⁶¹

Ya después de su homilía en la Catedral, el nuevo arzobispo salió a los balcones del Arzobispado a saludar a las multitudes. Esos serían, años más tarde, los balcones del edificio de la Vicaría de la Solidaridad, y las palabras del nuevo arzobispo serían proféticas más tarde en los momentos más difíciles para él y para Chile: “nos parece oír ya como coronación de nuestros sudores y nuestras lágrimas, el canto de amor y de liberación, que respira firmeza y valentía; canto que se elevará en los campos y en los talleres, en las casas y en las calles, en los parlamentos y en los tribunales, en las familias y en las escuelas: “el canto de la justicia y de la paz; el canto del amor a Cristo”.⁶²

A los 53 años Silva Henríquez comenzaba un nuevo andar, que sería el más difícil de su vida. Su primer equipo de trabajo lo constituyeron sus vicarios generales, el Padre Vicente Ahumada (vicario general del cardenal Caro), el Padre Francisco Vives (Pro-Rector de la Universidad Católica), el Padre Andrés Yurjevic (vicerector del seminario), y el Padre Enrique Alvear (profesor de teología).

La “re Cristianización” de Santiago fue planificada siguiendo el análisis de los equipos anteriores con la doctrina social de la iglesia como fundamento, y después de una rigurosa planificación por parte de un equipo que comenzó su trabajo en agosto de 1961 y que lo integraban entre otros: Gabriel Larraín, Renato Poblete, Roger Vekemans, Manuel Edwards, Carlos González, Rafael Larraín, Marcos McGrath, Santiago Brurón y dos sacerdotes de Valparaíso Wenceslao Barra y Fernando Jara.

El clima de planificación pastoral en Santiago coincidía con la publicación de la encíclica *Mater et Magistra* del Papa Juan XXIII, que conmemoraba los 70 años de la primera encíclica

⁶¹ *Memorias* I, 214-215.

⁶² *Memorias* I, 215.

social, *Rerum Novarum*, del Papa León XIII. La encíclica llamaba a superar las desigualdades sociales y económicas a través de la solidaridad y la caridad, llamaba a la justicia y la equidad en el trabajo, el desarrollo equitativo en el agro y la proporcionalidad en las políticas tributarias. La encíclica impulsó las reflexiones pastorales de una América Latina que se debatía entre la influencia de la revolución cubana de 1959 y la inminencia de la *Alianza para el Progreso* de los Estados Unidos.

El efecto de la revolución cubana se sintió en la Iglesia y ya en 1962, Juan XXIII hizo un llamado a los obispos de América Latina a rescatar la fe de un continente católico. El secretario de estado del Vaticano –Amleto Cicognani– escribió a todos los obispos de América Latina, y su mensaje fue claro. Según Cicognani la Iglesia debía ser parte de la vida de sus fieles, y no solo mantener las doctrinas de la fe, sino que debía velar para que los gobiernos del continente siguieran los principios del Evangelio manifestados en la doctrina social de la iglesia. La Iglesia de Santiago ya había comenzado este proceso y el llamado del Vaticano a incrementar misiones, cursos y programas especiales, para incrementar la influencia de la Iglesia en la esfera social, coincidió con las necesidades que experimentaba la iglesia de Santiago y la iglesia chilena en general. Y así fue como en julio de 1962 la Asamblea Plenaria del Episcopado impulsó la pastoral *Mientras el mundo marcha, la Cruz permanece*, que declaraba a Chile en estado de misión y que seguía las directivas de Juan XXIII de hacer un mundo nuevo, pero un mundo cristiano.

Dentro de esos planes pastorales existía un clima de politización en que los conservadores y el PDC continuaban una lucha por los corazones de los católicos, aliados con los masones en el caso de los conservadores y con las fuerzas de izquierda en el caso del PDC. Los obispos le pidieron a Silva Henríquez que conversara con los políticos de las dos facciones para clarificar posiciones y ayudar a una reflexión común sobre la fe y la política en Chile. Silva Henríquez conversó con el presidente del Partido Conservador Héctor Correa Letelier y con los líderes del PDC Eduardo Frei Montalva y Radomiro Tomic Romero.

Mientras que los dos partidos prometieron no llevar adelante alianzas con sectores de la política que dañarían a la iglesia

y prometieron no llevar adelante una lucha fratricida, el informe de Silva Henríquez a los obispos señaló la imposibilidad de una alianza o convergencia política. Para el PDC las reformas sociales eran muy necesarias para prevenir una revolución de parte de las fuerzas de izquierda que representaban a un gran número de la población sin derechos laborales, vivienda o empleo. Para los miembros del PDC era claro que los conservadores trataban de demorar estas reformas sin darse cuenta de la difícil situación que afectaba al país, que se manifestaba mayoritariamente católico. La posición de la iglesia –según Silva Henríquez– debía ser de influencia centrista, sobre todo en el caso del PDC, que quería avanzar muy rápidamente con las reformas sociales.

Dentro de ese clima de reforma y discusión, los primeros grupos evangélicos norteamericanos comenzaron a llegar al país. El primero de ellos fue una cruzada llamada de *Rearme Moral*, liderada por el pastor protestante Frank Buchman, que atrajo a varios conservadores a sus filas. Dentro del clima de guerra fría esa corriente protestante llamaba a los cristianos a armarse moralmente contra el comunismo ateo. Silva Henríquez publicó una carta condenando al movimiento, que ya estaba provocando deserciones de conservadores a las filas protestantes, por lo cual fue atacado por la prensa conservadora que lo acusaba de ayudar a los comunistas y no a los católicos. Esta acusación contra Silva Henríquez lo acompañaría por el resto de su vida.

Mientras los católicos debatían el quehacer político, Silva Henríquez había continuado su trabajo de reorganización de la arquidiócesis de Santiago en conjunto con una pastoral nacional de “recristianización” impulsada por los obispos. El equipo pastoral de Santiago había ayudado a planificar esta renovación en dos frentes: el repensamiento de la pastoral y la restructuración del gobierno diocesano. En diciembre de 1961 la autorización papal para llevar adelante los dos planes fue concedida y Silva Henríquez también consiguió un permiso especial para usar el castellano en algunas partes de la Misa.

A nivel arquidiocesano el Padre Gabriel Larraín pasó a ser el quinto vicario general, mientras que el puesto de rector del Seminario Mayor lo ocupaba el Padre Carlos González Cruchaga. El padre Roberto Bolton se hacía cargo del Seminario Menor,

como entidad educacional autónoma y separada del Seminario Mayor. No hay duda de que el carisma pastoral de este sacerdote, que en los años difíciles del gobierno militar ayudaría a los perseguidos y salvaría muchas vidas, dificultó los planes de Silva Henríquez ya que no solamente había sacerdotes que se oponían a la independencia del Seminario Menor sino que el Vaticano se sorprendió al ver que Silva Henríquez no los había consultado en esta materia.

A pesar de esos desacuerdos entre Silva Henríquez y el dicasterio romano, Juan XXIII tenía confianza absoluta en Silva Henríquez y en enero de 1962 el encargado de negocios de la Nunciatura le comunicó que el Papa había decidido hacerlo cardenal de la Iglesia.⁶³ El 7 de febrero Juan XXIII mandó la bula papal que manifestaba su intención de hacerlo cardenal, que decía lo siguiente: “Por las presentes letras, te hacemos saber que en el próximo Consistorio Nos te agregaremos al Sagrado Colegio de Cardenales, para darte un testimonio de nuestra particular benevolencia y para premiar con esta insigne dignidad tus méritos hacia la Iglesia”.⁶⁴ Y el mismo Papa firmó el acta de nombramiento el 19 de marzo de 1962.

Para Chile el nombramiento de un segundo cardenal fue un motivo de mucha alegría. Y así fue como el embajador chileno en el Vaticano –Fernando Aldunate– puso a disposición del nuevo cardenal a la legación chilena en el Vaticano. Al mismo tiempo el canciller Carlos Martínez Sotomayor dispuso que Silva Henríquez recibiera un sueldo diplomático para la ocasión, lo que le ayudó a pagar los gastos del viaje y la compra de ornamentos y ternos necesarios para él y su acompañante –el llamado “gentilhombre”.

Silva Henríquez y su comitiva partieron de Santiago el 5 de marzo y después de dos días en Madrid llegaron a Roma el 8 de marzo. Fueron días intensos de protocolo diplomático, de ritual católico, de alegría y de esperanza para este grupo, que

⁶³ El título de cardenal fue creado en el siglo X y los cardenales tienen la misión de ayudar al Santo Padre en el gobierno de la Iglesia. Al mismo tiempo los cardenales menores de 80 años eligen al Papa durante un cónclave en el Vaticano, en una reunión de todos los cardenales de la Iglesia.

⁶⁴ *Memorias I*, 226-227.

acompañaría a Silva Henríquez por muchos años. Entre ellos estaban su sobrino Clemente Silva (su *gentilhombre* quien debió acompañarlo a todas partes y debió visitar a los otros nuevos cardenales para saludarlos), su vicario general padre Enrique Alvear, el prosecretario del arzobispado padre Sergio Valech, el padre Tomás González (salesiano y *caudatorio* – el que llevaba la cola de su capa cardenalicia), el padre Oscar Valenzuela (superior salesiano en Chile), y sus hermanas Marina, Lucía y Clementina.

Entre las actividades más importantes de su visita a Roma se pueden mencionar el almuerzo en la embajada chilena (8 de marzo), la audiencia privada con Juan XXIII (11 de marzo), el almuerzo en la embajada chilena con asistencia del Secretario de Estado del Vaticano (11 de marzo), y el Consistorio Secreto, en que Juan XXIII habló con cada uno de los nuevos cardenales y entregó las actas de creación del título (19 de marzo). En los días siguientes Silva Henríquez y su *gentilhombre* visitaron a otros nuevos cardenales (20 de marzo) y Juan XXIII le impuso el *bi-rrrete* cardenalicio (21 de marzo). En el Consistorio Público –al que asistieron sus hermanas- Juan XXIII presentó a sus nuevos cardenales, ellos juraron fidelidad al Pontífice, y él les impuso el capuchón cardenalicio (22 de marzo).⁶⁵ El mismo día, y en el Consistorio Secreto, Juan XXIII les entregó el anillo cardenalicio y el solideo rojo escarlata y los cardenales repondieron con su discurso de gratitud y fidelidad. En los días siguientes Silva Henríquez tomó posesión de su iglesia en Roma, la de San Bernardo Alle Terme. Es costumbre que todos los cardenales presidan una de las iglesias de Roma y la de Silva Henríquez había sido construida en 1539 por los Cisterciences en un terreno donde había unas termas durante el período romano imperial.

Juan XXIII recibió al Cardenal junto a sus familiares y las recepciones continuaron. Después de unos días en Turín y algunas visitas en Alemania y España –las que incluyeron una audiencia

⁶⁵ Los otros nuevos cardenales eran Michael Browne (Irlanda), León Josef Suenens (Bélgica), José da Costa Nunes (Portugal), Juan Landázuri Ricketts (Perú), Anselmo Albareda (España), Acacius Coussa (Iglesia Oriental Siria), y Efrén Forni (nuncio en Bélgica).

con Francisco Franco- y algunos homenajes en Nueva York el ahora Cardenal Silva Henríquez volvió a Chile el 14 de abril de 1962.⁶⁶

La recepción en Chile fue muy impresionante ya que en el aeropuerto de Los Cerrillos lo esperaban el presidente de la república, el canciller Martínez Sotomayor, el nuevo nuncio Gaetano Alibrandi, los ministros y todos los obispos. En la ruta desde el aeropuerto hacia la ciudad había miles de personas con pañuelos blancos, pancartas y alegría. En la Plaza Ercilla el Cardenal fue declarado hijo ilustre de Santiago y sus palabras resonarían muchas otras veces en su trabajo pastoral y en su amor por Chile “bendigo a Dios por haberme hecho nacer en esta tierra. Y por haberme dado como hermano a un pueblo tan noble”.⁶⁷

En la Catedral de Santiago lo esperaban los miembros del Cabildo Metropolitano para darle la bienvenida y para entonar la acción de gracias del pueblo de Dios, el *Te Deum*. Las palabras del Cardenal en esa ocasión reflejan una misión por los pobres que ya había comenzado y que sin embargo había sido afianzada por el apoyo de Juan XXIII a su labor de reforma pastoral y social. El dijo: “Tenemos una tarea hermosísima que realizar para traer a Cristo a las almas, para hacer amar al Señor; tenemos la tarea de sembrar la justicia y la caridad. Si no tenemos justicia, no puede haber unión entre los cristianos. Por eso, mi primer mensaje es éste: tenemos que luchar todos para que en Chile cada uno tenga lo que le corresponde. Sólo con la justicia y con la verdad existe la real grandeza de los pueblos. Cuando me despedí de Su Santidad, que tanto ama a nuestro país, me dijo: ‘Irás a tu tierra y allá serás padre de todos, de los ricos, y especialmente, de los pobres, porque para ellos te ha enviado el Señor’. Y para eso estoy aquí”.⁶⁸

Ya al día siguiente el Cardenal dio su primera conferencia de prensa en la que anunció que la iglesia de Santiago preparaba un informe técnico que ayudaría a iniciar una reforma agraria de

⁶⁶ Esos días fueron muy importantes para Silva Henríquez y la extensión de su relato en sus *Memorias* lo dice todo, *Memorias* I, 230-241.

⁶⁷ *Memorias* I, 240.

⁶⁸ *Memorias* I, 240.

las tierras de la arquidiócesis. Ya en febrero de 1962 el Episcopado chileno había publicado una carta titulada *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*, en que se llamaba a afrontar -ayudados por los valores del Evangelio- la injusticia de la distribución de la tierra y los problemas sociales asociados con la tierra en Chile. El Cardenal había conversado sobre este tema en su audiencia con Juan XXIII el que le había dicho que hiciera una reforma agraria, lo que había reiterado a través de su discurso de nombramiento de Silva Henríquez como miembro del colegio de cardenales.

La reforma agraria respondía a un problema muy agudo dentro de las políticas económicas de Chile. El latifundio era un problema endémico debido a políticas coloniales en que grandes extensiones de tierras habían sido entregadas a familias relacionadas con el poder colonial. Después de la independencia grandes extensiones de tierras pasaron a las manos de familias inmigrantes europeas que las trabajaron manteniendo un sistema de inquilinos que no era muy diferente al sistema colonial. Según el Censo Nacional Agrícola y Ganadero de 1955 diez mil fundos de gran extensión ocupaban el 81,2% de la superficie agrícola de Chile, mientras que solo quince mil predios eran explotados por familias que trabajaban el campo, solo el 7,4% de la superficie total del país.

Por lo tanto el problema agrario era nacional en cuanto a que muchos fundos no eran trabajados adecuadamente y muchos estaban abandonados debido al hecho de que sus propietarios vivían en Santiago y solo iban a sus fundos en los meses de verano. Pero detrás del sistema de latifundio había un problema humano y social. Los inquilinos trabajaban la tierra de sus patrones para tener el derecho de vivir en ella, pero no recibían sueldos, ni jubilaciones o ayuda médica y en la mayoría de los casos no tenían los mismos derechos que otros chilenos. Como resultado de esa situación injusta los jóvenes que no querían quedar esclavizados dentro de ese sistema emigraban a las ciudades y al volver con nuevas ideas eran rechazados por los patrones, lo que creaba problemas familiares.

⁶⁹ Ibáñez había resistido toda reforma y Alessandri había decidido estudiar

La posición de la Iglesia pretendía acelerar las lentas reformas del gobierno de Alessandri,⁶⁹ y al mismo tiempo pedía una respuesta cristiana a la injusticia y a los derechos de los pobres por parte de los católicos. El sistema de latifundio no era lo suficientemente productivo ya que el gobierno debía importar alimentos para una población en crecimiento, y al mismo tiempo mantenía un sistema social injusto que tarde o temprano acentuaría las tensiones sociales. Aunque las críticas al Cardenal arreciaron, la encíclica *Mater et Magistra* no dejaba otra alternativa para los católicos practicantes.

La pastoral sobre la reforma agraria de los obispos chilenos era muy clara cuando afirmaba: “Recordemos que los dos fines de una eficaz reforma agraria son la mejor utilización de la tierra para la comunidad y una mayor participación de la familia campesina en la propiedad y rentabilidad de la misma (...) parece que ha llegado a hacerse legítima la expropiación de aquellas propiedades agrícolas que presenten características definidas en orden a un mayor rendimiento y son susceptibles de parcelación, ya que ello significa un mejor servicio al bien común”.⁷⁰

Otro de los reformistas decididos era el obispo Manuel Larraín de Talca que había impulsado estos temas en las reuniones de la directiva del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) creado en 1955 y del que Larraín había sido presidente. Ya en 1961 sus declaraciones habían sido reproducidas en Estados Unidos junto a la voz del obispo Bernardino Piñera que apoyaba la reforma agraria en sus declaraciones al *L'Osservatore Romano*. Esas declaraciones ya habían provocado una protesta del embajador de Chile ante el Vaticano.

Así fue como el Cardenal y el Obispo Larraín decidieron comenzar la reforma de las tierras de la Iglesia, ya que el obispo de Talca tenía tierras en Santiago y viceversa. El 28 de junio de 1962 el obispo Larraín se reunió con inquilinos de 17 familias

reformas en 1961 con un proyecto de ley muy demorado que debía ser discutido en el Congreso en 1962. En general la reforma de Alessandri solo tendía a mantener los derechos de los latifundistas y la posición de la Iglesia le molestaba.

⁷⁰ *Memorias* I, 244.

del fundo Los Silos de Pirque y les anunció que las tierras les serían vendidas en cuotas. Siguiendo el consejo del Instituto de Educación Rural, los campesinos formarían una cooperativa la que se haría cargo de trabajar la tierra y de pagar en cuotas el préstamo para comprar el fundo de 182 hectáreas.

En su discurso Larraín habló de su sueño con estas palabras: "... yo veo surgir claramente un nuevo día del campesinado chileno. Los hombres arraigados en su suelo propio, unidos con los lazos de solidaridad humana y cristiana. Manos encallecidas en el arado que se estrechan fraternalmente. Rondas de niños campesinos que miran sin temor el porvenir. Madres que en el hogar acogedor acunan las eternas esperanzas del pueblo. Un Chile que avanza confiado en la nueva edad histórica que comienza".⁷¹

Silva Henríquez siguió el ejemplo de Larraín y entregó cuatro fundos siguiendo las instrucciones de un equipo formado por dos miembros del Consejo de Administración del Arzobispado, cuatro del Instituto de Educación Rural y dos técnicos agrícolas. En el fundo El Alto de Melipilla las tierras fueron divididas en parcelas y ofrecidas a agricultores de la zona en una compra planificada en un período de diez años. En Las Pataguas de Pichidegua la tierra fue entregada a los campesinos que la trabajaban. De ese modo las 1.508 hectáreas quedaron en las manos de 106 familias. Lo mismo sucedió en los fundos la Hacienda San Dionisio de Linares (1. 152 hectáreas y El Alto de las Cruces de Talca (340 hectáreas).

Esta política diocesana creó animosidad entre los católicos conservadores que acusaron a la Iglesia de ser populista, al entregar los fundos en vez de ofrecer ayuda técnica a campesinos que no estaban preparados para hacerse cargo de la tierra. Dentro del Cabildo Metropolitano hubo oposición a las medidas y el Cardenal no tuvo su consentimiento. En todo caso Silva Henríquez continuó con sus planes sabiendo que el mismo Juan XXIII lo apoyaba. Los canónigos de la Catedral Metropolitana se consideraban un cuerpo legal que defendía los bienes de la Iglesia y según ellos el Cardenal estaba regalando terrenos que

⁷¹ *Memorias I*, 247.

aseguraban los ingresos de la arquidiócesis y que habían sido regalados con ese propósito.

Es interesante que el cardenal no se amilanó con estas críticas y siguió adelante con una determinación enorme. Para él la doctrina social de la Iglesia y el respeto por los derechos de las personas era más importante que el apoyo de algunos sectores políticos de su clero. Ya en 1962 Silva Henríquez creó el sistema de Contribución a la Iglesia (CALI) que aseguró un monto de apoyo económico constante y que significó que los aranceles de los fundos ya no se necesitaban. El Cardenal explicó a su clero que las condiciones de trabajo en los fundos no eran las mejores y que la injusticia hacia las personas no podía prevalecer sobre las necesidades económicas de una diócesis. En ese momento el Cardenal se ganó el respeto de su clero y las críticas se terminaron.

Para el Cardenal la situación social de Chile era preocupante, y él presagiaba violencia y odio si esos problemas no se solucionaban. Las estadísticas revelaban que un diez por ciento de la población recibía más del cincuenta por ciento de los recursos, un tercio de la población carecía de vivienda, había mucho desempleo y uno de cada tres niños dejaba la escuela después del primer año. A nivel de alimentación familiar había mucha cesantía lo que influía en la alimentación y los trabajadores podían comprar solo la mitad de la cantidad de carne que consumían diez años antes. Estos problemas generaban a nivel del laicado posiciones políticas cada vez más opuestas. Por un lado los conservadores que veían la reforma agraria como un problema real y por el otro lado el PDC, los comunistas y socialistas que abogaban por los cambios.

En medio de ese ambiente ya politizado el Cardenal tenía claro que “o las soluciones las impulsábamos los cristianos, o ellas se impondrían contra cualquier voluntad, en la forma que fuese, y particularmente a través de la violencia”.⁷² Y los obispos emitieron una nueva carta pastoral en 1962, titulada *El deber social y político de los católicos en la hora presente*,

⁷² *Memorias* I, 254.

que continuaba desarrollando los temas planteados en la carta pastoral de 1960 *Los deberes de la hora presente*. Después de recibir las recomendaciones de teólogos, agentes pastorales y diferentes sectores de la Iglesia, el cardenal redactó él mismo la carta pastoral, y hasta la pasó a máquina.

La carta pastoral señaló un hito muy grande en la iglesia chilena y marcó a toda una generación de jóvenes católicos que admiraron en ese momento una iglesia que afrontaba los problemas del mundo moderno a la luz del Evangelio. Debemos recordar que el Concilio Vaticano II todavía no se llevaba a cabo y los aires de cambio en las iglesias latinoamericanas no se habían sentido todavía, aunque el CELAM inspirado por Manuel Larraín ya preparaba sus deseos de renovación pastoral.

La carta pastoral de 1962 llamaba a los cristianos a preocuparse de la cosa pública, alertaba sobre los errores del comunismo y los problemas del modelo capitalista, llamaba a desarrollar un modelo que sacara a Chile del subdesarrollo y hablaba de una verdadera "espiritualidad del desarrollo económico". En sus conclusiones hacía un llamado a la acción con las siguientes palabras: "Tenemos contraída con Cristo la obligación de cambiar con la mayor rapidez posible la realidad nacional, para que Chile sea patria de todos los chilenos por igual. No queremos actitudes violentas y superficiales que dejan intacta la miseria. No queremos tampoco contentarnos, dejando las cosas como están, con vanas promesas de un cambio que nunca llega".⁷³

Las reacciones fueron fuertes y muchas de ellas hostiles. Los comunistas, por ejemplo, hicieron un acto en el Teatro Caupolicán con la presencia de Pablo Neruda en que reafirmaron su convicción de que la revolución comunista y socialista continuaría aunque hubiera anatemas de los Papas y de los cardenales. Los socialistas consideraron que la intromisión en política contingente de la Iglesia era inadmisibles y trataron de pasar un voto en contra de la Iglesia chilena en el Congreso, voto que no prosperó. Para la izquierda la posición anticomunista de la carta pastoral ayudaba a las fuerzas fascistas de la derecha. Los liberales, sorpren-

⁷³ *Memorias I*, 255.

didados porque el Cardenal había condenado al liberalismo capitalista, mandaron una delegación para pedirle explicaciones, mientras manifestaban su acuerdo con la izquierda en que la carta pastoral había ayudado al PDC.

El Cardenal llamó a una conferencia de prensa y trató de clarificar la posición de la Iglesia. Su respuesta a preguntas muy difíciles fue clara, “la Iglesia condena el sistema comunista y condena las exageraciones y abusos del sistema liberal. Ahora, los liberales y los comunistas tendrán que preguntarle a su confesor, en cada caso, si son católicos”.⁷⁴ A pesar de todas las controversias y cartas en su contra el Cardenal estaba convencido de que la Iglesia debía seguir adelante, y así lo hizo.

En octubre de 1962 Silva Henríquez fue elegido presidente de Caritas Internationalis, lo que lo llenó de satisfacción. No hay duda que su labor en Caritas lo había preparado para los cambios que la Iglesia viviría a nivel mundial cuando en 1962 los obispos de todo el mundo se congregaron en Roma para tomar parte en el Concilio Vaticano II.

⁷⁴ *Memorias* I, 257.

Concilio, Iglesia y Política

El Papa Juan XXIII llamó a la realización de un concilio ecuménico siguiendo la tradición católica de muchos siglos. Sin embargo, en su llamado inicial habló de una Iglesia servidora y una Iglesia de los pobres que pudiera responder a los desafíos del mundo moderno. El Concilio Vaticano II comenzó su sesión inicial el 11 de octubre de 1962, y aunque algunos pensaron que una sesión sería suficiente, se extendió hasta 1965. Como consecuencia del Concilio, los obispos de todo el mundo debieron concentrar sus esfuerzos en la preparación de documentos de trabajo que reflejaran los sentimientos y prácticas de una iglesia universal. Esa iglesia universal crecía rápidamente, y los continentes de mayor crecimiento eran África y América Latina. Por lo tanto la voz de los obispos de América Latina sería importante, y los obispos chilenos que ya habían colaborado en el CELAM tendrían un papel muy importante que jugar.

Ya en 1960 el administrador apostólico de Santiago, Emilio Tagle, había llamado a una reunión para planificar lo que podrían hacer los obispos chilenos en preparación al Concilio. El Obispo de Concepción y rector de la Universidad Católica, Alfredo Silva Santiago, expresó su convicción de que las conclusiones del Concilio ya estaban planificadas y que por lo tanto no había mucho de que preocuparse. Como nuevo Obispo de Valparaíso Silva Henríquez decidió no responder a ese comentario pero ya cuando fue nombrado Arzobispo de Valparaíso se dedicó a impulsar la preparación chilena al Concilio.

Mientras que los documentos provenientes de Roma se multiplicaban, Silva Henríquez se reunía una vez por semana con un grupo de teólogos y otras personas de su confianza para discutir los documentos emanados por la Santa Sede, en reuniones muy animadas que se llevaban a cabo en el Seminario. El núcleo principal del grupo de preparación conciliar estaba formado por profesores de la Universidad Católica, e incluía a Egidio Viganó, Juan Ochagavía y Jorge Medina. Los demás participantes eran Marcos McGrath –decano de la facultad de teología-, León Tolosa, Raúl Hasbún y Gustavo Ferraris. De vez en cuando peritos conciliares y otros teólogos que visitaban Chile discutieron ideas con el grupo. Entre ellos estuvieron el belga Charles Moeller y el Cardenal de Colonia Joseph Frings que junto al recién nombrado Obispo Marcos McGrath de Panamá trabajarían en las revisiones de la constitución conciliar sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*.

Juan XXIII integró a Silva Henríquez a una de las comisiones preparatorias y por lo tanto durante 1962 Silva Henríquez viajó varias veces a Roma. La contribución del episcopado chileno sería constante durante el Concilio, debido al interés de Silva Henríquez en el papel que podría jugar la Iglesia en el mundo contemporáneo, interés que se reflejaba en un equipo de teólogos muy preparado y con amplio conocimiento de los documentos preparatorios. En una reunión de los obispos latinoamericanos antes del comienzo del Concilio, que se llevó a cabo en la iglesia del Sacro Cuore, monseñor Alfredo Silva Santiago ratificó su pensamiento de que los obispos deberían ayudar en el trabajo preparatorio de las diez comisiones, pero sabiendo que las ideas principales de los documentos conciliares ya estaban preparadas para su aprobación. Silva Henríquez recuerda que esa posición estaba muy generalizada entre los padres conciliares, y que sin embargo la mayoría de los obispos latinoamericanos pensaba que su posición debía ser muy activa en la discusión de los documentos preparados por las comisiones conciliares.⁷⁵

⁷⁵ *Memorias* I, 261.

El discurso inaugural de Juan XXIII es recordado por Silva Henríquez como optimista y contagioso, y abierto a los desafíos del mundo moderno. La primera reunión del Concilio se llevó a cabo el sábado 13 de octubre de 1962 con la participación de 2.540 padres conciliares, número que incluía a miembros de las iglesias orientales y los superiores generales de congregaciones religiosas. La propuesta inicial de formar diez comisiones de trabajo lideradas por los miembros de la Curia Romana que ya habían preparado los borradores de los documentos fue rechazada y la propuesta del Cardenal Liénart, de Lille, en orden a que los obispos debían primero conocerse antes de que se eligieran los grupos de trabajo, con el objetivo de aumentar la participación de los padres conciliares en las deliberaciones del Concilio, fue aprobada.

Los padres conciliares lanzaron un "Mensaje al Mundo" en que declaraban su tarea de renovación en la fe, la esperanza y el amor y en que solidarizaban con la pobreza, el hambre, el miedo y los sufrimientos del mundo. Y unos días después cuando la crisis de misiles entre los Estados Unidos y Cuba desencadenó la posibilidad de una guerra nuclear Juan XXIII, en nombre de los padres conciliares, pidió a los jefes de estado involucrados que lucharan por restablecer la paz.

Silva Henríquez intervino en la cuarta reunión cuando la preferencia de las lenguas vernáculas en la liturgia, parte de la introducción del documento, fue rechazada por la cabeza de la Comisión Teológica del Concilio, el Cardenal Alfredo Ottaviani. Para los reformistas la Iglesia había adoptado el latín porque era el idioma usado por el pueblo, y si la liturgia era parte de la catequesis, el uso de un idioma que la mayoría no entendía contravenía las normas de participación en la liturgia como comunidad. El Obispo Eladio Vicuña habló con emoción sobre los fieles que participaban en la liturgia sin entender, y el Obispo Manuel Larraín defendió la simplicidad, belleza y pobreza evangélica en los ornamentos. Finalmente el Concilio aprobó la diversidad lingüística en la liturgia, la concelebración sacerdotal y la comunión bajo las dos especies.

Las deliberaciones continuaron con el tema de la revelación. La posición expresada en los documentos preparatorios hablaba de la Escritura y la Revelación como fuentes de inspi-

ración, condenando la tesis protestante que asumía a la Escritura como única fuente de revelación. Sin embargo el documento contenía una condenación de todos los errores por parte de los que discutían este principio de dualidad Escritura-Tradición. La condenación de errores relacionados con el rechazo a la Tradición produjo una respuesta fuerte por parte de los padres conciliares que hicieron un llamado a no condenar la fe del pueblo y a olvidar el espíritu de la Contra-Reforma. Silva Henríquez habló en esa reunión defendiendo la opción pastoral de la Iglesia y expresando que la condena del protestantismo alejaba a los no-católicos y al mismo tiempo confundía a los católicos. Sus palabras fueron claras: "Somos pastores, no teólogos. No tenemos tiempo para las disputas de las escuelas".⁷⁶

Finalmente las posiciones opuestas de las partes se integraron a un nuevo documento impulsado por Juan XXIII. Esa metodología de consenso cambió las perspectivas centralizadas de trabajo y produjo un trabajo conjunto basado en las deliberaciones de las conferencias episcopales. Siguiendo esa corriente el episcopado chileno continuó reuniéndose en la casa salesiana ayudado por los teólogos chilenos y las visitas de personalidades teológicas como Yves Congar y Karl Rahner. Los teólogos proponían documentos de trabajo para cada uno de los temas y los obispos los discutían antes de intercambiar opiniones con otros episcopados de América Latina también reunidos en Roma. Así fue como en la práctica el colegio episcopal se convertiría en "la auténtica base de la unidad de la Iglesia".⁷⁷ Después de un mes de trabajo la primera sesión del Concilio fue clausurada y se anunció que los trabajos se reanudarían en septiembre de 1963.

Se puede decir que este trabajo intenso de reflexión en la primera sesión del Concilio preparó a Silva Henríquez y al episcopado chileno para las reflexiones que años más tarde se llevaron a cabo en el contexto de cambio político y social que afectaría a Chile. En ese sentido el episcopado chileno liderado por Silva Henríquez se convertiría en una de los más reflexivos y

⁷⁶ *Memorias* 1, 270.

⁷⁷ *Memorias* 1, 271.

organizados en tiempos de violencia y durante el horror de los regímenes militares.

El Papa Juan XXIII en su carta *Mirabilis Iste* exhortó a los obispos del mundo a no asustarse con los cambios y a no temer a esos cambios, ya que el temor él lo asociaba con una falta de fe. En esos días, y después de que la Unión Soviética dejara en libertad al arzobispo de Ucrania, Juan XXIII recibió en audiencia privada al director del periódico *Izvestia*, como un signo de que la Iglesia debía conversar con sus enemigos. Silva Henríquez, al comentar este hecho escribe “Pronto comprendería el mundo que en la decisión del Papa había un mensaje mucho más profundo y sutil: el hombre, y sobre todo el hombre moderno, debía recordar que la persona humana está por encima de la ideología, el régimen político o la militancia”.⁷⁸

La publicación de la encíclica *Pacem in Terris* fue un paso importante en la actuación de una Iglesia comprometida con los valores de justicia y paz y que por siglos había aparecido para algunos como un cuerpo eclesial ajeno a las realidades humanas y a las políticas económicas y sociales. Ya hemos visto anteriormente como parte del clero chileno había tomado muy en serio la doctrina social de la Iglesia. *Pacem in Terris* vino a reiterar ese compromiso cristiano y social por parte de la Iglesia chilena. El plan pastoral de 1962 concordaba con los ideales de *Pacem in Terris* ya que reconocía que la Iglesia chilena estaba llamada a influenciar la sociedad a través de sus laicos y a impulsar una pastoral que reconociera la vida política de los católicos dentro de la sociedad chilena.

Según los obispos, Chile se había convertido en un país de misión, definido como “un país en que la mayoría de los hombres y las instituciones no se inspiran en principios cristianos ni favorecen, sino más bien son contrarios, a la práctica de la minoría católica. Es el caso de Chile hoy día”.⁷⁹ El plan pastoral quería crear las estructuras diocesanas para que los laicos se comprometieran como cristianos en el trabajo de la sociedad, plan que se echaría a andar con la Misión General de 1963.

⁷⁸ *Memorias* I, 276.

⁷⁹ *Memorias* I, 279.

En Santiago la Misión General estuvo a cargo del Vicario General Enrique Alvear, quien impulsó un plan de formación social para agentes pastorales a cargo del Instituto de Difusión Social (INDISO) a cargo del Padre Santiago Tapia. El Padre Jorge Gómez Ugarte se encargó de animar la Misión a través de los colegios católicos para que ellos animaran a los agentes pastorales emanados de las parroquias. La población de Santiago en 1963 se calculaba en 2 millones 300 mil personas, de las cuales la mayoría se consideraba católica y sin embargo menos del 10% asistía a la Misa dominical.

La Misión comenzó el 7 de enero de 1963 en la zona rural de Santiago, se extendió a la zona costa en abril y a la zona urbana en septiembre de 1963, zona donde se misionó hasta el verano de 1964. Unos mil misioneros que incluían sacerdotes y religiosas tuvieron una preparación de diez sesiones y visitaron parroquias, hogares y colegios animando, fortaleciendo la fe, enseñando sobre los mandamientos y los sacramentos y creando un espíritu de unidad y de participación en la comunidad cristiana y la sociedad chilena. La Misión creó una conciencia social impulsada por la doctrina social de la Iglesia y una conexión más permanente con organismos diocesanos de catequesis, culto y problemas sociales, organizaciones comunitarias como las cooperativas y de discusión sobre el problema agrario. Muchos latifundistas debieron aceptar la presencia de misioneros que activaron la conciencia cristiana de los inquilinos que mucho antes sólo recibían la visita de un sacerdote una vez al año y por una semana, ocasión en que se impartían los sacramentos.

La Misión General fue un éxito y no provocó mayor oposición. La oposición a Silva Henríquez vino de parte del Cardenal Alfredo Ottaviani quien le escribió con sus objeciones a sus intervenciones en el Concilio. Esa carta que fue difundida a varios obispos de América Latina, fue seguida por otra proveniente del Santo Oficio, en que se decía que la Misión General había tenido mucha oposición y se criticaba el hecho de que imágenes de la Virgen habían sido removidas de varios lugares de Santiago y que la parábola del Buen Pastor había sido utilizada con fines políticos. Silva Henríquez contestó la carta defendiendo el éxito de la Misión General y declarando que la oposición a la Misión

sólo venía de los comunistas y de los latifundistas. Muy por el contrario, escribió el Cardenal “la Misión no ha producido escándalo sino en los enemigos de la Iglesia; en cambio, en todo el pueblo cristiano ha dejado un edificante y religioso recuerdo, junto con los santos propósitos de una renovación en Cristo y de un mayor trabajo de fe y apostolado”.⁸⁰ Silva Henríquez decidió no mencionar la correspondencia con el Vaticano y le pidió al Secretario de Estado que le mencionara todo esto a Juan XXIII.

Mientras tanto la Misión General continuó en la zona de la costa con un éxito y un esfuerzo enorme por parte de los agentes pastorales en San Antonio. El Padre Florencio Infante utilizó la radio para transmitir meditaciones que fueron escuchadas y comentadas por grupos familiares y el Movimiento Familiar Cristiano usó los radioteatros como fuente de catequesis y discusión. Fue sobre todo en San Antonio donde delegados laicos integraron los consejos decanales y la fuerza de los laicos se hizo sentir.

Luego de las elecciones municipales de abril de 1963, donde la Democracia Cristiana ganó la mayoría de los votos, la Misión continuó hacia San Bernardo, Puente Alto y de ahí hacia las poblaciones y los centros urbanos de Santiago. Un número de once mil misioneros se preparó para esa fase final y los temas abarcados por los participantes incluyó el pecado, el infierno, el bautismo, la confesión, el control de la natalidad y el celibato. Entre los rasgos generales que los laicos criticaban a la Iglesia chilena estaba el boato, la distancia entre los sacerdotes y los laicos, y las carencias en la predicación y la confesión. La Misión cumplió la función de comunicar a los fieles los cambios que se estaban produciendo debido al Concilio y cimentó una estructura diocesana firme que apoyó a los laicos en los años siguientes en su participación activa dentro de la Iglesia y dentro de la política que ya se cernía como un punto central dentro de la vida de los fieles.

La reforma agraria dentro de las tierras de la Iglesia continuó impulsada por esos sueños pastorales de crear un país más justo, fraterno y cristiano. A comienzos de 1963 Silva Henríquez y Manuel Larraín fundaron el Instituto de Promoción Agraria

⁸⁰ *Memorias* I, 284.

(INPROA) con la misión de apoyar y capacitar el esfuerzo campesino que nacía con la reforma agraria y que sacaba a los campesinos de un sistema semi-feudal controlado por los patrones. El directorio de INPROA tenía delegados de la Fundación Diego Portales, la Fundación Cardenal Caro, la Fundación León XIII, el Instituto de Educación Rural, la Unión Social de Empresarios Cristianos, el Instituto del Desarrollo y el Obispado de Talca.

El INPROA debía examinar la situación económica del país, asesorar a los campesinos que trabajaban las tierras donadas por la Iglesia, dividir los predios que debían ser comprados por los campesinos, y asesorar a la Iglesia en materias de reforma agraria. Los recursos económicos para el funcionamiento de INPROA salieron del arzobispado de Santiago (66%) y de la diócesis de Talca (33%). Sin embargo la fundación alemana Misereor contribuyó con tres veces más ayuda económica que la esperada lo que hizo que el INPROA se convirtiera en un instituto modelo del cual saldrían muchos de los expertos que trabajaron en la reforma agraria chilena que se llevaría a cabo durante las administraciones de Eduardo Frei y Salvador Allende. Ya en 1982 el Obispo Carlos González de Talca se retiró del INPROA, el que pasó a ser una repartición del arzobispado de Santiago.

Durante 1963 Silva Henríquez fue elegido líder del episcopado chileno con 21 votos contra 3 votos a favor de don Alfredo Silva Santiago. Las relaciones entre Silva Henríquez y el nuevo Nuncio Gaetano Alibrandi no eran de las mejores. Alibrandi era partidario de las políticas conservadoras de la época y pensaba que el episcopado chileno no propondría a los mejores candidatos para los puestos vacantes en los obispados. Don Enrique Alvear había sido nombrado Obispo auxiliar en Talca, donde ayudaría a don Manuel Larraín lo que dejó un gran vacío en Santiago. A raíz de ese nombramiento Silva Henríquez pidió a la Santa Sede el nombramiento de dos obispos auxiliares y presentó las ternas respectivas, pero los nombramientos tardaron tres años debido a las opiniones más tradicionales del Nuncio.

Ya era claro que la figura de Silva Henríquez era conocida en los círculos católicos de Estados Unidos y Europa. Durante 1963 la Universidad de Notre Dame en Estados Unidos le confirió un doctorado *honoris causa* y el senado norteamericano discutió

su pastoral sobre justicia y reforma agraria. Su visita a Estados Unidos fue muy provechosa y debió acortarse debido a la muerte de Juan XXIII el 3 de junio de 1963. En sus *Memorias* Silva Henríquez describe con mucho detalle la elección de Giovanni Battista Montini, arzobispo de Milán, como el nuevo Papa Pablo VI el día 21 de junio de 1963.⁸¹ Montini seguiría con el Concilio Vaticano II y con su rigor intelectual evitaría cualquier retroceso en el proceso de modernización de la Iglesia.

La segunda sesión del Concilio comenzó el 23 de septiembre de 1963 y los temas propuestos por Pablo VI fueron la relación entre los obispos y el Papa, la renovación de la Iglesia a través del estudio de las Escrituras y el difícil tema de la unidad de todos los cristianos.

En la segunda discusión sobre la Iglesia, Silva Henríquez habló en representación de 44 obispos de América Latina pidiendo que el capítulo sobre el pueblo de Dios se ubicara antes que el de los obispos en el documento final y que se incorporara el tema de la Virgen María dentro de la vida de la Iglesia y no como un tema separado. Las razones de Silva Henríquez eran que dentro de la vida cristiana en América Latina la Virgen María ocupaba un lugar privilegiado como parte de la celebración comunitaria de la vida cristiana. Ese punto de vista creó oposición por parte de los obispos españoles que veían la devoción a la Virgen María como una devoción privada. Finalmente los padres conciliares votaron en favor de la propuesta de los obispos de América Latina por un estrecho margen, mientras que la práctica de votación propiciada por los obispos chilenos pasó a ser una práctica normativa conciliar.

A pesar de que no lo quería, Silva Henríquez fue identificado por los más conservadores entre los padres conciliares como un Cardenal que no propiciaba un lugar central para la Virgen María dentro de la vida cristiana. Esta percepción le traería problemas con la Curia Romana y el Nuncio, razón por la cual los nombramientos de obispos auxiliares para la arquidiócesis de Santiago se demoraron por casi tres años.

⁸¹ *Memorias* I, 292-302.

La contribución de los obispos chilenos al Concilio fue constante y muy apreciada por los episcopados de América Latina. Silva Henríquez como Cardenal siguió contribuyendo a la discusión de temas importantes como la constitución de la Curia Romana y la relación de los obispos con el Papa. Ya en esa segunda sesión Silva Henríquez preparó una carta, firmada por diez cardenales y centenares de obispos, que pedía la internacionalización de la Curia a través del nombramiento de cardenales y obispos de diferentes partes del mundo. Cabe recordar que lo que hoy en día parece una práctica usual no existía en esos años y todos los nombramientos de la Curia Romana recaían en cardenales, obispos y sacerdotes italianos.

La discusión sobre el ecumenismo y sus principios siguió a las discusiones sobre los obispos. En ella el episcopado chileno no buscó la polémica, y las dos intervenciones correspondieron a Silva Henríquez que pidió la aprobación de los matrimonios mixtos (católicos con personas de otras confesiones) y a don Bernardino Piñera que sugirió que el término del boato eclesiástico fomentaría más comprensión ecuménica. Finalmente, la Segunda sesión del Concilio aprobó el documento sobre la liturgia y el Papa formó un Consejo para la Aplicación de la Liturgia formado por diez cardenales, 28 obispos y tres religiosos. Silva Henríquez fue elegido como miembro de ese Consejo, el que trabajaría por dos años en orden de implementar la reforma litúrgica y cuya Constitución sería promulgada en Febrero de 1964.

En resumen, el episcopado chileno se convertía en uno de los más organizados y preparados de América Latina ya que había presentado 132 enmiendas al esquema sobre la Iglesia, 31 al del Ecumenismo y diez a otros textos diversos, incluyendo un proyecto completo de redacción sobre el documento referente a los Obispos y el capítulo sobre la Virgen María.

A fines de la Segunda sesión del Concilio, Silva Henríquez tuvo una audiencia con Pablo VI para expresarle su desaliento por la demora en el nombramiento de obispos y las críticas hacia la Misión General y sus actuaciones en la política. Pablo VI apoyó su gestión la que ya incluía muchas vocaciones sacerdotales y un buen manejo de las propiedades de la Iglesia. Sin embargo a su regreso a Chile, Silva Henríquez se encontró con críticas por par-

te de los conservadores y de los marxistas que se preparaban a disputar las elecciones presidenciales. Silva Henríquez había pedido a los católicos que fueran consecuentes con la doctrina social de la Iglesia en sus actuaciones públicas y en su seguimiento político. En cierto sentido los conservadores todavía pensaban que representaban los intereses católicos, pero sin embargo eligieron a Julio Durán, laico, radical y masón, como candidato presidencial para las elecciones de 1964. Más tarde Durán retiraría su candidatura en marzo de 1964 después de la derrota de los conservadores en una elección complementaria de Curicó.

El triunfo socialista-comunista en Curicó significó la polarización política del país y la preocupación sobre el avance de la izquierda por parte de los conservadores. Estos hechos también afectaron a la Iglesia. Dentro de un clima de Guerra Fría los sectores más conservadores dentro de la Iglesia temían el avance comunista y decidieron emitir sus opiniones que en el fondo expresaban su temor de que Chile se convirtiera en un satélite de la Unión Soviética y la Iglesia fuera perseguida por los marxistas. En sus *Memorias* Silva Henríquez cita un informe confidencial de la época en que se lee “La situación se presenta muy difícil. El candidato socialista (Salvador Allende) es en realidad un candidato comunista y su triunfo es un triunfo del comunismo, con todas sus consecuencias. La Iglesia, si ellos triunfan, entraría a corto plazo a la condición de la ‘Iglesia del silencio’. Además consideran los comunistas que el triunfo en Chile les asegura el triunfo del comunismo en toda América Latina, dada la influencia que tiene Chile en el continente”.⁸²

Dentro de esa polarización creciente Silva Henríquez desechó la idea de condenar a la izquierda política y escribió una carta a todos los sacerdotes de la diócesis prohibiéndoles la participación activa en la política y pidiéndoles la difusión generalizada de la doctrina social de la Iglesia y de la pastoral sobre la sociedad y la política que él había escrito dos años atrás.

En ese mes de abril los obispos chilenos -siguiendo las directivas del Concilio- decretaron el uso del castellano para las

⁸² *Memorias* II, 14.

oraciones, las lecturas y los diálogos, litúrgicos al mismo tiempo que impulsaban la ubicación de los altares frente a los fieles con el sacerdote de frente a la asamblea y no dando la espalda a los feligreses. En Santiago Silva Henríquez introdujo las Zonas Pastorales (Norte, Este, Oeste, Sur, Centro y Rural-Costa) con un vicario pastoral, un delegado episcopal, un delegado para la educación, pro-decanos y asesores de la Acción Católica. El plan para afrontar los cambios políticos de Chile estaba en marcha y así lo manifiesta Silva Henríquez: “Esta Iglesia en movimiento, renovada en la fe y en el servicio a Dios, no sería sorprendida por los nuevos tiempos ni doblada por los vientos del cambio. Afrontábamos sin duda un año de prueba, pero había en nosotros la vitalidad para resistirlo”.⁸³

Ese fue un momento difícil para la Iglesia chilena. El senador comunista Jaime Barros atacó a la Iglesia en el Congreso acusándola de amedrentar a los católicos con su pastoral sobre la política, mientras que el Obispo Tagle pedía una condenación del comunismo que siguiera las líneas del Santo Oficio. En esos días el Nuncio Egano Righi-Lambertini habló con el Cardenal para pedirle un informe acerca de las iniciativas que la Iglesia chilena tenía para impedir el avance del comunismo. El Cardenal le explicó al Nuncio las iniciativas de difusión de la doctrina social de la Iglesia y las directivas de no intervención política, una directiva que Silva Henríquez casi quebranta cuando recibió informes de que los candidatos Julio Durán y Salvador Allende —masones— habían sido padrinos en los bautizos de niños pobres. Su condenación de los candidatos presidenciales no se llevó a cabo debido a la intervención del Padre Gustavo Ferraris y del político Patricio Aylwin que le aconsejaron que no lo hiciera.

El 3 de septiembre de 1964 Salvador Allende visitó al Cardenal en su casa y le agradeció la no intervención de la Iglesia en las campañas electorales, prometiéndole que mantendría la libertad religiosa al asumir el poder presidencial. Al no ganar las elecciones Allende fustigó a la Iglesia en un acto en el Teatro Esmeralda y al mismo tiempo escribió una carta afectuosa

⁸³ *Memorias II*, 16.

al Cardenal en que le decía “Las puertas de La Moneda estarán siempre abiertas para usted”.⁸⁴ Al día siguiente Eduardo Frei ganó las elecciones con el 56,1% de los votos y comenzó su programa de la “revolución en libertad”.

Mientras Chile se recuperaba de la campaña presidencial, la tercera sesión del Concilio comenzaba el 14 de septiembre con una Misa concelebrada por el Papa y los obispos. El primer tema a discutir fue el documento sobre la Iglesia y ya el 16 de septiembre Silva Henríquez, representando al cardenal de Venezuela y a otros 43 obispos, leyó su intervención en la que apoyaba el nuevo documento, pero sin embargo pedía que el párrafo sobre “la mediación de Cristo” fuera más claro, para evitar las confusiones que algunos fieles mantenían sobre el papel de María dentro de esa mediación. La intervención de Silva Henríquez apuntaba a la posibilidad de una devoción mariana que no fuera cristocéntrica, y que se convertía en el contexto latinoamericano en una devoción que no estaba basada en la Sagrada Escritura, hecho que provocaba escándalo entre otros cristianos, por ejemplo, entre los protestantes.

Los ataques al Cardenal en Chile arreciaron, propiciados por el diario *El Mercurio* que en su edición del 17 de septiembre afirmaba “Cardenal Raúl Silva Henríquez afirmó en el Concilio que es excesiva la devoción mariana”. En octubre de 1964 Silva Henríquez recibió un llamado del Santo Oficio que le comunicaba que habían recibido una acusación firmada por varios miembros del clero y un número mayor de laicos. Las acusaciones se referían a los siguientes puntos: la división en el clero y los católicos chilenos creada por las actitudes del Cardenal; la libertad del clero joven en las formas litúrgicas y forma de vestir; y las declaraciones negativas sobre la Virgen María presentadas por el Cardenal en el Concilio. Era claro que algunos sectores habían escrito a la Curia Romana sin tener mayor fundamento en sus acusaciones ya que los problemas a los que aducían, se habían producido en las administraciones episcopales anteriores, y así se lo hizo saber el Cardenal a los personeros del Santo Oficio.⁸⁵

⁸⁴ *Memorias* II, 21.

⁸⁵ *Memorias* II, 28-29.

Los padres conciliares continuaron sus discusiones sobre la relación entre los obispos del mundo y el Papa. Era claro que la relación entre los obispos y el Papa debía ser más estrecha para poder evitar el aislamiento de algunos obispos, que perseguían líneas pastorales ajenas a las de la Iglesia universal. Al mismo tiempo, las deliberaciones sobre la libertad religiosa provocaron discusiones muy airadas y se amenazó con suspender esas discusiones. Muchos padres conciliares, incluyendo a Silva Henríquez y otros quince cardenales, se opusieron a cambiar las reglas de discusión, propuesta y votación por lo que las conversaciones sobre la libertad religiosa se reanudaron. Y después de las disputas sobre la libertad religiosa se continuó debatiendo sobre el apostolado de los laicos en el mundo, un mundo en que el pecado y la gracia se encuentran. Dentro del apostolado y asumiendo su rol dentro de Cáritas Silva Henríquez intervino para pedir una distinción “entre la pobreza evangélica, fruto de la gracia, y la pobreza infrahumana, consecuencia del pecado, del mal social”.⁸⁶ Finalmente, Silva Henríquez propuso la instauración de una colecta mundial para afianzar el trabajo social de la Iglesia y al mismo tiempo para aliviar la pobreza en el mundo.

La sesión conciliar de 1964 fue la primera en la que el Papa participó directamente y en que la Misa inicial fue iniciada con el ruido y la alabanza de un grupo de seminaristas etíopes. Y sin embargo las votaciones finales tuvieron una protesta por parte de 1.600 Padres conciliares que se retiraron de las aulas al anunciarse que no habría una votación sobre el documento que hacía referencia a la libertad religiosa. Después de una reunión con el Papa, la votación fue postergada y los obispos, incluyendo a Silva Henríquez, volvieron a sus diócesis después de haber aprobado los documentos sobre la Iglesia, el Ecumenismo y las Iglesias Orientales.

En Chile Eduardo Frei Montalva había ganado las elecciones presidenciales y se esperaba mucho del nuevo gobierno el cual quería aplicar políticas económicas destinadas a erradicar la pobreza y lograr la dignidad de los asalariados, la clase media y los

⁸⁶ *Memorias II*, 37.

trabajadores. En su programa Frei había prometido llevar adelante la reforma agraria, iniciar la nacionalización del cobre, construir 60 mil viviendas al año, ampliar el derecho a voto, iniciar una reforma educacional y ampliar las organizaciones comunales como las juntas de vecinos, los centros de madres y los centros comunitarios. Mientras el cardenal mantenía su distancia de los acontecimientos relacionados con la política partidista del PDC, muchos de los miembros del gobierno de Frei habían trabajado dentro de los organismos pastorales y de desarrollo de la Iglesia chilena y por lo tanto mantenían un contacto muy estrecho con personeros de ella.

Ya en marzo de 1965 el resultado de las elecciones parlamentarias confirmó el apoyo mayoritario al gobierno de Frei logrando la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados sin lograr alcanzar esa misma mayoría en el Senado. En el mes de Julio, Eduardo Frei Montalva tuvo una audiencia con el Papa, en la que discutieron la influencia católica en el futuro de Chile, y de la que Pablo VI quedó muy satisfecho. Ya anteriormente Frei había pedido una audiencia pero como él era candidato presidencial miembros de la Curia habían estimado mejor no concederle esa audiencia.⁸⁷

Durante ese año Silva Henríquez visitó Argentina en tres ocasiones ya que los problemas fronterizos entre Chile y Argentina se habían agravado y los grupos nacionalistas de los dos países intensificaban su clamor ideológico. En la primera visita en febrero de 1965 los obispos chilenos y argentinos se juntaron en el Cristo Redentor, paso fronterizo que recordaba la fraternidad de los dos pueblos durante las luchas por la independencia. En la segunda visita de junio de 1965 el Cardenal sostuvo conversaciones sobre cooperación a nivel de Cáritas con personeros del gobierno argentino. En su tercera visita de agosto de 1965 el Cardenal respondió a una invitación por parte de los Salesianos en Argentina y el 13 de agosto llegó a Mendoza.

Los viajes del Cardenal se multiplicaron. En esos viajes Silva Henríquez asumió su rol de pastor y primado de Chile, pero al mismo tiempo ayudó a fomentar las relaciones entre los países

⁸⁷ *Memorias II*, 49-50.

latinoamericanos. Siguiendo con sus viajes Pablo VI lo nombró legado pontificio para los dos congresos marianos que se llevaron a cabo en la República Dominicana, uno sobre la teología de la Madre de Dios, el otro sobre la piedad popular y María, congresos que se llevaron a cabo en Santo Domingo. Y así como lo había hecho durante el Concilio, Silva Henríquez reiteró la devoción a María como parte de una teología que se centrara en la mediación de Cristo y en el papel de apoyo por parte de la Virgen María en ese proceso de salvación cristiana.

En Chile las reformas conciliares se llevaban a cabo y mientras los sacerdotes se quitaron la sotana y los altares sufrieron los efectos de una liturgia renovada con participación activa del Pueblo de Dios, el Cardenal visitó la sinagoga judía en Santiago. Allí habló sobre “El respeto a la persona humana en el Antiguo Testamento” y confirmó que la Iglesia avanzaría buscando las raíces comunes de la ética social y la alabanza al mismo Dios. Para muchos, la Iglesia estaba yendo muy lejos, para el Cardenal la Iglesia iba lenta pero muy segura en sus cambios y afinamientos.

Y la cuarta sesión del Concilio comenzó el 14 de septiembre de 1965 con un discurso de Pablo VI en la que anunció su viaje a las Naciones Unidas y la creación de un Sínodo de Obispos, entidad que ayudaría a aumentar la participación de los obispos de todo el mundo en las deliberaciones de la Iglesia. Las primeras discusiones retomaron el tema de la libertad religiosa, y Silva Henríquez en su intervención apoyó el derecho de toda persona a escoger una religión libremente y el derecho a discernir según su conciencia sus propias actuaciones sociales y políticas. Silva Henríquez estaba convencido que una declaración de esa naturaleza no fomentaría el relativismo sino que afianzaría el recto uso de la libertad por parte de los católicos. La posición de la Iglesia había propuesto anteriormente que el error no podía tener derechos, sin embargo algunos de los padres conciliares opinaron que la Iglesia se había equivocado al condenar a la muerte a muchos herejes que tenían derecho a expresar sus opiniones fuera de la Iglesia. La declaración sobre la libertad religiosa fue aprobada el 20 de septiembre de 1965, con 1997 votos a favor y 224 en contra.

Al finalizar la votación hubo un aplauso general que ciertamente simbolizaba un clima abierto de cooperación con los creyentes del mundo. Ese clima optimista continuó durante la discusión sobre el papel de la Iglesia en el mundo contemporáneo donde el nuevo superior general de los Jesuitas, Pedro Arrupe, les recordó que el ateísmo crecía en el mundo occidental y que había una necesidad de estudiar ese fenómeno. Don Manuel Larraín habló sobre la necesidad urgente de equidad y justicia, tema que una comisión teológica chilena integrada por los padres Jorge Medina, Egidio Viganó SDB, Julio Jiménez SJ, Juan de Castro, Juan Ochagavía SJ y Roger Vekemans SJ ya había comenzado a analizar.

Siguieron discusiones sobre las misiones y sobre el papel del sacerdote en el mundo, que incluyeron muchas preguntas acerca del celibato como disciplina eclesiástica. Los obispos latinoamericanos habían propuesto que se ordenara a hombres ya casados pero que se mantuviera el celibato para los sacerdotes que ya habían sido ordenados como célibes. Por intervención de Pablo VI el celibato fue afianzado como práctica sacerdotal con un aplauso enorme por parte de los padres conciliares. Y ya el 28 de octubre de 1965 se promulgaron los esquemas aprobados: Sobre los Deberes Pastorales de los Obispos, Sobre la Renovación de la Vida Religiosa, Sobre la Formación del Clero, Sobre la Educación Cristiana y Sobre las Relaciones con las Iglesias No Cristianas.

Finalmente el decreto sobre la revelación fue aprobado por los padres conciliares, 2081 votos a favor y 27 en contra. Ya en las etapas finales del Concilio se votaron los esquemas finales, mientras Pablo VI anunció la reorganización de la Curia Romana y la reforma del Santo Oficio, que había sido muy criticado durante las discusiones sobre el tema de la libertad religiosa. El 7 de diciembre de 1965 el Papa promulgó los esquemas Sobre el Ministerio y la Vida de los Presbíteros, Sobre la Actividad Misionera y Sobre la Iglesia en el Mundo de Hoy, constitución pastoral que sería conocida más tarde como *Gaudium et Spes*, las primeras palabras del primer párrafo, que dice: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los

pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. No hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.

Gaudium et Spes se convertiría en el llamado a la Iglesia a convertirse en una Iglesia servidora, que como Cristo ama a los seres humanos, sin importarles su religión o su política. La visión de Juan XXIII se había convertido en realidad, ya que la Iglesia salía de sus palacios y de su teología condenatoria y se integraba al mundo para servir y para llevar palabras de aliento y salvación. Silva Henríquez participó con mucha emoción en la clausura del Concilio, especialmente la liturgia ecuménica del 4 de diciembre cuando Pablo VI llamó a todos los observadores de otras confesiones religiosas, “mis hermanos”. Tres días más tarde Pablo VI presidió la ceremonia de clausura en que exhortó a los padres conciliares a llevar a cabo las reformas en las iglesias locales dentro de una comunión universal. Las hostias que se consagraron en esa ocasión habían sido confeccionadas con trigo cultivado en la Escuela Agraria Salesiana de Punta Arenas traído a Roma por el Obispo Vladimiro Boric. En esa ceremonia la Iglesia levantó la excomunión contra Constantinopla y las Iglesias Ortodoxas, que pasaron a llamarse iglesias hermanas.

Silva Henríquez expresa en sus *Memorias* su satisfacción por el trabajo realizado por los obispos chilenos y sus teólogos, que siendo un grupo pequeño tuvieron una influencia fuerte en otros episcopados y en sesiones del Concilio mismo.⁸⁸ Es claro que el Concilio llevó nuevo entusiasmo a la Iglesia chilena y marcó a Silva Henríquez, el patriarca de Santiago, que debía después de todo llevar a cabo los cambios propuestos por la Iglesia universal en su propia Iglesia local. El Cardenal expresa esos sentimientos de entusiasmo de la manera siguiente: “Es imposible cubrir en un resumen la inmensa riqueza del Concilio. Sin embargo, yo sintetizaría su mensaje diciendo que en él, la religión del Dios que se hizo Hombre se encontró con la religión del hombre que se hace Dios. La simpatía inmensa que lo cubrió todo, y que nos llevó a

⁸⁸ *Memorias* II, 71.

explorar los problemas humanos desde su dimensión escatológica hasta su aspecto más concreto, dio lugar a un nuevo humanismo, por el cual la Iglesia reclamaba para sí un papel principal como promotora del hombre. Toda la riqueza doctrinal se volvía en una sola dirección: servir al hombre, en todas sus condiciones, debilidades y necesidades. Desde aquel día de diciembre de 1965, la Iglesia se proclamaba servidora de la humanidad".⁸⁹

Los cambios propuestos por el Concilio afectaron a toda la Iglesia de América Latina, ya que en tiempos de cambios políticos y sociales muy fuertes la Iglesia había decidido participar activamente en esos cambios e inclusive había decidido impulsarlos. Sin embargo los deseos de cambio llevaron a muchos a buscar caminos fáciles, como los de la violencia. En Colombia, por ejemplo, el padre Camilo Torres Restrepo dejó su parroquia para incorporarse a las luchas armadas del Ejército de Liberación Nacional y cayó abatido por las balas del ejército colombiano el 15 de febrero de 1966. Sin embargo sus ideales llevaron a muchos jóvenes a idealizar la respuesta cristiana a las crisis de América Latina, dentro de un clima en que las fuerzas políticas de la izquierda tenían cada día más adherentes y en un clima de diálogo abierto entre cristianos y marxistas.

A su regreso a Chile el Cardenal sostuvo reuniones con el clero para explicar algunas directivas del Concilio y para programar los pasos necesarios para que la Iglesia chilena siguiera su renovación de acuerdo al espíritu del Concilio. Silva Henríquez consideraba tres áreas importantes para la renovación de la Iglesia chilena: la participación de los laicos como fuerza activa en la vida de la Iglesia; la renovación de la vida religiosa de forma que tuviera una participación activa en la vida de la Iglesia local; y una participación activa de todos los miembros de una comunidad cristiana en la conducción de la misma.⁹⁰

Sus preguntas y cuestionamientos fueron profundos, sin tener miedo a los cambios, que serían considerados muy lentos por algunos, muy radicales por otros. La calidad del clero chile-

⁸⁹ *Memorias* II, 72.

⁹⁰ *Memorias* II, 79.

no de la época ayudó mucho ya que la preparación teológica del Seminario y la Universidad Católica eran excelentes y por lo tanto siguiendo la experiencia de la Gran Misión el Cardenal pidió una reflexión intensa a sus sacerdotes. Así fue como, por ejemplo, en la homilía del Jueves Santo de 1967, el Cardenal preguntó: “En la hora de la técnica, del desarrollo de las ciencias y de la conquista del espacio, vale aún la pena ser sacerdote? En una patria abocada al cambio de estructuras, donde los mejores ciudadanos se comprometen en la solución de los problemas sociales, económicos y políticos, qué hace el sacerdote?”.⁹¹

A nivel nacional los obispos, después de reelegir al Cardenal como su presidente, llamaron a un Plan Nacional Post-Concilio, que concluiría con sínodos diocesanos en 1967 después de mucha reflexión a nivel parroquial, decanal y zonal. En Santiago, Silva Henríquez estableció el Consejo de Presbiterio, siguiendo las directivas de los decretos conciliares *Christus Dominus* y *Presbyterorum Ordinis*, constituido por 25 sacerdotes, con sólo cuatro nombrados por el arzobispo, mientras que todos los demás vendrían de las zonas y de los organismos pastorales. La primera reunión del Consejo de Presbiterio se llevó a cabo el 30 de septiembre de 1966, y entre sus miembros estaban los nuevos vicarios: Gabriel Larraín (Zona Norte), Pedro Castex (Zona Sur), Ismael Errázuriz (Zona Este), Fernando Ariztía (Zona Oeste y Vicario General), Rafael Maroto (Zona Centro) y Rafael Larraín (Zona Rural-Costa).

En septiembre de 1966 el padre Gabriel Larraín fue ordenado Obispo Auxiliar de Santiago en la Catedral, mientras que la Iglesia chilena todavía no se recuperaba de la muerte de Don Manuel Larraín en un accidente automovilístico el 22 de junio de 1966 frente a Rosario en ruta de Santiago a Talca. Don Manuel Larraín había sido un personaje importante de la Iglesia en Chile, en América Latina y en el Concilio. Con su muerte, Silva Henríquez perdió a uno de sus aliados en asuntos tan importantes como la reforma agraria, pero debió continuar adelante con reformas eclesiales que incluyeron la reforma de la Universidad Católica.

⁹¹ *Memorias* II, 80.

Iglesia, Socialismos y Política

Dentro del clima de renovación que se produjo después del Concilio en la Iglesia chilena, el Cardenal debió asumir diversas situaciones de conflicto, que afrontó con mucha prudencia y caridad, pero que no le gustaron. Una de ellas fue la crisis de la Universidad Católica (UC), una de las instituciones académicas más prestigiosas de Chile, pero que se había convertido en un reducto universitario en que las ideas de renovación no habían llegado. Mientras que la crisis universitaria había comenzado ya antes del Concilio, las ideas del Concilio y la presión de sus estudiantes y personal precipitaron una crisis enorme durante 1967, acerca de la cual Silva Henríquez comentó “nunca se me había confiado un asunto más espinudo y que me haya proporcionado tantas incomodidades”.⁹²

A comienzos de 1967 el CELAM comisionó a su Departamento de Educación para que evaluara la labor de las universidades católicas en América Latina. La reunión de este comité del CELAM en Buga, Colombia, produjo un documento en que se recomendaba que las universidades formaran parte del plan de desarrollo de América Latina y que tomaran parte activa en la crítica y acción social de la época. Entre los participantes estaba el jesuita Hernán Larraín.

⁹² *Memorias II*, 89.

Las universidades católicas en Chile, la de Valparaíso (UCV) y la de Santiago (UC) estaban en crisis, pues los alumnos y profesores reclamaban que todos los vientos de cambio y compromiso social no llegaban a producirse en las universidades, que se llamaban católicas. En el caso de la Universidad Católica de Valparaíso, el rector y abogado Arturo Zavala Rojas, el único rector seglar de toda América Latina, había hablado de cambios y de abrir la universidad a la sociedad chilena ya desde 1963. Lo mismo había sucedido en Santiago, donde los estudiantes habían cuestionado la labor de la universidad en que se estudiaba en completo aislamiento de las realidades de la sociedad chilena. En Santiago, el Arzobispo Alfredo Silva Santiago, que por muchos años había estado vinculado a la educación católica y que aunque no era el arzobispo de Santiago continuaba como Gran Canciller y no compartía las muchas ideas de cambio y reforma. En 1963 Silva Santiago había renunciado al Arzobispado de Concepción para dedicarse completamente a su labor en la universidad. La UC tenía una crisis financiera aguda, que podría significar el despido de muchos profesores y el Hospital Clínico no tenía dinero para mantener los servicios y materiales médicos necesarios. La deuda, según Silva Henríquez, sobrepasaba el millón de dólares.⁹³

Sin embargo la preocupación principal del Cardenal era el hecho que la UC se había convertido “en una diócesis dentro de la diócesis”.⁹⁴ Por ejemplo, cuando el episcopado chileno decidió escribir al presidente Jorge Alessandri pidiéndole ayuda para superar la crisis económica, Silva Santiago se negó a firmar la carta. Y así fue como los estudiantes de la UC se reunieron con Silva Henríquez quien les dijo que él no podía intervenir en momentos en que la Escuela de Medicina reducía su financiamiento y la ayuda a los alumnos. El presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, Fernán Díaz viajó a Roma y tuvo una reunión con el pro-prefecto de la Congregación de Seminarios y Universidades, el cardenal Gabriele Garrone, quien le dijo que los cambios podrían producirse en 1967 cuando el pro-rector terminara su período en el cargo.

⁹³ *Memorias* II, 91.

⁹⁴ *Memorias* II, 92.

En Mayo de 1967 el Consejo Superior de la UCV reconoció la crisis financiera y desautorizó a las autoridades universitarias incluyendo al rector, lo que provocó la primera de las tomas cuando el 15 de junio huelguistas se tomaron la Facultad de Arquitectura. Un llamado a elegir al rector democráticamente y la negativa del Obispo Tagle llevó a la toma de la universidad el 21 de junio. Los estudiantes de la UC solidarizaron con los de la UCV y llamaron a un plebiscito estudiantil con la frase "Deseamos un cambio en la alta autoridad de la universidad". El 80% de los estudiantes que votaron aprobaron el cambio pero sin embargo el Consejo Superior rechazó la idea. Como respuesta la Unión de Federaciones Universitarias de Chile llamó a un paro nacional solidarizando con los estudiantes de la UCV y de la UC.

El Comité Permanente del Episcopado se reunió el 27 de junio y en esa reunión quedó claro que una reflexión amplia de la situación universitaria se veía como muy necesaria y una aprobación de nuevos estatutos en las universidades pontificias como una prioridad. El Vaticano le recordó a Silva Henríquez que él debía intervenir y así fue como él propuso el nombramiento de un pro-rector de concenso y una reforma universitaria completa. En Valparaíso, sin embargo, la huelga afectaba a 22 escuelas y había presiones económicas sobre los profesores. Por lo tanto el Comité Permanente se reunió nuevamente el primero de agosto, reunión en la cual el Cardenal propuso apoyar la petición de los estudiantes que querían un plazo fijo para la elección del rector y un cupo del 25% en el Consejo Superior de la UCV. Finalmente el 6 de agosto hubo un acuerdo para terminar la huelga en Valparaíso, después de bochornosos incidentes entre la fuerza pública y estudiantes que entraron a las dependencias del Arzobispado.

En Santiago la crisis continuaba ya que la Central Unica de Trabajadores (CUT) y los trabajadores del Servicio Nacional de Salud decidieron apoyar a los estudiantes con un paro nacional si no se reemplazaba al prorector antes del 9 de agosto. El 7 de agosto el Consejo Superior de la UC renunció en total desacuerdo con la gestión del Cardenal. Ya el 10 de agosto la FEUC comenzó el paro de alumnos y la toma de la Casa Central, mientras un grupo contrario a la huelga trató el 11 de agosto de tomarse la Casa Central lo que provocó violentos incidentes en las puertas de

Marcoleta y Portugal. El 17 de agosto el presidente Frei llamó al Cardenal y le expresó su preocupación de que la crisis en la UC atentaba contra la paz en Chile y que si la crisis no se solucionaba el gobierno debería intervenir la universidad el 21 de agosto.

El Vaticano se dio cuenta de la gravedad de la situación y otorgó a Silva Henríquez carta blanca para intervenir y solucionar el problema. El 21 de agosto el Cardenal, después de muchos malentendidos con Silva Santiago, consiguió el acuerdo de los estudiantes que tendrían un 20% de representación en el Consejo Superior y que apoyaban un 5% de representación para miembros del episcopado. Al mismo tiempo el profesor de la universidad, Fernando Castillo Velasco, asumiría la prorroctoría de la UC. Sin embargo en los días siguientes Silva Santiago no aceptó dar las atribuciones necesarias a Castillo Velasco y los miembros del Consejo Superior renunciaron. Silva Santiago renunció a su cargo de Gran Canciller y el Cardenal se vio inmerso en una polémica pública en que se lo acusaba de interventor más que de mediador y de amigo de los comunistas que querían destruir la universidad.

El 7 de septiembre el Vaticano nombró rector interino a Castillo Velasco y aceptó la renuncia de Silva Santiago. Más tarde Fernando Castillo Velasco fue ratificado como rector de la UC y en marzo de 1968 el Vaticano confirió la tuición de las universidades católicas de Chile a la Conferencia Episcopal. La reforma universitaria se había llevado a cabo finalmente pero con un costo enorme, Silva Santiago se había alejado de la vida pública y el Cardenal se había hecho muchos enemigos que años más tarde tomarían el mando y conducción de la UC a nombre del gobierno militar. Para sus enemigos cada uno de los pasos tomados para crear una universidad más abierta a las necesidades de Chile, una universidad más cristiana y más católica, fueron interpretados como nuevas manifestaciones del caos cardenalicio y de la presencia del marxismo institucionalizado. El Cardenal escribió sin embargo, “por mi parte, creía entonces, y lo sigo creyendo ahora, que a fines del 67 se abrió uno de los mejores períodos que ha tenido la Universidad”.⁹⁵

⁹⁵ *Memorias II*, 109.

En medio de ese clima difícil el Cardenal recibió el nombramiento de Fernando Ariztía, Vicario de la Zona Oeste, como Obispo auxiliar de Santiago, y junto a su equipo pastoral comenzó el sínodo que se había planificado para activar las políticas y directivas del Concilio. El Sínodo de Santiago comenzó en su primera etapa en 1967 y continuó en 1968, iniciándose con una peregrinación al Santuario Nacional de Maipú el Domingo 3 de septiembre de 1967. El 26 de marzo anterior Pablo VI había entregado su encíclica *Populorum Progressio* en la que urgía a la Iglesia a ser parte del progreso de los pueblos y a paliar la pobreza y el subdesarrollo. Y ese fue el mensaje que el Cardenal llevó a los 80 mil peregrinos que acompañados de 230 sacerdotes llegaron a Maipú.

La costumbre de llamar al Pueblo de Dios a santificarse a través de un peregrinaje se convertiría en un símbolo de la preocupación del Cardenal por la expresión popular y comunitaria de la fe. En los años siguientes varias generaciones de chilenos vibrarían con las caminatas, las canciones y las rogativas en ruta a Maipú. Sin embargo en 1967 el Cardenal fue atacado por sectores progresistas que veían a un pueblo religioso que seguía sumido en las oraciones a la Virgen María y no se mezclaba en la política, mientras que los sectores tradicionales veían el nacimiento de una iglesia popular y populista que fomentaba prácticas utilizadas por los políticos.

En los días siguientes 400 delegados comenzaron las discusiones en el Colegio de las Monjas Inglesas, sin presiones del Cardenal y discutiendo las aspiraciones y problemas de la Iglesia de Santiago. La realidad de la Iglesia en Santiago era abismante, ya que para llamarse un país católico, la práctica religiosa era mínima. La encuesta religiosa de 1965 había dado los siguientes resultados: 85% de la población de Santiago se declaraba católica, pero solo un 12,9% asistía a la Misa dominical y solo un 33% rezaba periódicamente; la contribución financiera a la iglesia solo contaba con 31.698 personas inscritas y la mitad de los 1.161 sacerdotes eran extranjeros, de los cuales solo 419 eran diocesanos con un promedio de un sacerdote por 2.072 habitantes. Finalmente el Seminario tenía un seminarista por cada 100 mil habi-

tantes lo que no hacía preveer un crecimiento en el número de sacerdotes diocesanos para Santiago.

La prioridad del Sínodo fue puesto en la evangelización de los niños, de los jóvenes y de los pobladores. La Iglesia ya había puesto énfasis en la evangelización del mundo obrero, pero no de sus familias y de los pobladores en general. Esa fue una tarea pionera que se inició dentro de la Iglesia chilena y que fue seguida por muchas otras iglesias locales de América Latina. Y la primera sesión terminó antes que el Cardenal partiera al Vaticano para la celebración del primer Sínodo de Obispos de la Iglesia Universal que se inauguró el 29 de septiembre de 1967 con la participación de 200 obispos. Entre los temas puntuales tratados por los obispos estuvo la revisión del Código de Derecho Canónico.

A su regreso a Chile el Cardenal impulsó la realización de la Segunda sesión del Sínodo de Santiago, en la que se discutieron temas difíciles como la pastoral de los jóvenes y el rol de la educación católica. Algunos delegados veían a la educación para la libertad como sin rumbo, y otros expresaron su desaliento al ver que la educación católica se percibía como clasista y cerrada a los sectores más pobres. El tema de la educación fue finalmente discutido por los obispos a petición del Sínodo, en el cual no se pudieron alcanzar acuerdos relacionados con la cultura y la educación. Otros temas difíciles fueron el paternalismo de la Iglesia en las obras de caridad y la influencia de la Iglesia en la política chilena. Las conclusiones de la segunda sesión criticaron la ausencia del Cardenal de las labores pastorales, la falta de apoyo a la vida religiosa y la necesidad de un esquema de cooperación y no de obediencia vertical por parte de los presbíteros. El Cardenal salió dolido de esta sesión pero muy contento de que la Iglesia de Santiago hubiera podido conversar de sus deficiencias y avanzar hacia un modelo más dedicado a servir a la sociedad chilena en el mundo difícil de la década de los años sesenta.

Puede decirse después de todos estos años que la Iglesia estaba preparada para los conflictos que traería el año 1968 al mundo. El Concilio había abierto las puertas a una Iglesia en diálogo y servidora del mundo contemporáneo, que tendría expresión en la reunión de obispos latinoamericanos en Medellín, en la

reforma universitaria chilena y en la efervescencia política por parte de los cristianos comprometidos con la política. En cierto sentido el fenómeno chileno no era un fenómeno aislado ya que tanto en Europa como en Estados Unidos los jóvenes y los cristianos empujaban reformas sociales, universitarias y políticas.

El año 1968 estuvo marcado por los conflictos relacionados con la reforma agraria y las primeras tomas de fundos por parte de los campesinos, que deseaban una pronta terminación del latifundio semi-colonial, reformas impulsadas lentamente por el gobierno de Frei. La situación político partidista se polarizó durante ese año, ya que la derecha se unificó en el Partido Nacional mientras que los socialistas contemplaron la lucha armada como instrumento para adelantar los derechos del pueblo y de los trabajadores. El presidente Frei perdió el liderazgo del PDC y la nueva directiva sería de una corriente muy progresista liderada entre otros por Rafael Agustín Gumucio y Julio Silva Solar, los que más tarde dejarían el PDC y se integrarían a la coalición de izquierda – la Unidad Popular (UP).

Durante 1968 la Iglesia de Santiago sufrió el retiro del Obispo Gabriel Larraín que dejó el sacerdocio después de muchos años pidiendo trabajar en una parroquia obrera. Ya el año anterior el vicario de la zona zona sur, Pedro Castex, había dejado el sacerdocio para casarse y Gabriel Larraín junto al obispo Carlos González lo habían visitado en Uruguay para disuadirlo de su acción. El Cardenal conversó mucho con Larraín a comienzos de año y finalmente lo envió a Francia, bajo la tutela del Arzobispo de Lyon. Sin embargo Larraín perdió la fe y se retiró. Aunque años más tarde Gabriel Larraín se convirtió en un laico de mucha fe y comprometido, el Cardenal reconoció que quizás la Iglesia no había comprendido que Larraín no quería tener posiciones de liderazgo en la Iglesia de Santiago cuando comenta: “muchas veces he meditado acerca de este caso doloroso, y creo que tuvimos una parte de responsabilidad todos aquellos que lo forzamos a ser lo que no quería”.⁹⁶

⁹⁶ *Memorias II*, 123-124.

Sin embargo el caso Larrain debe entenderse dentro de un momento difícil para los sacerdotes, un momento de enorme cambio y de mucha pasión política. Los sacerdotes se vieron inmersos en la polarización política y los socialismos izquierdistas se veían más cercanos a los valores del Evangelio. Por lo tanto, muchos sacerdotes comenzaron a participar en política, la política de cambio que ayudaba a sus feligreses y que prometía crear una nación más justa y solidaria. Como resultado el número de vocaciones disminuyó y la imagen de la labor del sacerdote no se vio tan clara como antes. En su homilía del Jueves Santo de 1968 el Cardenal le habló a sus sacerdotes de la manera siguiente: “por medio de nuestra fe vacilante, debe realizarse la comunicación de los dos mundos: del mundo de abajo, con su formidable poder de atracción vertiginosa, y del mundo de arriba, con su inmensa e infinita riqueza, pero actualmente escondida. Esta es nuestra misión esencial; si no hacemos esto, no somos sacerdotes”.⁹⁷

La formación sacerdotal dentro de una Iglesia post-conciliar fue difícil. En esos años el rector del Seminario que quedaba en Apoquindo era el padre Jorge Hourton, quien había sido profesor del Seminario por muchos años. Y aunque Hourton se oponía a la idea de cerrar el Seminario, los profesores y seminaristas presionaban por llevar a los seminaristas en pequeños grupos a diversos lugares de Santiago donde pudieran estar en contacto con la pastoral y al mismo tiempo continuar sus estudios. En vista de la posición del rector varios seminaristas salieron del Seminario y finalmente en 1968 el Cardenal decidió cerrar el Seminario y distribuyó a los seminaristas en pequeñas comunidades dentro de la Arquidiócesis. El padre Hourton quiso irse al sur de Chile pero finalmente se quedó trabajando en una parroquia de Renca, para luego ser nombrado obispo auxiliar de Puerto Montt al año siguiente. La experiencia de las pequeñas comunidades de seminaristas duraría dos años y mientras se construía el nuevo Seminario en La Florida los seminaristas se reunieron nuevamente como una sola comunidad en casas de ejercicios dentro de la diócesis.

⁹⁷ *Memorias* II, 124.

Durante ese año el Cardenal tuvo una diferencia de opinión con la Santa Sede y con el Nuncio Carlo Martini, ya que la Santa Sede nombró al Padre Ignacio Ortúzar, vicario de la zona sur, como obispo auxiliar de Puerto Montt. Ortúzar no quería salir de Santiago y el Cardenal no quería perder a uno de sus vicarios después de la salida de Gabriel Larraín. Finalmente Ortúzar no fue a Puerto Montt y no fue nombrado Obispo auxiliar. A raíz del caso Ortúzar los obispos eligieron al Obispo José Manuel Santos como nuevo presidente de la Conferencia Episcopal pensando que ese cambio ayudaría a integrar a otros obispos dentro del nuevo esquema de las conferencias episcopales post-conciliares y aliviaría el enorme trabajo administrativo que debía asumir el Cardenal.

Con motivo de los 150 años de la Declaración de Independencia, los obispos emitieron una declaración pastoral con el título *Chile, voluntad de ser*, que se sumaba a otra recientemente publicada con el título *Los católicos y la educación*. Mientras que la pastoral sobre la educación seguía las recomendaciones del Sínodo de Santiago, la pastoral sobre la realidad nacional abría una nueva reflexión sobre la historia de Chile y la presencia de Dios en esa historia. En sus conclusiones la pastoral sobre la realidad nacional asumió una concepción humanista y cristiana de la sociedad, una sociedad unida a una realidad superior, y que asumía una concepción integral y solidaria del hombre”.⁹⁸

El Cardenal en sus memorias transcribe uno de sus párrafos, un párrafo muy bonito con mucho realismo cristiano: “En el umbral que conduce al desarrollo, todos debemos, sin apagar la vivacidad criolla, templarnos en una disciplina más recia. Así, la afectividad no desembocará en un sentimentalismo veleidoso; así, la imaginación no será el recurso para improvisar sistemáticamente soluciones; así, la conciencia de la dignidad personal no degenerará en un individualismo antojadizo. En esto se deciden la grandeza o la mediocridad de Chile”.⁹⁹ La pastoral sobre la realidad nacional fue atacada por la prensa de derecha por tener muchos

⁹⁸ *Memorias* II, 129-130.

⁹⁹ *Memorias* II, 129.

elementos comprometidos con las luchas de la izquierda y también fue condenada por la prensa de izquierda por no tener las características del pensamiento audaz del Concilio. Sin embargo para la mayoría de los católicos la pastoral llevó entusiasmo a los que incorporados en la realidad nacional, buscaban interpretar su acción desde el punto de vista del Evangelio.

Sin embargo las polémicas continuaron dentro y fuera de la Iglesia ya que el 25 de Julio Pablo VI promulgó la encíclica *Humanae Vitae* que fue rechazada por muchos sectores de la Iglesia y provocó divisiones innecesarias en un momento en que la doctrina católica del matrimonio se veía amenazada por el nuevo uso de la píldora anticonceptiva. El texto de *Humanae Vitae* es en cierto sentido muy profundo y habla del amor humano en relación al divino dentro del matrimonio, un sacramento que conlleva la gracia divina. Sin embargo en el párrafo 14 prohíbe “toda acción que, en prevision del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga como fin o como medio hacer imposible la procreación”.¹⁰⁰

Los teólogos y expertos chilenos se reunieron con el Cardenal para discutir las consecuencias de esa afirmación, y para debatir sobre lo “natural” dentro del ser humano. Asistieron a la reunión en el Centro Bellarmino, Juan Ochagavía, Juan de Castro, Egidio Viganó, Roger Vekemans y otros. La preocupación principal se centraba en los fieles, aquellos que por sus condiciones económicas o sociales no podían aceptar que todo acto conyugal conllevaba las gracias de la procreación dentro del matrimonio y los matrimonios bien constituidos que decidían por razones justificadas no tener más hijos. El peligro de la encíclica estaba en que muchos obedecerían a su conciencia y por lo tanto terminarían sintiendo que la Iglesia no estaba con ellos en su realidad humana y social, un hecho que la Iglesia de Santiago estaba tratando de remediar con sus renovadas líneas pastorales.

Después de la reunión, el Cardenal llamó a algunos de los cardenales europeos amigos, los que también estaban preocupados. Silva Henríquez mandó un telegrama al Vaticano pidiendo a

¹⁰⁰ *Memorias* II, 132.

Pablo VI que la encíclica no se publicara hasta que hubiera más discusión sobre el asunto. Días después recibió una carta dura del secretario de estado del Vaticano y semanas después cuando Silva Henríquez se reunió con Pablo VI, éste le manifestó que le había dolido el telegrama. El Cardenal le pidió perdón y Pablo VI se lo otorgó, mientras Silva Henríquez reconoció que el telegrama había sido un error.

Sin embargo la Iglesia en América Latina se preparaba para un acontecimiento histórico, la primera visita de un Pontífice al continente con motivo del 39 Congreso Eucarístico. Una minoría, sin embargo, rechazaba la visita pues la interpretaba como un beneplácito para los ricos y los que creaban la pobreza en el continente, que serían los que recibirían a Pablo VI en Colombia. Las protestas se extendieron a Chile donde el 14 de junio un grupo de sacerdotes, religiosas y laicos se habían reunido en la parroquia San Luis Beltrán de Barrancas para emitir una declaración contra la visita. El dirigente del grupo era el sacerdote español Paulino García, que se reunió con el Cardenal, el cual ya veía las declaraciones como inconvenientes. En esa reunión el Cardenal se dio cuenta de que el Padre García no entendía otros argumentos y al enojarse le propuso que por qué no se iba a España a ver si Franco le daría las mismas libertades de expresión.

El grupo de Barrancas fue creciendo y se identificó como “Iglesia Joven” o “Iglesia Clandestina”, oponiéndose a la construcción del Templo Votivo en Maipú –el que consideraban un lujo- y dando entrevistas anónimas a los medios de comunicación, criticando a los obispos. Lo que la “Iglesia Joven” logró fue la formación de un grupo conservador católico con el nombre de la Sociedad de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP), grupo más conocido como Fiducia por el título de la revista que publicaban. Fiducia rechazaba el marxismo y la lucha de clases y acusaba a sectores de la Iglesia de promoverlos, mencionando entre otros a la revista *Mensaje*, al Centro Bellarmino y al Desal, centro de estudios dirigido por el padre Roger Vekemans. Fiducia escribió una carta a Pablo VI con el título *Reverente y filial mensaje a Su Santidad el Papa Pablo VI, en que le pedían que sacara de sus cargos a los eclesiásticos que fomentaban el comunismo en Chile*. El Obispo Fernando Ariztía se ofreció a conversar con

ellos, pero no recibió respuesta personal, mientras que Fiducia informó a la prensa que la Iglesia no estaba abierta al diálogo.

Es muy claro que la polarización política había llegado a la Iglesia y que el Cardenal estaba al centro de todas esas disputas pues representaba la cara de una Iglesia que estaba tratando de llevar a la práctica las directivas del Concilio y seguía las prácticas pastorales adoptadas en la Gran Misión y en el Sínodo de Santiago.

En la mañana del Domingo 11 de agosto un par de sacerdotes que se habían quedado dentro de la Catedral abrieron las puertas a unos 200 manifestantes que se tomaron el templo. Entre los manifestantes había 8 sacerdotes que divulgaron dos documentos *Manifiesto de la Iglesia Joven* y *Por una Iglesia servidora del Pueblo*. Los manifestantes desalojaron la Catedral a las 5 de la tarde, después de manifestar que no estaban en contra del Papa o del Cardenal sino que contra las estructuras que impedían a la Iglesia el servir a los pobres y a los que sufrían. Al visitar el templo el Cardenal vio una de las paredes interiores que tenía un rayado que decía “el pueblo está sufriendo” y estaba firmado “Juventudes Comunistas de Chile”.

La respuesta debía ser medida de acuerdo a los hechos, pero al mismo tiempo el Cardenal no podía enajenar a los sectores mayoritarios de la Iglesia que servían a los pobres y humildes de la sociedad. La reunión de los Vicarios se llevó a cabo esa misma tarde y mientras el Cabildo recuperaba la Catedral, el Cardenal suspendía a los ocho sacerdotes de sus funciones sacerdotales. Esos sacerdotes habían incitado a los fieles a un acto de violencia que no se había producido nunca antes en la historia de Chile. Días más tarde el Cardenal celebró una Misa de desagravio en una Catedral repleta de fieles, al mismo tiempo que los sacerdotes suspendidos pidieron disculpas y fueron perdonados. Este hecho fue doloroso para el Cardenal, ya que se produjo al mismo tiempo que la Iglesia avanzaba hacia una reflexión profunda y un diálogo abierto y sincero sobre su labor en Chile. Y así lo manifestó en sus declaraciones: “No hemos sido quizás suficientemente humildes, pues creíamos que nuestra Iglesia era la mejor de todas; quizás nuestro diálogo no ha sido suficiente; tal vez no hemos

sabido darnos a nuestros sacerdotes y a nuestro pueblo en la medida que hoy se necesita".¹⁰¹

El Nuncio no estuvo contento con la actuación caritativa del Cardenal hacia los sacerdotes rebeldes, y en el caso de Valparaíso, donde 23 sacerdotes amenazaron con renunciar si no se realizaba un Sínodo como el de Santiago, el Nuncio le recomendó a Don Emilio Tagle dureza con los rebeldes. Y con motivo del viaje del Cardenal a Colombia, el embajador colombiano ofreció una comida a la que no asistió el Nuncio, aunque había sido invitado, razón por la cual el gobierno de Frei presentó una nota de protesta al Vaticano y el Cardenal nuevamente se ubicó en el centro de una controversia entre los poderes liberales y conservadores de la sociedad chilena.

Entre esas polémicas el Cardenal voló a Colombia y asistió a la visita de Pablo VI. Unos días después la segunda conferencia del CELAM se reunió en Medellín pero el Cardenal decidió volver a Santiago hostigado por los periodistas que querían saber más detalles sobre la toma de la Catedral, y mientras tanto la conferencia de Medellín interpretó las directivas del Concilio en el contexto latinoamericano y ayudó a que los nuevos vientos de una Iglesia servidora llegaran a todas las diócesis del continente. Entre sus grandes trazos teológicos estuvieron las reflexiones sobre aspectos de la vida pastoral con un papel central de los laicos en la Iglesia y en la sociedad. Entre los temas centrales estuvieron la economía del desarrollo -dentro de la cual todos tienen un papel que jugar y no sólo los dueños de los recursos- y la reflexión sobre las estructuras de pecado. Dentro de las directivas importantes se cuentan el papel de los laicos en el cambio social, y la formación de las comunidades de diálogo -que luego se convertirían en las comunidades de base- donde la Palabra de Dios y la acción pastoral pasaron a formar parte de la vida cristiana.

En Santiago la segunda sesión del Sínodo se llevó a cabo con un solo tema central -el laicado- dividido en una preocupación pastoral por tres grupos importantes: los jóvenes, los obreros y los

¹⁰¹ *Memorias II*, 143.

empresarios. Las polémicas centrales y de fondo se produjeron entre miembros del MOAC (Movimiento Obrero de Acción Católica) y la USEC (Unión Social de Empresarios Cristianos) que no pudieron entenderse y al mismo tiempo desestimaron la importancia de la doctrina social de la Iglesia. Muchos de los delegados más conservadores se fueron retirando, y sin embargo el Sínodo se clausuró con un programa claro de trabajo en seis áreas importantes para la pastoral en Santiago. Esas áreas fueron: la evangelización, el carácter misionero, los pobres, los ambientes vitales sobre las estructuras, la formación de un laicado adulto y responsable, y la corresponsabilidad pastoral.¹⁰²

El espectro político se había polarizado aún más y el ala de izquierda del PDC había decidido acercarse a una coalición partidaria que incluyera a los comunistas, los socialistas, los radicales y el nuevo movimiento formado por estudiantes de la Universidad de Concepción, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). Varios sectores jóvenes de la Iglesia se habían unido a la Unidad Popular y los obispos emitieron una declaración contra el odio y la lucha de clases. En esa declaración les recordaron a esos sectores que los propios marxistas reconocían que los marxistas no eran cristianos y que los métodos para obtener la justicia social por parte de las dos ideologías eran muy diferentes.

En su reunión con Pablo VI el 5 de octubre el Cardenal le contó de sus preocupaciones y de la violencia que escalaba en Chile. Ya a su regreso y con ocasión de la peregrinación a Maipú para celebrar los 150 años de la independencia, el Cardenal arengó a 100 mil peregrinos con estas palabras: “Pedimos a Jesucristo, por la intercesión de su Madre Santísima, que nos haga conocer de qué espíritu somos; que ponga en evidencia ante nuestros ojos que los chilenos, y especialmente los sacerdotes, somos los sembradores del amor y no del odio; que la prueba del supremo amor que debe llegar hasta nuestros adversarios, es dar la vida por los amigos y los enemigos, siguiendo el ejemplo de quien nos amó hasta el fin; que este espíritu de amor es incomprensible con el espíritu de violencia y de guerra, y que la prueba única de que

¹⁰² *Memorias II*, 149.

somos verdaderos discípulos del Señor, es que nos amamos los unos a los otros¹⁰³.

El 4 de mayo de 1969 se produjo la consagración del nuevo obispo auxiliar de Santiago, el padre Ismael Errázuriz, vicario episcopal de la Zona Oriente. La Misa se celebró en la parroquia del Sagrado Corazón de El Bosque, y durante la ceremonia uno de los líderes de la Iglesia Joven, Leonardo Jeffs, leyó una carta afirmando que los laicos debían elegir a los obispos. Después de una riña violenta los manifestantes fueron sacados a la fuerza por otros jóvenes de la parroquia, un hecho que dejó muy dolido al nuevo obispo.

En medio de muchas críticas el Cardenal había decidido continuar con una de las directivas del Sínodo de Santiago, la elección de Vicarios para las diferentes zonas episcopales. Así fue como en noviembre de 1969 mil doscientas personas entre sacerdotes, religiosos y laicos votaron para elegir ternas en cada zona de las cuales el Cardenal elegiría los vicarios que servirían en sus puestos por 6 años. Los elegidos fueron Pablo Laurin (Zona Sur), Rafael Maroto (Zona Centro), Fernando Ariztía (obispo Zona Poniente), Ismael Errázuriz (obispo, Zona Oriente), Mario González (Zona Norte) y René Vío (Zona Rural-Costa).

En marzo de 1969 las elecciones parlamentarias ya habían demostrado la polarización del país y mientras el PN y el PC ganaron más votos, el PDC disminuyó su arrastre popular. Sin embargo el PDC todavía tenía un tercio del electorado y la Junta Nacional se reunió en Santiago en mayo para planificar la candidatura presidencial. En esa Junta el miembro del ala izquierdista del PDC, Renán Fuentealba, fue reemplazado por Jaime Castillo Velasco y como resultado el ala izquierdista del PDC decidió renunciar al partido y formar un nuevo partido. El Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) formó parte de la Unidad Popular y entre sus líderes ex-PDC estaban Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez, y Julio Silva Solar. Con la creación del MAPU un número pequeño de católicos apoyaría los planes presidenciales de la UP, mientras que la Iglesia viviría un momento de angustia e incertidumbre.

¹⁰³ *Memorias II*, 152.

En octubre de 1969 las Fuerzas Armadas solicitaron un aumento de sueldo al gobierno, un tema que la oficialidad ya había estado negociando anteriormente. El comandante de la primera división de ejército con asiento en Antofagasta, General Roberto Viaux Marambio, pidió audiencia al presidente para discutir el tema. La Junta Calificadora lo consideró inadmisibles ya que Viaux había pasado a llevar la jerarquía de comunicaciones y lo mandó a Santiago, destituido de su cargo. El 21 de octubre y cuando se encontraba en su casa, oficiales del Regimiento Tacna lo fueron a buscar para que se hiciera cargo del regimiento, el que apoyado por la Escuela de Suboficiales, se había acuartelado. Después de que el gobierno declarara el Estado de Sitio y que las negociaciones con Viaux aseguraran su lealtad al gobierno, la crisis se superó, sometiendo a juicio militar a Roberto Viaux conjuntamente con la renuncia del Comandante en Jefe del Ejército General Sergio Castillo Aránguiz; el que fue reemplazado por el General René Schneider, apenas asume el mando del ejército, el juicio de Viaux creó en noviembre un nuevo incidente, ya que 200 uniformados llegaron a los Tribunales de Justicia para solidarizar con Viaux.

El Cardenal se encontraba en Europa y a su regreso en diciembre de 1969, el episcopado emitió una declaración analizando la situación del país. En esa declaración los obispos reconocían que grupos de derecha, de izquierda y del ejército intentaban convencer al resto del país que la fuerza y la violencia eran medios válidos para organizar la sociedad. Hasta ese momento los principales grupos que orquestaban la violencia armada habían sido los seguidores de Viaux y el MIR, pero ya se estaban formando grupos paramilitares de derecha como Patria y Libertad y otros de izquierda. Ya años antes del golpe militar los obispos advertirían: “La experiencia triste de muchos países nos recuerda que, tarde o temprano, la Iglesia, en defensa de estos mismos valores (democráticos) se ha encontrado enfrentada a regímenes de fuerza. Estos regímenes terminaron por cometer las mayores injusticias para mantenerse en el poder. Nuestra palabra hoy quisiera ser un elemento de reflexión para prevenir situaciones que traerían consigo inútiles e injustificados sufrimientos ... creemos que la supresión del régimen democrático, sea por parti-

dos políticos o por las Fuerzas Armadas, traería tales daños a la nación, a las instituciones y organizaciones nacidas por la voluntad libre de los chilenos, que nos parece indispensable recordar ahora el valor fundamentalmente humano de la convivencia democrática".¹⁰⁴

Las elecciones presidenciales de 1970 fueron precedidas no sólo por un proceso muy intenso de propaganda política sino también por muchos actos de violencia. Ese período no sólo dividió a los católicos sino que se vivió intensamente entre un sector minoritario del clero que estaba muy politizado y que, habiendo sentido que el PDC no había llevado adelante el proyecto de justicia social que había prometido, se volcó hacia la izquierda y se hizo partícipe del proyecto de país propiciado por la Unidad Popular. A comienzos de ese año 1970 los obispos habían decidido no pronunciarse acerca del peligro de que la izquierda ganara las elecciones, aunque una minoría de los obispos había propuesto una declaración condenatoria hacia esa posibilidad. Ya en los meses siguientes varios sacerdotes apoyaron a la Unidad Popular en paros de la CUT y en concentraciones políticas.

El 20 de julio de 1970 el Cardenal leyó a través de las pantallas del Canal 13 una carta con el título *Iglesia, sacerdocio y política*. A través de ella el Cardenal negó la posibilidad de que sacerdotes hicieran política partidista con las siguientes palabras: "la Iglesia como tal no tiene ni está ligada a ningún sistema ni partido político", y, "el servicio propio (de ellos) es ofrecerse para que, en la Iglesia, los hombres encuentren su Casa: la Casa donde se puede legítimamente discrepar, ser incluso adversario, pero no enemigo".¹⁰⁵

En los días anteriores a las elecciones presidenciales Salvador Allende visitó al Cardenal y le aseguró que al ser elegido presidente su gobierno no hostigaría a la Iglesia, un hecho que ya había acontecido en Europa del Este. En esos días los obispos chilenos comunicaron a la nación que los obispos sólo visitarían al candidato triunfante que obtuviera la mayoría absoluta pues se

¹⁰⁴ *Memorias* II, 169.

¹⁰⁵ *Memorias* II, 182.

suponía que los resultados iban a ser muy estrechos. Y la predicción de los obispos fue correcta ya que el 4 de septiembre Allende obtuvo la mayoría de los votos pero no la mayoría absoluta como para ser ratificado como presidente. Por lo tanto el Congreso debió decidir el nombre del nuevo presidente entre dos candidatos, Salvador Allende (UP) y Jorge Alessandri (PN). Finalmente, y con la adhesión de los parlamentarios del PDC el Congreso eligió a Salvador Allende como presidente de Chile el 24 de octubre en una votación muy clara: Allende 153 a favor, Alessandri 35 a favor y siete votos en blanco.

La situación política vivida después del 4 de septiembre sería la norma de la convivencia nacional de 1970 a 1973, mucho odio, mucha violencia y falta de diálogo entre los partidos políticos. La preocupación de Estados Unidos por la situación en Chile tampoco ayudó a prevenir la violencia ya que el 22 de octubre de 1970 y con la ayuda de la CIA un grupo de extremistas de derecha asesinó al Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, quien se dirigía desde su casa a su oficina y opuso resistencia a un intento de secuestrarlo. Por otra parte un grupo de sacerdotes simpatizantes de la izquierda visitó a Allende antes de que fuera ratificado como presidente de Chile para declararlo vencedor y el obispo auxiliar de Puerto Montt, Jorge Hourton, declaró el 7 de septiembre que “el pueblo de Chile eligió para sí un gobierno democrático y de progreso social; tiene derecho a esperar y exigir que éste le sea dado, y no otra cosa”.¹⁰⁶

Las palabras del Cardenal trataron de calmar los ánimos y Silva Henríquez con sabiduría y autoridad moral proclamó los valores democráticos en los funerales del General Schneider, el lunes 26 de septiembre, cuando dijo: “Reunidos hoy en este templo, donde la patria ha orado en todos los grandes momentos de su historia, no venimos sólo para llorar al padre, al amigo, al jefe, sino para proclamar nuestra fe en los grandes valores que su sacrificio encarna. La patria no ha muerto: llora emocionada, con noble entereza, ante el sepulcro que es también emblema de gran-

¹⁰⁶ *Memorias* II, 187.

deza ciudadana, y mudo y elocuente testimonio de amor a las nobles tradiciones republicanas y democráticas de Chile".¹⁰⁷

Ya al día siguiente el Cardenal recibió al presidente Allende en el Arzobispado, a pedido del mismo Allende, mientras que el miércoles 28 de septiembre el secretario de la Conferencia Episcopal Obispo Carlos Oviedo, el vicario Jorge Gómez Ugarte y el Cardenal hicieron una visita oficial a Allende y a su esposa, Hortensia Bussi, en su domicilio privado. En general las relaciones entre Allende y el Cardenal fueron cordiales y sólo se distanciaron a raíz de la actuación de elementos más extremistas dentro de la Unidad Popular que quisieron disolver la educación católica a través del proyecto de una Escuela Nacional Unificada (ENU). Allende era masón pero recibió con gusto el regalo de una Biblia que el Cardenal le ofreció en su visita al Arzobispado, comentando que en ese texto estaban las palabras del primer revolucionario del mundo.

Muchos comentaristas de la época atacaron al Cardenal por su trato cordial hacia Allende, probablemente porque recordaban las escaramuzas oficiales de Silva Henríquez con Jorge Alessandri. Pero es muy claro que Salvador Allende confirió una autoridad cívica y moral a la Iglesia que muchos gobiernos anteriores habían desestimado, y que en el caso de Eduardo Frei se había convertido en un temor a la opinión conservadora que acusaba al Cardenal de haber ofrecido su apoyo al PDC. Para Allende y muchos de sus ministros el Te Deum en la Catedral el 3 de noviembre y las palabras del Cardenal constituyeron la ratificación oficial más importante para el nuevo presidente. El Cardenal lo consideró un elogio a la labor de la Iglesia y podría decirse que Allende y sus partidarios percibían a la Iglesia como un poder fuerte en Chile y agradecían que la Iglesia no hubiera condenado al nuevo gobierno de la UP. Y así se lo expresó Allende al Cardenal en esos momentos: "Cardenal, el Te Deum fue la ceremonia más importante y más hermosa de la transmisión del mando. Fue la que produjo más impacto en las delegaciones extranjeras, usted no se imagina".¹⁰⁸

¹⁰⁷ *Memorias* II, 195.

¹⁰⁸ *Memorias* II, 197.

En cierto sentido los acontecimientos políticos que siguieron no corroboraron esa percepción del Cardenal como personaje central en la vida chilena y el único que podría haber impedido el imperio del odio y el rencor. El odio y la violencia significaron que para la derecha el Cardenal estaba muy cercano a los marxistas, mientras que para la mayoría de los partidarios de la UP la Iglesia estaba muy cercana al PDC, que poco a poco se ubicó en directa oposición a las políticas populistas de la UP. La actitud del Cardenal fue muy clara ya que participó en las ocasiones públicas a las que se le invitaba, y trató de promover el diálogo entre adversarios políticos en su propia mesa y a través de las comidas en su casa.

Dentro de la Iglesia se produjeron enormes conflictos que se expresaron en un acento marcado por la temporalidad del Evangelio. En ese período dejaron el sacerdocio 202 personas, una cifra enorme, ya que hasta 1960 sólo 35 sacerdotes habían dejado el ministerio activo. Durante 1970 no hubieron vocaciones sacerdotales y el Cardenal decidió construir un nuevo Seminario en La Florida y trasladar a todos los seminaristas al nuevo Seminario mientras sólo algunos siguieron viviendo temporalmente en pequeñas comunidades poblacionales.

En abril de 1971 y a raíz de los comicios municipales la UP afianzó su apoyo popular con un 49.7% de los votos, lo que dio nuevos impulsos a los cristianos que vibraban con el proyecto de una sociedad socialista. En los meses siguientes otro sector del PDC formó un nuevo partido, la Izquierda Cristiana (IC), que se unió a la Unidad Popular. Dentro de la IC se encontraban católicos comprometidos como Bosco Parra, Luis Maira y Pedro Felipe Ramírez.

En el mismo mes y mientras la Conferencia Episcopal se reunía en Temuco, un grupo de sacerdotes, el grupo de los 80, organizó una reunión en el sur de Chile con el tema *La participación de los cristianos en la construcción del socialismo en Chile*. El grupo estaba liderado por el jesuíta Gonzalo Arroyo, y los sacerdotes Alfonso Baeza, Ignacio Pujadas, Esteban Gumucio, Sergio Torres y Santiago Thijssen. Los mismos sacerdotes habían ido a visitar a Salvador Allende en septiembre de 1970 desoyendo las instrucciones de los obispos de reconocer el triun-

fo del candidato que obtuviera la mayoría absoluta. Uno de los invitados a esa reunión fue el Padre Gustavo Gutiérrez, quien había lanzado nuevas ideas sobre el desarrollo y la teología con su libro *Teología de la liberación*.

El Cardenal simpatizaba con los sentimientos de esos sacerdotes que trabajaban en medios obreros y constataban la pobreza cada día, sin embargo no veía la compatibilidad de la práctica marxista con la práctica cristiana. Y así fue como Silva Henríquez se reunió muchas veces con los líderes de los 80 para conversar acerca de sus ideas y su compromiso. Otros sacerdotes como Beltrán Villegas los criticaron, acusándolos de clericalismo y de dar un valor teológico a una acción que era eminentemente política, pero la polémica continuó cuando once profesores de la Facultad de Teología emitieron una declaración apoyando al grupo de los 80.

El primero de mayo de 1971 el Cardenal asistió al acto público organizado por la Central Unica de Trabajadores, invitado por su presidente Luis Figueroa, y en el que participaron el presidente Allende y varios ministros de la Unidad Popular. La respuesta inicial del Cardenal a esa invitación había sido negativa pero su propio Presbiterio le recomendó que asistiera. La ocasión fue utilizada por todos los sectores políticos, pero sin embargo reafirmó la acción de una Iglesia comprometida con todos los chilenos. Ese compromiso se reafirmó el 27 de mayo de 1971 con la publicación del documento *Evangelio, política y socialismo*, un documento preparado por el Episcopado, y en el que se insistía en que la historia está guiada por la liberación que Cristo trae a los hombres y no puede centrarse en un solo modelo político, obra de los hombres. Desde ese punto de vista la opción por los pobres se constituye en un proyecto de participación e igualdad, en la que los cristianos deben tomar decisiones en conciencia pero sin exclusión de otros de la participación democrática.

El documento provocó declaraciones encontradas entre el Cardenal y el grupo de los 80, y entre el Cardenal y el Obispo Bernardino Piñera que consideró que el Cardenal había sido muy duro en su respuesta a los 80 sacerdotes. En julio de 1971 se realizó la segunda reunión de los sacerdotes por el socialismo, que pasó a llamarse el grupo de los 200, y que contó con la par-

ticipación del Vicario de la Zona Centro, Rafael Maroto. Las conclusiones de esa reunión prepararon una eclesiología revolucionaria sin mayor estructura y que cuestionaba el celibato sacerdotal, pero que no mencionaba la violencia y el odio que se estaba apoderando de todos los chilenos. Esa violencia política había continuado con el asesinato del ex-ministro del Interior Edmundo Pérez Zujovic en Providencia el 8 de junio de 1971 por un comando extremista denominado Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP).

Las relaciones de la Iglesia con Allende y su gobierno siguieron siendo buenas y aunque el Cardenal desconfiaba del trato deferente que recibía y de las invitaciones para acompañar al presidente, Silva Henríquez apreciaba que la UP reconocía el respeto que los trabajadores tenían por la Iglesia. Y así se lo manifestaron dirigentes comunistas como Luis Corvalán, Volodia Teitelboim y Mireya Baltra, que formaron parte de los muchos invitados a cenar a la casa del Cardenal.

El 23 de noviembre de 1971 y con motivo de la visita oficial a Chile del primer ministro de Cuba Fidel Castro, éste se reúne con el Cardenal, el Obispo Carlos Oviedo y el Obispo Ismael Errázuriz. En esa reunión que se llevó a cabo en el Arzobispado, el Cardenal y Fidel Castro hablaron de las buenas relaciones entre el gobierno chileno y la Iglesia y la colaboración entre cristianos y marxistas en la liberación y desarrollo de los pueblos de América Latina. El Cardenal le regaló una Biblia y ofreció 10 mil Biblias para el pueblo cubano, las que llegaron a los cristianos en Cuba debido a los permisos concedidos confidencialmente por Fidel Castro. También se reunió con el grupo de los 80, y los insultos contra el Cardenal arreciaron en la prensa de derecha por esas vinculaciones con Fidel Castro.

Durante 1972 el Cardenal recibió el Premio Derechos Humanos 1971 por parte del Congreso Judío Latinoamericano, organismo que reconoció, así como lo hicieron muchas otras instituciones internacionales, que el documento sobre "Evangelio, política y socialismos" era un ejemplo de contribución religiosa dentro de un proyecto político democrático.

En abril los grupos de los 80 y de los 200 que ya se llamaban Cristianos por el Socialismo convocaron a un congreso con

carácter latinoamericano. El congreso coincidía con la III Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD III) que se realizaría en Santiago. El jesuita Gonzalo Arroyo le escribió al Cardenal contándole del congreso e invitándolo a patrocinarlo, invitación que Silva Henríquez declinó. Hubo muchas reuniones entre sacerdotes para discutir su participación en política y la realidad de los trabajadores católicos que debían participar en partidos de izquierda por lealtad a los pobres y que consideraban la doctrina social de la Iglesia como un proyecto burgués que promovía el *status quo*. Finalmente la Conferencia Episcopal y el Arzobispado de Santiago emitieron declaraciones públicas en las que quedaba claro que el Congreso de Cristianos por el Socialismo no tenía ni la aprobación ni la autorización de la Iglesia. El Cardenal, a pedido de los padres Alfonso Baeza, Mariano Puga y Pablo Fontaine se reunió con los participantes en el auditorium de Cáritas, en un encuentro muy desagradable en que el Cardenal respondió honestamente a preguntas acerca del compromiso de la Iglesia por los pobres. Los participantes se reunieron más tarde con el presidente Allende aunque muchos de ellos dudaban de que instituciones gubernamentales pudieran cambiar la vida de los pobres y de los obreros.

Después de esas reuniones el Cardenal sufrió un preinfarto y debió guardar cama por un mes. Sin embargo asistió nuevamente a las celebraciones del día del trabajador junto al Padre Luis Antonio Díaz, asesor de la Juventud Obrera Católica, organización que se hizo presente con sus símbolos y sus lienzos en la celebración. En esa ocasión como en muchas otras el Cardenal se sintió incómodo, pero aceptó que era mejor estar presente en medio de las actividades de los trabajadores. Sin embargo los mismos trabajadores católicos ya eran víctimas de un odio generalizado por parte de grupos extremistas de izquierda y de derecha. En septiembre el Cardenal hizo un llamado a evitar toda confrontación violenta expresando pena y esperanza: “Congoja, cuando pensamos en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños de nuestro pueblo, de ese pueblo que es, en definitiva, el gran derrotado de toda contienda fratricida; el gran postergado en todas las guerrillas de grupos humanos hambrientos de poder; el gran sujeto y víctima de todas las violencias que cambian de mano ... Esperanza, sin embargo. Confianza en la madurez de

los hombres y mujeres de Chile. Confianza en su generosidad y responsabilidad ...”¹⁰⁹

La situación en Chile empeoraba, las mujeres marcharon con sus cacerolas vacías, hubo paros nacionales de camioneros y comerciantes, hubo crisis económica debido al embargo del cobre y la presión por parte de los Estados Unidos. Y también hubo mucha división en la misma UP donde sectores muy radicales querían terminar las reformas democráticas y tomar por la fuerza la conducción del país, mientras grupos foráneos y económicos incitaban a una violencia derechista contra la instauración de una segunda Cuba en el continente americano. A fines de 1972 el presidente Allende sufrió un infarto y debió guardar reposo mientras un nuevo gabinete trataba de solucionar los problemas que se avecinaban para 1973. En las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 la UP retuvo un 46% de los votos mientras que la oposición recibió un 54% de los votos, una mayoría que sin embargo no era lo suficientemente grande como para pedir la destitución del presidente.

En abril de 1973 y como producto de la acción activa de muchos sacerdotes en las elecciones, el episcopado prohibió la participación de sacerdotes en los Cristianos por el Socialismo, movimiento que después de la llegada de José Comblin a Talca, expulsado por el gobierno de Brasil, había recibido nuevos ímpetus y cuyos miembros recibían la visita constante de teólogos como Hugo Assmann y Gustavo Gutiérrez. Los obispos prepararon un documento titulado *Fe cristiana y actuación política* que fue terminado en octubre de 1973 cuando ya la situación política había adquirido nuevas características, mientras que en mayo de 1973 salió a la luz una edición de algunos mensajes del Cardenal con el título *La misión social del cristiano: conflicto de clases o solidaridad cristiana*.

Dentro de una situación que ya nadie podía controlar, el Cardenal trató de apoyar la independencia del Canal 13 de televisión, que era constantemente acusado de atacar al gobierno y estaba al mando del Padre Raúl Hasbún. En sus *Memorias* Silva Henríquez describe la situación con sobriedad y pesimismo: “Pero lo que pasaba en el país era superior a todos nosotros. Las noti-

¹⁰⁹ *Memorias* II, 230-231.

cias de violencia aumentaban cada día, mientras la economía entraba en una enloquecida espiral de desabastecimiento, inflación, mercado negro, y caos. El gobierno no se mostraba capaz de dominar la situación y, en vez de evitar nuevos problemas para resolver los que ya tenía, iba abriendo nuevas brechas a cada paso”.¹¹⁰

Dentro de ese caos, el Ministerio de Educación distribuyó a todos los colegios el documento *Informe sobre la Escuela Nacional Unificada* (ENU), que en sus contenidos más conflictivos hablaba de la construcción de la sociedad socialista, de nuevas relaciones de propiedad y del poder del pueblo. Mientras el documento había sido entregado para su discusión en los colegios, se anunció que las políticas del documento regirían a partir del primer día de junio, lo que provocó preocupación en la Iglesia. El Cardenal se reunió con el presidente Allende para manifestarle su preocupación a lo que Allende respondió que si la Iglesia estaba en contra la reforma educacional no se debía llevar adelante. Sin embargo el ministro radical Jorge Tapia siguió promoviendo la idea. Los obispos emitieron dos declaraciones y el documento *El momento actual de la educación en Chile* salió a la luz pública el primer día de junio y sepultó a la ENU como proyecto educacional y político.

Y en ese año el Cardenal no asistió a los actos de celebración del primero de mayo, al que había sido invitado. En carta a la Juventud Obrera Católica el Cardenal explicó sus razones para no asistir: “Contempló con angustia –tal vez la misma de ustedes- la division que se ha creado en el corazón del mundo obrero, llena de injurias y de odios, donde son lanzados obreros contra obreros. Esto no lo puedo aceptar. Como obispo y como pastor, debo ser más que nadie el centro de unidad de mi pueblo. Mi presencia en la concentración tendería a radicalizar aún más esta division, y se le daría una interpretación politico-partidista que nunca aceptaré. Espero que mi gesto sea entendido, y abrigo la esperanza de que la unión y la solidaridad lleguen nuevamente al alma de nuestro pueblo, para que juntos celebremos un nuevo primero de Mayo”.¹¹¹

¹¹⁰ *Memorias* II, 240.

¹¹¹ *Memorias* II, 246.

Durante mayo de 1973 el presidente Allende llamó dos veces a Silva Henríquez, ya que la situación política se veía sin salida a raíz de las reformas constitucionales que delimitarían las áreas privadas y públicas de la economía, cuyo proyecto gubernamental había sido rechazado por la Contraloría. En esas conversaciones Allende quería que el Cardenal organizara un cierto diálogo entre él y Eduardo Frei, ya que los dos se habían enemistado durante la campaña presidencial de 1964. Frei consideró que la reunión no conduciría a nada y la reunión nunca se realizó.

En junio los obispos de la zona central emitieron un angustioso llamado a la paz en el documento *Sólo con amor se puede construir un país* y anunciaron la celebración de un Año Santo para 1974 que coincidiría con el llamado de Pablo VI a celebrar el Año Santo de 1975 en Roma. El Cardenal viajó a Europa junto al Padre Renato Poblete, y cuando regresó a Chile el 29 de junio, el avión que lo traía no pudo aterrizar debido a un levantamiento militar, y debió aterrizar en Buenos Aires. Tropas y tanques del Regimiento Blindado Número 2 habían cercado el Palacio de La Moneda y tropas leales al gobierno lideradas por Augusto Pinochet habían prevenido un golpe de estado siguiendo las órdenes del General Carlos Prats. A raíz del “Tancazo”, como se le denominó a este levantamiento, los obreros se tomaron otras 250 fábricas y formaron más cordones industriales, mientras el presidente Allende llamaba a los obreros a armarse para combatir al fascismo.

Las palabras del presidente y el amotinamiento de algunos militares preocupó al Consejo del Presbiterio de Santiago, y siguiendo sus recomendaciones el Cardenal pidió al Obispo Carlos Oviedo que redactara un texto llamando nuevamente a los chilenos a la paz y a la cooperación. La declaración con el título *La paz de Chile tiene un precio* fue publicada el 16 de Julio de 1973 y en ella los obispos pidieron una tregua a la violencia política y un entendimiento entre los partidos políticos. El PC respondió inmediatamente apoyando la propuesta, que tuvo menos apoyo entre socialistas y demócrata-cristianos, lo que hizo que Allende le pidiera al Cardenal que ayudara a un diálogo entre el gobierno y Patricio Aylwin, líder del PDC. A fines de Julio Allende ofreció integrar a cuatro miembros del PDC a su gabinete: Gabriel Valdés,

Domingo Santa María, Radomiro Tomic y Fernando Castillo Velasco, oferta que fue rechazada por el PDC.

El 26 de Julio, comandos ultraderechistas asesinaron al edecán naval del presidente, comandante Arturo Araya Peters, lo que no ayudó a la situación. El 30 de julio Allende y Aylwin se reunieron para conversar sobre la situación violenta del país, y a pesar que las peticiones del PDC fueron muy claras respecto a la propiedad privada y las empresas tomadas, no se llegó a un acuerdo. Allende proponía formar comisiones para discutir los puntos de vista diferentes y el PDC no veía esas comisiones como una solución y pedía que se reintegrara a los militares al gabinete presidencial. El 9 de agosto los tres comandantes de las fuerzas armadas y el general director de carabineros se integraron al gobierno, pero sin el apoyo de los militares. Pero ya el 17 de agosto el general de la Fuerza Aérea César Ruiz Danyau fue removido de su cargo por Allende ya que no encontró manera de controlar la huelga de los camioneros, y se produjo un acuartelamiento en la base aérea El Bosque.

En medio de esos problemas y a pedido de Allende, el Cardenal invitó a comer a su casa a Patricio Aylwin y al presidente Allende. La conversación fue franca, pero los resultados, las ofertas y las proposiciones muy pocas. Lo importante fue que el Cardenal se constituyó en el anfitrión de una conversación entre gobierno y oposición, lo que demostraba la autoridad moral del cardenal quien como hombre de Iglesia pasó a ser más importante en la política chilena durante el gobierno de la UP que lo que lo había sido durante el gobierno del PDC.

El 20 de agosto el presidente voló de Santiago a Chillán, y durante el vuelo los aviadores pensaron secuestrarlo, hecho que finalmente no se llevó a cabo. El 22 de agosto el General Prats renunció a su cargo de Comandante en Jefe del Ejército después de que las señoras de los generales le pidieran la renuncia y que el Consejo de Generales no le brindara su voto de apoyo. Ya el 23 de agosto el general Augusto Pinochet Ugarte asumió como nuevo Comandante en Jefe del Ejército. Lo mismo sucedió en la Armada donde el almirante Raúl Montero fue reemplazado por el almirante José Toribio Merino.

Ya el 8 de septiembre los parlamentarios del PDC presentaron sus renunciaciones para forzar nuevas elecciones y tres partidos que formaban parte de la UP -el PS, el MAPU y la IC- decidieron no seguir las políticas oficiales de diálogo y procedieron a reforzar los cordones industriales. En las palabras del Cardenal “ya no había espacio para la paz”.¹¹² Allende mandó una carta aprobando las peticiones del PDC la que fue rechazada por sus partidarios siendo los comunistas los únicos dentro de la UP que aprobaron esas reformas. Mientras tanto Allende se preparaba a llamar a un plebiscito que rompería la Unidad Popular pero aseguraría la continuidad de la democracia chilena – pero ya era muy tarde!

¹¹² *Memorias II*, 279.

El Cardenal y el golpe militar

Durante la tarde del 10 de septiembre, en las vísperas del golpe militar y mientras la escuadra naval chilena se retiraba de Valparaíso para tomar sus posiciones en alta mar, aduciendo maniobras en el marco de la Operación Unitas con la Armada de Estados Unidos, el Cardenal volvía a Santiago desde la casa de retiros de Punta de Tralca, en el litoral central. Allí el Cardenal acostumbraba recogerse durante el fin de semana, y en esa ocasión había visitado al poeta Pablo Neruda en su casa de Isla Negra. En esas horas de intimidad Neruda y Silva Henríquez conversaron sobre la relación del poeta con Dios y sus dificultades.¹¹³ Salvador Allende ya había decidido llamar a un referendun para poder aprobar un plan que sacara al país de la crisis económica y política en que se encontraba y que debía anunciar al país al día siguiente. El Cardenal se preparaba para la reunión del Comité Permanente del Episcopado (CPE) que se llevaría a cabo el 12 de septiembre y en la que se analizaría la difícil situación por la que atravesaba el país.¹¹⁴ La intervención militar del 11 de septiembre de 1973 interrumpió todas esas posibilidades de diálogo.

¹¹³ *Memorias* II, 281.

¹¹⁴ Silva Henríquez era el presidente del Comité Permanente habiendo sido elegido en la reunión de Punta de Tralca en abril de 1972. Los otros miembros del CPE eran los obispos Carlos Oviedo Cavada (secretario), Manuel Sánchez Beguiristain (arzobispo de Concepción), José Manuel Santos Ascarza (Obispo de Valdivia) y Bernardino Piñera Carvallo (Obispo

Esa mañana y como todas las mañanas, el Cardenal se encontraba rezando en su capilla cuando su secretario el padre Luis Antonio Díaz le avisó que llamaba el Obispo Santos con noticias de que se estaba produciendo un alzamiento militar. El Cardenal recuerda que se arrodilló un momento y “pedí al Señor que nos ayudara a discernir en estos instantes terribles. Debo haber demorado algunos minutos”.¹¹⁵ El Obispo Santos llamaba desde la sede de la Conferencia Episcopal en el centro de Santiago donde se encontraba junto al obispo Sergio Contreras. Santos quería reunirse con el Cardenal y a pesar que Silva Henríquez decidió mandarles un auto a recogerlos se dió cuenta que ello ya no era posible. Silva Henríquez y su secretario escucharon la radio con sus marchas militares, sus noticias y sus órdenes de rendición para los partidarios del gobierno de Salvador Allende, esperando que los obispos pudieran trasladarse a la casa del Cardenal.

Durante la mañana del 11 el padre Luis Antonio Díaz fue a dejar al chofer del Cardenal a su casa, y fue testigo de la ocupación militar de las calles. El Cardenal escuchó con ansias esos relatos y recibió muchos llamados telefónicos que preguntaban si se encontraba bien. Entre esos llamados estuvo el del párroco de San Cayetano en La Legua que le informaba de los enfrentamientos entre pobladores y soldados y de los muchos heridos que esa refriega había dejado. El Padre Borremans, asesor de la Juventud Obrera Católica (JOC) había organizado equipos de primeros auxilios para atender a los heridos y los soldados los habían llevado detenidos pensando que eran elementos subversivos que operaban un policlínico clandestino. El mismo Padre Borremans fue detenido y liberado 24 horas después. La población La Legua había sido un lugar difícil durante el “11” ya que pobladores organizados por miembros del Movimiento de Izquierda Revolucionario habían combatido contra carabineros que trataron de ingresar a la población.

El Cardenal continuó preocupado de la posible reunión con el obispo Santos y su secretario se comunicó con su padre, el general de Sanidad Eduardo Díaz Carrasco, director del Hospital

de Temuco). Véase “Directivas de la Conferencia Episcopal de Chile entre los años 1972-1981”, *Documentos del Episcopado Chile 1974-1980* (Santiago: Ediciones Mundo, 1982), 528-531.

¹¹⁵ *Memorias II*, 282.

Militar. Aunque no consiguieron permiso para salir y no se pudieron contactar con el obispo castrense Francisco Javier Gillmore, el general Díaz llamó posteriormente con la noticia del suicidio de parte del presidente Allende y el caos generalizado en el palacio de la Moneda.¹¹⁶

Es durante la tarde del “11” en la cual el Cardenal asume la gravedad de los hechos y ora en su escritorio por los caídos y por los millares de compatriotas que en ese instante sufrían o iban a hacerlo. Silva Henríquez escribe en sus Memorias su propia pregunta existencial “Sentía en esos momentos, como quizás nunca antes en mi vida, el peso inmenso que haría recaer sobre la Iglesia una situación de la que no era responsable. Pensé en la dureza de las circunstancias: después de tantos ajetreos, al borde de mis 66 años, cuando me creía ya cansado y viejo, el Señor nos enviaba la más dura prueba: no era agobiante?”¹¹⁷.

El estado de sitio impuesto por los militares impedía al Cardenal salir de su casa. Tanto ese día como el siguiente el Cardenal se mantenía informado de los hechos a través del teléfono que no cesaba de sonar. Esos momentos pueden entenderse como momentos de angustia y realismo en que Silva Henríquez asume su papel como figura pública, un rol que ya había jugado en los gobiernos anteriores y que decide asumir dentro del nuevo marco autoritario del gobierno militar. Sin embargo, como religioso el Cardenal se hace preguntas teológicas acerca del golpe militar y opta por entender ese momento como un llamado de comunión

¹¹⁶ Después del suicidio de Allende los prisioneros de la Moneda fueron llevados al regimiento Tacna donde fueron salvajemente torturados y luego asesinados; véase Patricio Quiroga, *Compañeros, el GAP: La escolta de Allende* (Santiago: Aguilar, 2001) y Paz Rojas, Viviana Uribe, María Eugenia Rojas, Iris Largo, Isabel Ropert y Víctor Espinoza, *Páginas en blanco: El 11 de septiembre en La Moneda* (Santiago: Ediciones B Grupo Z, 2001). Muchos de ellos continúan considerados como “desaparecidos”, mientras asesores del presidente Allende como el director de investigaciones Eduardo Paredes, fueron quemados vivos y permanecieron como NN en el patio 29 del cementerio general de Santiago, véase Raymundo Paredes Ahlgren, *Cuántas veces se puede matar a un hombre* (Santiago: Ediciones B Grupo Z, 2002).

¹¹⁷ *Memorias II*, 285.

con los que sufrían “los estragos de la violencia”.¹¹⁸ Es en ese instante que la historia de las relaciones entre la Iglesia de Santiago y el régimen militar se definen y se actualizan dentro de un contexto nuevo, muy diferente al vivido durante el régimen de Salvador Allende. En ese nuevo contexto el Cardenal y otros obispos sienten la urgencia de dar una respuesta pública a los hechos de violencia y de guiar a los católicos y a los chilenos en general en un momento difícil para el país.

Los miembros del Comité Permanente del Episcopado pudieron finalmente comunicarse con el obispo castrense y fueron a la casa del Cardenal acompañados de una escolta militar. Así fue como los obispos José Manuel Santos, Sergio Contreras, Orozimbo Fuenzalida y Bernardino Piñera prepararon una declaración que dió a conocer la opinión de los obispos chilenos acerca del acontecer nacional en general y el “11 de septiembre” en particular. La declaración es muy importante pues aúna los sentimientos democráticos de un país que sufría la violencia y marca un rumbo de paz y esperanza. El texto íntegro nos ayuda a entender la posición de los obispos y al mismo tiempo marca desde un principio las diferencias entre la posición de la Iglesia y la Junta Militar. Los obispos escriben lo siguiente:

1. Consta al país que los obispos hicimos cuanto estuvo de nuestra parte porque se mantuviera Chile dentro de la Constitución y la ley, y se evitara cualquier desenlace violento, como el que ha tenido nuestra crisis institucional. Desenlace que los miembros de la Junta de Gobierno han sido los primeros en lamentar.
2. Nos duele inmensamente y nos oprime la sangre que ha enrojecido nuestras calles, nuestras poblaciones y nuestras fábricas, sangre de civiles y sangre de soldados, y las lágrimas de tantas mujeres y niños.
3. Pedimos respeto por los caídos en la lucha y, en primer lugar, por el que hasta el martes 11 de septiembre fue el Presidente de la República.

¹¹⁸ *Memorias* II, 285.

4. Pedimos moderación frente a los vencidos. Que no haya innecesarias represalias, y que se tome en cuenta el sincero idealismo que inspiró a muchos de los que han sido derrotados. Que se acabe el odio, que venga la hora de la reconciliación.
5. Confiamos que los adelantos logrados en gobiernos anteriores por la clase obrera y campesina no serán desconocidos y, por el contrario, se mantendrán y se acrecentarán hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional.
6. Confiando en el patriotismo y en el desinterés que han expresado los que han asumido la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país, tan gravemente alterados, pedimos a los chilenos que, dadas las actuales circunstancias, cooperen a llevar a cabo esta tarea, y sobre todo, con humildad y con fervor, pedimos a Dios que los ayude.
7. La cordura y el patriotismo de los chilenos, unidos a la tradición de democracia y humanismo de nuestras Fuerzas Armadas, permitirán que Chile pueda volver muy luego a la normalidad institucional, como lo han prometido los mismos integrantes de la Junta de Gobierno, y reiniciar su camino de progreso en la paz.¹¹⁹

Los obispos se retiraron esa tarde del 12 de septiembre de la casa del Cardenal, escoltados por un jeep militar enviado por el general Díaz. La declaración fue entregada a la prensa el 13 de septiembre. Ya el 12 de septiembre el Padre Luis Antonio Díaz recibió un salvoconducto de parte del ministro del Interior, general Oscar Bonilla, que le permitió en la noche del 12 al 13 de septiembre visitar parroquias y llevar el aliento del Cardenal a los sacerdotes que vivían los efectos de las operaciones militares y trataban de acompañar a los pobladores. El Cardenal, por su par-

¹¹⁹ *Memorias* II, 285-285. El Cardenal considera necesario reproducir la declaración en sus *Memorias* lo que nos da una pauta de lo importante que esta declaración fue para las relaciones Estado-Iglesia en el contexto de 1973.

te, no tenía salvoconducto, y en sus propias palabras, “comenzaba a sentirme prisionero en mi propia casa”.¹²⁰

El día 13 de septiembre el Cardenal recibió la primera visita oficial de un enviado de la Junta Militar, el contraalmirante Rodolfo Vio Valdivieso, hermano del vicario de la zona rural-costa, Padre René Vio Valdivieso. La visita fue de un tono agradable y el marino le brindó el respeto y apoyo de la Junta Militar a la Iglesia, cuyos miembros se consideraban católicos. El Cardenal le agradeció estas palabras, pero sin embargo le pidió respeto por las personas, especialmente por los más pobres, personas con las que vibraba el corazón de la Iglesia.

Sabemos por las fuentes históricas que ya en los días anteriores los militares habían desencadenado una violencia inusitada contra los ministros y colaboradores del presidente Allende en el regimiento Tacna y que los arrestos y amedrentamientos habían sido extremos en la Universidad Técnica, en el estadio Chile de Santiago y en las instalaciones navales y buques de la Armada en Valparaíso. Dentro de esa primera semana después del golpe militar sacerdotes y religiosas extranjeros fueron intimidados, arrestados, torturados y expulsados del país en una ola de xenofobia que se extendió a los refugiados políticos de países vecinos, y que golpeó especialmente a los refugiados del Brasil.¹²¹ Es por lo tanto sorprendente que la Junta Militar hubiera querido involucrar a la Iglesia en su labor de “reconstrucción nacional” que ya se había iniciado con un aparato propagandístico a través del control total de los medios de comunicación.¹²² Conclusiones prelimina-

¹²⁰ *Memorias II*, 286.

¹²¹ Algunos de esos extranjeros perseguidos visitaron Chile por primera vez durante el 51 Congreso de Americanistas que se celebró en Santiago en julio del 2003. Sus testimonios hablan de grupos de torturadores del Brasil que llegaron a Chile después del golpe militar y que dirigieron las torturas de ciudadanos brasileños en el Estadio Nacional.

¹²² Según el gobierno militar los partidarios de Allende preparaban un plan de aniquilación de las fuerzas armadas y sus familias para las fiestas patrias, véase Secretaría General de Gobierno, *Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile: 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Editorial Lord Cochrane, 1973). La existencia de ese plan de exterminación, llamado “plan Z”, y la información acerca del paradero de miles de armas, fue la razón por la cual

res sugieren que la Junta Militar necesitaba una legitimación nacional e internacional y por lo tanto necesitaba el apoyo de la Iglesia para afianzar su labor autoritaria de ordenamiento jurídico que ya había comenzado el mismo 11 de septiembre cuando a través del Decreto Ley No. 3 la Junta Militar había declarado el estado de sitio en todo el territorio nacional.¹²³

Cuando el 14 de septiembre el Padre Luis Antonio Díaz entregó la declaración de los obispos a Alvaro Puga, asesor de la Junta, Puga sugirió omitir las referencias a la sangre, a Allende y al odio generalizado. El Padre Díaz se comunicó con el Cardenal ya que no tenía autoridad para cambiar la declaración. El Cardenal le dijo que se viniera a su casa, ya que los medios de comunicación ya habían publicado la declaración en su texto íntegro y original. La Junta Militar consideró la declaración como hostil a los nuevos gobernantes, posición que el Cardenal no concordaba, y así se lo hizo saber más tarde al Nuncio Monseñor Sótero Sanz de Villalba.

Cuando finalmente el obispo castrense Gillmore visitó al Cardenal éste le reprochó el no haberse contactado con él y así haber sido de alguna ayuda durante los días anteriores, en que según el Cardenal ellos estaban como prisioneros mientras Gillmore “resultaba inubicable”.¹²⁴ En todo caso Gillmore traía una petición de parte de la Junta Militar. Sus miembros querían que se celebrara un Te Deum en la Escuela Militar para el 18 de septiembre. Desde noviembre de 1970 era costumbre que el Arzobispo de Santiago junto a los líderes de las Iglesias Cristianas y la comunidad judía celebraran un Te Deum ecuménico por la patria en la Catedral Metropolitana. Sin embargo al Cardenal le sorprendió el pedido y respondió que él oficiaría en la Catedral y no en la Escuela Militar una “Oración por la Patria” y no un Te Deum

simpatizantes de Allende fueron arrestados y torturados. La existencia del “Plan Z” no ha sido comprobada y no ha sido corroborada por grupos armados de izquierda que apoyaban al gobierno de la Unidad Popular en Chile.

¹²³ Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet* (Santiago: Editorial Sudamericana, 2002), 109.

¹²⁴ *Memorias II*, 288.

(“acción de gracias”). Según el Cardenal “la Iglesia debía orar por todos, y no tomar partido por un bando. Cualquier cosa que saliera de esa línea podría ser presentada como una imposición del nuevo régimen”.¹²⁵

Ante el silencio que siguió a esa conversación el Cardenal pidió una audiencia con los miembros de la Junta Militar. La reunión se llevó a cabo el domingo 16 de septiembre en el Ministerio de Defensa. El Cardenal les reiteró la invitación a la Catedral y ellos explicaron que había habido muchos francotiradores en ese sector para el “11”, hecho que verificó el general Sergio Arellano, quien estimó que se necesitaría un contingente militar muy grande para asegurar la seguridad de los asistentes a un Te Deum en la Catedral. El Cardenal sugirió una ceremonia en el Templo Votivo de Maipú, lugar de culto dedicado por las Fuerzas Armadas a la Virgen María. Se le señaló que Maipú sería aún más difícil de custodiar que la Catedral, ya que había explanadas abiertas lo que permitiría posibles ataques por fuerzas contrarias al gobierno militar. Finalmente el Cardenal sugirió la Iglesia de la Gratitud Nacional dedicada a la Virgen después de la guerra del Pacífico y ubicada en la Alameda Bernardo O’Higgins. Tanto los miembros de la Junta Militar como el general Arellano estuvieron de acuerdo con esa idea.

Ese mismo domingo 16 el Cardenal ofició una Misa con la presencia de los líderes de otras iglesias para pedir por la paz y por el cese de la violencia. En esos días el Congreso Nacional fue clausurado y su presidente, el ex-presidente Eduardo Frei Montalva, se comunicó con el Cardenal para expresar su preocupación acerca de un Te Deum en esas circunstancias. El Cardenal no sólo lo tranquilizó diciendo que se rezaría por los caídos y las víctimas de la violencia sino que le pidió personalmente que lo acompañara en la ocasión.

La Oración por la Patria se llevó a cabo el 18 de septiembre en la Iglesia de la Gratitud Nacional con la presencia de la Junta Militar y los ex-presidentes Gabriel González Videla, Jorge Alessandri Rodríguez y Eduardo Frei Montalva. La ocasión fue

¹²⁵ *Memorias* II, 289.

tena y los miembros de la Junta Militar no se saludaron con el ex-presidente Frei. El Cardenal no usó sus ropajes cardenalicios sino que la capa púrpura de duelo, un hecho que no fue notado por los gobernantes pero sí por los sacerdotes que asistieron a la ceremonia. Ya en la víspera varios sacerdotes le habían pedido al Cardenal que no oficiara el día 18, pero el Cardenal los tranquilizó explicando que se rezaría por la patria y por los caídos de ambos bandos.

La homilía del Cardenal incorporó algunos párrafos que había pronunciado en noviembre de 1970 cuando Salvador Allende asumió el mando como Presidente de la República. Dentro del tema general de la patria y su construcción en la justicia, el Cardenal dijo: “Nosotros todos, somos constructores de la obra más bella: la Patria. La Patria terrena que prefigura y prepara la Patria sin fronteras. Esta Patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez. Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto, quisiera ser más inquisitiva que condenatoria, más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones; más de discípulo que aprende, que de maestro que enseña. Recibimos la Patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada”.¹²⁶

Junto con orar por los caídos el Cardenal recordó a los presentes que venían a orar por el porvenir de Chile pidiendo “que no haya entre nosotros ni vencedores ni vencidos, y para esto, para reconstruir a Chile, quisiéramos ofrecer a los que en horas tan difíciles han echado sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de guiar nuestros destinos, toda nuestra desinteresada colaboración”. Ya les había recordado a los presentes que los que asistían a ese acto tenían un compromiso con “las multitudes hambrientas y sedientas de justicia” en la construcción de un mundo “más solidario, más justo, más humano”.¹²⁷

¹²⁶ *Memorias II*, 291-292.

¹²⁷ *Memorias II*, 292.

controversia

Mientras el Cardenal pedía orar por la Patria y la Junta Militar le aseguraba que su gobierno sería de corta duración, las violaciones a los derechos humanos y la violencia generalizada consumían la vida privada de muchas personas y muchas familias. Para el Cardenal y para los obispos chilenos fue claro que había que ayudar a las víctimas que no tenían acceso a ayuda legal y cuyos familiares acosaban al Arzobispado de Santiago con su clamor de ayuda para saber dónde se encontraban sus familiares y para entender de qué se les acusaba.

La respuesta del Cardenal a los hechos dramáticos que afectaban a Chile se expresa en su convicción de que los perseguidos son víctimas de una violencia inusitada y en su preocupación personal por los detenidos. Por ejemplo, el Cardenal escribe “Nosotros supimos desde el primer momento que debíamos estar al lado de las víctimas, sin que nos importara su color ni su ideología. Nuestra obligación era salvaguardar la vida humana, y para ello debíamos proteger intransigentemente los derechos de las personas. Yo diría que en esto no hubo nunca desacuerdos entre los obispos de Chile; cosa muy diversa es que algunos prefiriesen una intervención militar prolongada, o incluso que expresaran con dureza su rechazo al régimen depuesto”.¹²⁸

Ya el 18 de septiembre el obispo auxiliar de Santiago, Fernando Ariztía, escribía al general Pinochet con denuncias acerca de cadáveres que aparecían en las riberas del río Mapocho y que se decía eran de detenidos que habían estado en el Estadio Nacional. Entre ellos apareció el del sacerdote Joan Alsina, el que fue fusilado en el puente Bulnes después de haber sido detenido en el hospital San Juan de Dios. El obispo Ariztía junto a una religiosa, también había atendido a un brasileño que estaba mal herido y que había sido encontrado en Pudahuel. El obispo Ariztía vivía en una mediagua en la población Herminda de la Victoria en Pudahuel y junto a otros sacerdotes y religiosas jugó un papel importante en la protección de los perseguidos, de los detenidos y torturados.¹²⁹

¹²⁸ *Memorias II*, 292.

¹²⁹ Durante el año 2003 el obispo Ariztía fue diagnosticado con un cáncer

Uno de los recintos públicos de detención fue el Estadio Nacional de Santiago. El “elefante blanco” que había sido testigo de tantas jornadas gloriosas de fútbol y atletismo, ciclismo y natación, se convirtió en un campo de prisioneros donde eran torturados, maltratados y vejados por personal de inteligencia del ejército y expertos brasileños y norteamericanos. Allí fueron violadas mujeres, quemados y vejados sus maridos, y ciudadanos norteamericanos como Charles Horman y Frank Teruggi ajusticiados con el consentimiento de las autoridades militares de la época.¹³⁰

El lunes 24 de septiembre el Cardenal visita el Estadio Nacional después de insistirle a su secretario de que debían ir a imponerse de lo que pasaba y a llevar una palabra de aliento a los prisioneros.¹³¹ Esa visita que fue narrada en los escritos del Cardenal fue filmada por los militares, en un video en que se ve al Cardenal hablando con los prisioneros, los que lo aplauden y le piden ayuda para llevar recados a sus familias.¹³² Es en ese momento que el Cardenal se da cuenta de las atrocidades perpetradas por los militares y visitando los camarines donde se amontonan los detenidos se quiebra y llora, sintiéndose enfermo. Durante esa visita el Cardenal decide anotar cualquier recado, ayudado por su secretario, y comienza una tarea de recopilación y ayuda a los familiares de los detenidos de muchos lugares de detención en Chile. Sus palabras a los detenidos a través del micrófono expresan ese sentimiento de solidaridad y de tristeza, ya que fue muy breve cuando dijo “Quizás muchos de ustedes no me conocen –dije-. Me llamo Raúl Silva Henríquez; soy el cardenal de la Iglesia Católica. Soy el representante de una Iglesia que es servidora de todos, y especialmente de los que están sufriendo. Quiero

terminal y recibió la visita del presidente Ricardo Lagos en su residencia en Copiapó, diócesis de la que fue obispo después de servir en Santiago.

¹³⁰ Michael F. Buchwald, “An American wrongful death in Chile: Re-examining the Charles Horman case with documents declassified in 1999”, tesis de pre-grado, Yale University, 2000; Thomas Hauser, *The Execution of Charles Horman: An American sacrifice* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1978) y *Missing* (Harmondsworth: Penguin, 1982).

¹³¹ Adolfo Cozzi, *Estadio Nacional* (Santiago: Editorial Sudamericana, 2000), 52.

¹³² Carmen Luz Parot, *Documental Estadio Nacional*, Santiago

servirlos y, como el Señor, no pregunto quiénes son ni cuáles son sus creencias o posiciones políticas. Me pongo a disposición de los detenidos. Cualquier cosa hángamela saber a través de las autoridades...”.¹³³

La experiencia del Estadio Nacional significó que Silva Henríquez viera por sí mismo lo que estaba pasando en el país, y la violencia institucionalizada contra ciudadanos a los que no se les había entablado un juicio y a los que se les acusaba de delitos que no habían sido investigados dentro de los marcos legales existentes. Esa legalidad ya había sido sobreesida a través del Decreto Ley No. 5 del 22 de septiembre de 1973, que interpretando el artículo 418 del Código de Justicia Militar, había dispuesto que el estado de sitio debía entenderse como “estado o tiempo de guerra”, situación que se prorrogaría cada seis meses hasta marzo de 1978.¹³⁴ El Cardenal comenta “salí deshecho del recinto del Estadio Nacional. Nada de lo que hubiera oído era comparable con esta visión tan concreta y directa del dolor, la humillación, el miedo”.¹³⁵

El Cardenal ya sabía que un grupo pequeño de sacerdotes y religiosas estaba ayudando a los perseguidos a esconderse y a asilarse. El obispo Fernando Aristía coordinaba algunos de esos esfuerzos en la zona oeste de Santiago, mientras que diferentes grupos ayudaron a personas a asilarse en las embajadas y de esa forma les salvaron la vida. Se calcula que unas 200 personas realizaban estas tareas de protección a personas en peligro de muerte. Entre ellas podemos mencionar a los padres Mariano Puga, Roberto Bolton, Jesús Rodríguez, Enrique Moreno, Esteban Gumucio, Ronaldo Muñoz, Manuel Donoso, Rafael Maroto y a las religiosas como la hermana Odile que pudieron haber sido detenidos por su labor de ayuda a los perseguidos.¹³⁶ Esa era una

¹³³ *Memorias* II, 294.

¹³⁴ Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, 109.

¹³⁵ *Memorias* II, 295.

¹³⁶ Ricardo Iván Aranda Rojas, “Las manos del carpintero, los rescates de la muerte: La labor de sacerdotes, religiosos y laicos durante la dictadura militar en la protección de perseguidos políticos en peligro de muerte”, Tesis para la obtención del título de periodista, Universidad de Artes y Ciencias Sociales ARCIS, Santiago, diciembre 2002. Agradezco al profesor Elías Padilla por su ayuda en obtener esta tesis.

tarea muy riesgosa y que la Iglesia no podía considerar como institucional, aunque ya después y a fines de 1975 condujo a una persecución generalizada por parte de los agentes del gobierno contra la Iglesia. Sin embargo, ya en septiembre de 1973 la Iglesia creó las estructuras necesarias para ayudar a los perseguidos y a sus familias cuando Silva Henríquez le pidió a su secretario que formara un equipo pequeño que dejara constancia de los casos que llegaran a saberse en el Arzobispado y viera la posibilidad de hacer algo positivo con respecto a esos casos.

Los primeros en escuchar a los familiares fueron una asistente social, Jorge Murillo que actuó como secretario, y el abogado y profesor de la Universidad Católica Jaime Irrázaval. La mayoría de los casos se relacionaban con detenidos por el régimen o exonerados políticos que habían sido despedidos en una reorganización completa de la administración pública y de las industrias. El Arzobispado anunció su ayuda en los periódicos y el Cardenal le escribió al jefe del servicio de detenidos, general de la Fuerza Aérea, Francisco Herrera Latoja, ofreciendo ayuda. El general declinó la oferta y el Cardenal prosiguió su tarea humanitaria y cristiana sabiendo que las autoridades de gobierno no estaban contentas con este trabajo.

Dentro de este marco político que antecede la creación del Comité por la Paz en Chile, en que las iglesias cristianas y la comunidad judía se unen para ayudar a los perseguidos, la Fuerza Aérea allana la casa del Cardenal con el pretexto de buscar un objeto que había caído del cielo.¹³⁷ La actitud de Silva Henríquez continúa siendo la de un pastor dedicado a proteger a los perseguidos, no por sus ideas políticas, sino que por su condición de seres humanos. Así es como la defensa de los derechos humanos se convierte en la preocupación principal de una Iglesia chilena que se ve enfrentada al poder total de los militares. El Cardenal se da cuenta de su destino y de las demandas del Evangelio a través de un mes de gobierno militar en que los signos de transición y esperanza política se convierten en signos definitivos de autoritarismo y violencia contra miles de chilenos.

¹³⁷ *Memorias* II, 296.

El Papa Pablo VI había seguido con mucha atención los acontecimientos en Chile y se había preocupado por la violencia que afectaba a agentes pastorales, sacerdotes y religiosas. Algunos sacerdotes habían informado de la violencia a sus superiores religiosos en Roma y el Papa había expresado su preocupación por la violencia generalizada, la tortura y los cadáveres encontrados en las riberas del río Mapocho. Durante el rezo del Angelus en la plaza San Pedro del 7 de octubre de 1973, el Papa había hecho alocución a la situación en Chile con las siguientes palabras “es cada día más evidente el carácter irracional e inhumano del recurso a la ceguera y a la crueldad de las armas homicidas para establecer el orden, o más exactamente, la dominación represiva de algunos hombres sobre otros”.¹³⁸

Dos días después y durante una visita protocolar a la Junta de Gobierno sus miembros expresan su preocupación por la mala información que recibe Pablo VI. Esa “mala información” produce un efecto inesperado. El 12 de octubre el Papa manda una carta al Nuncio en Chile como documento de trabajo, que podría utilizarse en el futuro como carta dirigida a la Conferencia Episcopal, en que el Papa expresa su preocupación por la situación chilena. El 15 de octubre la Junta Militar le escribió una carta al Papa expresando su preocupación por la campaña de desinformación creada por el Marxismo Internacional sin saber que la carta del Papa ya está en poder de la Conferencia Episcopal de Chile.

Unos días después, ya el 19 de octubre, los obispos conversan sobre la posibilidad de una condena pública a la Junta Militar y sus propósitos, debido a la persecución generalizada a los Cristianos por el Socialismo (la mayoría de ellos sacerdotes)¹³⁹ y el asesinato de los sacerdotes Gerardo Poblete (Iquique) y Miguel Woodward (Valparaíso)¹⁴⁰ y la detención del ex-sacerdote

¹³⁸ *Memorias* III, 12-13.

¹³⁹ El sacerdote Gonzalo Arroyo, una de sus líderes principales, había salido de Chile con una invitación del Vaticano a una conferencia, lo que salvó su vida, ya que las órdenes de los militares eran el fusilarlo dentro de las detenciones masivas de líderes poblacionales y Marxistas dentro de la Iglesia.

¹⁴⁰ Mario I. Aguilar, “Fr. Michael Woodward”, en Roy P. Domenico y Mark

Antonio Llidó (detenido-desaparecido).¹⁴¹ Ese fue un momento difícil para el Cardenal ya que teólogos famosos como el Padre Gustavo Gutiérrez habían criticado el hecho que los obispos chilenos hubieran hablado tanto sobre la realidad latinoamericana en general pero no fueran capaces de hablar en público sobre las atrocidades cometidas en Chile por los militares.

El Cardenal convenció a los obispos de que una declaración condenatoria no sería buena ya que la persecución a la Iglesia se acrecentaría y ellos no serían capaces de ayudar a los perseguidos que en ese momento necesitaban la ayuda moral, económica y legal por parte del Comité Pro Paz. El Cardenal comenta: “yo me opuse firmemente: estaba persuadido de que nuestras palabras podían ser usadas con propósitos políticos. E insistí tanto en esto, que logré incluso un acuerdo para que los obispos no emitiésemos más declaraciones públicas individuales, y nos sometiésemos a la disciplina colegiada”.¹⁴² Cuando el Cardenal visita el Vaticano el 3 de noviembre de 1973 le pide al Papa que no divulge su carta condenatoria. No sabemos por las fuentes históricas si esa carta hubiera tenido algún efecto en las actuaciones de la Junta Militar, pero si sabemos que a su regreso a Chile el Cardenal continuó su apoyo al Comité Pro Paz y a todos los que lo ayudaban a él a paliar el sufrimiento, a ayudar a los familiares de los perseguidos, y a conseguir permisos de salida para los prisioneros que salían al exilio, labores que las Iglesias cristianas coordinadas por el obispo luterano Helmut Frez llevaban a cabo en pugna abierta con los servicios de inteligencia del ejército y los agentes del régimen militar.

Dentro de ese mes de septiembre el Cardenal se da cuenta de que los militares están cometiendo abusos contra los derechos de las personas en orden de consolidar un proceso político que excluye a los partidarios de la izquierda política. La respuesta del Cardenal a esos momentos difíciles es una respuesta activa de organización eclesial a través de la cual la Iglesia colabora

Hanley, eds. *Encyclopedia of Modern Christian Politics* (USA: Greenwood Press, 2004).

¹⁴¹ Miguel Jordá Sureda, *Martirologio de la iglesia chilena: Juan Alsina y sacerdotes víctimas del terrorismo de estado* (Santiago: LOM, 2001).

¹⁴² *Memorias III*, 15.

con la defensa de la vida y ayuda a aliviar el sufrimiento y la incertidumbre de los familiares de los detenidos y de los torturados.

La respuesta del Cardenal a los hechos del “11 de septiembre” y a las consecuencias de la represión a la oposición política que siguen al golpe es evéngelica, cristiana y humanista ya que está centrada en la caridad cristiana para con todos, especialmente con los más pobres y los perseguidos. Es una respuesta humanista pues no discrimina entre las personas sino que acentúa el valor de cada persona dentro de la sociedad y de cada persona como creatura de un Dios de la vida que busca a los perdidos y ayuda a los perseguidos.

La figura del Cardenal se alza como el líder de un poder paralelo en la sociedad chilena que asume una centralidad histórica en los años siguientes pues crea una oposición cristiana, humanista y política a un poder político que se mantiene a través de valores económicos de progreso y que utiliza discursos nacionalistas de exclusión en que miles de chilenos son torturados, desaparecidos y expulsados de su propia patria. Dentro de esos valores de muerte el Cardenal se alza como el defensor de la vida en una memoria social que exalta a la Iglesia como la única institución que se opuso a aceptar la violencia y la muerte como cimiento institucional para Chile.

El prelado que defendió a los perseguidos

Las relaciones entre Silva Henríquez y la Junta Militar fueron al comienzo buenas. Las diferencias de opinión acerca del golpe militar y las políticas del gobierno de Pinochet se produjeron a raíz de las consecuencias que esas políticas tuvieron en la vida de los chilenos. La conducta pastoral del Cardenal fue la misma que había tenido durante los gobiernos de Alessandri, Frei y Allende, una conducta de buenas relaciones de diálogo entre la Iglesia y el Estado, pero que al mismo tiempo defendía los derechos de los ciudadanos a través de un servicio pastoral que escuchaba a los débiles y a los desamparados.

En cierto sentido era claro que las líneas pastorales de la Iglesia chilena terminarían por chocar con las políticas económicas y la violencia del Estado bajo los militares, violencia que afectaría a todos sus adversarios políticos y a los agentes pastorales que siguieron defendiendo a los perseguidos, los presos, los torturados, los exiliados, los familiares de los desaparecidos y ejecutados. Y por lo tanto las relaciones de diálogo y las opiniones de la Iglesia provocaron primero sorpresa y después resquemor entre los partidarios del gobierno militar. Años después y al releer la historia escrita por la Comisión presidida por Raúl Rettig es difícil no sorprenderse al ver que la posición de la Iglesia chilena por la vida y la justicia creó mucha enemistad entre los círculos militares y un deterioro paulatino en las relaciones de diálogo entre el Cardenal y Pinochet, deterioro que se convirtió en quiebre a fines de 1975.

Al retomar esta historia del Cardenal Silva Henríquez después del golpe militar se aprecia el impacto psicológico que significó su visita al Estadio Nacional. Ya después de esa visita, él tuvo claro que había que ayudar a los que sufrían. Y la creación del Comité Ecuménico de Cooperación Para la Paz en Chile (Pro Paz) en octubre de 1973 fue la respuesta natural al flujo de familiares de víctimas de la represión que llegaron al Arzobispado de Santiago. El número creció de tal manera que la Iglesia arrendó una casa que pertenecía al Movimiento Familiar Cristiano ubicada en Santa Mónica 2338, donde un grupo de cristianos comprometidos se encargó de escucharlos, aconsejarlos y de organizar ayuda legal y económica en el nombre de Cristo. “La obra de la justicia será la paz”, slogan que se convirtió en el mensaje del Comité, que presidido por el Obispo Ariztía coordinó la ayuda de las iglesias metodistas, metodistas pentecostales, ortodoxos, católicos y judíos. El secretario ejecutivo fue el padre jesuita Fernando Salas, quien se encargó con entusiasmo y alegría de coordinar los esfuerzos para apoyar a los que sentían temor, angustia y miedo.

Ya habían muerto tres sacerdotes producto de la tortura y la violencia de estado. El Padre Joan Alsina, español y cura obrero en el hospital San Juan de Dios el que fuera detenido en el mismo hospital, y posteriormente fusilado en el Puente Bulnes el 19 de septiembre de 1973. El Padre Miguel Woodward, que trabajaba en Valparaíso había sido detenido por su participación en los sindicatos portuarios y su afiliación a los Cristianos por el Socialismo poco después del golpe militar. Murió el 19 de septiembre de 1973 en viaje al hospital desde el buque escuela Esmeralda donde había sido golpeado y vejado por personal de la marina.¹⁴³ Y un salesiano, el Padre Gerardo Poblete, profesor de filosofía en el colegio salesiano de Iquique, quien fuera detenido el 21 de octubre de 1973 y murió a raíz de las golpizas por parte de carabineros esa misma noche.¹⁴⁴ Otros como el Padre Gonzalo Arroyo habían salido del país, otros sacerdotes fueron envia-

¹⁴³ Edward Crouzet, *Sangre sobre la Esmeralda: Sacerdote Miguel Woodward vida y martirio* (Santiago: Ediciones ChileAmérica – CESOC, 2001).

¹⁴⁴ *Memorias* III, 15.

dos a Europa pudiendo salir del país mientras eran buscados por las fuerzas de seguridad.¹⁴⁵

Por lo tanto la labor de Pro Paz no era fácil. Los militares buscaban a sus adversarios políticos y las iglesias eran el único refugio legal y jurídico para los familiares de los perseguidos. En su viaje a Europa de octubre de 1973, el Cardenal impidió la publicación de una carta condenatoria por parte del Papa Pablo VI hacia el gobierno militar en su entrevista personal en Roma, al mismo tiempo fue pifiado en Holanda por afirmar que la Junta tenía "intenciones sanas". La política hacia el gobierno militar por parte de Silva Henríquez era la misma que él había ofrecido a otros gobiernos, la de cooperación y civilidad. El hecho de que en la casa salesiana de Roma el Cardenal hubiese expresado que la cooperación de la Iglesia hacia el gobierno militar sería la misma que se había ofrecido al presidente Allende, fue considerado inadmisibile por el gobierno militar y la prensa de derecha continuó con una campaña de desprestigio en la que se publicaba una y otra vez la fotografía del Cardenal junto al presidente Allende en los actos del primero de mayo.¹⁴⁶

En declaraciones a la revista *Ercilla*, el Cardenal aceptó que los sectores de extrema derecha e izquierda no entendían el papel de la Iglesia como reconciliadora de posiciones encontradas. Esas declaraciones ayudan a entender las motivaciones del Cardenal en sus actuaciones públicas puesto que él como pastor sólo pensaba en como servir a Jesucristo y a la Iglesia: "No son muy variados los sectores que me critican. Los catalogó en dos: en Chile, son personas de extrema derecha. En Europa, son de extrema izquierda. Aquí me tildan de filomarxista; allá de filonacista. Ante estos juicios tan dispares, yo saco una sola conclusión; hay algo en mí y en mi actuación que no satisface a los sectores extremos de la sociedad. Creo que esta actuación coincide con la de Jesucristo, que a su vez fue criticado, juzgado y condenado por los extremos más violentos y radicalizados de la sociedad de entonces".¹⁴⁷

¹⁴⁵ Gonzalo Arroyo, *Golpe de Estado en Chile* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1974).

¹⁴⁶ *Memorias* III, 19.

¹⁴⁷ *Memorias* III, 19.

El 2 de enero de 1974 una delegación del episcopado chileno presidida por el Cardenal visitó a la Junta Militar para saludarla y entregarle una carta en la que expresaban su preocupación por la violencia hacia los prisioneros y los malos tratos que se habían convertido en la norma jurídica dentro de un período legal de “estado de guerra” que se extendía, y donde los tribunales militares administraban la justicia a su antojo. La intención de los obispos era dar a conocer esas realidades a la Junta Militar, pensando que no sabían lo que estaban haciendo sus subalternos. Pero sin embargo la Junta habló de una campaña de desprestigio internacional orquestada por el marxismo y la visita no sirvió para acrecentar puentes de comunicación entre la Junta y la Iglesia.

Esos puentes estaban de alguna manera rotos ya que la Junta había nombrado al rector Jorge Swett, almirante retirado, como rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile y éste había sido confirmado en el cargo por el Cardenal para evitar ahondar las diferencias entre la Junta y la Iglesia. Swett decidió cambiar personal en el Canal 13 y despidió al Padre Raúl Hasbún que se quejó de que Swett estaba haciendo lo mismo que los marxistas habían hecho y que él quería prevenir. Con ese despido el Cardenal se quedó sin un canal de televisión en que la Iglesia tuviera la posibilidad de animar a los fieles y de evaluar la situación de violencia que afectaba a Chile.

La aparición jurídica de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) confirmó las intenciones de la Junta Militar. La DINA ya había estado en operaciones y los primeros prisioneros ejecutados en la Villa Grimaldi fueron Bautista van Schouwen y Patricio Munita, quienes habían estado en manos de funcionarios de la DINA.¹⁴⁸ Al mismo tiempo las relaciones con el Vaticano tomaron un cariz diferente con el nombramiento de Héctor Riesle como embajador chileno en la Santa Sede, ya que Riesle había participado en las protestas de Fiducia (movimiento católico ultraconservador) contra el episcopado chileno. Sin embargo las

¹⁴⁸ Nancy Guzmán J., *Un grito desde el silencio: Detención, asesinato y desaparición de Bautista van Schouwen y Patricio Munita* (Santiago: LOM, 1998).

relaciones entre Silva Henríquez y Pinochet seguían siendo de deferencia y el Cardenal le manifestaba frecuentemente a Pinochet su preocupación por la violencia y por los excesos que se seguían manifestando en los mandos medios de las fuerzas armadas. Hasta ese momento el Cardenal pensaba que Pinochet no estaba al tanto de lo que ocurría en materia de violación a los derechos humanos en Chile.

En abril de 1974 el coronel Manuel Contreras, jefe de la DINA, visitó al Cardenal para avisarle que había algunos “locos sueltos” que querían atacar personalidades de Chile incluyendo al propio arzobispo de Santiago. Esto no le preocupó al Cardenal, pero como resultado de esas informaciones de la inteligencia militar, una escolta policial lo comenzó a seguir a todas partes. Por lo tanto en su homilía de Pascua de Resurrección, el Cardenal habló de los que sufrían violencia en Chile y llamó a los chilenos a buscar la reconciliación y la paz, mientras denunciaba el hecho de que él como arzobispo tuviera que tener una escolta armada. Mientras tanto los medios de comunicación controlados por el gobierno, tergiversaban el análisis que había hecho el Cardenal en su homilía. Solo la radio Balmaceda del PDC entregó la versión correcta por lo que fue clausurada por una semana “por haber hecho comentarios inadecuados”.

La reunión ordinaria del episcopado en Punta de Tralca, para programar el Año Santo, dio lugar a deliberaciones sobre la situación del país y la necesidad de no caer en la polémica individual sino mas bien en la necesidad de mantener una posición coherente como cuerpo episcopal. A petición de un Obispo, el Comité Pro Paz había preparado un informe sobre la situación de violaciones de los derechos humanos que tenía 60 carillas. La situación era deplorable y algunos obispos pidieron que se preparara una declaración de condena al gobierno, declaración a la que se opuso un grupo de obispos y el mismo Cardenal. Para Silva Henríquez era claro que había que mantener el diálogo con el gobierno, ya que él todavía creía que los católicos dentro del gobierno militar escucharían a la Iglesia. Los obispos ya con el borrador del documento en mano se trasladaron a Santiago, y fueron invitados por el Nuncio a almorzar, almuerzo al cual asistirían los generales Pinochet y Bonilla. El almuerzo transcurrió sin ma-

yores discusiones a pesar que algunos obispos manifestaron su preocupación por las violaciones a los derechos humanos, Pinochet les responde señalándoles que le había preguntado a un sobrino suyo del MAPU que había estado detenido, si lo habían torturado y que su respuesta había sido negativa.

Al volver a la casa del Episcopado se decidió que el Obispo Carlos Camus iría a ver al general Bonilla y le mostraría el borrador del documento. Y así lo hizo Camus, y la respuesta de Bonilla fue “esto es una puñalada por la espalda”.¹⁴⁹ El Cardenal se reunió con Pinochet el 23 de abril para conversar acerca del documento y aunque Pinochet se mostró disgustado por el texto, aseguró que no impediría su publicación. El Cardenal prometió escribir una introducción conteniendo el contexto del documento, lo que provocó malestar en algunos obispos. Y así fue como el 24 de abril en una conferencia de prensa el cardenal entregó a la opinión pública la declaración denominada *La reconciliación en Chile*, en la que los obispos expresaban claramente que no habría reconciliación sin el respeto a los derechos humanos. Los obispos decían “No dudamos de la recta intención ni de la buena voluntad de nuestros gobernantes. Pero, como Pastores, vemos obstáculos objetivos para la reconciliación entre chilenos. Tales situaciones sólo se podrán superar por el respeto irrestricto de los derechos humanos formulados por las Naciones Unidas y por el Concilio Vaticano II, y que la Declaración de Principios ha calificado justamente como ‘naturales, anteriores y superiores al Estado’. El respeto por la dignidad del hombre no es real sin el respeto de estos derechos”.¹⁵⁰ Al mismo tiempo el Cardenal presentó un volumen preparado por el Obispo Carlos Oviedo con las intervenciones de los obispos durante el gobierno del presidente Allende.

La declaración marcó un punto de quiebre entre la Iglesia y el Estado, ya que en los materiales para la reflexión del Año Santo se hacía la pregunta si Chile era realmente un país de hermanos y se incluía una foto de las manos de un preso, imagen que

¹⁴⁹ *Memorias* III, 28.

¹⁵⁰ “La reconciliación en Chile”, 4. Secretaría del Episcopado, Ref. N. 144/1974. 24/4/74.

provocó reclamos por parte de las Fuerzas Armadas a Javier Luis Egaña, uno de los organizadores. La campaña de desprestigio contra la figura del Cardenal se intensificó y se le acusó de ser marxista y amigo de Allende. En esos días el diario *Excelsior* de México publicó parte del informe de Pro Paz sobre los derechos humanos, lo que desató la ira del gobierno contra Pro Paz y el general Bonilla citó al Obispo Ariztía y al Padre Fernando Salas para que participaran en una conferencia de prensa en la que afirmaron que no tenían nada de ver con las informaciones del *Excelsior* y que reconocían que el gobierno les estaba dando todas las garantías para el trabajo de Pro Paz.

Mientras el Cardenal viajaba por Europa recolectando ayuda para revitalizar su Fundación para el Desarrollo, los ataques contra su persona continuaron y los vicarios decidieron organizar un encuentro de apoyo a Silva Henríquez que se realizó el 4 de junio de 1974 en la Catedral, con el lema *La Iglesia de Santiago recibe a su pastor*. En la celebración de la Eucaristía participaron miles de fieles y concelebraron 300 sacerdotes, mientras el Cardenal les decía “queremos ser una fuerza constructora, queremos ser el amor que edifica, queremos ser la Iglesia que sirve a todos los hombres de esta tierra”.¹⁵¹

Muchos dignatarios le enviaron telegramas y cartas de apoyo desde el extranjero, y el Cardenal se lo hizo saber al general Pinochet. Cuando el presidente de la Conferencia Episcopal norteamericana Cardenal John Kroll le envió un telegrama de apoyo, el Cardenal le mandó una copia a Pinochet opinando que era difícil no pensar que los extranjeros pensarán que el gobierno militar apoyaba la campaña de desprestigio a la Iglesia. Pero las opiniones de la Iglesia ya no importaban; el gobierno militar estaba tomando el mando de la vida chilena sin que hubiera signos de que se fuera a llamar a elecciones democráticas. La destrucción de los registros electorales marcó un momento amargo para el Cardenal, que se comenzó a dar cuenta que los militares no se irían a sus cuarteles muy pronto. El 23 de agosto el Cardenal, el Obispo luterano Frenz, el pastor metodista Juan Vásquez y el

¹⁵¹ *Memorias* III, 33.

rabino Angel Kreiman se reunieron con el general Pinochet quien había escrito una carta acusatoria sobre Pro Paz, mencionando al Obispo Ariztía y al Padre Sergio Correa de Cáritas como de inclinación marxista e involucrados en actividades ilegales. El 4 de septiembre el Cardenal escribió una carta al general Pinochet pidiéndole que salvaguardara los derechos humanos y las instituciones democráticas, carta que según el Carta que según el propio Cardenal refleja su “ingenuidad casi commovedora”, pero al mismo tiempo su buena voluntad de cooperar con el gobierno por el bien de Chile.¹⁵²

El Cardenal no presidió las celebraciones litúrgicas del primer aniversario del golpe militar, que se llevaron a cabo en la Escuela Militar. Por otra parte los preparativos para el Te Deum ecuménico del 18 de septiembre fueron tensas, ya que nadie podía saber lo que el Cardenal iría a decir en esa ocasión. En su homilía el Cardenal retomó uno de sus temas favoritos, el alma de Chile, con sus tres características principales, la libertad de expresión, el apego al derecho y la fe como respuesta a las divisiones y sufrimientos de un país acostumbrado a los desastres naturales y que seguía dividido entre vencedores y vencidos. El reencuentro de los chilenos dependería del rescate de esos valores, pero como en muchas otras ocasiones el Cardenal no fue escuchado.

En esos meses los problemas en la Universidad Católica se agudizaron ya que el rector Swett decidió crear una Dirección de Personal, y una Dirección de Finanzas quitando esas atribuciones a la Vicerrectoría Económica la que se encontraba bajo la dirección de amigos del Cardenal. A raíz de esa maniobra administrativa que tendía a integrar más miembros del movimiento gremialista a la UC, el segundo mando de la Vicerrectoría Reinaldo Sapag fue obligado a renunciar, mediante un decreto en el que se aceptaba una renuncia verbal jamás presentada, al negarse a firmar el decreto que creaba la Dirección de Personal y de Finanzas. Todo esto sucedía mientras el Vicerrector Económico, Jorge Awad, se encontraba fuera del país. Cuando Awad regresó discutió con el

¹⁵² *Memorias* III, 37.

Rector el error de llamar a retiro a Sapag, pero la creación de la Dirección de Personal y de Finanzas por decreto del Rector ya se había consumado, lo que llevó a Awad a renunciar a su puesto. El Cardenal había conversado con Sapag la creación de esas Direcciones y ambos estaban de acuerdo en la inconveniencia de crearlas pero el rector Swett mantuvo su posición sin haber consultado al Cardenal en ninguna ocasión.

Ya cuando los hechos estaban consumados Swett se reunió con el Cardenal, en un encuentro desagradable en que Silva Henríquez anunció que pediría al gobierno que la UC fuera retornada a la Iglesia, y que informaría al Papa de todos esos problemas. Lo que quedó claro era que no había intento de cooperación con la Iglesia por parte de Swett y los gremialistas, y el Cardenal decidió entonces suspender su cargo de Gran Canciller. Esa decisión provocó apoyo por parte de muchos y críticas por parte de otros, incluyendo algunos obispos que acusaban al Cardenal de haber entregado la UC a los militares. Después de conversaciones entre el Cardenal, el Nuncio y la Conferencia Episcopal se propuso designar un Pro Gran Canciller, cargo que no existía en la estructura de la Universidad para que representara a la Iglesia en un momento en que el gobierno militar consideraba a la UC como una escuela para jóvenes de sus propias ideas gremialistas. El Cardenal propuso al Padre Jorge Medina, quien fue ratificado en su nuevo cargo en Roma, por la Congregación para la Educación Católica el 5 de diciembre de 1974. El plan Swett llevó a la exoneración de 152 académicos, mientras a otros 165 se les redujo la jornada de trabajo de manera que debieron buscar otros trabajos fuera de la UC.

El 24 de octubre de 1974 el Cardenal y los obispos acompañados de la Junta Militar, asistieron a la consagración del nuevo Templo Votivo en Maipú, en el que se cumplían las promesas de Bernardo O'Higgins a la Virgen María antes de la última batalla de la independencia el 5 de abril de 1818. Miles de peregrinos llegaron a Maipú en el contexto del Año Santo, y la ocasión fue propicia para una celebración común por parte de la Iglesia y el gobierno, ya que nuevamente la Virgen del Carmen se constituía en un símbolo de unidad para todos los chilenos. Pero la unidad duró poco ya que los obispos en su Mensaje de Navidad llamaron a redescu-

brir el significado de la Navidad, y el análisis de la situación del país hablaba de pobreza, cesantía, prisión y exilio. Los ataques contra la Iglesia comenzaron nuevamente, acusando al Cardenal de pintar un panorama negro dentro de un país que gozaba de libertad y no de opresión marxista.

A comienzos de 1975 la situación de la Iglesia en Santiago era muy positiva. El Cardenal a través de Pro Paz y de la labor de las comunidades cristianas se había ganado el respeto de muchos y por primera vez Silva Henríquez contaba con cuatro obispos auxiliares: Sergio Valech, Fernando Ariztía, Jorge Hourton y Enrique Alvear. Su presencia significaría que las áreas pastorales seguirían trabajando con mucha fuerza durante un año que sería marcado por una persecución y difamación generalizada por parte de los medios de comunicación contra las labores pastorales de la Iglesia de Santiago.

Durante la asamblea plenaria de los obispos en abril de 1975 se redactaron tres documentos que serían muy importantes para la visión pastoral y teológica de la Iglesia chilena. *Las Orientaciones Pastorales* definieron a la Iglesia como organismo independiente del gobierno y abierta a todos. En un segundo documento se planificó la labor de la Iglesia para los años siguientes, centrándose en relacionar los temas de la justicia y la paz, otorgando un lugar central a la paz como fundamento de la justicia social y del desarrollo general e individual. El tercer documento era una carta de los obispos a la Junta Militar, de carácter privado y la segunda desde el golpe militar, en que los obispos pedían el regreso a las prácticas democráticas establecidas. En esa carta los obispos hablaban del problema que se generaba al considerar a todos los ciudadanos como sujetos de la justicia militar; de pensar las relaciones sociales desde un punto de vista militar, y por lo tanto aplicando el principio de la verticalidad, mientras la mayoría de las personas buscaban estructuras de diálogo y de participación comunitaria tan lejanas a las imposiciones que la Junta Militar quería imponerle a todos los chilenos.

La celebración del día del trabajador en la Catedral el primero de mayo, trajo consigo más críticas y reclamos por parte de la prensa oficialista. Para el Cardenal era claro que la celebración iría adelante, y el ambiente fue muy tenso ya que representantes

de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas ocuparon lugares asignados a la Juventud Obrera Católica. Finalmente y ante la protesta de muchos sacerdotes, los miembros de la JOC fueron invitados a sentarse junto al altar mayor. Hubo gritos y consignas, que solo se acallaron cuando el Cardenal pidió reverencia en un acto religioso dentro de un templo. Las tensiones se habían producido por la presencia de las delegaciones uniformadas, lo que fue considerado por muchos como un acto de provocación a los trabajadores.

X Una de las características de ese año 1975 fue el hostigamiento a los sacerdotes y a los trabajadores del Comité Pro Paz. La Dirección de Inteligencia Nacional había seguido y espiado los movimientos de muchos agentes pastorales, claro que sin darse cuenta de la magnitud de la labor cristiana de defender a los perseguidos y a los presos. La época inicial de asilamientos masivos, muchos de ellos en embajadas y con ayuda de grupos cristianos -el más importante conocido como los chapulines-, se había tornado en una búsqueda por los detenidos-desaparecidos. Dentro del Comité Pro Paz y de la Iglesia ya existía la convicción de que los miristas buscados por la DINA, que fueran aprehendidos, pasarían a formar parte del número creciente de detenidos-desaparecidos.

La DINA se amparaba en ser una organización secreta, que estaba bajo los órdenes del coronel Manuel Contreras, el que tenía muy buenas relaciones con el ya presidente de la República, Augusto Pinochet. Y Pinochet como pieza central del poder ejecutivo seguía creando decretos con fuerza de ley que reemplazaban a los cuadros legales anteriormente vigentes desde 1925.

El Cardenal tendría sus propios encuentros con Manuel Contreras, el que se supone lo tendría bajo vigilancia. En mayo de 1975 Contreras le pidió al Cardenal que desmintiera las declaraciones de un sacerdote anónimo a la revista *Newsweek*. En esa entrevista el sacerdote hablaba de las torturas a la periodista Gladys Díaz y daba detalles del secuestro de una hija de tres años de un militante del MIR. El Cardenal pensaba qué hacer con esa petición cuando el 15 de mayo tuvo oportunidad de experimentar el acoso de la DINA hacia el Comité Pro Paz.

Ese día 15 de mayo agentes de la DINA llevaron a un detenido, Jaime Zamora Herrera, militante del Partido Socialista (PS),

a una calle cercana a las oficinas de Pro Paz, con la intención de hacerlo delatar a los miembros del PS que se encontraban al interior de la propiedad. En un momento de descuido Zamora corrió hacia Pro Paz y se refugió en el edificio. Los agentes de la DINA entraron al edificio pero retrocedieron al darse cuenta de que era un recinto de la Iglesia, y acordonaron el sector creando un clima de terror para los trabajadores del Comité Pro Paz que salían de las oficinas. Se encontraban en las oficinas el obispo Enrique Alvear, el obispo luterano Frenz, el abogado José Zalaquett y el Padre Cariola. Entonces el Obispo Alvear llamó al Cardenal para contarle lo que estaba pasando, preocupado de que Martínez pudiera ser sacado a la fuerza de las oficinas.

El Cardenal se encontraba en su casa con un grupo de abogados con los que estudiaba los decretos de creación de la DINA y por lo tanto sabía que el único superior de Manuel Contreras era el general Pinochet. Y así fue como que después de intentos fallidos por parte del obispo Alvear de convencer a los agentes de la DINA que se retiraran del lugar, el Cardenal habló con Pinochet, el que estaba en una cena oficial. El Cardenal le recordó que los recintos de la Iglesia estaban protegidos, y que por lo tanto él esperaba que la DINA los respetara. Pinochet se mostró preocupado, accedió a la petición de retiro de los agentes de la DINA y prometió que dos delegados suyos visitarían el Comité Pro Paz para analizar la situación del perseguido. Unas horas más tarde dos agentes, uno de los cuales era el mismo Manuel Contreras, visitaron Pro Paz para recoger antecedentes, mientras que Zamora era trasladado por algunos sacerdotes a un lugar seguro.

El Padre Cariola se contactó con el médico personal del Cardenal, Alberto Lucchini, y le pidió que examinara a Zamora. Lucchini utilizó un dibujo médico donde puntualizó todas las heridas, magulladuras, golpes y quemaduras de cigarro recibidas por el prisionero. Ese dibujo fue parte del material que los obispos pudieron ver un tiempo después, dibujo que horrorizó al Cardenal y que hizo posible que los obispos se comprometieran más decididamente con la defensa de los derechos humanos. En una carta dirigida a Pinochet, el Cardenal expresó su repudio a los métodos de la DINA de la siguiente manera: "Creo, en primer lugar, inevitable que un sacerdote católico exteriorice juicios sobre

los procedimientos con demasiada frecuencia y evidencia imputados a la DINA. Ellos son, desde luego, conocidos ampliamente en Chile, y en forma particular por los hombres de la Iglesia. Y la calificación moral que merecen no puede ser otra, para una conciencia cristiana y honesta, que el absoluto repudio, en nombre de valores que son ya parte sustantiva y definitiva del patrimonio ético de la humanidad”.¹⁵³

La respuesta de la DINA a través de los medios de comunicación fue inmediata y las acusaciones difamatorias contra el Cardenal incluyeron la acusación de enriquecerse con la propiedad de la Iglesia debido al hecho de que había comprado una viña que producía uva de mesa y comenzaba a exportarla. El hecho de que su sobrino fuera el administrador de esa viña no fue algo bien recibido por la Santa Sede. Sin embargo, y después de tres meses de correspondencia, el Papa se convenció de que esa acusación era parte de una campaña de desprestigio orquestada por agentes estatales y otras personas que también buscaban la disolución de Pro Paz y la remoción del Cardenal de su cargo.

En septiembre de 1975 los obispos publicaron el texto del documento de trabajo *Evangelio y Paz*, el segundo documento de la asamblea de Punta de Tralca, que ahora se constituía en un documento para la reflexión y la acción de la Iglesia chilena. El documento enunciaba claramente las condiciones para la paz. Esas condiciones estaban centradas en la justicia emanada de los derechos individuales y sociales, en la ausencia de toda violencia y de cualquier modelo ideológico que socabara los derechos de las personas a vivir en paz y a ser consideradas iguales en el estado democrático del derecho. En el Te Deum de 1975 el Cardenal reafirmó la necesidad de establecer un orden social justo, basado no en los recuerdos del pasado sino que en el amor, que “es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos”.¹⁵⁴

Ya entonces las Iglesias que apoyaban al Comité Pro Paz habían retirado parte de su apoyo, pues su estructura eclesial era muy diferente a la Iglesia Católica. El obispo luterano Frenz dependía de sus fieles para su elección, algo muy diferente a lo que

¹⁵³ *Memorias* III, 62.

¹⁵⁴ *Memorias* III, 69.

le ocurre a los obispos católicos, y sus fieles no siempre apoyaron las críticas de Pro Paz al gobierno. Lo mismo sucedió con las iglesias evangélicas, que no habiendo tenido personalidad jurídica pública, sino que privada comenzaron a temer perder esa posición dentro de la sociedad chilena. Y así fue que cuando los evangélicos se retiraron de Pro Paz, el gobierno les permitió inmediatamente tener un espacio radial. En el caso de los ortodoxos, el pastor José Elías dejó de asistir a las reuniones de directorio al quejarse de problemas financieros que conllevaron acusaciones contra los manejos económicos en Pro Paz. La comunidad judía, acostumbrada a la persecución, y con descendientes de comunidades judías que habían sido perseguidas en la Unión Soviética, veían con preocupación las críticas de Pro Paz al gobierno, y por lo tanto decidieron aislar al rabino Angel Kreiman ferviente defensor de los derechos humanos. Y el provincial jesuíta Padre Juan Ochagavía había pedido al Cardenal que buscara otro secretario ejecutivo para Pro Paz ya que el Padre Fernando Salas había tenido un año muy difícil, y necesitaba cambiar de actividad pastoral por un tiempo.

Dentro de la arquidiócesis de Santiago había apoyo para Pro Paz, pero uno de los pilares del Comité, el obispo Fernando Ariztía, había sido trasladado a Copiapó como administrador apostólico de esa diócesis nortina. El Cardenal no lo pensó mucho y le pidió al Padre Cristián Precht que se integrara a Pro Paz. El Cardenal conocía a Precht desde que era seminarista y siempre había tenido éxito en todo lo que el arzobispo le había encomendado. Y aunque esos serían los últimos meses de Pro Paz, el Cardenal poco a poco se dio cuenta que sólo la Iglesia Católica tenía en Chile una posición legal y social que le permitiría seguir ayudando a los perseguidos y a sus familiares.

Durante el mes de septiembre la DINA arrestó a varios evangélicos que trabajaban en Pro Paz y a la secretaria personal del obispo Frenz. El obispo Carlos Camus, secretario de la Conferencia Episcopal fue tergiversado en sus declaraciones a la prensa el día 30 de septiembre, cuando habló *off the record* del trabajo del Comité. La prensa informó por varios días acerca de las declaraciones de Camus que, según ellos, admitió en esa entrevista que parte del personal de Pro Paz provenía de partidos marxistas que

habían ayudado a sus militantes a salir del país. Esas declaraciones nunca fueron emitidas por el obispo Camus, sin embargo las conclusiones de la prensa fueron que Pro Paz era un organismo lleno de marxistas, enemigos del gobierno, y que poco tenía de organismo ecuménico de ayuda a los necesitados. Siguiendo ese impasse entre la prensa y los obispos el gobierno prohibió el ingreso al país del obispo Frenz, que se encontraba en Europa. La conferencia episcopal reiteró su apoyo a Camus y pidió el regreso de Frenz, entre campañas de apoyo al obispo luterano en Europa y Estados Unidos.

El 15 de octubre los agentes de la DINA descubrieron que en una parcela de Malloco se encontraban un grupo de miristas, que después de la muerte de Miguel Henríquez habían reorganizado las células miristas que lideraban la resistencia armada. Desde diciembre de 1973 los agentes estatales habían detenido, torturado y hecho desaparecer a varias células miristas. Pero el más buscado era Andrés Pascal Allende, que se encontraba en Malloco junto a su pareja, Nelson Gutiérrez y la suya, y otros miristas, incluyendo una menor. Esa noche todas las fuerzas disponibles atacaron la parcela de Malloco, pero los agentes de la DINA no pudieron aprehender a Andrés Pascal, Nelson Gutiérrez y sus parejas. Uno de los miristas murió mientras que la menor fue dejada al cuidado de una familia que encontraron en el camino; y los cinco fugitivos se refugiaron en parroquias y casas de sacerdotes en Santiago.

El Cardenal no dejó de notar que los miristas, que no querían a la Iglesia durante el gobierno de la UP, depositaron su confianza y por lo tanto sus vidas en manos de la Iglesia. Y en sus memorias reflexiona sobre ese difícil momento para la Iglesia, como un momento que se puede comparar a aquél vivido por el Buen Samaritano. Silva Henríquez comenta: “Se me dijo muchas veces que esto era ingenuidad, que confundíamos la caridad con la tontería, que los terroristas no nos perdonarían ni a nosotros; e invariablemente respondí que un sacerdote ante un hombre acorralado, perseguido, herido, no está frente al terrorismo, que es algo abstracto, sino frente a un dolor humano, un dolor que debe-

¹⁵⁵ *Memorias III*, 77.

mos salvar, porque para eso nos instituyó Cristo en la tierra".¹⁵⁵

A la mañana siguiente, el Padre Cristián Precht conversó con el Cardenal acerca de la situación, que era difícil pues era la primera vez que Pro Paz se enfrentaba directamente a la DINA y protegía a los fugitivos. El Cardenal entendió que esa era una batalla contra la muerte, ya que si los fugitivos eran capturados serían torturados y asesinados. Así fue como los fugitivos fueron movidos de casa en casa, de convento en convento por los Padres Gerardo Whelan, Rafael Maroto, Fermín Donoso y Patricio Cariola, con el beneplácito del obispo Alvear y el conocimiento de esa situación por parte del Cardenal. En el caso de Nelson Gutiérrez, que había sido herido a bala, había la necesidad de atenderlo médicamente, y la doctora Sheila Cassidy, británica, accedió a atenderlo, pues ella vivía en una casa de la Iglesia y conocía a todos los religiosos extranjeros involucrados en la protección a los miristas. El Padre Cariola consiguió que los fugitivos depositaran las armas y el Padre Salas se encargó de botar las ametralladoras en diferentes puntos de Santiago.

En la noche del 2 de noviembre y mientras el Padre Cariola trataba de conseguir asilo para los fugitivos y conversaba con el Nuncio, la DINA ubicó al quinto fugitivo en la casa del Padre Whelan, y arrestó al sacerdote. Horas más tarde agentes de la DINA arrestaron a los Padres Maroto y Donoso y rodearon la casa de los Columbanos, donde asesinaron a la empleada que abrió la puerta y apresaron a la doctora Sheila Cassidy, la que fue torturada. El 4 de noviembre el Cardenal y el obispo Valech se reunieron con el Ministro del Interior, general César Raúl Benavides, para discutir la situación y acordaron que informaciones del baneo y de los fugitivos se mantendrían en secreto. A pesar de ese acuerdo la prensa fue informada de todos los hechos y la DINA aseguró que sus agentes habían sido baleados desde el interior de la casa de los Columbanos.

Mientras tanto, el Padre Cariola había conseguido asilo para los perseguidos y así fue como él mismo ingresó a Nelson Gutiérrez en el portamaletas de su auto a la Nunciatura, mientras Pascal Allende era recibido en la embajada de Costa Rica. El Padre Salas había ido a la costa para evitar ser apresado, pero días después los Padres Cariola y Salas pasaron a ser huéspedes

del Cardenal, el que esperaba conversar con Pinochet acerca de los graves hechos ocurridos. En esa conversación Pinochet fue claro al expresar que las labores de Pro Paz debían terminar, ya que miembros del Comité estaban albergando a terroristas y actuando contra su gobierno. El Cardenal le pidió a Pinochet que se lo pidiera por escrito y Pinochet así lo hizo el 11 de noviembre. El Cardenal había sido claro en que podía clausurar Pro Paz, pero no podía claudicar en su deber cristiano de defender los derechos de las personas, y así se lo manifestó a Pinochet “podemos cerrar Pro Paz, pero no podemos renunciar a nuestro deber. Si usted quiere impedirlo, tendrá que ir a buscar a la gente a mi casa, porque los meteré debajo de mi cama si es necesario”.¹⁵⁶ El 14 de noviembre el Cardenal le escribió a Pinochet defendiendo su posición de ayuda a los necesitados la que no dependía de la existencia o disolución del Comité Pro Paz.

Mientras las detenciones y expulsiones de sacerdotes y religiosas extranjeros continuaban, y la prensa incitaba a los fieles a protestar contra los marxistas dentro de la Iglesia, el Cardenal viajó a Roma para entrevistarse con el Papa. Los Padres Salas y Cariola se presentaron ante el fiscal militar, después de una orden de detención en su contra, pero no declararon nada ya que no podían incriminar a otros involucrados en la ayuda a los fugitivos. Fueron enviados al Anexo Cárcel de Capuchinos, donde entraron esposados y con escolta de gendarmería. Los presos se alinearon frente a sus celdas en todos los pasillos en posición de atención y un aplauso cerrado los recibió a medida que avanzaban a sus celdas. El Cardenal se emocionó cuando escuchó la historia en Roma, y sintió un incontenible orgullo “esos eran mis padres, los padres de mi Iglesia, los padres de la Iglesia de Chile, ésa era su bendita locura!”.¹⁵⁷

Junto a otros sacerdotes presos en Tres Alamos se encontraba el abogado de Pro Paz José Zalaquett, el único que fue retenido por la DINA hasta que el Cardenal clausuró Pro Paz, a fines de diciembre. Para muchos esa clausura era una derrota para la Iglesia, que debería repensar las prioridades pastorales y su posición

¹⁵⁶ *Memorias* III, 80.

¹⁵⁷ *Memorias* III, 82.

frente a los abusos del régimen militar. Para el Cardenal ese fue un momento de reafirmación de que la labor de la Iglesia iba por el camino correcto, el camino profético de una Iglesia apegada a un Evangelio de vida. Y así se lo manifestó el Papa quien insistió que los sacerdotes en prisión eran “mártires de la caridad cristiana”. El mismo Pablo VI le hizo saber al Cardenal que la Iglesia chilena debía continuar en su trabajo de defensa de los perseguidos y que debía informar al gobierno militar que el Papa los apoyaba porque no quedaba otra alternativa cuando sacerdotes que ejercían la caridad eran apresados y encarcelados.

El gobierno militar instruyó a todos los intendentes que debían informar de sus relaciones con los obispos locales y sobre las actividades de los sacerdotes en sus comunas. Al mismo tiempo el gobierno no dio permiso para portar pancartas o peregrinar en grupos el día 8 de diciembre, día en el que miles de peregrinos irían al Templo Motivo de Maipú desde sus parroquias y zonas pastorales. Los vicarios tomaron la decisión de cancelar la peregrinación en nombre del Cardenal que estaba en Europa, y que a su llegada se dirigió inmediatamente a la cárcel a visitar a sus sacerdotes presos llevándoles el apoyo y la bendición del Papa.

El 17 de diciembre los obispos reunidos en el Seminario de San José de la Quiriquina eligieron al obispo Juan Francisco Fresno como presidente de la Conferencia Episcopal y emitieron una declaración llamando a la solidaridad para Navidad, pidiendo al gobierno el indulto de los presos políticos. El gobierno indultó a 164 detenidos, entre los que se encontraban los Padres Cariola, Salas, Maroto y Whelan. Al mismo tiempo el Cardenal decidió reunirse con sus vicarios para ver como continuar la pastoral de solidaridad, pastoral que había iniciado a mediados de 1975 a través de su escrito *Pastoral de la Solidaridad*. Se decidió formar una Vicaría de la Solidaridad, la que ayudaría a los más necesitados a través de policlínicos y comedores infantiles, y que también tendría un programa de ayuda a los perseguidos y de educación para la solidaridad, dentro del respeto a los derechos humanos. El nuevo vicario fue el Padre Cristián Precht el que quiso encontrar excusas para no ser nombrado, incluyendo el hecho de que era muy joven. El Cardenal le dijo “esa es una enfermedad de la que te irás mejorando día a día”.¹⁵⁸

¹⁵⁸ *Memorias* III, 85.

Y así comenzó el año 1976, con una nueva Vicaría de la Solidaridad, organismo que pasó a funcionar en el edificio de Plaza de Armas 444. El Cardenal se mantuvo muy cerca de Cristián Precht, que ya había visto el dolor de los perseguidos y sabía que quedaba mucho dolor para el futuro. Y cuando Pinochet supo que el Cardenal había formado una vicaría, un ente pastoral que no podía ser intervenido por el gobierno, se refirió al Cardenal llamándolo “el mono porfiado, es como un mono porfiado”.

Aunque para muchos la Vicaría de la Solidaridad era la continuación de Pro Paz, las dos entidades eran muy diferentes, ya que el Comité había surgido como una solución de emergencia para el problema de los perseguidos, mientras que la Vicaría era un proyecto cristiano más permanente. En su Pastoral de la Solidaridad el Cardenal había examinado los principios bíblicos y doctrinales de la solidaridad, definiendo la solidaridad como “dependencia mutua entre los hombres que hace que no puedan ser felices unos si no lo son los demás”, y afirmando junto a Pablo VI que “la solidaridad no se limita a las personas, sino que se extiende también a las comunidades y a los pueblos; que tampoco se agota en el compartir con los necesitados, sino que alcanza a la búsqueda de la justicia y los derechos humanos”.¹⁵⁹

Y en el momento en que la Iglesia de Santiago se comprometía con esa evangelización en solidaridad, el Papa Pablo VI publicaba *Evangelii Nuntiandi*, que había surgido de las reflexiones del Sínodo de Obispos de 1974 y que marcaría un nuevo paso en la implementación del Vaticano II. El documento proclamaba que “evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda”, y ese pensamiento y línea de acción fue proclamado en Chile a través de las *Orientaciones Pastorales* de marzo de 1976 con el título “La Iglesia, alma de Chile”.

Mientras la nueva Vicaría organizaba su personal y los obispos se unían ante las críticas constantes del gobierno y de su prensa, el Cardenal decidió crear una universidad que ayudaría a apoyar intelectualmente esas iniciativas pastorales, la Academia de Humanismo Cristiano Santo Tomás de Aquino. El

¹⁵⁹ *Memorias* III, 88.

Cardenal estaba consciente que los despidos en la Universidad Católica, la emigración a raíz del exilio político y la crisis económica había significado que Chile ya había perdido miles de profesionales, intelectuales y académicos. El decreto oficial fue firmado el 12 de noviembre de 1975 mientras que la Academia sólo comenzó a funcionar en 1976, con Jaime Bellalta en la secretaría ejecutiva y Reinaldo Sapag en la secretaría de finanzas. La Academia creció hasta cobijar a más de 200 investigadores y a tener un presupuesto de dos millones de dólares. Al mismo tiempo continuó recibiendo a investigadores de la UC, como sucedió en 1977 cuando todos los investigadores del Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación de la Universidad Católica (PIIE) fueron despedidos y encontraron un lugar de trabajo en la Academia.

Mientras tanto la represión por parte de la DINA continuaba ya en los meses anteriores a la realización de la Asamblea General de la OEA en Santiago. En mayo de 1976 la cúpula del Partido Comunista fue detenida y desapareció, a través de una "casa-buzón" donde los militantes del PC llegaban a buscar instrucciones y a hacer contacto. La casa se encontraba dentro del área pastoral del obispo Alvear, el que también llegó a visitar a los moradores de la casa y fue detenido por varias horas, hasta que los agentes recibieron órdenes de dejarlo en libertad. Entre los detenidos de ese mes estuvo el abogado de la Vicaría Hernán Montealegre, que fue acusado de ser líder del PC, mientras que en sus interrogatorios agentes de la DINA le preguntaron por Pro Paz y las estructuras de la Iglesia y de la Vicaría. Ya el mes anterior el abogado de Pro Paz José Zalaquett había sido liberado y había partido al exilio. Cuando en julio de 1976 el Cardenal y el obispo Valech visitaron a Montealegre en Tres Alamos, escucharon de sus propios labios sus relatos de interrogatorios, tortura y de los gritos que se escuchaban durante las noches. Ya en su domicilio y junto al jurista Tomás Pablo, quien asumió la defensa de Montealegre, el Cardenal lloró por el amigo y abogado cristiano que le había escrito una carta reiterando su compromiso cristiano por los perseguidos. Montealegre fue liberado en noviembre de 1976 y después de trabajar en la Academia partió a Costa Rica a fundar el Instituto Interamericano de Derechos Humanos, des-

pués de haber escrito un extenso libro que denominó “La Seguridad del Estado y los Derechos Humanos” editado por la Academia de Humanismo Cristiano.

En agosto los juristas Jaime Castillo Velasco y Eugenio Velasco Letelier fueron detenidos y enviados a Buenos Aires sin dárseles autorización de reingreso. Esos dos destacados abogados, junto a Andrés Aylwin Azócar, Fernando Guzmán y Héctor Valenzuela Valderrama, habían enviado una carta crítica sobre los derechos humanos en Chile a la Asamblea General de la OEA.

En ese mismo mes, el día 12, los obispos Carlos González (Talca), Fernando Ariztía (Copiapó) y Enrique Alvear (Santiago) fueron detenidos en Riobamba, Ecuador. Ellos asistían a una reunión sobre los campesinos y los indígenas en América Latina, invitados por el obispo diocesano Leonidas Proaño, y fueron detenidos junto a otros obispos, sacerdotes y religiosas que participaron el encuentro. Todos ellos fueron liberados debido a la presión de Estados Unidos, ya que algunos obispos norteamericanos también habían sido detenidos. A su regreso a Santiago el 15 de agosto y en el aeropuerto los obispos chilenos fueron agredidos por personal de la DINA y otros manifestantes. Desde el aeropuerto se dirigieron a la casa del Cardenal quien fue testigo de los autos destrozados y las personas lesionadas. Al día siguiente y en conferencia de prensa, los obispos condenaron los ataques físicos a los obispos, un hecho sin precedentes en la historia de Chile, y también condenaron el exilio obligado de Jaime Castillo y Eugenio Velasco.

El Cardenal conversó con Pinochet, el que invitó a los obispos a almorzar mostrándose muy amable y cordial. Los obispos le presentaron las pruebas de que agentes de la DINA habían agredido a los tres obispos que retornaban de Ecuador y se le pidió poder aclarar las acusaciones de la prensa contra los obispos en Televisión Nacional. Pinochet dijo que estudiaría la petición, de lo que no se escuchó nunca más. De lo que se supo por parte del Ministerio del Interior fue de la molestia por parte del Embajador Héctor Riesle, embajador chileno en la Santa Sede, por una conversación con el obispo González, el vicario Precht y el diácono Agustín Vial en Roma. En esa conversación los clérigos habían hablado mal de la DINA y del gobierno y habían dicho que des-

pués del almuerzo con Pinochet las relaciones entre Iglesia y Estado estaban rotas. Nada de eso era cierto y el Cardenal reiteró su desconfianza hacia la gestión de Riesle en la Santa Sede, diplomático que Pinochet mantuvo por otros diez años en su cargo en el Vaticano.

Los primeros frutos legales de la Vicaría fue la compilación de 900 casos de detenidos desaparecidos, más de 100 de ellos desaparecidos durante 1976, que Precht quiso entregar al general Pinochet, el que canceló la entrevista después de la detención de los obispos en Ecuador. Por lo tanto Precht entregó los tomos de tapa naranja a los tribunales de justicia para su investigación, con toda la debida documentación y testimonios jurados de los testigos de su detención, hecho que jurídicamente marcó el comienzo de una textualización de las violaciones a los derechos humanos como práctica sistemática.

En el Te Deum de ese año el Cardenal quiso nuevamente explicar las acciones de la Iglesia dentro del bienestar de Chile en una homilía titulada *Los caminos de la paz*. Para el Cardenal “La paz, según San Agustín, es la tranquilidad en el orden. Y no puede haber orden ni tranquilidad sin libertad. Los miembros de un cuerpo social gozan de tranquilidad cuando saben que sus derechos fundamentales están jurídicamente protegidos contra toda arbitrariedad... Un orden que se obtuviera a costa de la libertad sería un contrasentido. Y el pueblo objeto de ese orden ya no sería pueblo, sino masa”.¹⁶⁰

El gobierno se molestó mucho ya que sus palabras fueron asociadas con los tomos color naranja de la Vicaría en un momento en que el Congreso de Estados Unidos planificaba sanciones contra el régimen militar que le impediría comprar armas en ese país del norte.

En octubre de 1976 el Cardenal inauguró el nuevo edificio del Seminario Mayor en La Florida, que contaba con 50 seminaristas, y albergaría otros 30 en 1977. Esa era una alegría enorme ya que años antes no existían seminaristas para la arquidiócesis de Santiago. El Cardenal entendía el crecimiento en las vocaciones como un producto del testimonio evangélico

¹⁶⁰ *Memorias* III, 100.

de tantos sacerdotes abnegados y de un retorno paulatino de la juventud a la Iglesia que había comenzado durante los años de la Unidad Popular. Al mismo tiempo los Padres Miguel Ortega (vicario para la pastoral juvenil) y Cristián Caro (vicario para la pastoral universitaria) habían planificado la primera Semana Juvenil, semana que culminó con el festival musical *Una canción para Jesús*, competencia a la que se presentaron 200 canciones inéditas inspiradas por la figura de Jesús de Nazareth. La noche final se realizó en el Teatro Caupolicán con un lleno completo de jóvenes entusiasmados con la persona de Cristo. En su visita a Roma en ese mes el Cardenal le contó a Pablo VI acerca de esa fiebre juvenil, lo que le dio un nuevo impulso a los trabajos de la Iglesia entre diferentes sectores de la sociedad chilena.

Entre los sectores que el Cardenal sentía lejanos a la Iglesia estaban los trabajadores, los que habían sufrido mucho en la historia de Chile y los que durante el gobierno militar fueron perdiendo sus derechos de asociación y de huelga. Y así fue como nació la Vicaría de Pastoral Obrera a comienzos de 1977, dirigida por el Padre Alfonso Baeza, que había sido asesor del Movimiento Obrero de Acción Católica por muchos años. Los obreros ya sabían que podían contar con el apoyo y la presencia de los curas obreros, pero la formación de una vicaría propia significó que pudieron tener jornadas de reflexión y jornadas educativas, que comenzaron en enero de 1978 en Punta de Tralca con un número de 80 sindicalistas. Ya unos años después no había suficiente espacio para los cerca de 200 sindicalistas que reflexionaban sobre el rol de los obreros católicos en la sociedad.

El éxito de la Vicaría de Pastoral Obrera se debió al trabajo generoso del Padre Baeza y de sus colaboradores, el Padre Segundo Galilea, el Padre David Farrell, Felipe Tomic y Alberto González. El acompañamiento de la Iglesia y la bienvenida que el Cardenal les ofrecía en la Catedral para el primero de mayo significaban gestos concretos de una labor eclesial y evangelizadora dentro del mundo de los obreros que caló muy hondo entre ellos. Más tarde el ejemplo de una vicaría para los obreros como modelo pastoral fue copiado por muchas diócesis en otros países del mundo.

El 23 de marzo de 1977 los obispos se hicieron oír nuevamente a través de su declaración *Nuestra convivencia nacional*.

En esa declaración los obispos trataban nuevamente de guiar a los chilenos hacia un modelo de país democrático en medio de una situación de desempleo nunca antes vista en Chile producto de las políticas económicas del gobierno. Al mismo tiempo el problema de los desaparecidos estaba todavía sin solución, los partidos políticos habían sido disueltos y la no aplicación de las Actas Constitucionales que marcarían el retorno del país a un estado democrático, era un asunto preocupante. Los obispos recordaban en su declaración que el respeto a la persona humana es el fundamento del humanismo cristiano y de una sociedad que se adhiere a los valores de la fe. Y dentro de su competencia ética y moral los obispos pedían al general Pinochet que restituyera los derechos democráticos de las personas, esclareciera el problema de los detenidos desaparecidos y revisara los esquemas económicos que creaban injusticia y pobreza.

Otros factores que preocupaban al Cardenal y a los obispos eran la clausura definitiva de la radio Balmaceda del PDC, y las presiones contra la radio Chilena, el *Boletín de la Vicaría de la Solidaridad* y la revista *Análisis* de la Academia de Humanismo Cristiano. Entre esos ataques a la libertad de expresión estaba el hecho de que agentes desconocidos habían retirado de las librerías copias del libro editado por el padre Luis Antonio Díaz *El Pensamiento social del cardenal Silva Henríquez*, que contenía homilias y discursos del Cardenal. Como era de esperarse los sectores cercanos al gobierno criticaron a los obispos y el entonces ministro de Justicia, Renato Damilano, atacó a los obispos, caracterizándolos como los que “abandonan su sagrado ministerio para tomar el puesto que dejaron aquellos partidos que en una u otra forma contribuyeron a destruir el país”.¹⁶¹

En mayo el Cardenal inició una gira extensa por Estados Unidos y Europa donde recibió el reconocimiento de sectores que apreciaban el trabajo de la Iglesia chilena, incluyendo a los académicos de la Universidad de Panamá y del Williams College de Massachussets, instituciones que le confirieron doctorados *honoris causa*. Y en medio de esa gira el Obispo Valech le informaba por carta de los constantes atropellos y la violencia perpetrada contra

¹⁶¹ *Memorias* III, 111.

funcionarios de la Fundación Cardijn y de la Vicaría de Pastoral Obrera.

Ya con la disolución de la DINA en agosto se pensó que la situación mejoraría, pero sin embargo la creación de la Central Nacional de Informaciones (CNI) solo trajo un cambio de nombre, pero no de estilo u objetivos. Lo que sí era claro es que las desapariciones forzadas disminuyeron y la persecución hacia los partidos políticos fue menos organizada. La CNI se dedicó desde el comienzo a amedrentar a líderes sindicales y a prevenir cualquier tipo de oposición al gobierno, sabiendo que ya no se reprimía el pasado sino que las posibilidades de un cambio de gobierno en el futuro. La Vicaría de la Pastoral Obrera en su compromiso con los trabajadores y sus organizaciones silenciadas se había convertido para muchos en “el roneo de los que no tienen roneo”.¹⁶²

Y como resultado el día 16 de noviembre de 1977 las fuerzas de seguridad allanaron la Casa de Ejercicios San Francisco Javier en Ñuñoa. Los agentes armados actuaron en forma violenta calificando la reunión como político-sindical y tomaron fotos de los participantes, que incluían a Andrés Zaldívar, Tomás Reyes, Eduardo Ríos, Ernesto Vogel y otros. El Cardenal escribió a Pinochet, el que acusó a los participantes de hacer política, y así como el Cardenal hizo declaraciones públicas, el gobierno también las hizo. La prensa acusó a la Iglesia de albergar a los marxistas, sin darse cuenta que las acusaciones públicas contra la Iglesia demostraban que no existía libertad de expresión o de reunión en Chile, a cuatro años de ocurrido el golpe militar. Un mes después una resolución propuesta por la comisión de derechos humanos de la OEA fue aprobada por la mayoría de los países miembros incluyendo a Estados Unidos condenando las prácticas del régimen militar chileno.

La condena de Chile en el foro internacional de naciones provocó una respuesta inmediata por parte del gobierno militar y el 21 de diciembre de 1977 Pinochet anunció una consulta nacional en que los ciudadanos podrían expresar su apoyo a la gestión del

¹⁶² *Memorias III*, 114.

gobierno militar contra los enemigos de Chile. El Comité Permanente del Episcopado escribió una carta a la Junta Militar en que expresaban su apoyo a toda consulta ciudadana pero expresaban su reserva en esa ocasión debido a la poca información y al poco tiempo de preparación de una Consulta Nacional. Los obispos no mencionaban el hecho de que los registros electorales ya no existían, y que la Fuerza Aérea y la Marina no estaban de acuerdo con esta consulta. La Consulta Nacional se llevó a cabo el 4 de enero de 1978 y un 75% de los votantes manifestó su apoyo al gobierno. Después de la medianoche grupos de manifestantes exaltados llegaron a la casa del Cardenal profiriendo gritos e insultos, al final de una Consulta Nacional que no tuvo influencia alguna en los círculos internacionales por lo espúreo de su origen y por la forma en que se realizó.

En marzo de 1978 el Cardenal recibió al nuevo Nuncio Angelo Sodano, quien había reemplazado a Sótero Sanz de Villalba el que había muerto en enero en Santiago. Y en abril el gobierno militar nombró a Sergio Fernández como ministro del Interior, el primer civil en ocupar ese cargo desde el golpe militar. Su primera gestión fue dar a conocer el decreto ley 2.191, que amnistiaba todos los delitos contra las personas y la propiedad que se hubieran cometido entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1978. Esa ley de amnistía fue vista por el Cardenal como algo positivo, y una ayuda para la reconciliación de todos los chilenos. Sin embargo, los vicarios y algunos sacerdotes de Santiago no compartieron esa opinión y le pidieron a Cristián Precht, ya secretario general de Pastoral que hablara con el Cardenal. En una reunión en que los dos discutieron el tema y expresaron sus fuertes opiniones, el Cardenal le pidió a Precht que preparara una declaración a nombre del Arzobispado y de la Vicaría de la Solidaridad afirmando “el espíritu de concordia y reconciliación invocado en la adopción de esta medida y celebrándola como signo alentador de un reencuentro fraterno”.¹⁶³

Mientras tanto hubo prisioneros que fueron liberados por los Juzgados del Crimen comenzaron a sobreeser los casos en

¹⁶³ *Memorias III*, 119-120.

que se investigaba el paradero de los detenidos desaparecidos. El Cardenal reconocería que los sacerdotes habían tenido razón ya que la Ley de Amnistía no fue aplicada en el caso de los exiliados, sino que solamente en el caso de uniformados y personal de la DINA involucrados en secuestros, tortura y desaparecimientos. Y ya cuando el Cardenal volvía de recibir un doctorado *honoris causa* en la Universidad de Yale, los familiares de los detenidos desaparecidos habían comenzado una huelga de hambre en el edificio de la CEPAL y en otras tres iglesias de Santiago. El Cardenal como pastor de la Iglesia no podía estar de acuerdo con una huelga de hambre que violentaba el cuerpo y ponía a las personas en peligro de muerte, pero al mismo tiempo Silva Henríquez comprendía la pena y el sufrimiento de esos familiares que no sabían lo que había pasado con sus seres queridos, y así se lo hizo ver a los familiares cuando conversó con ellos. Y también se lo manifestó al Ministro del Interior, al que le sugirió establecer una comisión para investigar los hechos y dar una solución al problema. Al mismo tiempo le pidió al ministro una solución legal para esos casos, ya que las esposas e hijos no tenían acceso legal a la propiedad de sus seres queridos desaparecidos. Y esa solución no podía ser la de muerte presunta, pues ellos habían sido secuestrados por agentes del estado que eran conocidos dentro de los procesos legales que se estaban clausurando en los tribunales de justicia. Sergio Fernández reconoció que el problema de los detenidos desaparecidos existía pero no encontró soluciones para los problemas que enfrentaban los familiares. Ya el 7 de junio el Cardenal le pidió a los huelguistas que terminaran su ayuno, petición que ellos aceptaron por venir de parte del Cardenal. Debe recordarse que el Cardenal había acogido a los familiares en las dependencias de la Vicaría de la Solidaridad donde se reunían semanalmente a conversar, a trabajar en sus arpilleras, y a apoyarse en la búsqueda de sus seres queridos.

El Cardenal comenta, años más tarde, acerca de ese gran error por parte de Sergio Fernández de la manera siguiente “Estoy convencido de que el gobierno militar cometió en esto su más grave error. Al no extremar el celo que se requería para investigar las denuncias que presentamos, no sólo arrojó sobre sí mismo la sombra perpetua de la sospecha, sino que permitió que un desga-

ro profundo en la convivencia nacional continuara vigente más de una década después”.¹⁶⁴

Las relaciones entre el Cardenal y Fernández eran buenas aunque el ministro del Interior rechazó la posibilidad de formar una comisión para investigar el paradero de los detenidos desaparecidos. Las relaciones se deterioraron luego de que el director de Dinacos pidió al Cardenal que no difundiera los programas radiales de la Gran Misión por la Radio Chilena, el primero de los cuales había producido molestias en el gobierno. El Cardenal accedió a la petición, lo que provocó críticas entre los sacerdotes que nuevamente pensaron que el Cardenal no le estaba haciendo frente a los enemigos de la Iglesia y se mostraba débil ante a los atropellos de la autoridad.

Sin embargo, en momentos en que el gobierno militar preparaba en secreto una nueva Constitución para Chile, la Asamblea Plenaria del Episcopado dio a conocer un documento pastoral y teológico muy importante con el título *Humanismo cristiano y nueva institucionalidad*. El documento analizaba la realidad de Chile a la luz de la ética social cristiana y pedía la construcción de una sociedad basada en la fraternidad y la solidaridad, construida en los pilares de la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Al comparar el modelo de sociedad existente en Chile en ese momento era muy claro que el país estaba muy lejos de ser un paraíso fraternal de inspiración cristiana.

¹⁶⁴ *Memorias* III, 123.

Cardenal de la paz y la unidad

Durante 1978 la Vicaría de la Solidaridad preparó, con autorización del Cardenal, un simposio internacional de los derechos humanos como celebración de los quince años de la encíclica *Pacem in Terris* y los treinta años de la *Declaración universal de Derechos del Hombre* y de la *Declaración Americana de los Deberes y Derechos del Hombre*. La preparación del simposio, el que incluía reflexiones sobre situaciones de abuso a los derechos humanos dentro de un país que estaba bajo una dictadura militar, tuvo serias dificultades.

El 11 de noviembre los canónigos de la Catedral se reunieron para analizar el anuncio por parte del Cardenal de que ese templo sería el lugar donde se realizaría el simposio. La mayoría de los canónigos se opusieron a usar la Catedral para esos fines y así se lo hicieron saber al Cardenal. Después de muchas discusiones entre el Cabildo Metropolitano y el Cardenal, se convino que sólo el acto litúrgico inaugural se realizaría en el templo y todas las reuniones y conferencias se realizarían en las dependencias de la Vicaría de la Solidaridad.

El simposio fue todo un éxito y marcó un momento muy creativo de la Iglesia chilena, en que más que la denuncia profética ante los abusos y las injusticias, la Iglesia ayudaba a pensar el futuro de una nación que no siempre viviría en un estado de excepción bajo tutela militar. Y así lo reconoció las Naciones Unidas, organismo que otorgó el premio de los derechos humanos a la Vicaría

de la Solidaridad, premio que el Cardenal recibió en Nueva York, ciudad a la que viajó acompañado del Padre Cristián Precht.

Y fue en la casa de los Salesianos de New Rochelle, en Nueva York, que el Cardenal le planteó al Padre Precht un cambio de trabajo, ya que muchos se habían dado cuenta de que la lucha terrible de la Vicaría por la dignidad de las personas estaba desgastando a este sacerdote generoso y abnegado. Y Precht aceptó con su generosidad acostumbrada la decisión del Pastor, quien le pidió que se hiciera cargo de la Zona Oriente, ya que el Padre Juan de Castro, hasta entonces líder de esa zona se haría cargo de la Vicaría de la Solidaridad. El Cardenal ya tenía 71 años por lo que en sus decisiones estaba presente la sucesión episcopal de Santiago, ya que al cumplir 75 años debería presentar su renuncia en carta al Papa Juan Pablo II, puesto que en el año del Señor de 1978 habían muerto Pablo VI y su sucesor Juan Pablo I. Juan de Castro, a pesar de su gran amistad con Cristián Precht, había criticado algunas políticas de la Vicaría y ahora tendría la posibilidad de introducirle cambios a fin de ir atenuando progresivamente el rol protagónico de la Vicaría, de modo que el nuevo arzobispo hiciera lo que las circunstancias y su correcto entender aconsejara.

En el plano internacional la situación entre Chile y Argentina se había empeorado, después que el gobierno de Su Majestad Británica había cedido la soberanía de tres islas en el canal Beagle a Chile en un fallo emitido a mediados de 1977. Ya durante 1978 la guerra entre los dos países era inminente ya que los argentinos, que tenían sus propios problemas con Inglaterra y vivían también un régimen militar, utilizaban esos problemas de soberanía nacional para crear sentimientos nacionalistas de unificación, de un país que sufría al igual que Chile, una represión política enorme.

El 19 de octubre de 1978 Silva Henríquez junto a los cardenales argentinos Primatesta y Aramburu escribieron una carta al Papa Juan Pablo II pidiéndole ayuda para evitar un conflicto armado. Dos semanas más tarde la comisión bilateral chileno-argentina no llegó a ningún acuerdo en las negociaciones por el conflicto territorial del Beagle y Argentina comenzó preparativos para la guerra, con denuncias en la OEA y las Naciones Unidas hacia la posición intransigente de Chile. Y ya cuando las armadas de Chile y Argentina se disponían al combate, el Papa mandó al Car-

denal Antonio Samoré a negociar la paz entre los dos países. No sólo se evitó la guerra sino que en 1984 un tratado de paz entre Chile y Argentina cimentó relaciones de paz y armonía entre los dos países. Y ya a comienzos de 1979 el papel del Cardenal se volcó hacia la construcción de una paz duradera entre los chilenos, que emanara de la justicia y del respeto a los derechos humanos.

En diciembre de 1978 el Cardenal había pedido a un grupo de sacerdotes y periodistas de su confianza que visitaran los hornos de Lonquén donde aparecieron los primeros restos de detenidos desaparecidos. La información había sido entregada a un sacerdote por una persona que buscaba consuelo espiritual y perdón por parte de Dios. Y durante 1979 el Cardenal y la Vicaría debieron acompañar a los familiares de las víctimas de Lonquén, campesinos modestos, en su lucha legal por la entrega de los restos de sus familiares. Y en septiembre de 1979 cuando el Cardenal se disponía a ofrecer una misa de difuntos con los cuerpos de los asesinados en la Iglesia Catedral, las autoridades dispusieron que los cuerpos fueran enterrados en secreto en el cementerio local. El Cardenal expresó su angustia y su ira al pedir perdón por las atrocidades y justicia para las víctimas. Lonquén marcó el comienzo de una verdad dolorosa que ya se sabía: el regimen militar chileno había secuestrado, torturado y hecho desaparecer a sus hermanos, siguiendo sentimientos egoístas y vengativos.

Pero al mismo tiempo el año 1979 significó una nueva reflexión pastoral a raíz de la realización de la III reunión del episcopado de América Latina en Puebla de los Angeles, México, donde llegó el Papa Juan Pablo II para inaugurar la reunión. El Cardenal junto a los obispos chilenos se hicieron presentes representando a una de las iglesias más renovadas y activas de América Latina. Y en su discurso inaugural del 28 de enero de 1979, el Papa Juan Pablo II llamó a los obispos de América Latina a convertirse en maestros de la verdad, la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre.

En los días siguientes las comisiones enunciarían con fuerza la necesidad de la conversión personal en los cambios sociales impulsados por el Evangelio, un camino que comenzaba con la

acción de cada cual en su propia misión. Dentro de esa devoción, espiritualidad y conversión, los obispos resumieron el papel insustituible de la Virgen María como madre de todos los cristianos de América Latina. En sus declaraciones a los periodistas el Cardenal dio énfasis a la unidad doctrinal de la Iglesia, que en su proclamación llama a la conversión siguiendo el ejemplo de la Madre de Dios y madre de América Latina. Dentro de esos esquemas de comunión la teología de la liberación y la Iglesia Popular perdieron los matices de disputa eclesial que acarrearaban, y se posicionaron dentro de un esquema trinitario de anuncio y conversión cristiana.

Para el Cardenal, Puebla significó una nueva comunión entre los obispos chilenos ya que tuvieron la oportunidad de rezar, trabajar y caminar juntos lejos de los problemas cotidianos de la realidad chilena. Y su párrafo favorito del documento de Puebla fue siempre el número 562, que dice: “La misión de la Iglesia en medio de los conflictos que amenazan al género humano y al continente latinoamericano, frente a los atropellos contra la justicia y la libertad, frente a la injusticia institucionalizada de regímenes que se inspiran en ideologías opuestas y frente a la violencia terrorista, es inmensa y más que nunca necesaria. Para cumplir esta misión se requiere la acción de la Iglesia toda, pastores, ministros consagrados, religiosos y laicos, cada cual en su misión propia. Unos y otros, unidos a Cristo en la oración y la abnegación, se comprometerán, sin odios ni violencias, hasta las *últimas consecuencias*, en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblos de América Latina y fruto indispensable de la Evangelización liberadora”.¹⁶⁵

A la llegada a Santiago el Cardenal tuvo que enfrentarse nuevamente a las dificultades. Una de ellas ya se había discutido en Puebla, cuando el secretario de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, Antonio María Javierre, se había reunido con el obispo Bernardino Piñera para discutir la situación de la Universidad Católica. Era claro que el prefecto de la Sagrada Congregación, Cardenal Gabrielle Garrone, pensaba que la UC

¹⁶⁵ *Memorias* III, 167.

debía volver a los estatutos previos a 1961 cuando el arzobispo de Santiago no tenía el rol de Gran Canciller. Y monseñor Javierre reiteró que para la Santa Sede era claro que el Cardenal había abandonado su cargo en vez de defender a la UC de la intervención militar. El Cardenal escribió una carta al Cardenal Garrone explicando su política hacia la UC, política que pudo discutir en su nuevo viaje a Roma donde conversó con Garrone y con el Secretario de Estado del Vaticano. Más tarde fue claro que muchas de esas interpretaciones se habían producido debido a las opiniones del embajador chileno ante la Santa Sede, Héctor Riesle.

Es durante 1979 y con motivo de la conmemoración del día del trabajador que las protestas contra el gobierno militar involucran a sacerdotes, religiosas y seminaristas. Ese día y después de una negativa del gobierno para organizar un acto en el día del trabajador un grupo de dirigentes sindicales organizó una marcha por el centro de Santiago. Cuando las fuerzas oficiales decidieron interceptarlos, los manifestantes se refugiaron a la entrada de la Basílica del Salvador. La mayoría de ellos fueron detenidos; entre los detenidos y golpeados habían varios sacerdotes, incluyendo al Padre Beltrán Villegas, y un grupo de estudiantes de la Facultad de Teología de la UC. Una semana más tarde los estudiantes de la UC organizaron una protesta silenciosa en los patios de la casa central, y el rector Swett identificó a 108 alumnos que fueron suspendidos por uno o dos semestres.

La pugna por la UC continuó ya que los obispos pidieron al rector que reconsiderara su medida de suspensión de los alumnos. La rectoría respondió que la UC solo obedecía al Vaticano y no a los obispos, pero aunque hubo consternación en el Vaticano los alumnos no fueron retornados a las aulas. Mientras que el presidente de los alumnos, impuesto por el gobierno, apoyaba la suspensión, el Pro Gran Canciller Monseñor Jorge Medina pidió que los alumnos fueran perdonados pero nadie escuchaba a los obispos chilenos. Ya en diciembre el Cardenal Garrone comunicó al episcopado chileno que la Santa Sede se entendería directamente con el gobierno en el asunto de las nuevas leyes de autonomía universitaria.

✧ Para el Cardenal Silva durante ese año 1979, las relaciones con el gobierno militar se rompieron debido a que los militares

trataban por diversos medios de controlar a la Iglesia. Esta actitud emanaba de sus propios principios de autoridad, ya que ellos como gobernantes habían recibido la autoridad de parte de Dios y los obispos estaban para ayudar al gobierno y acatar sus designios. El gobierno se molestó, por ejemplo, cuando los obispos emitieron una carta pastoral dirigida a los campesinos, en la que describían la mala situación del campesinado y hablaban de la redistribución de la tierra, regalo de Dios. En cierta oportunidad cuando Pinochet le argumentó al Cardenal que su autoridad venía de Dios, Silva Henríquez le respondió diciéndole que efectivamente la autoridad proviene de Dios, pero que el autoritarismo de los hombres.

Las cosas empeoraban y el 15 de agosto la CNI detuvo a un profesor, Federico Alvarez Santibáñez, el que murió días después, producto de torturas, mientras que el recurso de amparo presentado por abogados de la Vicaría de la Solidaridad no tuvo efecto alguno. La Vicaría tenía un caso concreto contra la CNI y denunció públicamente las torturas contra el profesor. La CNI respondió con una campaña publicitaria contra la Vicaría y con acciones de hostigamiento y amedrentamiento contra su personal acusándola de estar infiltrada por grupos de izquierda. El Cardenal no condenó la campaña de prensa, sino que pidió antecedentes al gobierno, el cual nunca pudo entregar prueba alguna de un complot subversivo por parte de grupos de izquierda dentro de la Vicaría.

En septiembre de 1979 la sepultación de los cadáveres de las víctimas de Lonquén, antes mencionada, provocó angustia en los familiares y una respuesta emotiva de parte del Cardenal, que en su declaración pública dijo: "Reclamamos enérgicamente por esta situación de insensibilidad e inhumanidad ante el dolor del prójimo. Este hecho se suma a las innumerables humillaciones sufridas por los deudos a lo largo de estos años. Ha sido violentada hasta el extremo la dignidad humana."¹⁶⁶

Ese mes de septiembre trajo críticas hacia el Cardenal de parte de todos los sectores, debido a su labor pastoral de acompañamiento de sus ovejas. Los familiares de los detenidos desapare-

¹⁶⁶ Cardenal Raúl Silva Henríquez, 'Saludo personal del señor Cardenal a los deudos de las víctimas de Lonquén' 14/09/79; *Memorias* III, 178.

cidos iniciaron una nueva huelga de hambre puesto que querían que el Cardenal fuera más explícito en su condena al gobierno y al poder judicial por los casos de detenidos desaparecidos que se encontraron en Lonquén y Cuesta Barriga. Por su parte el Cardenal les pidió que no usaran sus cuerpos, templos consagrados a Dios, como vehículos de protesta social. Algunos sacerdotes estaban enojados con el Cardenal pues había asistido a las celebraciones oficiales en el aniversario del golpe militar, y algunos incluso pensaban que había habido un cambio de postura del Cardenal. El les explicó que la Iglesia no podía convertirse en un poder más dentro de la sociedad y desautorizar procesos políticos, sólo podía acompañar a los que sufrían y tratar de influenciar con su autoridad moral la construcción de una sociedad más fraternal, pero no una teocracia.

Ya antes del Te Deum de ese año el Cardenal le dio una copia de su homilía al general Court. Unas horas antes de la ceremonia Court le pidió que no leyera algunas partes de ella que estaban subrayadas, y que si lo hacía la Junta Militar se retiraría del templo, pues la habían considerado inaceptable. El Cardenal aceptó de mala gana y no leyó las frases que habían molestado al gobierno, pero le advirtió a Court que distribuiría el texto ya que los chilenos tenían derecho a saber lo que pensaba su Pastor. En ese texto el Cardenal recordaba algunos pensamientos de su declaración de septiembre de 1973 y acentuaba la necesidad de respeto a las personas y a los derechos humanos, sin lo cual no sería posible la reconciliación. En uno de sus párrafos la homilía expresaba la tristeza por el hecho que muchas veces el gobierno no había escuchado a la Iglesia. Como resultado de sus opiniones las esposas de los miembros de la Junta Militar no asistieron al Te Deum, el cual no fue transmitido al país por cadena de radio y televisión como era habitual, y hubo misteriosas interferencias a las transmisiones de la radio Chilena. Más tarde el Cardenal fue franco con la prensa cuando dijo "Efectivamente, han arreciado los ataques en contra de la Iglesia y no creo que la situación de la Iglesia en este momento sea buena en sus relaciones con el gobierno".¹⁶⁷

¹⁶⁷ *Memorias* III, 181.

A fines de mes el Cardenal inició una gira por Europa donde tuvo la oportunidad de ser huésped de los Salesianos durante la visita del Papa a Irlanda. De ahí visitó al Cardenal belga Léon Josef Suenens, en Bruselas, con motivo de su retiro al cumplir 75 años, y almorzó con los reyes Balduino y Fabiola, los que seguían con mucho afecto las labores de la Iglesia de Chile y la llegada de muchos refugiados chilenos a Bélgica. El 11 de octubre el Cardenal, junto a los obispos chilenos, se reunió con el Papa con motivo de la visita *ad limina*, visita que se realizaba cada cinco años, pero que por primera vez incluía una reunión del Papa con todo el grupo de los obispos además de la acostumbrada entrevista personal. Los obispos chilenos recibieron todo el apoyo y ánimo de parte del Papa y un reconocimiento especial por involucrarlo en la mediación para lograr la paz entre Chile y Argentina.

En Chile, sin embargo, la prensa tomó algunas de las declaraciones fuera de contexto y recordó a los obispos chilenos que el Papa les había dicho que no eran expertos en los temas temporales o políticos. El Papa se sintió molesto por esa tergiversación y el 28 de noviembre durante el rezo del *Angelus* mencionó a los detenidos desaparecidos de Chile y Argentina, mientras que poco antes, el 4 de noviembre elogió la labor pastoral de los obispos chilenos. La labor de la Iglesia chilena también había sido reconocida el 19 de octubre, cuando el Cardenal recibió en Austria el premio a la defensa de los derechos humanos de la Fundación Kreisky. Y de ahí a Ginebra, Suiza, donde el Cardenal visitó las oficinas del Consejo Mundial de Iglesias, donante principal para la labor humanitaria de la Vicaría de la Solidaridad. Finalmente en noviembre el Cardenal asistió a la reunión especial del Sacro Colegio Cardenalicio, después de haber recibido un innegable apoyo de la Iglesia Universal.

Al regresar a Santiago el 15 de noviembre, el Cardenal dio una conferencia de prensa para reiterar el apoyo del Papa a los obispos chilenos. Ya Silva Henríquez se sentía enojado y decepcionado por la campaña de la prensa contra los obispos, pero se daba cuenta de que la prensa representaba a un sector de Chile que no quería a su pastor, y que sentía rencor y hasta odio contra los que criticaban al régimen militar. Había divisiones entre los

vicarios acerca de las actuaciones del Cardenal y de los obispos auxiliares, por lo que el Cardenal aprovechó las celebraciones de sus 20 años de obispo en la Iglesia Catedral para llamar a la unidad de la Iglesia y para dar gracias al Señor por usarlo con todos sus errores en la conducción de la Iglesia.

A fines del verano de 1980 el Papa le comunicó el nombramiento de un nuevo obispo auxiliar, el Padre Manuel Camilo Vial, un obispo muy necesario por el crecimiento de la Arquidiócesis y el gran número de jóvenes que tomaban parte en las comunidades de base que se preparaban para recibir el sacramento de la Confirmación. Poco tiempo después en su viaje a Europa se reunió con Juan Pablo II, el 18 de abril junto a su nuevo obispo auxiliar y al Padre Cristián Precht, y días más tarde acompañó al Papa en su primera visita a Turín.

En esos días el Papa se veía preocupado porque las negociaciones de la mediación entre Chile y Argentina no estaba avanzando tan rápidamente como él esperaba, por lo que el Cardenal se comprometió ayudar en lo que pudiera y así conversar con los personeros del gobierno. Claro que las relaciones con el gobierno no estaban buenas ya que los militares habían endurecido sus decisiones, especialmente contra los exiliados y disidentes. El Cardenal había pedido el regreso de Laura Allende (hermana del presidente Allende) por tener un cáncer terminal y el gobierno había respondido negativamente. *Al mismo tiempo la represión contra los sacerdotes se había incrementado y había temor entre las comunidades cristianas. Las calumnias hacia el Cardenal continuaban, y el diario *Las Ultimas Noticias* publicó un discurso privado del Gran Maestre de la Masonería chilena, en el que se decía que el Cardenal le había indicado a través de un grupo de señoras, una acción mancomunada para derrocar a la Junta. Una de las señoras supuestamente implicadas era Lily Castillo, esposa de Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile, la que desmintió esas informaciones, pero sin embargo la campaña de desprestigio continuó.

A su regreso a Chile el 28 de abril el Cardenal dio una conferencia de prensa para desmentir las informaciones calumniantes, e invitó a los fieles a las celebraciones del día de San José Obrero, que se realizarían en la Catedral. Esa misma tarde el general Court conversó con el Cardenal para decirle que

el gobierno tenía informaciones de que elementos subversivos planeaban un hecho sangriento durante las celebraciones en la Catedral. El Cardenal trató de comunicarse con el prefecto de Investigaciones o el Ministro del Interior sin éxito alguno, por lo que decidió suspender la Misa, aunque temía que ese fuera un plan orquestado por el gobierno para evitar protestas en contra del régimen autoritario.

El clima de violencia y tensión se había intensificado ya que elementos del MIR habían retornado al país atentando contra instalaciones públicas y de gobierno. Mientras el movimiento sindical se estaba reorganizando, la CNI continuaba un proceso de amedrentamiento hacia los opositores del gobierno. Y así fue como para el primero de mayo, y mientras el gobierno organizaba un acto oficial, otros grupos de la DC y de la nueva Coordinadora Nacional Sindical, presidida por Manuel Bustos, organizaron otros dos actos paralelos. El obispo Alvear y los vicarios Miguel Ortega, Cristián Precht y Alfonso Baeza asistieron al acto presidido por Manuel Bustos, ya que éste formaba parte de las organizaciones obreras católicas. A la salida del acto los vicarios que circulaban junto al sacerdote Fernando Tapia fueron interceptados por civiles en una camioneta, fueron encañonados y retenidos en la vía pública hasta que alguien dio la orden de dejarlos pasar.

Días más tarde el Padre Miguel Ortega fue detenido nuevamente, en un mes de mayo en el que se registraron 40 hechos de amedrentamiento contra sacerdotes, allanamientos de parroquias populares, y tiroteos contra edificios de la Iglesia. Las acusaciones contra el Padre Miguel Ortega indicaban que había escrito una carta pastoral a los jóvenes que hacían su servicio militar llamándolos a vivir su cristianismo, lo que fue interpretado por el régimen militar como un llamado a la desobediencia. Mientras las autoridades pensaban procesar al Padre Ortega, el Ministro del Interior conversó con el Padre Juan de Castro el que le indicó que la Iglesia no aceptaría el procesamiento de Miguel Ortega, y que pelearía por la justicia, lo que provocó un cambio en las intenciones del gobierno militar.

Otro incidente se produjo con motivo de las celebraciones de consagración de Manuel Camilo Vial como obispo auxiliar de Santiago en la Catedral el 18 de mayo. Siguiendo una tradición

de varias décadas el Presidente de Chile invitaba a almorzar a los nuevos obispos. Y así lo hizo Pinochet, quien invitó al obispo Vial, el que pidió la lista de invitados y se dio cuenta que el Cardenal no estaba entre ellos. Por lo tanto el obispo Vial declinó la invitación a almorzar con Pinochet, hecho que fue conocido por la prensa y por los fieles de la Zona Sur.

Las relaciones entre la Iglesia y el gobierno iban de mal en peor, y eso se manifestó nuevamente cuando el 18 de junio una delegación del episcopado consiguió una hora para conversar con Pinochet. El general llegó a la reunión, pero se excusó de asistir por tener otros asuntos pendientes, y dejó a cargo al general Santiago Sinclair, Ministro Jefe del Estado Mayor Presidencial. Mientras los ataques físicos a las parroquias continuaban, el diálogo entre la Iglesia y el gobierno era casi nulo. Pinochet ya no tuvo las vinculaciones personales del pasado, cuando Pinochet y el Cardenal se reunían en privado.

El 15 de julio de 1980 el MIR asesinó al coronel Roger Vergara, jefe de inteligencia del ejército. Al mismo tiempo las amenazas anónimas contra la Iglesia continuaron, incluyendo notas de amenaza dirigidas a la persona del Cardenal. A fines de julio el general Court fue desligado de su cargo de intermediario entre el gobierno y la Iglesia, siendo reemplazado por el general Roberto Guillard, jefe del Comité Asesor de la Junta. Los obispos dieron un almuerzo en el Círculo Español para agradecer a Court su gestión y le regalaron cinco tomos de la *Historia de la Iglesia* junto a una carta de agradecimiento. El hecho se vio matizado por la tensión ya que civiles habían colocado micrófonos en el lugar, hecho que fue mencionado por un mozo del establecimiento que vio a los sujetos en acción antes de la llegada de los obispos al lugar.

Las razones de la dureza de Pinochet hacia la Iglesia se pueden encontrar en los acontecimientos de consolidación del régimen pinochetista durante 1980. Ya en 1977 Pinochet había anunciado la preparación de una nueva Constitución Política que ayudaría a consolidar una nueva institucionalidad. En los años siguientes una comisión especial se dedicó a preparar y delinear la nueva institucionalidad en Chile. Uno de los gestores de esa reforma fue el ex-presidente Jorge Alessandri, quien trabajó du-

ramente, tratando de analizar las ventajas y desventajas de la Constitución de 1925, pero finalmente no todas sus sugerencias fueron escuchadas. Así, cuando el 10 de agosto de 1980 Pinochet anunció un plebiscito para aprobar la nueva Constitución, comenzaron las primeras protestas contra el gobierno las que no se habrían podido producir en los años anteriores.

El Cardenal veía algo positivo en la nueva Constitución, ya que por lo menos había un plan claro de regreso a la democracia. Pero al mismo tiempo Silva Henríquez reconocía que el plan ponía a Pinochet al centro de la vida nacional por un período demasiado largo, ya que tendría otros ocho años de gobierno y después podría ser elegido por otros ocho años. Al mismo tiempo la Constitución tenía artículos transitorios por los cuales Pinochet podría suspender los derechos constitucionales de los ciudadanos, un hecho que había sorprendido a Jorge Alessandri después de haber terminado su trabajo junto al equipo constitucionalista ya que ellos en ningún momento plantearon una atribución de esa naturaleza.

El Cardenal y los obispos veían el llamado a un plebiscito para el 11 de septiembre de 1980 como poco serio, ya que se producían las mismas condiciones que en la Consulta anterior. El período de un mes era muy corto para informarse acerca de los cambios constitucionales, no había posibilidades reales de hacer reuniones públicas para discutir esos cambios, y no había registros electorales para asegurar que todos pudieran ejercer su derecho constitucional en forma democrática. Además el voto planteado a la ciudadanía tenía dos posibilidades, un “sí” o un “no” a todas las reformas, sin tomar en cuenta que la mayoría de los chilenos aprobarían cambios constitucionales que no incluyeran más períodos de gobierno para Pinochet.

El ex-presidente Eduardo Frei conversó de esos problemas con el Cardenal, y le dijo que no había mucho que hacer cuando el voto del sí ya había ganado. Sin embargo, los ex-parlamentarios del PDC lo convencieron de que este era el momento para discutir y reclamar contra el autoritarismo del régimen militar. Y así fue como Eduardo Frei fue el orador principal en un acto realizado en el Teatro Caupolicán y que significó el inicio de la campaña por el “no” a la constitución y el “no” al gobierno.

En ese mes de agosto el Cardenal se encontraba en Alemania, para celebrar la restauración de la Catedral de Colonia y visitar al Papa, que le preguntó sobre el plebiscito, la desunión de los obispos chilenos y la mediación con Argentina. Y en su ausencia, pero con su beneplácito, los obispos sacaron una declaración cuestionando las condiciones en que el plebiscito se llevaría a cabo. Pinochet se enojó y acusó a la Iglesia de ofender a las Fuerzas Armadas al cuestionar la honestidad del acto plebiscitario y la prensa acusó a los obispos de propagar una “campana por el no”, orquestada por “el primer opositor”, el Cardenal de Chile.

Mientras el país se preparaba para el plebiscito la CNI continuó hostigando a personeros de la Iglesia, y deteniendo a laicos que bajo apremios firmaron declaraciones inculpando a sacerdotes en una supuesta campana contra el gobierno. En uno de esos incidentes el Padre belga Guido Flamey fue requerido por el Ministerio del Interior por poseer panfletos contra el gobierno, por lo que iba a ser expulsado del país. Monseñor Manuel Camilo Vial, Vicario de la Zona Sur, donde trabajaba el misionero belga, lo escondió en su casa y se entrevistó con el subdirector de la CNI para que le mostrase las pruebas contra el Padre Flamey. Al final fue claro que todo era una invención para expulsar a uno de los muchos misioneros extranjeros.

El gobierno ganó el plebiscito, mientras la Iglesia continuaba preparándose para la clausura del Congreso Eucarístico en noviembre, clausura a la que sería invitado Pinochet y toda la Junta militar. El Cardenal fue personalmente junto al Nuncio a invitar a Pinochet, ocasión en que el Nuncio pensaba pedirle al gobernante que dejara volver al país a Andrés Zaldívar, presidente del PDC que había sido expulsado del país a raíz del plebiscito. Pinochet intuyendo lo que ocurriría se adelantó a la petición, diciendo que el gobierno no lo dejaría volver ya que se tenían muchos antecedentes de su labor contra el gobierno. El Nuncio salió desalentado de la reunión, ya que el Papa no estaba contento con el fenómeno del exilio de las personas, un tema que había mencionado en sus homilias.

La clausura del Congreso se celebró en Maipú con miles de personas venidas de todo el país, y la presencia de Pinochet ni se notó, mientras que los peregrinos entonaban cantos y se escuchaban

vivas para la Iglesia, el Papa y la Virgen María. El Congreso fue todo un éxito ya que la figura de papel del Cristo Peregrino recorrió todos los hogares y los chilenos renovaron su fe y su esperanza en una sociedad fundada en los principios cristianos y en el amor. Esa fue una ocasión de mucha alegría para el Cardenal, ya que no sólo se veía como la Iglesia era el centro de reunión y acogida, sino que las verdades de la fe formaban parte de los hogares y de los vecindarios a través de todo el país.

A fines de 1980 y en medio de la satisfacción que trajo el Congreso Eucarístico, el Cardenal recibió de parte del general Roberto Gillard un dossier con las pruebas acerca de las actividades políticas de sacerdotes que habían sido detenidos o amedrentados por la CNI. Guillard respondía a una carta de reclamo por parte del Cardenal hacia los hechos de violencia contra la Iglesia de los últimos meses. Al recibir el dossier el Cardenal le pidió a los abogados de la Vicaría de la Solidaridad, Alejandro González y Roberto Garretón que le ayudasen a establecer si el general Gillard tenía antecedentes penales contra los acusados. Para los abogados era claro que las confesiones habían sido obtenidas por medios ilegítimos y violentos y que todos los acusados habían quedado en libertad, conclusiones que el Cardenal hizo llegar al general Sinclair, superior directo del general Gillard. En su carta el Cardenal escribió “mantenemos en pie la creencia de que los servicios de seguridad se encuentran en una tarea sistemática para intentar hacer aparecer a personas u organizaciones de la Iglesia Católica comprometidas en supuestas actividades calificadas de subversivas”.¹⁶⁸

La causa de esa animosidad por parte del gobierno hacia la Iglesia era el trabajo de la Vicaría de la Solidaridad, organismo que mantenía un flujo de información acerca de la realidad nacional a través de sus procesos legales de defensa de las personas. Al mismo tiempo sus publicaciones llegaban a todas las parroquias y comunidades de base y la publicación periódica, el *Boletín de la Vicaría de la Solidaridad*, mantenía a las comunidades en contacto con las voces del episcopado y del Cardenal. El número del personal de la Vicaría había crecido, y con más de

¹⁶⁸ *Memorias* III, 211.

200 empleados ese organismo requería de un presupuesto anual cercano a los cuatro millones de dólares.

La Vicaría había servido a los cristianos y no cristianos en momentos muy difíciles para Chile, pero necesitaba reestructurarse ya que todavía era el organismo más costoso, y podría decirse poderoso, dentro del esquema pastoral de la Arquidiócesis de Santiago. El Cardenal esgrimía dos razones para su reestructuración: primero el hecho de que ya no existía un número masivo de perseguidos por el régimen y segundo, que no sería sano mantener un organismo con tantos gastos, pagados desde el exterior. El Cardenal ya pensaba en la sucesión de la arquidiócesis ya que en poco más de un año cumpliría los 75 años de edad y debería presentar su renuncia al Papa, como lo planteaba el Derecho Canónico. Ya a fines de 1978 cuando había nombrado al Padre Juan de Castro como encargado de la Vicaría de la Solidaridad ese había sido su plan, pero entre las contingencias de cada día la deseada reducción no se llevó a cabo. Y así fue como a fines de 1980 el Cardenal nombró una comisión ad hoc que se encargaría de reestructurar ese organismo y dar fuerza a los programas de educación y formación para la solidaridad. La comisión estuvo formada por el obispo Manuel Camilo Vial, los vicarios Juan de Castro y Cristián Precht, el economista Sergio Molina, el académico Duncan Livingston y el secretario ejecutivo de la Vicaría Javier Luis Egaña.

Muchos sectores entendieron esa reducción de personal como una claudicación en la lucha contra el régimen militar, no entendiendo que la Vicaría no estaba en guerra contra nadie sino que su labor era acoger y defender a los perseguidos y sus familias. La importancia de la Vicaría radicó en que era un organismo de Iglesia que siguiendo las normas cristianas de la caridad, el amor, la fraternidad y la solidaridad había extendido los brazos de Cristo a los que lo necesitaban.

Pero no sería sólo la Vicaría la que marcaría un año de muchas controversias para el Cardenal. En Febrero de 1981 un emisario del gobierno le pidió al Cardenal que presidiera un Te Deum en la Catedral que marcara el 11 de marzo y la proclamación de la nueva Constitución Política de Chile. El Cardenal respondió afirmativamente lo que provocó protestas por parte de muchos de sus sacerdotes que lo acusaban de apoyar a un regimen militar

inconstitucional. La posición del Cardenal era muy clara ya que la Iglesia debía estar presente en todos los momentos en que un nuevo presidente asumía su cargo y así lo había hecho en el caso de Eduardo Frei y Salvador Allende. Eso no significaba que el Te Deum fuera preparado por los nuevos gobernantes sino que por la Iglesia quien abría las puertas de su templo principal para orar a Dios, fuente de todo derecho por la sociedad chilena.

Otros obispos discreparon con el Cardenal. El arzobispo de Concepción José Manuel Santos suspendió la Acción de Gracias que se llevaría a cabo en la Catedral de Concepción en septiembre de 1981, debido a la violencia contra la Iglesia y las parroquias de su diócesis. El Te Deum en Santiago se llevó a cabo el 11 de marzo de 1981 y el Padre Vicente Ahumada leyó la homilía preparada por del Cardenal.

Unos días antes el Cardenal había viajado a Abidjan, Costa de Marfil, para dar una conferencia sobre *El perfil del dirigente de empresa cristiano* durante el XVI Congreso Mundial de la Unión Internacional Cristiana de Dirigentes de Empresa (Uniapac). En su escala en Roma el Cardenal discutió esos problemas con Juan Pablo II, el que le sugirió que siguiera celebrando las ocasiones en que la patria chilena oraba al Padre de todos. El Papa tenía la costumbre de entrevistarse con todos los líderes de las naciones, incluyendo los dictadores, los que tenían que escuchar su mensaje cristiano en los actos litúrgicos que presidía durante sus visitas.

Ya después del Te Deum el encargado de negocios de la Nunciatura, Armando Sanguini le dijo al Cardenal que un periodista de la agencia noticiosa Ansa quería entrevistarlo. La entrevista se llevó a cabo en Punta de Tralca y el Cardenal se explayó largamente respecto de la Iglesia en Chile, y de la difícil relación entre la Iglesia y los regímenes totalitarios que se consideran cristianos, como era el caso del régimen chileno. Para el Cardenal era claro que un régimen totalitario no podía ser cristiano y argumentó sus opiniones citando el caso del régimen chileno que no lo escuchaba y seguía violando los derechos humanos. Según el Cardenal la violencia podía llevar a Chile al desastre y él no estaba muy seguro de que la situación mejoraría en el futuro.

Las reacciones de la prensa y del gobierno no se hicieron esperar y fueron más duras que en el pasado. Un editorial del

diario *El Mercurio* lo decía todo cuando opinaba que “ha de ser doloroso llegar a la ancianidad comprobando la quiebra de los valores en que se ha creído y observando la resurrección de las ideas y principios que despectivamente se consideraban enterrados para siempre en el pasado. La entrevista concedida por el Cardenal a periodistas extranjeros refleja esta amarga dolencia, este hondo fracaso, lo que obliga a mirar con respeto el naufragio de una personalidad profundamente estimable”.¹⁶⁹

Esos comentarios acerca del Cardenal indicaban la intención de que se jubilara pronto ya que su persona constituía un problema que el régimen militar no había podido solucionar. Por otra parte las cartas de apoyo al Cardenal expresaban el cariño de muchos hacia la Iglesia y hacia la gestión cristiana del prelado en momentos de tensión e injusticia. Varios sacerdotes le plantearon la posibilidad de excomulgar a Jaime Guzmán, quien era un católico fervoroso e ideólogo del gremialismo oficialista, quien también había criticado al Cardenal, sanción que hubiera sido posible si el Cardenal hubiera querido aplicarla.

Sin embargo, las intenciones del Cardenal no eran punitivas hacia nadie, y entonces debido a gestiones de Willy Arthur y el Padre Luis Eugenio Silva, secretario del Cardenal, Jaime Guzmán invitó al Cardenal a cenar. La conversación fue agradable y el Cardenal se dio cuenta de que Jaime Guzmán era una persona muy creyente y con una visión escatológica fuerte, hasta el punto que tenía una calavera en su velador, para recordarle que esta vida sólo es pasajera. Esa cena ayudó a despejar los malentendidos entre los dos, por lo que el Cardenal sintió una congoja enorme cuando Jaime Guzmán, siendo senador fue acribillado y asesinado a la salida de la UC el primero de abril de 1991, por terroristas de extrema izquierda ya de retorno a la democracia.

Entre los críticos del Cardenal se contaban todos los diarios y el arzobispo de Valparaíso, Emilio Tagle. Esta arremetida de críticas provocó una respuesta por parte de los obispos quienes prepararon una carta explicatoria del rol pastoral del Carde-

¹⁶⁹ *Memorias* III, 217.

nal que se leyó en todas las parroquias de Santiago. Personalidades políticas como el ex-presidente Eduardo Frei también defendieron públicamente al Cardenal, quien se convertía en signo de contradicción y signo de unidad para los chilenos. Silva Henríquez recibió amenazas de muerte y para muchos se convirtió en el posible blanco de miembros asesinos de grupos de extrema derecha. Debe recordarse que en 1980 el arzobispo de El Salvador, Oscar Romero, había sido asesinado por haber hablado contra las violaciones de los derechos humanos por parte del ejército salvadoreño.

Y llegó nuevamente el primero de mayo, día del trabajador, ocasión en que el Cardenal decidió no celebrar la fecha en la Catedral, sino que se trasladó a la Parroquia San José Obrero de la Población José María Caro. Allí miles de pobladores lo recibieron calurosamente, y el afecto de la gente no le permitió retirarse muy pronto. El escribe “retengo todavía las dificultades que tuve para salir de aquel modesto y estrecho templo, en medio de los abrazos y los saludos que toda esa gente maltratada por la pobreza nos daba; brillaban en esos ojos no sólo la esperanza de un futuro mejor, sino una comunión intensa y apasionada con la Iglesia”.¹⁷⁰

En 1981 el Papa Juan Pablo II conmemoró los 90 años de la encíclica *Rerum Novarum* con la publicación de una encíclica sobre el hombre y el trabajo titulada *Laborem Excercens*, la primera de su pontificado. La encíclica fue estudiada e interpretada por el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (Ilades). El Padre Pierre Bigó SJ, comentó que la contribución principal de la encíclica era el haber afirmado que el capital y el trabajo no están disociados, sino que son dependientes uno del otro. Los trabajadores mantienen la existencia del capital, que no puede existir, como lo afirma el neo-liberalismo económico, fuera de las esferas del trabajo humano como colaboración con la obra creadora de Dios.

Pero en un país dividido y donde la doctrina católica mantenía su importancia, *Laborem Excercens* provocó opiniones divididas. El general Pinochet afirmó que la legislación chilena incorporaba todos

¹⁷⁰ Memorias III, 220-221.

los valores cristianos, lo que provocó duras críticas por parte de investigadores y sacerdotes que pidieron al Cardenal que desmintiera las opiniones del general. El Cardenal no lo hizo pues le pareció nuevamente que la Iglesia no debía excluir, sino que debía enseñar y corregir siguiendo las enseñanzas del Santo Padre.

Algunos de los derechos mencionados en la encíclica no formaban parte de la legislación existente, por ejemplo, la asociación libre, el derecho a reunión, y el derecho a la huelga. Y mientras los trabajadores estaban muy concientes de esos valores y derechos, el gobierno detenía a los dirigentes de la Coordinadora Nacional Sindical, Manuel Bustos y Alamiro Guzmán. Ellos habían presentado un pliego de peticiones que en otro país no habría creado ningún problema, mientras que en este caso los llevó a una estadía forzada en el anexo Capuchinos de la Cárcel de Santiago. El Cardenal los visitó en agosto de 1981, consciente de que la represión del régimen no era ya contra los antiguos partidos políticos sino que contra el movimiento sindical. Los obispos emitieron un documento crítico de la nueva legislación laboral con el título *Vamos a la civilización del amor*, que provocó una queja formal por parte del ministro de Odeplan, Alvaro Donoso.

En 1981 el gobierno militar nombró a Sergio Rillón como asesor para las relaciones con la Iglesia, después del corto período de gestión del general Guillard. Rillón sostuvo largas horas de conversación con los obispos, en ellas trató de influenciar el nombramiento de los obispos chilenos en la Santa Sede y sugirió que el gobierno chileno diera su opinión los nombramientos, lo que había sido práctica durante la colonia. Es claro que Rillón pasó a llevar a los obispos chilenos y trató de influenciar nombramientos a través de conversaciones con el CELAM y el Vaticano, sin haberle correspondido hacerlo.

Rillón estaba convencido que la Iglesia chilena estaba infiltrada por marxistas y que muchos de ellos eran sacerdotes extranjeros que trabajaban en los barrios populares, lo que alentó a la CNI a tratar de expulsar a muchos sacerdotes extranjeros. Las primeras acusaciones fueron contra los sacerdotes asuncionistas Andrés Mutlet, párroco suplente de Nuestra Señora del Carmen de Maipú y Jean Michel Bouteil, encargado de la casa de formación de los

asuncionistas. A ellos se les acusaba de realizar actos litúrgicos políticos y de reunirse con Sergio Wilson, dirigente de la Acción Vecinal y Comunitaria. El Cardenal fue muy claro en sus conversaciones con Rillón acerca de esos sacerdotes, el gobierno no tenía fuero en decidir si alguna liturgia era pastoral o política, y debía llevar a los tribunales a quienes violaran la ley, fueran estos sacerdotes o laicos.

En medio de una violencia cada vez mayor, el Cardenal celebró sus 20 años en la Arquidiócesis con una Misa en la Catedral el 24 de junio de 1981. Y ahí pidió oraciones por él y por Chile, y habló del fin de su carrera como arzobispo de Santiago. Su pena era la de todos los que veían a un Chile más pobre, con más odio, más dependiente de otros, más dividido. Y así lo expresó el Cardenal: “Termino mi carrera. Sé a quien he servido. He luchado denodadamente, tal vez más de lo que debiera. Me remuerde el corazón de no haber logrado que los pobres sean evangelizados con la buena nueva de la justicia, del respeto de sus derechos, del amor de sus hermanos. Siento pena por esto. Siento pena, mis queridos hijos, porque hay una parte de mi grey que no me comprende y porque no ha comprendido al Señor, porque no ha sabido lo hermoso que es dar, inmensamente mejor que recibir, inmensamente mejor que atesorar, porque no ha sabido hacer feliz a tantos hermanos nuestros”.¹⁷¹ Y el Cardenal expresó su deseo de crear una sociedad justa para el futuro en su homilía del *Te Deum* el 18 de septiembre en la Catedral, ya con un tono personal y escatológico del arzobispo que se retira y que revive la urgencia cristiana de construir un mundo mejor.

En octubre el Cardenal viajó al Vaticano a continuar trabajos en el texto del nuevo Derecho Canónico, y tuvo la oportunidad de almorzar con el Papa y el Cardenal Samoré, encargado de las negociaciones entre Chile y Argentina en el conflicto territorial del Beagle. Ya el gobierno chileno había respondido positivamente a las propuestas mediatóricas del Vaticano, pero no había habido respuesta de parte de Argentina. Samoré continuaba trabajando por la paz en un clima de odiosidad por parte del gobierno argentino, el que acusaba a Chile de espionaje y mantenía cerra-

¹⁷¹ *Memorias III*, 232-233.

dos los pasos fronterizos. En su visita a Francia, Silva Henríquez se entrevistó con el presidente François Mitterrand, el que quería información acerca de la situación en Chile y los contratos de venta de armas francesas a Chile. El Cardenal lo instó a vender las armas a Chile para evitar que el equilibrio bélico se rompiera. Mitterrand se mostró sorprendido con estas opiniones pero las respetó, prometiendo que los aviones franceses serían vendidos a Chile. A su regreso a Santiago el gobierno chileno dio una bienvenida cordial al Cardenal, con el que por fin tenía algo en común: la búsqueda de la paz en el Cono Sur y la prosperidad de las naciones. La muerte de Samoré el 3 de febrero de 1983 y la derrota de Argentina en el conflicto por las Malvinas con Inglaterra, impulsó la búsqueda de un tratado de paz más permanente, que se convirtió en una bandera de unidad de las iglesias locales. Y así fue como el 2 de mayo de 1985 Chile y Argentina firmaron un Tratado de Paz que contenía mecanismos para la integración y la paz entre las dos naciones.

A comienzos de 1982 el Cardenal utilizó su formación salesiana para iniciar un nuevo plan pastoral de llamado y formación a los jóvenes, una de las opciones pastorales de la conferencia de Puebla en 1979. Una misión juvenil surgió en Santiago y fue integrada en las *Orientaciones Pastorales* para el período 1982-1985, con etapas de promoción y formación en 1982 y servicio a los jóvenes en 1983. El obispo Manuel Camilo Vial dirigió un proyecto pastoral que dio sus frutos ya que miles de jóvenes peregrinaron a la Virgen del Cerro San Cristóbal, a Maipú, celebraron Semana Santa y la Semana para Jesús. Los jóvenes eran considerados la fuerza para el futuro de la Iglesia puesto que ellos serían los que a través de las organizaciones populares efectuarían un llamado nuevo por un pronto retorno a la democracia en Chile.

Los jóvenes acompañaron al Cardenal en esos meses de dolor puesto que en esos días murieron el ex-presidente Eduardo Frei (22 de enero), el dirigente sindical Tucapel Jiménez (secuestrado y asesinado 25 de febrero) y el obispo Enrique Alvear (cáncer, 29 de abril). Don Enrique Alvear marcó el camino de una Iglesia esperanzada entre tanta tragedia, y a su funeral asistieron los pobres, los obreros, las modestas dueñas de casa, los cesantes y los jóvenes. El Cardenal sufrió mucha pena pero reconoció el caminar de Jesús en las vidas que se terminaban.

En mayo de 1982 el Cardenal junto al obispo Manuel Camilo Vial emprendieron un viaje a Europa y a Estados Unidos con la intención de mantener continuidad en la cooperación entre las iglesias. La entrevista con el Papa estuvo centrada en la crisis bélica del Cono Sur y la Misión Joven, ya que el obispo Vial tuvo la oportunidad al final de la entrevista de presentar ese proyecto al Santo Padre. Luego visitaron Alemania, Bélgica, Holanda y España, donde el Cardenal esperaba recolectar apoyos para el Banco del Desarrollo y la Clínica Indisa, proyectos que el Cardenal había apoyado como parte del trabajo de la Iglesia con los profesionales católicos exonerados por orden del régimen militar. En setiembre de ese año el Cardenal, con 22 años cumplidos como arzobispo de Santiago, cumpliría 75 años y debía presentar su renuncia por escrito al papa Juan Pablo II.

El 12 de junio de 1982 el Papa llegó a Buenos Aires para cimentar los esfuerzos de paz entre Argentina e Inglaterra, país que visitó en ese año. El Papa aprovechó de reunirse con los obispos chilenos en la Nunciatura en Buenos Aires para decirles que visitaría Chile y Argentina cuando la mediación tuviera un resultado favorable. En lo que sería un nuevo impulso por parte del Papa polaco, la Iglesia se hacía presente para ayudar a las naciones a buscar la paz y el entendimiento.

Ya en agosto el Cardenal asistió a una reunión de obispos latinoamericanos que ejercían su ministerio en las grandes ciudades de América Latina, teniendo en mente que muy pronto ya no estaría al mando de la arquidiócesis de Santiago. La carta de renuncia fechada el 20 de septiembre de 1982 decía:

Santo Padre:

El 27 de este mes de septiembre cumpro 75 años de edad. En cumplimiento del decreto conciliar Christus Dominus, deseoso de hacer la voluntad de Dios, pongo en Vuestras Manos, Beatísimo Padre, la renuncia de mi cargo de Arzobispo de Santiago.

Durante 22 años he dirigido la Arquidiócesis de Santiago. Doy gracias a Dios por todo el bien que he podido hacer

en estos años y pido perdón por el mal que ciertamente he cometido en este mismo período.

*Disponga, Santo Padre, de su afectísimo y humilde servidor en Cristo.*¹⁷²

En su viaje de primavera a Europa, en setiembre de 1982, el Cardenal entregó su carta renuncia en la Santa Sede y se entrevistó con el Papa por cuarenta minutos, en los que hablaron de la realidad positiva de la arquidiócesis de Santiago durante los 22 años de conducción pastoral. El Papa por supuesto le dijo que se mantendría en su cargo hasta el nombramiento de su sucesor, un proceso que tardaría algunos meses, debido a la importancia de la Arquidiócesis de Santiago dentro de la Iglesia en América Latina. Ya a su regreso a Santiago el Cardenal comenzó los preparativos para su retiro, y preparó un informe sobre la realidad de la Arquidiócesis a pedido del Nuncio.

Pero no pudo retirarse tranquilo como habría querido ya que los problemas entre el gobierno y la Iglesia continuaban. Los obispos reconocían que la situación del país no estaba buena y que la violencia aumentaba, especialmente por parte de la juventud en su desesperanza del desempleo y las pocas oportunidades que se les ofrecían para el futuro.

A fines de 1982 los obispos quisieron que los obispos Santos y Tagle se entrevistaran con Pinochet y con personeros del gobierno para conversar de la realidad del país. Sin embargo y después de una larga espera el gobierno respondió negativamente a la petición de reunión. En diciembre y cuando los obispos se reunieron en Asamblea Plenaria quedó claro que había muchas divisiones acerca de qué hacer con respecto a las relaciones entre el Gobierno y la Iglesia. Mientras tanto el Vaticano había aconsejado previamente la unidad a través de declaraciones públicas, ahora aconsejaba no hacer declaraciones que pudieran ofender al gobierno militar. Por lo tanto algunos obispos no votaron a favor de la declaración que obtuvo una mayoría de votos y que con el título *El renacer de Chile*, habló en forma profética de una crisis moral que solo se

¹⁷² *Memorias III*, 248-249.

acabaría con el deseo de caminar juntos como chilenos y como cristianos.

Durante el verano de 1983 el Cardenal quiso irse a una antigua pero digna casa recién adquirida para los arzobispos eméritos en la calle Los Pescadores en Ñuñoa y dejar vacía la casa asignada al Arzobispo de Santiago en calle Simón Bolívar. Sin embargo sus vicarios le pidieron que no lo hiciera ya que daría el signo de dejar la conducción de la Arquidiócesis que sería percibida como acéfala. En ese verano el Padre Miguel Ortega sacó un libro con algunas de las intervenciones del Cardenal con el título *El Cardenal nos ha dicho*, que fue presentando a la prensa y a muchos amigos de Silva Henríquez en la Librería Manantial.

En marzo de 1983 el gobierno militar decidió expulsar a los sacerdotes irlandeses Brendan Forde (franciscano) y Desmond McGillicudy (Misioneros de St. Joseph's, Mill Hill) y al sacerdote australiano Brian McMahon (Padres Columbanos), los que trabajaban en la comuna de Pudahuel. Los misioneros estaban acusados de actividades políticas no permitidas para extranjeros residentes en Chile, acusación que fue rebatida por la Iglesia. El Cardenal escribió una carta apoyándolos la que fue leída en todas las parroquias durante la Misa dominical, después que el vicario de la Zona Oeste, Padre Olivier d'Argouges y el obispo Jorge Hourton no fueron escuchados por las autoridades. El rector de la UC Jorge Swett también se negó a dar permiso para que la carta del Cardenal se leyera a través de las pantallas del Canal 13 de televisión.

Y mientras las gestiones legales continuaban, agentes de la CNI interceptaron el auto del vicario d'Argouges y por la fuerza detuvieron a sus pasajeros que eran los Padres McGillicudy y Forde. Los misioneros fueron expulsados del país inmediatamente, lo que marcó un cambio tremendo en las relaciones entre Iglesia y Estado en Chile. El régimen militar ya no se contentaba con acusar a la Iglesia de meterse en política, sino que usaba la fuerza para detener a los líderes de esa Iglesia profética y comprometida con el futuro de Chile. El Cardenal entendió que esa política correspondía a un momento en que tanto el Papa como los gobiernos autoritarios estaban condenando a los sacerdotes que se metían dema-

siado en las cosas políticas. Esa condenación ya se había producido en Nicaragua, donde el Papa había reprochado a los tres sacerdotes que ocupaban cargos ministeriales en el primer gobierno sandinista.

El Cardenal se reunió con el Ministro de Relaciones Exteriores para explicarle que esos misioneros no eran extranjeros, eran parte de la Iglesia. La reunión le sirvió sólo para desahogarse ya que las expulsiones no fueron revocadas. En una reunión con sacerdotes y agentes pastorales de la Zona Oeste, el Cardenal les explicó lo que se había hecho y su agradecimiento enorme a los religiosos extranjeros que servían al pueblo de Dios en Chile. El Cardenal comenta “fue una reunión conmovedora, donde uno podía ver, en cuerpos frágiles y vestimentas humildes, la inmensa valentía de un pueblo galvanizado por su fe y por su vocación de unidad en el dolor. En varios momentos me costó contener la emoción, en parte porque sentí que sus aplausos reflejaban también una entrañable y profunda comunión conmigo”.¹⁷³

A fines de abril el Cardenal supo del nombramiento del arzobispo de La Serena Juan Francisco Fresno como Arzobispo de Santiago, por lo que anunció su retiro para el primero de mayo, fiesta de San José Obrero.

¹⁷³ *Memorias III*, 260.

El salesiano jubilado

La vida del Cardenal jubilado en su casa de Los Pescadores estuvo llena de energía y apoyo a otros. Se podría decir que el sacerdote salesiano que estuvo a préstamo en la Arquidiócesis de Santiago volvió a beber de esas fuentes cristianas que lo marcaron en su vida como religioso, sacerdote y obispo.

Su vida de oración centrada en la celebración de la Liturgia de las Horas usando el breviario había sido una práctica que lo llevó a escuchar al Señor a través de momentos muy difíciles. La Eucaristía diaria en su capilla y después de su jubilación en parroquias y colegios fue la marca de un religioso que puso la alabanza al Señor al centro de su vida, y siempre la celebró en la compañía de otros sacerdotes. Ahora cuando se le veía muy anciano y cansado el Cardenal continuaba lentamente la recitación de las páginas del breviario por varias horas.

Las comidas y visitas de sus amigos y conocidos continuaron y su nueva casa de Los Pescadores se convirtió en un santuario para los políticos atenuados, los sindicalistas cansados, los pecadores arrepentidos y los amigos y enemigos de un hombre que los aconsejó hasta que ya la vejez lo llevó a pasar más y más horas en soledad, preparándose para el viaje final de esta vida a la siguiente.

Los Cardenales Fresno y Silva Henríquez recibieron a Juan Pablo II a su llegada a Chile el primero de abril de 1987. El Papa se encontró con todos los sectores de la población del país y se-

gún el Cardenal cimentó el regreso a la democracia con su palabra y sus acciones que recordaron a los chilenos que un país podía vibrar en comunión y solidaridad. En esa ocasión y en muchas otras el Cardenal tomó parte en las actividades de la Iglesia apoyando a los que lo escuchaban, siempre con un respeto enorme por su sucesor, el Cardenal Fresno, que continuaba sus reuniones con miembros del gobierno y la oposición en un país que ya se encaminaba hacia la democracia.

Pero entre toda esa vida semi-pública el Cardenal dedicó sus energías a los niños, a los que 60 años antes lo había dirigido el Padre Valentín Panzarasa. Se sintió rejuvenecido y joven al visitar el Colegio Saint Gaspar, donde se desempeñó como director espiritual, y gozó yendo al Seminario Menor, donde el Padre Miguel Ortega le pidió que fuera confesor, lo que el Cardenal llamó "mi delicia semanal".¹⁷⁴ Fue nombrado vicario cooperador por el Padre Cristián Precht en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen y por el Padre José Costa en la parroquia de Ñuñoa.

Sin embargo sus momentos más felices fueron siempre en Punta de Tralca donde en 1978 había inaugurado una Aldea SOS para niños huérfanos, con una pareja a cargo que se constituía en los padres adoptivos de esos niños. El Cardenal llegaba el viernes en la tarde, los visitaba, escuchaba sus confesiones y celebraba la Misa cuando podía. Ya en 1990 el Cardenal inauguró la residencia juvenil en Santiago para los niños mayores que estudiaban en la capital, y en 1991 inauguró otra aldea en La Pintana, llamada aldea Cardenal Caro, en una de los lugares más pobres de Santiago.

Muchas veces en sus visitas a la costa almorzó y reposó en la casa de Las Cruces de su amigo más fiel de la vejez, como lo llamaba, a don Reinaldo Sapag y su familia, el que lo acompañaría hasta sus últimos momentos, puesto que en el instante de su muerte, al costado de su lecho y con las manos de ambos entrelazadas, se encontraba su amigo fiel. Las celebraciones de sus 80 años en 1987 incluyeron una carta del Papa Juan Pablo II, nombrándolo Cardenal Emérito, y una cena en el Círculo Español organizada por Reinaldo Sapag y otros amigos. El Cardenal sa-

¹⁷⁴ *Memorias III*, 266.

bía que habría un grupo grande de unas 50 personas, pero llegaron mil doscientas personas. No fue una tarde melancólica sino que de mucha alegría y el Cardenal reiteró nuevamente su deseo de que todos ellos sirvieran a Chile con la misma alegría y unidad. Se encontraba presente toda la dirigencia política de la oposición a Pinochet quienes se emocionaron de sobremanera cuando el Cardenal con voz entrecortada pero llena de fortaleza les dijo: por el amor de Dios únanse.

Esa unidad hizo posible que el general Pinochet perdiera el plebiscito al año siguiente. Posteriormente un grupo de amigos le pidió al Cardenal que fuera candidato a la presidencia, lo que por supuesto él declinó. Sin embargo, esa petición lo llenó de alegría, ya que sintió la confianza que muchos sentían en la labor de la Iglesia, como mediadora entre los chilenos y como signo de unidad en la diversidad.

Los honores que el Cardenal recibió en su vejez fueron muy interesantes. El 13 de agosto de 1992 la Avenida Central de Lo Espejo fue rebautizada Avenida Raúl Silva Henríquez, mientras que se le dio su nombre a una barcaza en Chiloé, un lanchón en San Antonio y Valparaíso, un hogar de menores, un jardín infantil, un asentamiento, una confitería, un sindicato, una panadería, una comunidad cristiana y un equipo de fútbol. Y el grito de multitudes “Raúl, amigo, el pueblo está contigo” se hizo escuchar en muchas ocasiones, e hizo derramar muchas lágrimas en este hombre ya cansado y frágil, pero indómito y solidario.

Después de sufrir una crisis respiratoria, el Cardenal murió en abril de 1999 a los noventa y dos años. Multitudes asistieron a las Misas, rezaron en la Catedral, y siguieron el funeral del Cardenal. Entre los que lo conocieron hubo un vacío enorme, pero una convicción plena de que el Señor había visitado a su pueblo chileno a través de un instrumento humano, la persona del Cardenal. Y en las Misas celebradas en la Catedral el pueblo de don Raúl cantó, lloró y aplaudió cuando en las homilias se mencionaba a la Vicaría de la Solidaridad. El pueblo de Chile salió a las calles en señal de gratitud por el cariño mostrado por el Cardenal, en nombre de la Iglesia, hacia los pobres, los pobladores, los perseguidos, los exiliados y los rechazados por la sociedad chilena. En el cortejo solemne que acompañó los restos del Cardenal a su morada en la cripta de los arzobispos en la Catedral se veían a los fami-

liares de los detenidos desaparecidos y las banderas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Eran ellos, los no católicos, los que daban el testimonio de un hombre que amó a todos en nombre del Señor de la Vida, y acogió a todos en el seno de la Iglesia.

En sus *Memorias* las últimas palabras fueron de agradecimiento para el Señor y una palabra de admiración a tantos misioneros, sacerdotes y religiosas que han sido parte importante de la historia de la Iglesia en América Latina: “Yo vengo de la tradición de una Iglesia que en América se ha entregado a lo largo de cinco siglos a la defensa de los más débiles: en el camino áspero me han acompañado los fantasmas de los misioneros protegiendo a los indígenas, de las congregaciones llegando a educar en los confines más inhóspitos, de sacerdotes y obispos dando la vida en el clamor de la paz y la justicia, de centenares de párrocos viviendo privaciones para confirmar la plenitud del Evangelio”.¹⁷⁵

Y esta tradición, de la que viene el Señor Cardenal, es la que nos lega para que cada uno de nosotros la siga perfeccionando en el Chile de hoy y en el de mañana.

Testamento Espiritual del Cardenal Raúl Silva Henríquez

Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. A Él conocí desde niño. De Él me entusiasmé siendo joven. A Él he buscado servir como Sacerdote y como Obispo. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente este: que amen al Señor. Que conozcan su Palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días.

Mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Fue la Iglesia doméstica en mi familia, la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la

¹⁷⁵ *Memorias* III, 277-278.

Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio grandes responsabilidades a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos al Papa y a sus Obispos. Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos, y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo momento que ella proclame con alegría y entusiasmo la Buena Noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos.

Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad.

Mi palabra es una palabra de amor a los pobres. Desde niño los he amado y admirado. Me ha conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra. La miseria no es humana ni es cristiana. Suplico humildemente que se hagan todos los esfuerzos posibles, e imposibles, para erradicar la extrema pobreza en Chile. Podemos hacerlo si en todos los habitantes de este país se promueve una corriente de solidaridad y de generosidad. Los pobres me han distinguido con su cariño. Sólo Dios sabe cuánto les agradezco sus muestras de afecto y su adhesión a la Iglesia.

Mi palabra es una palabra de amor especial a los campesinos que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y se los escuche. A ellos les pido que amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios.

Mi palabra es una palabra de amor a los jóvenes. En los primeros y en los últimos años de mi ministerio sacerdotal a ellos les he

dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad. Los jóvenes son buenos y generosos. Pero necesitan del afecto de sus padres y del apoyo de sus profesores para crecer por el camino de la virtud y del bien. La Iglesia y Chile tienen mucho que esperar de una juventud que está llamada a amar con transparencia y cuya voz no puede ser desoída.

Mi palabra es una palabra de amor a mis hermanos obispos y a los sacerdotes que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso, y después en esta muy amada Iglesia de Santiago. A los laicos que lealmente me dieron su amistad y su cooperación les deseo que su trabajo sea comprendido y valorado. Que no se cansen en su servicio. Y que cuiden de un modo especial a sus familias.

Mi palabra es una palabra de amor a todos. A los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor. Sólo tengo palabras para pedir perdón y para perdonar. Sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

A la Virgen Santa me encomiendo, ya que ella es el Auxilio de los cristianos.

A todos les doy mi bendición en el nombre del Señor.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a las muchas personas que a través de los años me han alentado a escribir sobre la vida del Cardenal en particular y sobre la Iglesia en Chile en general. Entre los muchos trabajos que he leído, las *Memorias* del Cardenal en tres tomos siguen siendo la fuente primaria para cualquier trabajo sobre la vida y obra de Raúl Silva Henríquez. Mis agradecimientos a don Ascanio Cavallo por editar ese trabajo y a don Reinaldo Sapag Chain por darme ánimo para completar este libro. Mi biografía del Cardenal en inglés tendrá una extensión mayor, no solo de páginas sino que de fuentes secundarias. En este trabajo he seguido fielmente lo que el Cardenal mismo dijo en sus *Memorias*, y he resumido sus anhelos en un trabajo más pequeño para el beneficio de las generaciones jóvenes que leerán sobre su vida en escuelas, parroquias y bibliotecas vecinales.

Mis agradecimientos a Gabriela Benítez Herrera, Sara Herrera, Juan Pablo, Raúl y Leopoldo Urrutia, el personal de la Fundación Archivos de la Vicaría de la Solidaridad, Hugo Cancino Troncoso, Patricio Silva, y Cristóbal Kay, por facilitar fuentes históricas o por sus comentarios acerca de la Iglesia en Chile en el pasado y en el presente, y a mi esposa Laurel e hija Sara por su paciencia y comprensión.